

Del donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba



Del donoso y grande escrutinio
del cervantismo en Cuba

Del donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba



JOSÉ ANTONIO BAUJIN
(coord.)



HAYDÉE ARANGO



LEONARDO SARRÍA



JULIÁN RAMIL

(comps.)


EDITORIAL
...



C 868

Del

D Del donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba / José Antonio Baujin [*et al.*]. - 2 ed. - La Habana: Editorial UH, 2015, 3 t.; ilus.; 23 cm.

1. LITERATURA CUBANA-INVESTIGACIONES

2. MISCELÁNEAS

I. Baujin, José Antonio, 1970

II. Arango, Haydée, 1982 comp.

III. Sarría, Leonardo, 1977 comp.

IV. Ramil, Julián, 1939 comp.

V. T.

ISBN: 978-959-7211-50-1

EDICIÓN Marilé Ruiz Prado

DISEÑO Alexis Manuel Rodríguez Diezcabezas de Armada

CORRECCIÓN Arelys Enríquez Lavandera

COMPOSICIÓN Karla Bisset Torres

CONTROL DE LA CALIDAD Haydée Arango Milián

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA Y PORTADILLAS José Ernesto Pereira Gómez

PRIMERA EDICIÓN Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN © José Antonio Baujin, 2015

© Haydée Arango, 2015

© Leonardo Sarría, 2015

© Julián Ramil, 2015

© Editorial UH, 2015

ISBN 978-959-7211-50-1

ISBN 978-959-7211-53-2

EDITORIAL UH Dirección de Publicaciones Académicas,

Universidad de La Habana

Edificio Dihigo, Zapata y G,

Plaza de la Revolución,

La Habana, Cuba. CP 10400.

Correo electrónico: editorialuh@fayl.uh.cu

Facebook: [editorial.uh.98](https://www.facebook.com/editorial.uh.98)

Índice

MIGUEL DE CERVANTES EN LA CREACIÓN LITERARIA FICCIONAL Y EN OTRAS ARTES

Manuel de Zequeira y Arango

Décimas [fragmentos]	1235
El fanfarrón	1236

José Jacinto Milanés

A buena hambre no hay pan duro	1237
--------------------------------	------

Juan Güell y Renté

A Miguel de Cervantes	1255
-----------------------	------

Federico Milanés

Miguel de Cervantes	1257
Sátira contra los vicios de la sociedad cubana [fragmentos]	1258

Eugenio de Arriaza

Don Quijote de la Mancha en octavas	1260
-------------------------------------	------

Anónimo

Un pancista	1295
-------------	------

Eugenio Sánchez de Fuentes

A Cervantes	1297
A los amantes de las letras que se empeñan en hallar los restos mortales de Cervantes	1302
A Cervantes	1303

Ricardo del Monte	
Cervantes y don Juan de Austria	1304
Don Quijote	1305
Sancho	1306
La idea de Cervantes	1307
El alma de Cervantes	1308
El centenario en América	1309
Cuba a Cervantes	1310
Mi ofrenda	1311
El habla de Cervantes	1312
Luisa Pérez de Zambrana	
A Cervantes	1313
José E. Triay	
Cervantes (Loa en un acto y cuatro cuadros)	1314
La última aventura	1334
Esteban Borrero Echeverría	
Don Quijote, poeta. Narración cervantesca	1338
Aventura de las hormigas [fragmentos]	1358
Enrique Hernández Miyares	
La más hermosa	1362
Sublime locura	1363
A Cervantes	1364
Emilio Bobadilla (<i>Fray Candil</i>)	
Dulcinea	1365
Sancho gobernador	1366
Rocinante	1367
Sergio Cuevas Zequeira	
Capítulo tanto que a don Juan Montalvo se le quedó en el tintero	1368
León Ichaso	
Don Quijote	1371
Sancho Panza	1372

Contraste	1373
Cervantes	1374
<hr/>	
Evelio Bernal	
Cervantes	1375
<hr/>	
Ciriaco Sos y Gautreau	
Cervantes	1376
Proclama del caballero don Quijote	1377
<hr/>	
Juan Manuel Planas	
A Cervantes	1378
<hr/>	
Guillermo de Blanck y Menocal (<i>Willy de Blanck</i>)	
Don Quijote (Libreto para una ópera, a la antigua moda, con un prólogo, tres actos y un epílogo)	1379
<hr/>	
Juan Guerra Núñez	
Don Quijote	1411
De don Quijote a Dulcinea	1412
<hr/>	
Luis Felipe Rodríguez	
Don Quijote de Hollywood (Peripetia tragicómica) [fragmentos]	1413
<hr/>	
Agustín Acosta	
Meditación sobre el Quijote	1420
<hr/>	
Nicolás Guillén	
Gustavo E.	1423
<hr/>	
José Lezama Lima	
Paradiso [fragmentos]	1425
<hr/>	
Mirta Aguirre	
Encuentro	1428
Estampa	1429
<hr/>	
Gastón Baquero	
Canciones de amor de Sancho a Teresa	1430

Eliseo Diego	
Miguel, don Miguel	1431
Restos de don Miguel de Cervantes	1432
Octavio Smith	
Del Parque de Cervantes	1433
Ezequiel Vieta	
El carnaval [fragmentos]	1435
Adolfo Martí	
Calendario de don Quijote	1437
Jesús Orta Ruiz (<i>Indio Naborí</i>)	
A dúo con Miguel de Cervantes	1439
Francisco Henríquez	
Glosa por dos redondillas	1440
Héctor Zumbado	
Don Quijote de la Cancha	1443
Juan Luis Hernández Milián	
Truco	1446
Su alta dama, don Quijote	1447
Guillermo Rodríguez Rivera	
En la Mancha	1448
Ricardo Viñalet	
El día de la ira [fragmentos]	1449
Yoel Mesa Falcón	
<i>Per aspera ad astra</i>	1453
Conclusiones	1455
Freddy Artilés	
Don Quijote del Humaya	1457

Virgilio López Lemus	
Nueva salida del ingenioso hidalgo	1481
José Prats Sariol	
Guanabo Gay [fragmentos]	1482
Raúl García Dobaño	
Don Quijote en busca de posada	1489
Raúl Hernández Novás	
Encuéntanse con don Quijote y Sancho	1497
Rafael González	
Molinos de viento [fragmentos]	1498
Antonio Gutiérrez Rodríguez	
El Quijote y yo	1501
Carlos F. Martí Brenes	
El Lezama del Quijote	1511
Carmen Hernández Peña	
Donde don Alonso y Dulcinea se querellan amorosamente	1512
Cira Andrés	
Delirio del Quijote	1514
Esther Suárez Durán	
Sancho Panza en la ínsula Barataria	1515
Roberto Méndez	
Acto inconcluso para el sueño de don Quijote	1527
Discurso a los cabreros	1529
Mayerín Bello	
La encrucijada	1530

Jorge Ángel Pérez
En La Habana no son tan elegantes 1540

Alexis Díaz-Pimienta
En un lugar de la Mancha [fragmentos] 1554

José Manuel Espino
De las sin par andanzas de Guajiriquijote
y su escudetero Calvipanazón 1618

Anónimo
Mensaje (en broma) a Cervantes 1629

ANEXOS

Relación de algunas puestas en escena
de obras de Miguel de Cervantes 1633

Relación de algunas puestas en escena de piezas
teatrales inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra 1636

Relación de algunas obras plásticas inspiradas
en Miguel de Cervantes y su obra 1638

Relación de algunas obras musicales inspiradas
en Miguel de Cervantes y su obra 1645

TESTIMONIO GRÁFICO

De los compiladores 1695

Índice general 1697



Miguel de Cervantes
en la creación literaria
ficcional y en otras artes



Manuel de Zequeira y Arango*

Décimas [fragmentos]

[...]

Cicerón y preste Juan,
Archiduques de Judea,
Riñeron con Dulcinea
Por celos de Tamorlán:
Don Quijote en Perpiñán
Tuvo a mal estos conciertos,
Y vino por los desiertos,
Con los siete griegos sabios
Desafiando los agravios,
Y enderezando los tuertos.

[...]

Viendo la Reina de Hungría
Que tan mal iba la danza,
Quiso emplear a Sancho Panza
En su gran secretaría:
Heráclito se reía
De verlo tan haragán,
Y entonces el padre Adán
Despachó con Amaltea
Ejércitos de Guinea
Para el sitio de Amsterdam.

En José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, t. I, pp. 304-306.



* Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846). Poeta y periodista.

El fanfarrón

Ciertopreciado fanfarrón un día,
De estos que andan a caza de aventuras,
Instigado por simples conjeturas,
Desfacer un entuerto discurría.

Para dar a la acción más energía
Fatigaba su mente con lecturas,
Y el héroe de la Mancha y sus locuras,
Era el norte y la estrella que le influía.

El broquel requirió, la daga afianza,
Registró sus espadas una a una,
Calose el morrión, tomó la lanza;

Y después, provocando a la fortuna,
Intrépido salió a buscar venganza.
Y al fin ¿qué sucedió? Cosa ninguna.

En José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*,
Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, t. I, p. 313.



José Jacinto Milanés*

A buena hambre no hay pan duro

Proverbio dramático

. PERSONAJES .

MIGUEL DE CERVANTES
DOÑA LEONOR, SU ESPOSA
UN DESCONOCIDO

MADRID. SIGLO XVII

. ACTO ÚNICO .

Casa pobre de Miguel de Cervantes. Es de noche.

. ESCENA I .

CERVANTES. Doña Leonor.

LEONOR. Buscad más, don Miguel, que en el bolsillo

Debéislo de tener.

CERVANTES. Pues no lo toco. (*Registrándose.*)

LEONOR. Vedlo.

(*Le muestra una moneda que le saca del bolsillo.*)

CERVANTES. Válgate el diablo por realillo,

Que voto a tal que me tuviste loco.

LEONOR. Sucio y mohoso como el real de un pillo

* José Jacinto Milanés (1814-1863). Poeta, dramaturgo y ensayista.

Está por cierto, y magullado un poco.

CERVANTES. ¡Magullado también! No es cosa extraña,
Si habrá andado el realillo media España.

(Mirando la moneda.)

¡Oh! Si aquesta moneda nos contara
Los varios dueños de su gran carrera,
De ello un libro tan sabio se formara
Que en doctrina y donaire único fuera.
Es nuevo pensamiento, y yo me holgara
Que algún discreto ingenio le escribiera;
Mas ¡cuántos hay en nuestra España ingrata
Que el hambre triste en embrión los mata!

LEONOR. Si de tan buen talante filosofas
Poco sientes el hambre.

CERVANTES. No lo creas,
Mas, como rumia el versador estrofas,
Rumio yo cada instante mil ideas.
Como el que en tiendas desenvuelve estofas
Que son varias al fin, lindas o feas,
Tal quiso Dios que mi alma discursiva
Del pensamiento en pensamiento viva.
Y a la verdad, mi plácida costilla,
Que lo agradezco a su divina alteza,
Porque cuando, la mano en la mejilla,
Pienso y repienso en mi infeliz pobreza,
Si la resignación que el cuello humilla
No le infundiera al alma fortaleza,
Y acudiese al rosario por instantes,
No sé que fuera al fin de tu Cervantes.

LEONOR. Basta, cenemos ya, que es hora de eso.
No os gastéis el espíritu en tristezas,
Que por ventura perderéis el seso.

CERVANTES. Pues yo me iré, si a enternecerte empiezas.
Dame capa y sombrero.

LEONOR. Yo confieso
Que no puedo entender vuestras rarezas.
¿No vais por pan?

CERVANTES. Sí. Voy.

LEONOR. ¡Capa y sombrero

Y está en la esquina misma el panadero!
¿Por qué no vais en cuerpo?

CERVANTES. Porque he visto
Que está la noche por extremo fría,
Y sé que de ir así, tal vez conquisto
Alguna tos que pare en pulmonía.

LEONOR. ¿Es esa la verdad?

CERVANTES. Sí, ¡vive Cristo...!
Perdona si juré, que es maña mía,
Y malas mañas el soldado medra.

LEONOR. Falso me sois, amigo Saavedra.
Andad, que yo os conozco, y el motivo
No es ese que decís.

CERVANTES. Pues di cuál sea.

LEONOR. ¿No os habéis de enojar?

CERVANTES. Nunca recibo
Enojo yo cuando franqueza vea.

LEONOR. Pues bien: tenéis un corazón altivo
Que halla tan estrechísima la idea
De presentarse a los demás sin brillo,
Como el pie de un atleta en corto grillo.
Debísteis a los cielos grande ingenio,
Y avergonzado, sí, de veros pobre,
(Y eso que ha sido celestial convenio
Que el oro falte al que talento sobre).
Por más, Miguel, que en persuadir me ingenio
A vuestro corazón que se recobre,
Nada consigo, y noto con tristura
Que es el orgullo enfermedad sin cura.
La capa que lleváis es, por si os tope
Un hidalgo tal vez, que el pan no os vea:
Que como en esta calle vive Lope
Y en opulenta casa se recrea,
Pasáis por sus umbrales a galope
Porque teméis (¡extraordinaria idea!)
Que él cuando vos paséis con pena note
Que vio sin capa al que inventó el *Quijote*.
Ahora decidme, porque no lo ignore,
Si no he acertado yo con vuestros fines.

CERVANTES. Déjame tú que enternecido llore (*Abrazándola.*)

De que también el alma me adivines,
Déjame tú que tu cordura adore,
Sin que este noble orgullo me acrimines.
¿Pues quién sin altivez, si al fin es hombre,
Buscó jamás esclarecido nombre?
A más, el mundo vano ha introducido
Que al sabio y necio el exterior confunda.
Y como mal lencero, ha consentido
En estimar las piezas por la funda.
Préciase el hombre ya por el vestido,
Y aunque el error y la ignorancia abunde,
Merced al rico traje, hallan respetos
Y hacen sus despropósitos discretos.
Esta fue la ocasión...

LEONOR. No me convence,
Miguel, vuestro sentir.

CERVANTES. Errarme pude
Pero explícame en qué.

LEONOR. Si el seso vence,
Si reina el seso aunque la suerte mude,
En vez que de ser pobre se avergüence,
Mejor será que de humildad se escude.
Lo de la encina y caña es cuento viejo,
Mas lo repetiré si estáis perplejo.

CERVANTES. No, que niño en la escuela oílo un día,
Y aunque rico lo encuentro de enseñanza
En vuestra mujeril filosofía,
Poco conocimiento se me alcanza.
El uso vil con la razón porfía;
Tener en fiel la trémula balanza
Es cuerda discreción: malo es el uso;
Mas singularizarse es otro abuso.
Dadme alguna razón casera y llana.
Que con la erudición, puesto que buena,
No siempre, amiga, el convencer se gana,
Y el gusto algunas veces lo condena.
No os agucéis la inteligencia, hermana,
Ni trabajéis con indecible pena

En estudiar la frase: hablad con calma,
Pero una cosa que me llegue al alma.
LEONOR. Yo, Miguel, no la sé. Pocas lecturas
Mis horas de ocio entretuvieron antes.
Soy corta y no entendida, y son locuras
Que lidian con los labios ignorantes.
La que solo estudió simples costuras
Con que el trabajo dulcifica instantes,
Si pretendiera convenceros fuera,
Graduándose en la aguja, bachillera.
Y por no dar en semejante yerro,
Solo os diré con deslucido estilo
Cosas pequeñas que en el alma encierro
Y solo las repaso si cavilo.
Veré si una por una desentierro
Aquestas sencilleses, y aniquilo
Vuestro orgulloso error que siempre os riño,
Y haced cuenta, Miguel, que oís a un niño.
Mirad: desde el momento en que, casada,
Fuisteis, Miguel, enteramente mío,
Viendo que con la pluma y con la espada
Vencéis en seso al que igualáis en brío,
De vuestra discreción enamorada
Os di tan sin esfuerzo mi albedrío,
Que a cada instante al cielo bendecía,
Por ser vuestra no más, de no ser mía.
Estiman las mujeres cuando niñas
Un perrillo tal vez, una pintura,
Y promoviendo sus muñecas riñas
Lloran por verlas rotas con ternura.
Crecen después, y diestras en rapiñas
Riñen por hurtos de almas con bravura;
Que como ya de sus niñeces salen,
Sabén muy bien lo que las almas valen.
Tal me pasó con vos, que al verme unida,
Débil mujer, tan ignorante y necia,
Con quien deja la España esclarecida
Y pudiera azorar a Roma y Grecia,
Me tiene a la verdad tan presumida

Que en algo ya mi espíritu me aprecia,
Pues que no ser menospreciable debo
Si título de vuestra al cabo llevo.
Y por mostrar mi corazón más franco,
Sabed más, don Miguel: y es que si noto
Que os miran por la calle, y veros manco
Causa gran novedad si no alboroto,
No me retiro ni el postigo tranco
Sin bendecir con ánimo devoto
La forastera discreción que os mira,
Que pobre os compadece, y que suspira.
En noches de San Juan, cuando salimos
Y en cada altar con los demás rezamos,
Siempre hay alguien que os mienta, siempre oímos
Elogios vuestros que a la par gozamos.
Recordad una vez que nos corrimos,
Cuando porque os llamaron nos paramos,
Y formándose un corro espeso y ancho
Loó al autor del donairoso Sancho.
Y ¿qué prueba mayor dará una idea
De que es vuestro *Quijote* un libro de oro,
Que ver que nadie hay que no le lea
Desde Noruega hasta el confín del moro?
Ni ¿qué prueba mayor, que ver que crea
Alguien del vulgo, cuyo nombre ignoro,
Que el héroe de la Mancha por más gloria,
No es ente de ficción, sino de historia?
Por último, Miguel, más me envanezco
De teneros a vos, que una corona,
Porque es placer cuando con vos padezco
Esta honrosa pobreza que os abona.
Si tan pobre vivís, me ensoberbezco.
Cuanto debió católica matrona,
Que un alma grande y santa os orna al doble,
Y esto es más que ser rico y que ser noble.

CERVANTES. Dame segundo abrazo, ente divino,
Y deja que llorando me sonría
De que tu ingenio agudo y peregrino
Luzca también para ventura mía.

Llevé por un sofisticado camino
Esta argumentación, porque quería
Ver y gozar tu discurrir bizarro,
Oro perdido en mi olvidado barro. (*La abraza.*)
Capa deajo y sombrero. (*Déjalos sobre una mesa.*)

LEONOR. ¿Y te resuelves
A ir en cuerpo?

CERVANTES. Si tal, que no es oprobio,
Y más contento voy, si a verme vuelves,
Que el mismo día en que me vi tu novio.

LEONOR. ¿Has de tardar?

CERVANTES. Ni un punto.

LEONOR. Si te envuelves
En alguna cuestión...

CERVANTES. Cortarla es obvio.

LEONOR. Sé que te olvidarás de toda Europa,
Si algún amigo tu ventura topa.

Mira que espero. Aderezar la mesa,
Ya que vas por la cena, al punto trato.

CERVANTES. Aunque mi inclinación viva y traviesa
Estima en mucho divertir el rato,
Hoy tengo el alma, amiga, portuguesa.
Hoy quiero solo amar.

LEONOR. ¡Buen aparato!
¿Siempre no me amas tú?

CERVANTES. Mas mi cariño
Hoy es cosa de Dios, si antes de un niño. (*Vanse.*)

Calle.

. E S C E N A I I .

*Un Desconocido, que entra embozado
y como atónito mirando
a todas partes con una pistola en la mano.*

Desesperación ha sido
Más temeraria que insigne
La que me saca de casa

Envuelto en intentos viles.
Mas ¿cómo sufrir podían
Mis oídos infelices
Por más tiempo aquellos ayes
Con que juntas me maldicen
Si esta pistola pusiste
(¡Compositor despiadado
De acontecimientos tristes!)
A mis ojos, en mis manos
No es mucho que ya terrible
Amenace con la muerte
Cuantos esta calle pisen.
Las ocho y media tocaron
Si mis oídos no fingen,
En la Merced y en Atocha.
La una en bajo y otra en tiple
Ambas campanas vibraron
Con tal son, que en vano hice
Por calmar el corazón
Que palpitante me oprime.
No sé si están de concierto
Porque me melancolice
Doble, mi mente azorada
Y esas campanas horribles.
Al fin sola está la calle.
La luna, casi invisible,
Porque sobre serlo nueva
Los nublados son su eclipse,
Me viene bien. Pasos oigo.
De aquella casilla humilde
Sale un hidalgo: esto es hecho.
¡Dadme fuerzas, hambre y crimen!

. E S C E N A I I I .

*Un Desconocido. Cervantes,
que sale en cuerpo, con dos panes
en la mano, de una casa pequeña
que está en la esquina.*

CERVANTES. (Pues ya la mesa adereza
Leonor, hacerla esperar
Fuera descortés tibieza.)

DESCONOCIDO. (Ya llega... voyle a asaltar;
Mas ¡ay, cielos! ¡qué vileza!) (*Pónesele delante.*)
¡Hidalgo!

CERVANTES. ¿A vuesa merced
qué se ofrece?

DESCONOCIDO. (¡Ay, cielo santo,
lástima de mí tened!
¡Honor de España, corred
Sobre mi vergüenza un manto!)
¿De aquella panadería
No salís?

CERVANTES. Aunque debía
Extrañar vuestra pregunta,
Sí salgo.

DESCONOCIDO. (¡Ay, honra difunta,
Quién os resucitaría!)
Pues no lo extrañéis, galán,
Que el pan que traéis es mío.
Dádmele. (*Hace ademán de quitárselo.*)

CERVANTES. ¿¡Vuestro mi pan!?
¿Y añadís el ademán
A tan loco desvarío?
Quitad, que esta mano sola
Vuestra osadía rechaza.

DESCONOCIDO. Ved que tengo una pistola.

CERVANTES. Eso al hombre no embaraza
Que abriga un alma española
Aunque traigáis más cañones
Que los que en Lepanto vi
Con balas y municiones,
Daréles la estima aquí
Que doy a necias razones.
Género de ratería
Nuevo y extraño, a fe mía,
Ejercéis, señor galán,
Pidiendo al que pasa el pan

Con tanta cortesanía.
Más transeúntes valientes
Puede ser que, mal sufridos,
Sepan en bravos repentés
Responder a vuestros pidos
Desparramándoos los dientes.

DESCONOCIDO. Mirad que solos estamos,
Y si por mal lo llevamos
Peor será para vos.
(¡Ay, cielos!)

CERVANTES. Dígoos, por Dios,
Que nuestro camino vamos.
Yo soy pobre, y nada puedo
Brindar a vuestra pobreza;
Conque disculpado quedo.
Yo no os temo, porque el miedo
Habita con la riqueza.
Idos pues, que mi mujer
Me espera. Esta es nuestra cena,
Esta que os queréis coger.
Si el robo os es menester,
Pegad muy enhorabuena
Con ciertos ricos sin rienda
Que trafican en Madrid,
Y porque mejor se entienda,
Robad al que os roba, id
Tras el ministro de hacienda.

DESCONOCIDO. Humor tenéis singular,
Mas para hacerle brillar
Mala ocasión escogéis.
Y vuélvoos a suplicar
Que el pan que os pido me deis.

CERVANTES. No puedo.

DESCONOCIDO. Pues yo veré
Si la pólvora os persuade.

(Amenázale con la pistola.)

CERVANTES. Veamos.

DESCONOCIDO. ¡Temblad!

CERVANTES. No sé.

DESCONOCIDO. (¡Ay, cielo santo...! ¿qué haré...?
Si vuestra voz me disuade
Con admonición secreta
Por medio de aqueste hidalgo
De que homicidio cometa,
Ya ¿con qué ventajas salgo
Si siempre el hambre me inquieta?
¡Dudoso estoy!)

CERVANTES. ¿No tiráis?

DESCONOCIDO. No, que echarme a vuestros pies
Elijo. (*Arrodíllase.*)

CERVANTES. ¿Os acobardáis?

DESCONOCIDO. El título que me dais
No me lo daréis después
Si me oís. ¿Veis la pistola
Con que os tiraba...? Aquí está.
Tiradme, y mi muerte sola
Lave vuestro agravio.

CERVANTES. ¡Hola!

Ladrón que disculpas da
De las ofensas que hizo,
Muestra que, aunque no temprano,
A la equidad satisfizo.
Decidme por Dios, hermano,
¿Sois bandolero postizo?
¿Púsoos la necesidad
En tanto aprieto?

DESCONOCIDO. Amor y ella
Labran mi infelicidad.

CERVANTES. ¡Amor entra a la mitad
También en vuestra querella!
¿Cómo entra pues?

DESCONOCIDO. Madrileño
Y con caudal no pequeño,
De buena sangre nací,
Que porque sé que le empeño
Callo el apellido aquí.
Mal regido de mi padre,
Mozo, y sin que más me cuadre

Que los vicios que cursé,
Una boda concerté
Sin gusto de él ni mi madre.
Mi esposa era poco rica.
Mi padre desheredome
Cuando el caso se publica;
Y porque la mortifica
Que estado tan bajo tome,
No me quiso visitar
Mi madre, y su triste nuera
Traspasada de pesar
Me vio amigos implorar
Sin que nadie me valiera.
Tres hijos de pocos años
Y uno de pecho, señor,
Sufren miserables daños
De los tristes desengaños
En que ha caído mi amor.
Un mal techo nos cobija
Mal contra lluvia y sereno;
Y porque todo me aflija,
Un casero, de ira lleno,
Me embarga y lo desvalija.
Si de entrañas paternas
Estáis dotado, si veis
Que horribles y duros males
Son que en mañana penséis
Cuando hoy y ayer son iguales;
Si oísteis llorar hambrientos
Vuestros hijos y una esposa
Con espantables acentos,
Pidiéndoos alguna cosa
De momentos en momentos.
Si fuisteis tal vez testigo
Del ceñudo desconsuelo
Que es contemplar, como digo,
Sordo al parecer al cielo
Y en realidad a un amigo.
¡Este es mi mal...! Ved, por Dios,

Si el pediros pan a vos
Juzgáis que es bajeza sola.

CERVANTES. No lo juzgo.

DESCONOCIDO. Esta pistola,
Alhaja que un año o dos
Usé, y después arrincono,
Hallémela entre otros hierros
Cuando, loco en mi abandono,
Con desesperado tono
Al cielo dije mil yerros.
Con ella quise pedir
Un sustento al que pasase...

CERVANTES. ¿Y en fin...?

DESCONOCIDO. ¡Aquí he de morir
(*Arrodillándose delante de Cervantes.*)

Si sin pan he de partir!

CERVANTES. ¿Tan pobre sois?

DESCONOCIDO. ¡Nunca amase! (*Llorando.*)

CERVANTES. Mas ¿no tenéis un oficio
Con que viváis?

DESCONOCIDO. ¿Cuál aprende
Ni para su beneficio,
Por más que se le reprende,
La ociosidad? ¿Cuál el vicio?
Como tan rico nací,
Los oficios repudí,
Y solo a amar aprendí.

CERVANTES. ¡Buen descuido!

DESCONOCIDO. Empobrecí,
Y como tan noble fue
Mi linaje, y lenguas locas
Toman al que es noble en bocas
Cuando advierten que trafica,
Hice diligencias pocas,
Supuesto que se critica,
Por trabajar.

CERVANTES. ¿Y qué medio,
Si no trabajáis, ponéis
Con tanto deber en medio?

DESCONOCIDO. Voy a un violento remedio,
Que es hurtarlo, como veis.

CERVANTES. ¿Y queréis con la pistola
Acreditar que sois noble?
Locura admirable y sola,
Con que es ridícula al doble
La altanería española.
Quien por noble no trabaja,
Cuando muere de miseria,
¿Tantos pundonores aja
Que da robando materia
A una fama infame y baja?
Con tantas obligaciones
¿Dudáis trabajar, hidalgo,
Cuando necias opiniones
(Si acaso valen en algo
Pues que son conversaciones)
Afirman al que es discreto
En el amor del trabajo?
Si vago andáis en efecto
(Y el que es vago anda sujeto
A algún pensamiento bajo)
¿Cómo daréis la comida
A esa mujer y esos niños?
Muy poco estimáis su vida.

DESCONOCIDO. Confieso que mis cariños
Tienen la senda perdida.
Confieso sin embarazo
Que soy necio, que me enlazo
En nuevas dificultades
Me ponen al cuello un lazo;
Que allá en lo futuro ignoro
A quien suplico y reclamo;
Que me desespero y lloro;
Mas sé que a mis hijos amo
Y que a mi mujer adoro.
El pan que a vuesa merced
Pido, si no lo consigo,
¡Mis palabras atended!

Hará que me dé un castigo
A mí mismo.

CERVANTES. ¡Detened...! (*Se lo da.*)

Tomad el pan: véislo aquí.
Comprábalo para mí,
Porque cenar pretendía,
Que por ser la noche fría
Buen apetito sentí.
Mas no quiera Dios que yo
Tan necio o tan duro sea,
Que sepa que os maltrató
El hambre pálida y fea
Que a veces me visitó,
Sin que os alargue la mano
Cuando otros se desentienden
Que llevan nombre cristiano.
Siempre dos pobres es llano
Que se apiadan y se entienden
Mejor.

DESCONOCIDO. Para bendeciros
No encuentro palabras yo,
Si no llantos y suspiros.

CERVANTES. Quien ese pan alcanzó
No tiene más que pedir.

DESCONOCIDO. Pues yo os pido que en señal
De mi desacierto, hidalgo,
Guardéis esta arma fatal. (*Dale la pistola.*)

CERVANTES. Sí, dadla.

DESCONOCIDO. Tan poco valgo,
Que solo soy liberal
De mortíferos regalos.

CERVANTES. Callad, que no son tan malos,
Y vale más que yo guarde
La pistola.

DESCONOCIDO. Antes que tarde,
Y apresurando intervalos
Salga mi mujer tras mí,
Quiero partir.

CERVANTES. Id con Dios.

DESCONOCIDO. Mas al partirme de aquí,

¿Quién sois, hidalgo? Decid.

CERVANTES. Soy un pobre como vos. (*Vanse.*)

Interior de la casa de Cervantes como en la escena primera.

. E S C E N A I V .

CERVANTES. Doña Leonor

LEONOR. Decidme: ¿qué habéis perdido,

Don Miguel, galán al uso,

Con ir en cuerpo a la tienda?

CERVANTES. Nada por cierto, y seguro

Que por haber ido en cuerpo

Tuve un rato de gran gusto.

LEONOR. Pero el pan...

CERVANTES. No hay que esperarlo.

(Pónese las manos a la espalda como escondiendo la pistola.)

LEONOR. Vamos. Lo tenéis oculto

Para burlaros. Pues ved

Que la mesa adorno y pulo

Con mantel limpio y con flores,

De las que me da en tributo

Mi huertecillo, por daros

Cena perfumada a gusto.

(Va a tomar lo que Cervantes esconde en la espalda y él la contiene.)

¡Oh! ¿Queréis jugar conmigo?

¿Qué escondéis, si he visto el bulto?

Dadme lo que da la vida.

CERVANTES. ¡Tomad... lo que da el sepulcro!

(Dándole la pistola.)

LEONOR. ¡Ay...! ¡Una pistola!

CERVANTES. Y esta

Me da contento tan sumo

Que ya por nada la trueco.

LEONOR. Pero el pan... sois hombre agudo,

Y sin duda andáis de fiesta:

Chanzas prevenís astuto,

Pues mientras el pan viniera,

Cervantes, me constituyo
A enseñaros la mesilla
Ornada de pobre lujo.
Y dos mendrugos, por cierto,
Que ayer sobraron, y hoy duros,
Si no descomponen dientes
Cansan quijadas, yo juzgo
Que podremos despreciarlos
Teniendo cena.

CERVANTES. Recuso

Tanta esplendidez, Leonor.
¿A dónde están los mendrugos?

LEONOR. Pero el pan...

CERVANTES. ¡Leonor amiga,

No siempre este cuerpo injusto,
Siervo del alma, en nosotros
Ha de mandar absoluto.
Menester será que al alma
Demos también, como es justo,
Su sustento.

LEONOR. ¿Pues qué come ella?

CERVANTES. Susténtanla mucho

Lágrimas caritativas
Que le dan temple robusto.
Contarete por extenso,
Mientras sacas los mendrugos,
La historia de nuestros panes,
Y por apéndice junto
Lo que atañe a la pistola.

LEONOR. Escucharéla con gusto;

Mas si comiendo la cuentas,
Son los mendrugos tan bruscos
Que ya temo interrupciones.

CERVANTES. Tanto apetito conduzco,
Que aunque piedra misma sean
Con ellos no capitulo.

LEONOR. Pues ven a la mesa.

CERVANTES. Vamos;

Porque si el hambre que sufro

Nace de amor, es buen hambre,
Y a buena hambre no hay pan duro.

FIN

Obras completas, Biblioteca Básica de Autores Cubanos, Consejo Nacional
de Cultura, La Habana, 1963, t. I, pp. 235-258.



Juan Güell y Renté*

A Miguel de Cervantes

Encarcelado entre rejas,
Al sol y la lluvia expuesto,
De bizarro continente
Y en traje de caballero,
De Madrid en una plaza
Vese un hidalgo manchego,
Con mirar tan altivoso,
Que vive Dios que el Infierno
A su mirada temblara.
Ese hidalgo manco y viejo
Que encierra un mundo su historia,
Vistió un arnés de guerrero,
Fue soldado, y de su lanza
Era temido el encuentro.
En su frente descarnada
Lleva de desgracia el sello;
Mas no el hidalgo creyera,
Magüer su destino adverso,
Que aun más allá de la muerte
La injusta saña del cielo,
Al coronarlo de gloria,
Le diera en vez de sosiego
Grillos, miseria y cerrojos,
De sus virtudes en premio.
Mas en prisión, reja o cárcel,

* Juan Güell y Renté (1815-1875). Poeta y periodista.

(Que poco importa a mi intento)
Yazga el sol de su fortuna,
Que le basta al universo,
El nombre de buen soldado,
Honor y prez de su tiempo.
Con arrogante apostura
Alza la frente soberbio
Más allá del sol que oculta
En la tarde el rayo trémulo.
Al ver la luz de sus ojos
Y su semblante sereno,
Y la calva que lo adorna,
Clara señal del talento,
Parece que desafía
Su mal destino altanero.
Llamolo el siglo Cervantes,
Y él con atrevido aliento
Abortó un libro coloso,
Soldado y poeta a un tiempo,
Con que dio la gloria al mundo
Y a la España, un monumento.

Poesías,
Oficina del *Faro Industrial*, La Habana, 1843, pp. 161-163.



Federico Milanés*

Miguel de Cervantes

Héroe sin galardón, al numen santo
de su patria y su ley, por doble hazaña,
con mano insigne el genio honró en España,
con sangre un brazo invalidó en Lepanto.
Las mazmorras de Argel, con débil llanto
no humedeció; –rió a la alarbe saña,
y libre al fin, esquivada halló y extraña
la tierra paternal que amaba tanto.
Precursor de otra edad, de otro destino
para la humanidad, pintor profundo,
mostró de la razón llano el camino.
Y un negro pan y un pobre albergue inmundo
le dio su patria. ¡Espíritu divino
que se vengó regocijando al mundo!

El Pensamiento, n.º 2,
Matanzas, 31 de agosto, 1879, p. 31.



* Federico Milanés (1815-1890). Poeta, dramaturgo y periodista.

Sátira contra los vicios de la sociedad cubana [fragmentos]

[...]

Mundo gruñón y mundo descreído
Que acusa al que anda en coche, de tunante,
Y al que camina a pie, de pan perdido.

Dices que de él no dudas un instante
Cuán fácil es que a más de un buen deseo
Lo ponga a cabalgar en Rocinante.

Y lo revista de un grotesco arreo,
Y a cada acción que comprenda meritoria
Le ordena incontinenti un vapuleo.

Pero afirmas que tienes a más gloria
Sufrir como el manchego progresista
Que Cide Hamete retrató en su historia,

Que de los Sanchos aumentar la lista;
Conservadores gordos y sanotes
A quienes un buen plato los conquista,

¿Conque seremos Sanchos o Quijotes
en tu opinión, cuantos la edad pasemos
que antes se adoctrinaba con azotes?

Entonces dicen bien: no disputemos.
Si entre dos polos elegir te grada,
A uno estamos los dos de esos extremos.

Si armado no de lanza ni celada,
Sino con la razón y con la pluma
Quieres ver la justicia entronizada;

Si un periodista malandrín te abruma,
Porque engañar mil inocentes
La conciencia jamás sus onzas suma;

Si encontraste vestiglos y serpientes
En los renglones de un papel impreso
Haciendo mal a las honradas gentes;

Si a un gigante en dinero, si no en peso,
Viste hacer cuatrocientas villanías
Valido de su título de Creso;

Si ves a la virtud todos los días
Gemir oculta, y en escena el vicio
Entonarle burlescas letanías;

Tienes mucha razón: salte de quicio;
Enarbola el tremendo varapalo,
Y pon tu indignación en ejercicio.

No ambicionando honores ni regalo
Para tu vida; y por la guerra justa
No temiendo pasar un rato malo,

Digo que tu intención, aunque me asusta
Porque te puede encanecer, Modesto,
Tiene un viso de heroica que me gusta.

[...]

En José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*,
Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, t. II, pp. 394-395.



Eugenio de Arriaza*

Don Quijote de la Mancha en octavas

Canto primero

Argumento

Don Alonso adoptando el pensamiento
De leer los romances caballeros,
Se convierte de gozo en un momento
En jefe de adalides altaneros.
Sale al campo a buscar a todo evento
Los fuertes e impertérritos guerreros;
A todos reta, a Dulcinea proclama
Cual la más bella y más ilustre dama.

I
Yo no soy ni poeta, ni cantante,
Ni cultivo de Apolo los sonidos,
Y suplico al lector me mire amante
Aplausos prodigando enaltecidos;
No por ansias de lauros como el Dante,
Sino por halagarme los oídos,
Y que el ocio en trabajo convirtiendo,
La tristeza consiga, salga huyendo.

* Eugenio de Arriaza (?). Abogado, poeta y ensayista.

II

El singular ingenio es el que canto
De un cortés y atrevido caballero;
De memoria eternal y dulce encanto,
Orgullo y prez de nuestro suelo ibero:
La fortuna cruel llena de espanto,
Lo arrojó despiadada en el sendero
De tiránico amor, y el infeliz
Dobló paciente su fatal cerviz.

III

Reciba, pues, mi patria agradecida,
Esta historia sin mérito y liviana,
Y puesto que la doy por admitida,
Cómprela de tropel toda La Habana.
Yo la ofrezco cual ella es concebida,
Y sin ser tocador ni de campana,
Conseguiré el renombre placentero
De buen poeta el último habanero.

IV

Del alto caballero don Quijote,
También de su escudero Sancho Panza
Voy a escribir la historia, y aunque zote
Parezca aquel, si por acaso alcanza
Mi musa sus hazañas en un trote
A presentar, como el ingenio avanza
De un Quijote cual yo, sin gran magín,
Veréis cuando lleguemos a su fin.

V

Hablaré de castillos encantados,
Hablaré de gigantes portentosos,
De enanos como hormigas, afamados,
Efecto de los mágicos famosos;
Si no en versos pulidos y rimados
Como nuestros poetas más gloriosos,
Al menos en idioma conocido
Y en consonante asaz muy bien medido.

VI

A cantaros me atrevo las batallas,
Las contiendas terribles y reñidas
De un campeón que tiene con canallas,
Atended, os suplico: agradecidas
Las musas me serán, y, si son fallas,
Por mis duelos caerán pronto vencidas,
Y castillos, guerreros y gigantes
Verán con estupor los circunstantes.

VII

Ellos figurarán por mí contados
En esta historia rara y placentera,
Como si por el mundo no admirados
Hayan sido tan solo friolera,
Y en cerebros tranquilos presentados
Con ilusión fantástica y ligera;
Los haré ver con tino y tanto juicio
Que lo ha de confesar hasta un novicio.

VIII

No hallaréis a este héroe invencible,
Pues me parece error imperdonable,
Y a ninguno podrá hacerse creíble,
Que un hombre llegue a ser invulnerable;
Puesto que ante la armada más terrible,
O un ejército firme, incontrastable,
No podría resistir paladín fuerte
Sin quedar de sus fuerzas casi inerte.

IX

Mas si por un acaso nuestro Errante
A retar se humillase a algún barbero,
O a tomar un molino por gigante
Saliendo en la contienda prisionero;
No os deba parecer extravagante,
Ni tenerle por poco caballero;
Porque habéis de saber que aquesta historia
Es la de un loco, digno de memoria.

X

Tal vez suceda que algún genio crítico,
En tales desafueros, poco práctico,
Y aun de pensamiento algo estético,
La bilis le hervirá dentro el hepático;
Y asestando a mi pecho dardo escítico,
Y declamando con estilo enfático
Pregone la razón en tono ético;
Mas yo responderé: No soy patético.

XI

Y muy más bien con musa juguetona
Fastidiaré a las gentes sin provecho,
Añadiendo con risa asaz burlona,
Esperando que el tiempo nos dé afrecho:
«Que la edad juvenil es retozona,
Y que a la senectud todo va estrecho».
Entonces, cantaré cosas mejores;
Entretanto escuchad, caros lectores.

XII

En la Mancha me dicen que vivía
Un labrador de singular talento;
Y en efecto, tan cierto lo tenía
Que de armas contaba más de ciento;
Yelmo, escudo, broquel, lanza lucía,
Y otras cosas de útil armamento,
Un perro flaco que expirar se ve,
Y un rocín que no puede estar de pie.

XIII

Frugal en el comer, vestir sencillo,
Sufría buenas vigiliass de contino,
Sin gastar otra cosa el pobrecillo
Que tal o cual presente de un vecino.
Alguna vez asaba un lechoncillo
Que era hueso no más, y a lo que atino,
El resto de los días de la semana
Chupaba el hueso de una vaca anciana.

XIV

Vestía de gruesa tela, aunque gastada
Y limpia a lo exterior; mas allá dentro
Notárase no ser muy aseada,
Igual en el verano y el invierno.
La seda, así decía, es muy pesada,
Caminando produce un ruido eterno;
De modo que aunque sea moda francesa
Prefiero componerme yo a la inglesa.

XV

Como que no era rico, ni orgulloso
Para querer lucir abiertamente,
Su corto haber le hacía vergonzoso,
Y pasaba su vida honestamente.
Esto quiere decir que el pobre mozo
Gustaba de vivir cómodamente
Para tener salud y un alma pura,
Si bien pálido y flaco en la figura.

XVI

Si no he leído mal ochenta veces,
Cincuenta y dos contaba haber vivido,
Y la caza apuraba hasta las heces
Allá en su juventud; mas ya afligido,
Levantaba al Señor humildes preces;
Pero esto es poco o nada divertido.
Dio punto a su gimnástico ejercicio,
Se entregó a los romances, perdió el juicio.

XVII

Era de humano y recto corazón,
Afable, agradecido y complaciente,
Defendía sus principios en razón
Sin ser por la justicia indiferente.
Amena y fácil su conversación,
Agudo en el decir, e inteligente,
Y aunque tozudo, grave y sentencioso
Mostrábasele al pueblo cariñoso.

XVIII

En su casa vivía una sobrina
De apenas veinte abriles; era bella,
Y una criada ocupada en la cocina
Que a nadie le ocurrió si era doncella;
Pudiendo disputar en sarracina,
Sin encontrar tal vez otra que aquella,
Que libertó de fuertes tentaciones
A la orden de los Pablos e Hilariones.

XIX

Tranquilo en sus penates existía
don Alonso durante todo el año,
Sin contar lo que acaso le ocurría
En sufrir por alguno cierto engaño;
Y no obstante gozara de alegría
Minándole a su fastidio el fiero daño,
Así pasaba muy contento el día
Leyendo libros de caballería.

XX

Acabado el yantar, se procuraba
Un libro de esos y a leer volvía,
Y leyéndole así se embriagaba
Sin acordarse que cenar tenía.
A veces en la cama se abrigaba,
Y pasaba leyendo hasta otro día;
Ni recuerda la caza y abismado
En aquella lectura está arrobado.

XXI

Encontraba en librajos tan famosos,
Dotados de ochocientas tonterías,
Arrojos muy insignes y donosos
Que cualquiera llamara fechorías,
Y sabidos que fueran fabulosos
No le dieran sabrosas alegrías,
Sin cambiar la instrucción de sus lecturas
Por prócer en actual legislatura.

XXII

En un cierto pasaje se detiene
Absorto de estupor, y maravilla
El singular prestigio que se obtiene
En pelear con valor y sin mancilla
Contra un gigante, que de altura tiene
Cuatro tantos tal vez que él de su silla.
Figurándose ya muy bien armado
De andante caballero enamorado.

XXIII

¡Qué bello sería ver, así exclamaba,
A un paladín en su corcel brioso
Que a un solo golpe de revés mataba
A un montón de gigantes, animoso!
¡O cómo ya tendidos los dejaba
En combate cruel de armas forzoso!
Y sin volver el paladín su huella
Los arroja en tropel y los degüella.

XXIV

Otro, puesta la lanza entre la caja,
Hace botar a tierra algún guerrero,
Y con fuerza mayor aquel lo estruja
Arrojándose encima audaz y fiero;
Mas sacando el puñal presto le empuja
Atravesando el pecho al altanero,
Que no pudiendo más rueda por tierra
Y en vano a combatir saldrá a la guerra.

XXV

Otra escena mejor se le presenta
Siguiendo el hilo de lectura amena,
Y es la de un campeón que no paventa
Por guerrear contra feroz ballena.
A otro que por el aire ve que intenta
Pasear como si fuese por la arena,
Y tal gozo interior Alonso siente
Que todo se le anuncia de presente.

XXVI

Mas leyendo sandeces todo el día
La cabeza de modo va perdiendo,
Que con visible muestra enloquecía,
Y todo ad pedem literae creyendo.
Si alguno que eran farsas le decía,
Se exaltaba con aire tan tremendo,
Que no se diera por contrariado
Si leyese que un burro había volado.

XXVII

Y si alguno queriendo divertirse
Se oponía a sus ideas estafalarias,
O el barbero empezaba a sonreírse,
O el cura con arengas calendarias
Convencerle trataba sin reírse,
Usaba de palabras ordinarias,
Y con voces y grandes insolencias
Concluían así tales pendencias.

XXVIII

El que influía más y más en su locura
Era uno de los malvados estudiantes
Que del mismo demonio fuera hechura,
Y aparentaba creerlo por instantes;
Dándole al zagalón la diablura
De mostrar su pasión por los gigantes,
Admirando tan solo en la apariencia
Lo que quiso llamar justa creencia.

XXIX

¡Oh, placer detestable, aborrecido,
Propio solo de gente mal criada,
O de un chico que vive divertido
En sacar ilusión de lo que es nada;
En vez de averiguar en lo advertido
El modo de tratarse tal niñada,
Entusiasma el ardor de un pobre loco
Llegando ya a ser mucho lo que es poco!

XXX

Y aunque tuviere aquel su sentimiento
Por la farsa que usare en tales casos,
No le valdrá tardío arrepentimiento
Corridos ya sus juveniles pasos;
Porque a veces he oído más de ciento,
Que aquel que al loco pone embarazos
Antes que deje su mortal despojo,
O le vuelven loco a él, o pierde un ojo.

XXXI

En tanto, nuestro héroe llega a punto
Leyendo sin cesar tantas sandeces,
De querer convertirse en un trasunto
De lo que había leído tantas veces,
Y dejando al amigo, a su conjunto,
A los caros penates e intereses,
Se decide, ¡oh, capricho extravagante!,
En convertirse en caballero andante.

XXXII

Alonso se llamaba, el apellido
De su familia era el de Quijano;
Mas gustando de verlo traducido
En nombre altisonante y soberano,
Que llegase a tener otro sentido
Porque aquel no lo encontraba nada sano,
Pensando y más pensando el monigote,
Decidió bautizarse don Quijote.

XXXIII

Decidida por fin aquella idea,
Se dirige a un desván donde guardaba
El émulo futuro de un Enea
Los aprestos de guerra, y preparaba
Sacarlos del sepulcro (Dulcinea,
A quien no conocéis, así llamaba
A tan sucio lugar), para limpiarlos
Y en su propio aposento registrarlos.

XXXIV

Con pómez, bermellón y con aceite
Los limpia del hollín y humedad vieja,
Después los encasqueta y sin afeite
A desfacer entuertos se apareja.
Toma un espejo, crece su deleite
Al ver delante su sin par pareja,
Y como si probase un maleficio
Acaba de perder Quijote el juicio.

XXXV

La criada que escucha el ruido extraño
De las aherrojadas, limpias armas,
Se acerca muy despacio y con amaño
Llena de sobresaltos y de alarmas,
Al aposento del simplón tacaño;
Lector, a la mujer no la desarmas
De la curiosidad, cosa es segura,
Pues esta se pegó a la cerradura.

XXXVI

Y como vio a su amo en tal aspecto
Pareciole fantasma, o bien quimera,
Produciendo a sus ojos el efecto
De ilusión lo que solo verdad era.
Volvió presto a aguaitar, y miró recto
A su señor vestido a la guerrera,
Que delante el espejo vueltas daba,
Y una espada en la mano fulminaba.

XXXVII

Y cual suele tramposo algún deudor
Espantarse al mirar un alguacil,
Correr medroso y lleno de estupor
A esconderse en algún chiribitil,
Y ya viendo delante al acreedor
Buscar una disculpa muy sutil;
Del mismo modo la criada había
Con la sobrina puéstose de espía.

XXXVIII

Y sabedora aquesta del suceso
Solicita aguaitaba al viejo tío,
Disputando las dos con mucho exceso
El ponerse a admirar su poderío,
Sin pensar que la pérdida del seso
Era la causa del pujante brío
Que observaran las dos, y que a porfía
Trataban de mirar cuál más podía.

XXXIX

Mas temiendo no fueran sorprendidas
Por investigación tan oficiosa,
Y en disputas llegar a ser oídas,
Retíranse de allí cual más medrosa;
Y sin ser por ninguno percibidas,
Se reservan hacer más digna cosa;
Y ya con aflicción o bien con risa
Explicaban de Alonso aquella guisa.

XL

Pues al mirar la ropa tan extraña
Y haciendo pantomimas de payaso,
No saben si tenerle en fiera saña,
O solo que de risa fuese el caso;
Si bien reflexionando en la calaña,
Aunque de buen talento no era escaso,
A un padre de familia convertido
Llorábanle por hombre sin sentido.

XLI

Pero dejando a ambas entre dudas
Y cual les plazca estar, que nada importa,
Y dilatando las ideas desnudas
Con más observación, a ciencia corta
Sobre lo cierto, con el fin que acudas
¡Oh, lector! tu atención ya bien absorta,
Seguiremos del héroe aquesta historia,
A la verdad muy digna de memoria.

XLII

Después de haber probado don Quijote
El temple de sus armas aceradas,
Las guardó en un arcón, y en el cogote,
Sorprendiéndole ideas enamoradas,
Que en otro tiempo cuando andaba a trote
Tuvo en su corazón muy recatadas,
Llegó a ser entre todas preferida
Una que en el Toboso fue nacida.

XLIII

Gorda, sanota y de color muy rojo,
Aunque muy pequeñita era la moza,
Sin que jamás probara el sonrojo
De una declaración hecha en su choza;
Porque a nuestro Quijote daba enojo,
Y al corazón la rabia le destroza
Pensar que exista un hombre tan malvado
Que quiera a una mujer por ese lado.

XLIV

Empero no dejaba el longobardo
De a Epicuro seguir en la demencia
Solo que de Cupido el fiero dardo
No le hacía sentir concupiscencia;
Pues prefiere que el tiempo a paso tardo
Logre vencer de amor la resistencia;
Que aquel que empieza amando con gran furia
Se queda sin amor y sin lujuria.

XLV

¿Y lo habéis de creer? Nuestro adalid,
Que jamás declarara su pasión,
Era fuerte de amores en la lid,
Muy generoso y fiel de corazón.
Y si hemos de explicarnos sin ardid,
Haciendo seca justicia a la razón,
El caballero andante en todo un año
Pasó las abstinencias de ermitaño.

XLVI

De ermitaño, repito, y lo aseguro;
Pero aquel ermitaño del poeta
Que a Angélica guardó dentro del muro
Sin dejarse ella ver ni con careta;
Aunque el impúdico amor, me lo figuro,
Inventó con talento alguna treta
Porque... no me atrevo este velo a descorrer
En el poema ¡oh, lector! lo podrás ver.

XLVII

Que yo no quiero referir tal cosa
Porque estoy obligado a ser muy breve,
Y porque siendo un poco escandalosa
Mi musa a publicarlo no se atreve.
Sus mejillas se tiñen cual la rosa,
Se le enfrían las manos como nieve,
Baja los ojos, túrbase la idea,
Al estampar una palabra fea.

XLVIII

Hablemos de una historia, que ha leído
don Quijote, que con fervor aclama
Todo buen caballero agradecido
El nombre de una bella y noble dama.
Y él sin reflexionar la que ha elegido,
Ni tampoco saber si ella lo ama,
Con afecto tiernísimo y sincero
Hácese de una dama, caballero.

XLIX

Decretado que fue la fermosura
Que habría de invocar en sus marañas,
Resta solo saber con gran premura
El nombre que le diera en sus patrañas;
Y puesto que sabéis la donosura,
El talento y donaire de sus mañas,
Sin otro paso más, diré aquí mismo
Que Aldonza fue su nombre de bautismo.

L

Mas como nombre tal fuese ordinario;
Al caballero le ocurrió una idea
De llamarla de un modo estrafalario
Como el de, verbi gracia, Dulcinea;
Que aunque no se haya visto en calendario
Ni en nada venga bien con Citerea,
Todo lo allana, todo lo traspasa
Por el afán de abandonar su casa.

LI

Era en tiempo que el Astro luminoso
De Aries calentaba las espaldas,
Y que aun al caballo más brioso
Fácilmente lo doman las de faldas,
No era el tiempo, por cierto, muy hermoso
Pues al campo no cubren esmeraldas,
Y si aquí el consonante es el que ahondas,
Dime si tiene tantos como en ondas.

LII

Cuando nuestro campeón con fiero encono
A sus glorias dejando en el olvido
Vuelva a tomar de quieta vida el tono
Y despierte del sueño que ha tenido,
Abdicando el severo desentono
En que la caballería le ha sumergido,
Y gozando los placeres celestiales
De sus hijos y esposa angelicales.

LIII

¿No cantará un Homero sus proezas
Como cantó de Aquiles los furores?
¿O un Marón olvidando las empresas
De Eneas y sus más fuertes terrores,
Ya que odas se hallan ahora impresas
En honor de los que han causado horrores,
No cantará el valor tan sin segundo
Que don Quijote ostentará en el mundo?

LIV

Nada de eso ocurre al de la Mancha,
Poca importancia ante sus ojos tiene,
Y no otra cosa su locura ensancha
Que ver los lauros que en la guerra obtiene;
Y en su valor y en su virtud sin mancha
Fundó el lustre mayor que al hombre adviene:
Yo alcanzaré, decía, de mejor suerte
Fama inmortal al encontrar la muerte.

LV

Hablando así, corría desatinado
Con la espada, la lanza y la rodela,
Y por grados hallándose animado
Parecía un muchacho de la escuela,
Cuando se cree de veras un soldado
Y le toca el tambor su anciana abuela;
Así resuelve desfacer entuertos
A los ricos, los pobres y aun los muertos.

LVI

Y como ya se hiciera muy oscuro
Pensando en tal fatal resolución,
Determinó acostarse, aunque era duro
A quien sentía tan voraz pasión,
Resolverse a quedar dentro de un muro.
Perdiendo por momentos la ocasión;
De modo que pasó tan cruel desvelo
Que no cesaba de observar el cielo.

LVII

Y apenas empezó a salir la aurora
Alumbrando el dios Febo en el oriente,
Salta del lecho, y antes de una hora
Se convierte en guerrero armipotente.
Corre a ver su rocín, que no labora,
Ni tampoco llegar a su amo siente;
Porque era tal su ayuno y su flaqueza,
Que ni aun acierta a levantar cabeza.

LVIII

Lo toca, lo acaricia asaz gustoso,
Pensando el nombre que haya de ponerle,
Y por más que trataba algo afanoso
De encontrar el que ha de concederle,
No le suena ninguno más hermoso
Ni que mejor tampoco pueda hacerle,
Que el expresivo, dulce, altisonante
Que sale de rocín, y es Rocinante.

LIX

Hecho esto, en el rocín alegre monta,
Porque traer a alguno grave daño
Su detención hará: todo lo afronta,
Por hacer bien aun usa del engaño.
Ambos a dos en esta empresa tonta
Se entienden y se tratan con amaño;
Es decir, Rocinante y caballero,
Pues de los dos ninguno es el primero.

LX

Ya atravesado habían con paso incierto
Muchos malos senderos desusados,
Y nuestro caballero medio muerto
Arreglaba conceptos bien rimados
Por obsequio al objeto de su entuerto,
Como acostumbran los enamorados;
Puesto que entre las dotes que tenía
No le iba en zaga la de poesía.

LXI

He aquí, dijo, que me encuentro a punto
De vencer a los bravos, o morir,
Y tan solo por ti seré difunto,
Tales cosas amor hace sufrir.
Así te probaré, siendo tu adjunto,
Que imposibles por ti sabré cumplir,
Y que eres, Dulcinea, tan bien amada,
Que lo defenderé con esta espada.

LXII

¡Ah, del entero pueblo de Levante,
Del Poniente, del Sur, de Setentrión!
Venga a mí un malandrín, y en el instante
Le haré poner corriendo en confesión:
Que la señora de mi alma amante,
Entre todas de la última región
Es bella cual ninguna, o bien, canalla,
Os reto a singular, atroz batalla.

LXIII

Que si de otra el semblante fuese bello,
Yo declaro, y sea voto universal,
Que el suyo es el más bello de lo bello
Y que no reconoce otro rival.
¡Ah! si se atreve alguno en un cabello
A tocarla, que venga el tal por cual,
Y le haré arrepentir en un momento
De tan loco y brutal atrevimiento.

LXIV

¡Oh, Dios mío! que el pobre en su contento
Una idea su magín atravesó,
Que de mortal angustia y descontento
En un profundo abismo anonadó;
Y soltando la rienda a su lamento
En medio del desierto se paró,
La cabeza en el pecho sumergida,
Pues no tenía donde pedir guarida.

LXV

También llegó a pensar que si no era
Armado caballero, no podría,
Según ley invariable y muy severa
Pelear con otro hombre en bizarría;
Mas volviendo al fin la ida primera,
Su rostro ya expresaba la alegría;
Pues teniendo un encuentro deseado,
En él podría salir muy bien armado.

LXVI

¿Y qué no encontraré, así pensaba,
Un castillo cualquiera o fortaleza,
Cuyo señor, pues que en su honor fiaba,
Me arme caballero con presteza?
No seré yo el primero en que se daba
Semejante ejemplar de la llaneza,
Y con estas razones que se hace
Deja el corcel estar donde le place.

LXVII

Ya a extender empezaba su gran vuelo
La noche por aquella grande esfera,
Y mostraba su sombra el dios de Delo
Por servir a otro mundo de lumbrera:
Descubría tan solo el alto cielo
Alguna estrella lúcida y ligera,
Y callaban los dulces pajarillos
Porque a su vez cantasen los cuclillos.

LXVIII

Sin que pensando hubiese instante alguno
En adquirir más fuerzas y aun aliento,
Y yo me admiro que con tal ayuno
No muriese de torpe desaliento;
Mas preciso es decir que cual ninguno
Rocinante debió de hallarse hambriento;
Con todo, aprovechose en el camino
Mientras que don Quijote está mohíno.

LXIX

Y como yo no quiero que en mi afán
Me suceda lo mismo si me apuro,
Y como los lectores estarán
Cansados como yo, les aseguro,
Necesito de aliento en este plan
Si he de darle la cima que ya auguro;
En mis fuerzas tan solo yo confío,
Dejádmelas tomar con mayor brío.

Fin del canto primero

Canto segundo

Argumento

A don Quijote acoge un posadero,
De un modo asaz cortés y complaciente,
Vela sus armas, y se muestra fiero
Contra el follón, el ruin, el insolente.
Hace que le arme aquel de caballero,
Según usanza de la antigua gente,
Y saludando de manera atenta
Deja al fin satisfecho aquella venta.

I
Feliz podía creerse ciertamente
Quien en tiempo vivió del campeón;
Pues la tristeza con dolor potente
Penetrar no debió su corazón,
Y que para vivir alegremente
Bastaba estar con él en relación;
Pudiéndose morir uno de risa
Más que si viera a un burro con camisa.

II
¿Y por qué tal ventaja no tenemos?
Las noticias aun todas existen;
Pues de aquellos placeres disfrutemos,
Y no más nuestras penas nos acristen;
Ya que en estas octavas que leemos
Con verdad y con gracia nos las visten;
Ya que en tantos idiomas se presentan
Sin saber sus autores lo que inventan.

III
Lo que no ha de intentarse ya buscar
Es que vuelva otra vez a aqueste mundo
Y tratemos su historia presentar,
Sin estilo elevado, audaz, profundo:
El ripio de lo bello separar,

Sin hacerlo pesado y nauseabundo;
Como a algunos autores ha pasado
Haciendo de esta historia infiel traslado.

IV

Yo que de esos autores no he sabido,
Bien de la Italia, bien de los de Francia,
Lo que de esta historia han comprendido,
Aunque he oído decir sin petulancia
Que en Alemania sí le han entendido
Y han penetrado bien en la sustancia,
Me atengo, ¡oh! lector, si no te arredra
A Miguel de Cervantes Saavedra.

V

Solo que donde lo encuentro machacón
O donde yo no alcance a descifrarlo,
Antes que incurrir pueda en un borrón,
Prefiero ni siquiera mencionarlo:
Ítem confieso, elijo la invención
De algunas cosas, ¿para qué negarlo?
Antes es de apreciarse mi verdad,
Pues darse debe al poeta libertad.

VI

Esto lo digo, no porque pretenda
Consignar menor gloria al español;
Pues nadie podrá haber que no comprenda
Que es su luz tan brillante como el sol.
Lo digo por si hubiere quien entienda
Que al texto yo le quite su arrebol,
Y porque creo y en ello me confío
Que al fin llegaré a ser pittore anch'io.

VII

Mas con tanta protesta estoy pensando
Cómo anudar el hilo de la historia,
Al caballero le dejamos, cuando
Girando su cabeza, como noria,

Se encontró sin posada y errando
Había pasado el día: hago memoria
De haberos dicho que era tal su estado,
Que se hallaba con hambre y fatigado.

VIII

Como su fantasía está exaltada
A un extremo infeliz y miserable,
No había divisado una posada
Que la creyó castillo formidable;
Y pensando en la idea contrariada
De armarse a la manera más notable,
Latíale en su pecho el corazón
Al ver se presentaba la ocasión.

IX

Dio la casualidad que en el instante,
Un pastor se encontraba caminando,
Que para recoger su grey errante
Un gran cuerno en la boca iba sonando;
Y pareció a su vista extravagante
A la vez que quedara así admirado,
Que de la torre el guardián enano
De su llegada avisa al castellano.

X

Y a deshora de la noche levantase
La gente que habitaba aquella roca;
A príncipes y a damas anunciase
Con descortés, urbanidad no poca,
Para que del castillo allí bajase
El castellano, que a su oficio toca,
Con escuderos puestos en dos alas,
Cargados con libreas y con galas.

XI

Reparando que todo estaba oscuro
Y que nadie salía del castillo,
Dijo entre sí: Afirmo y asegurado

Que el castellano acaso es jovencillo;
Y en este pensamiento más seguro,
Se bajó del corcel, tocó el martillo,
De par en par abriose el portalón.
Mostrose un posadero barrigón.

XII

Pero antes que este abriera, habían corrido
Dos muchachas de espíritu, advertidas,
Y aunque ninguna aun tiene marido
Son doncellas... a la madre parecidas,
Va una a servir al huésped que ha venido,
La otra avisa al padre, convenidas,
Que entrará el posadero antes en trato
Para que en vez de liebre, le dé gato.

XIII

Este el primero fue que abrió la boca
Por saludar al caballero errante,
Que interrumpiendo grave –¿de esta roca
Seríais el castellano vigilante?–
En nada creo, señor, que a vos os toca
Si castellano soy o de Levante;
Entrad, o bien salid si os acomoda;
Mas sabed que a estas me incomoda.

XIV

El posadero que no había entendido
El humor de su huésped mentecato
Contestó de esa suerte algo aburrido
Oyendo que le daban aquel trato;
Mas un garrote acaso hubiera asido
don Quijote si no hubiera dado de barato,
Que el hombre había perdido la cabeza
Encerrado en aquella fortaleza.

XV

Tan imbuido estaba en su manía,
Que aquello que a sus ojos se presenta

Lo ve como lo cree su fantasía
Y no al ventero dueño de la venta;
Cual tierno niño que en su edad solía,
Entre los juegos que inocente inventa,
Montar de algunos árboles el tallo
Y figurarse que montó a caballo.

XVI

Al entrar ambos en conversación,
Comprendió el posadero claramente
Habíase presentado la ocasión
De albergar en su casa algún demente;
Y con los pasajeros en unión
Determina solícito en su mente,
Pasar la noche lleno de alegría
Y partido sacar de tal manía.

XVII

Como antes le había contestado
Con palabras groseras y ordinarias,
A las de don Quijote amostazado,
Corrigió su sentir con otras varias,
Y después que le hubo demandado
Un humilde perdón, rendidas parias
Presentó a don Quijote convenido,
Y nadie se acordó de lo ocurrido.

XVIII

Luego que con bondad amiga y cara
Le hizo sentar a donde estaba el fuego,
Y confiesa su error con gracia rara
Secundándole todos en el juego,
Una cena allí mismo le prepara
Para que pueda estar con más sosiego;
Con lo que al caballero confirmaba
Que era cierto un castillo donde estaba.

XIX

Una toalla gorda y asquerosa
De la tela que se hace esquifación,
Pareciole muy fina y olorosa,
Perfumada en pebetes del Japón;
De China creyó que era cierta cosa,
El bacalao lo encuentra buen salmón,
De porcelana fina las dos ollas,
Y hasta trufas creyera a las cebollas.

XX

Tragaba aquel manjar con apetito,
Después de tantas horas de camino,
Sin beber del licor ningún traguito,
Díjole el posadero: De ese vino
Tomad, ¡oh, paladín!, algún poquito,
Y excusadme, señor, el desatino;
Porque si no tendréis la desazón
De padecer alguna indigestión.

XXI

Tal vez no le hallaréis bastante añejo
O con agua en gran parte mixturado;
Mas os sostengo a fe de mi pellejo
Que si lo habéis por eso despreciado
Yo no os ofrezco gato por conejo,
Y para prueba de lo que he afirmado
Brindo a vuestra salud, gran caballero.
Y se bebió un gran vaso todo entero.

XXII

Don Quijote creyó que aunque muy dueño
Fuese allí de beber, sin grave daño,
Y sin pensar siquiera, ni por sueño
En que pudieran tratarle con engaño,
Su frente se arrugó mostrando ceño
Como si conociese aquel amaño,
Y probó varias veces, aunque en vano,
Coger el vaso de una en otra mano.

XXIII

Pero antes de explicar este misterio,
Os debo confesar cándidamente
Que si me ocupo de un negocio serio
Me distrae cualquier cosa fácilmente,
Y más el que ha nacido en hemisferio
Que hace tan veleidosa a su gente.
En este mi cantar, lector, me excuso
Para volver un poco más de suso.

XXIV

Olvidado me había una circunstancia
Cuando Alonso limpió sus armamentos,
Encerrado y pacífico en su estancia,
Y fue la de que allá entre sus contentos
La visera perdió con mortal ansia,
Pues se pasaba el tiempo por momentos;
Hasta que decidiose a colocarla
De mal cartón, para después pintarla.

XXV

La amarró con dos tiras de correa
Al casco dando vueltas y con nudo,
Tanto que necesita gran tarea,
Y en pedazo romperla muy menudos
Para poder beber; mas no se crea
Que de fuerza del todo están desnudos.
Quien conozca esta clase de morriones
Comprenderá muy bien tales razones.

XXVI

Bien pudiera ponerse aquí el reparo
De las tiras soltar; mas tal desastre
No pudiera intentar sin el amparo
De las grandes tijeras de algún sastre,
Y sería además bastante raro
Que el mismo caballero diera al traste
Después de tanta fatiga y ardimiento
Con el casco y visera en un momento.

XXVII

Soltando el barbiquejo, la celada
Debía poder salir sin tanto afán.
Esta es razón muy bien imaginada
Pero no en ocasión de aqueste plan;
Porque de un modo tal está calada
Y unida por aquel por el patán,
Que el ventero por fin ya decidido
Resuélvese a tomar algún partido.

XXVIII

Manda le traigan una caña hueca,
Que usaba cuando enciende la candela,
De dos varas de largo; hora la trueca
Por ver si a don Quijote se la cueca,
El cual haciendo una hermosa mueca
Por haberle tocado en una muela,
Se la mete en la boca no sin arte,
Y el vino derramó por la otra parte.

XXIX

Y como si llenara algún barril
A largos borbotones de agua clara,
Presta así don Quijote su perfil,
Produciendo gran risa y algazara
La ocurrencia de suyo harto sutil,
Y la facha del héroe flaca y rara,
Que sin poder hablar y satisfecho
Con las manos quería tocar al techo.

XXX

El modo a la verdad aunque ingenioso
No fue por cierto de la dignidad
De un caballero andante, que amoroso
Mostrábase con hombre en calidad
Menos noble, si bien más quisquilloso
Y más corto de años y bondad;
Llevando a tal extremo su desliz
Que el vino le hizo echar por la nariz.

XXXI

Mucha gente de humor, alegre y pilla
Había en esta escena figurado:
Un barbero, que no era el de Sevilla,
Un remendón de pies, aunque amañado,
Más un titiritero de Melilla
Con su hija de rostro remilgado.
Como veinte la escena componían
Y todos a la par se divertían.

XXXII

Ya pues se levantaban de la mesa
Y subían contentos al pajar
Para ver de acostarse con gran priesa
Pensando en un ardid bien singular
Con que volver al héroe la cabeza,
Y la noche completa disfrutar,
Cuando él mismo el asunto determina
Con la idea que hace rato le domina.

XXXIII

Porque ante el ventero arrodillado
Comenzó de este modo a perorar:
A mi lengua jamás le será dado
La gratitud que siento yo expresar;
Os estaré mil veces obligado
Dignándoos mi arrojado perdonar,
Si vuesarced pudiendo consolarme
De caballero andante quiere armarme.

XXXIV

Yo soy novicio en esta profesión,
Y forzoso es velar hora por hora
Las armas, en fúervida oración,
Desde el anochecer hasta la aurora.
Sí, interrumpiendo dice el socarrón
y astuto posadero, voy ahora
a preparar de un modo diligente,
todo lo necesario y conveniente.

XXXV

Pide venia al apuesto caballero,
Y saliendo de allí precipitado,
A preparar la gente placentero,
Se dirige de gozo alborotado;
Y después que del héroe altanero
A todos la ocurrencia hubo contado,
Se ponen juntos entre sí a tratar
Cómo a aquel paladín han de burlar.

XXXVI

Mas el ventero dice: Si consiento
Esta farsa tan llena de bondad,
Alguno ha de pagarme lo que intento;
Pues falta al caballero calidad
Después de haber cenado como ciento,
De dinero traer, y a la verdad
Si me presto gustoso a divertir,
Cuando llegue el freír será el reír.

XXXVII

Os suplico, por tanto, caballeros,
No dejéis cual siempre agradecidos
De pagar entre todos placenteros
Con generosidad y convenidos,
Todo el gasto de ambos compañeros,
Caballo y caballero tan unidos;
Porque estaría fuera de razón
La más leve y ridícula excepción.

XXXVIII

Al instante se avienen en el pago,
Y llevándose al patio el posadero
Con mucha ostentación y con halago
Al que debía armarse caballero;
Las armas cuelga, que con suave amago
Se ha quitado de encima aquel guerrero,
Excepto la celada hermafrodita
Que por antigua usanza no se quita.

XXXIX

¿Qué bello es el mirar cómo pasea
A lo largo del patio en buena paz,
Y cómo se detiene y se recrea
Cubriendo su semblante el antifaz,
Sin que ocupe su mente otra tarea
Que armarse caballero noble asaz,
Llora su dama, tose y reza,
Ráscase el yelmo en vez de la cabeza.

XL

¡Oh! Cintia que tan clara resplandeces
De esa noche en el cielo taciturno,
Y casi, casi disputar pareces
Ese bello fulgor con el diurno;
Tú que vivos rayos no careces
Para alumbrar al campeón nocturno,
Tú lo podrías decir con más justicia
Que la que el vate usara en su pericia.

XLI

En estilo mejor y más parlero
Lo dirías, que el mío es descuidado,
Y además que sería verdadero,
Puesto que a don Quijote viste armado.
Mas volveré a tomar nuevo sendero
Del que, no sé por qué, me he extraviado,
Es que temo llegar en este acaso
A padecer un singular fracaso.

XLII

Todo iba bien, cuando la suerte ingrata
Quiso en aquel momento interesante,
Que un muchacho bajase, porque trata
De tomar la ración de Rocinante.
Y don Quijote dice: ¡Ay, si maltrata
Las armas que aquí guardo vigilante!
Mas el chico burlándose del necio
Atropelló las armas con desprecio.

XLIII

No bien con harta saña el caballero
Del mozalbete viese tal desmán,
Cuando le fija con semblante austero,
Y lleno de pesar y triste afán,
Exclama con acento lastimero:
Asísteme piadosa en este plan
Que emprendo por tu honor, amada mía,
Y saldré victorioso en la porfía.

XLIV

Después para vengarse de la injuria,
Sin decir más, se aferra al desgraciado,
Y con horrenda y despiadada furia
En la cabeza un golpe le ha asestado.
Vuelve con mucha rabia y con incuria
Las limpias armas a colgar confiado,
Mientras a aquel sangriento y medio muerto
Le hizo pagar tan atrevido entuerto.

XLV

Bien pronto asalta al fuerte caballero
Otro con mayor furia y con despecho;
Mas le hubiera valido a él primero
Gozar de dulce sueño en blando lecho;
Porque nuestro campeón más guerrillero
Le aplica fuerte golpe en medio el pecho;
Dándole un puntapié con vehemencia
Donde reside la concupiscencia.

XLVI

¡Que me matan, favor!, así gritaba
Poniéndose las manos por delante;
Porque el buen campeón tan fiero estaba
Que temió lo matara en el instante,
Y tan terrible bulla levantaba
Que no quedara un solo circunstante,
Que corriendo en tropel precipitado
Saliese de la guerra bien librado.

XLVII

Pues don Quijote aún más alentado,
Y tomando el aspecto de un furioso
A todos les decía: Ahora armado
Venga a mí el malandrín más valeroso
Y verá mi poder. Nunca he temblado.
Y cogió su lanzón muy más brioso;
Mas el ventero viendo aquel talante,
Lo apaciguó todo en el instante.

XLVIII

Diciéndole: Teneos, ¿qué es lo que hacéis?
¿Queréis todos morir en la pelea?
¿Con quien la habéis de haber no conocéis?
¿El campeón no adivináis quién sea?
Quedad tranquilos, pues, si no queréis
Morir luchando en desigual tarea,
Pues este paladín terrible y fuerte
Con su valor hará sembrar la muerte.

XLIX

Después volviose al héroe, pues temiendo
Las pruebas de un valor tan decidido,
Señor, le dice, por lo que comprendo
El deber de velar lo habéis cumplido.
Tomad las armas; porque arriba entiendo
Armaros es mejor y más debido.
El pobre posadero no veía
La hora en que don Quijote marcharía.

L

Y el neófito mismo conduciendo
Sus fuertes armas, sin poder vestirlas,
Todos por detrás dél, iban siguiendo
Con las mujeres para divertir las
Y de las ceremonias instruyendo,
Que bien pronto debemos referirlas.
Para que no parezca friolera
Empezaremos, pues, de esta manera.

LI

Un libro sucio toma el posadero
Donde apuntaba el gasto de la venta,
Las raciones de paja al pasajero,
Para después al liquidar la cuenta
Agregarle lo menos algún cero
Haciendo de este modo buena renta.
A las mujeres llama, que allí estaban,
Y al caballero todas rodeaban.

LII

De rodillas y en grave continente
El campeón estaba e inclinado;
Leyó el ventero en tono algo imponente
Y en idioma latino o anticuado,
Pues para nadie fuera inteligente,
Un discurso tan largo y endiablado
Que convertir pudiera hasta a Mahoma
Si todos no supieran que era broma.

LIII

Al mediar el discurso alzó la mano
Y un golpe dióle con la misma espada,
Después con aire afable y muy humano
Se hincó de hinojos, sin que asombrada,
Antes bien con aspecto muy ufano
Pareciese la cara contristada
De don Quijote, que al mirarse armado
En poco estuvo haberse arrebatado.

LIV

Una mujer, de todas más anciana,
Poniéndole la espada con presteza
Le dijo estas palabras: No sea vana
La constancia en vencer y gentileza:
Vence a tus enemigos, alma sana,
Y doblega ante Dios esta cabeza.
Dándole a estas palabras un acento
Que la risa provoca de momento.

LV

Otra de ellas en modo casi igual,
Al calzarle la espuela, así le dice:
Recibe este acicate, ¡oh, carcañal!,
¡Pues mi voz desde ahora te predice
Que tu valor no ha de tener rival!
Porque Dios esta ofrenda la bendice,
Deseándote un corcel tan arrogante
Que lo puedas lucir en lo adelante.

LVI

Parecía a don Quijote algo pesada
La ceremonia del andante rito,
Que la quisiera ya ver terminada,
Y dejar la postura de contrito
Para invocar el nombre de su amada;
En libertad quedando y expedito
Por ponerse en camino, sin demora,
Antes de que luciese nueva aurora.

LVII

Mas pronto vio cumplido su deseo;
Porque medroso el pícaro ventero
Se renueve el terrible vapuleo
Que aquel muchacho cándido y sincero
Sufriera por su culpa y devaneo;
Abrevia el acto con marcado esmero;
Acabando entre gritos y palmadas
Las faustas ceremonias prolongadas.

LVIII

Y mostrando la faz más que agradada,
Y satisfecha por tan gran victoria,
Don Quijote habló así: La señalada
Merced que me ofrecéis en mi memoria
Quedará para siempre bien grabada,
Como eterna será también mi gloria;
Que esta solemnidad es el Oriente
Que dará luz a nuevo sol naciente.

LIX

Pues tal pienso ser yo si Dios me dona
Después del alto honor que he merecido,
En las batallas palmas y corona,
Del modo que aquí mismo he obtenido.
Tú, caballero insigne, me perdonas
La libertad que yo me he permitido,
Y te aseguro mi amistad sagrada
Defenderte con lanza y con espada.

LX

Altos señores, candidas doncellas,
Honor de tan ilustre comitiva;
Vos sois ya para mí mucho más bellas;
Reconociendo empero mi alma altiva,
Que de mi dama brillan sus estrellas
Con resplandor mayor y luz más viva;
Contad también con mi valor potente,
Fijas iréis en mi turbada mente.

LXI

No he de forzarme mucho en referir
Las risas que produjo, cuando appena,
El cumplido acabara de decir,
El caballero abandonó la escena
Tan dispuesto a vencer, o bien morir,
Porque corta en verdad hallo mi vena;
Cumpló, pues, con haberlo definido
Y que al lector parezca divertido.

LXII

En tanto, fue a buscar a Rocinante,
Y lo encontró saltando y vigoroso,
Muy contento de vientre y de talante,
Pues que había gozado del reposo,
Sin dejar de tener muy abundante
El pienso, que el ventero cuidadoso
Le pusiera, por ser tan bien pagado
Y que relinche al caballero armado.

LXIII

Mas al montar en él el caballero
No acertaba a tomar por más que hacía
El estribo de aquel corcel ligero,
Pues toda la armadura le tenía
Tan envarado el cuerpo y tan severo
Que sus movimientos le impedía,
Y tuvo con tristeza y con dolor
Que suplicar ayuda a un bienhechor.

LXIV

Uno de los presentes afanoso
Reventando de risa y alegría
Y conociendo que era trabajoso,
Y que sin ayudarle no podía
El caballo montar por lo brioso
Y más que alegre que se mantenía;
Sujetando la brida a don Quijote
Logró subirlo y que marchara a trote.

LXV

Quizás querréis saber dirija
La montura el armado paladín;
Mas os debo advertir que no os aflija
Aunque fuera hasta el último confín;
Antes bien, perdonad que yo os exija
Demos a aqueste canto ya su fin,
Para seguir mejor y más tranquilo
De esta historia veraz, gozoso el hilo.

Fin del canto segundo

Imprenta del *Faro Industrial*, La Habana, 1849.



Anónimo

Un pancista

Era ayer un Sancho Panza,
Muy completo don Mauricio,
Afiliado a la pitanza
Y al cebo de la esperanza
Del club acomodaticio.

Hoy se dice liberal,
Y se lanza a largo trote
Tras el hermoso ideal
De un pastel electoral,
Convertido en don Quijote.

Quijote y Sancho a la vez,
Bebe y come a dos carrillos,
Con los unos, buen Jerez;
Con los otros, carne y pez,
Buenas papas y membrillos.

Oculto lleva la cruz
Que ayer brillaba en su pecho
Y le apretaba el testuz,
Porque le teme a la luz
Y se avergüenza del hecho.

De haber llevado infeliz
Para su eterno baldón
Aquella sobrepelliz,

Anatema de un deslíz
Que pagó su presunción.

¡Alerta con los pancistas!
Y no haya cuartel con ellos,
Y apuntadlos en las listas
De farsantes y realistas,
Con sus caras y sus sellos.

La Patria Libre, semanario democrático-cosmopolita, año I, n.º 1,
La Habana, 23 de enero, 1869, p. 8.



Eugenio Sánchez de Fuentes*

A Cervantes Oda

*Que en el último día
Comenzará a vivir la gloria mía.*
FRANCISCO DE RIOJA

¡Justicia!... Santa idea
Que la razón universal adora;
Sol del mundo moral, que el hombre antiguo
Simbolizó en Astrea;
Augusta diosa armada
De su balanza fiel y fuerte espada.
Tu lumbre bienhechora
Acariciaba apenas
La pirámide inmensa de los siglos,
Y el mísero pagano,
Entre errores y sombras y misterio,
Por ti clamaba en vano,
Anhelando gozar tu dulce imperio.
Mas un día llegó, y allá en Judea
Luce la estrella plácida y riente
Que llama con sus vívidos fulgores
A adorar a Jesús, a los pastores
Y a los reyes de Oriente.
Huyeron espantadas al averno
La torpe iniquidad y la malicia,

* Eugenio Sánchez de Fuentes (1826-1896). Dramaturgo, poeta y ensayista.

Y resonó en la Cruz un grito eterno
De amor y de justicia.

¿Lo has escuchado, di, genio profundo,
Tú, cuyas obras desdeñadas antes,
Son hoy placer y admiración del mundo?

En la corte de España,
A pesar de tu numen soberano,
Fuiste grano de arena, no montaña;
Y doctos y magnates
Te atormentaron con desprecio duro,
Que en el manco y pobrísimo soldado
No entrevieron al Príncipe futuro.

Tal discreto estudiante
Acaso saborea
Tu enamorada y dulce Galatea,
Y alivia sus pesares
Con las bellas Novelas ejemplares;
Pero tu patria ciega
No vio bañada en luz tu excelsa frente,
Y leyó tu *Quijote* indiferente.

¡El *Quijote*! ¡El *Quijote*! ¡Libro eterno,
Que en sus idiomas múltiples Europa
Y al gemir de las prensas a millares,
Difunde y desparrama,
Fatigando los ecos de la fama,
Al través de los montes y los mares!
Por tres centurias con empeño vano
Dante, Petrarca, Vives y Montano
Combatieron los libros engañosos,
Encanto y perdición de los ociosos;
Mas el sol de tu ardiente fantasía
Abrasó con sus rayos las historias
De la andante y falaz caballería,
Y Amadís y Esplandián y Policisne
Rodaron a la sima del olvido,
Al fortísimo bote
De la lanza inmortal de don Quijote.

Mas ¿cuál es el secreto soberano
Que este poema sin rival encierra?

¿Será que nunca el misterioso arcano
podrá romper los labios de la tierra?
Con su pincel sublime y vigoroso,
Filósofo y poeta,
El manco sano, el escritor alegre,
Logró pintar la humanidad completa.

Andante caballero, loco santo,
Que haces del universo la delicia,
Que persigues con ansias y amas tanto
La verdad, el derecho y la justicia;
De nuestra noble mente
Representas el férvido idealismo,
De la virtud, las flores,
De la ilusión, los mágicos colores,
Y los rayos de amor y de armonía
Que el mismo Dios al corazón envía.
Y tú, mísero Sancho,
Ignorante y ruin y malicioso,
Por tu torpe codicia y tu egoísmo,
Eres retrato odioso
Del grosero y fatal positivismo.
¡Oh, cuánta compasión, menguado vulgo,
Inspiras sin cesar al pecho mío!...
Tenaz calumniador, piensas que el hombre
Al interés no más sórdido y frío
Su corazón sujeta,
Y los nobles impulsos, los arranques
Del heroísmo y la virtud sublimes,
Escarneces cual sueños de poeta.
¡Ay, del amor purísimo y la gloria,
Del artista infeliz sola esperanza!
¡Ay, del justo y del sabio!... ¡Pobres locos!
¡Quijotes sois y el mundo, Sancho Panza!
Fue tu vida poema de dolores;
Ingrata la fortuna
No te halagó jamás con sus favores.
De fiebre devorado, el héroe invicto,
Del Trace fiero espanto,
Te vio, bravo león, entre leones,

Combatir en las aguas de Lepanto;
Y si selló tu sangre la victoria
De la patria y la Cruz con alta hazaña,
Y tu pecho rasgó profunda herida,
Y roja bala destrozó tu mano,
¡Dios conservó tu diestra bendecida
Para gloria del nombre castellano!
De odiosa esclavitud el férreo yugo
Soportaste en Argel un lustro eterno
Despreciando a tu bárbaro verdugo.
El ingenioso hidalgo entre las sombras
De miserable cárcel fue engendrado,
Como engendra la noche el claro día,
Y tu grande y vivaz entendimiento,
Triunfando de injusticias y de penas,
Se lanzó más allá del firmamento,
Que no hay muros, ni grillos, ni cadenas
Que no rompa al volar el pensamiento.
¿Y qué te importan amarguras tantas
Si tu nombre a un gran pueblo simboliza,
Y dos mundos se postran a tus plantas?
¡Genio inmortal, bravísimo soldado,
Descansa en paz: el tiempo te ha vengado!

En la orilla del regio Manzanares
Que besó con amor y con respeto
De Lope y Calderón las sacras liras,
Bella estatua de bronce se levanta
Para honrar del ingenio la victoria,
Y augusta fiesta nacional decanta
De Miguel de Cervantes la memoria,
Así del Rhin helado en la ribera
Al gran autor del *Fausto*
Y al inspirado Schiller mil coronas
Alemania tributa en holocausto;
Así la dulce Italia,
La patria del amor y de las artes,
Erige monumento peregrino
Al sublime cantor de la Edad Media,
Al indomable y sabio florentino.

La severa Albión también consagra
Laureles y ovaciones
Al eminente trágico, que supo
Las borrascas pintar de las pasiones.
¿Y por qué las naciones
Donde el sol de la ciencia resplandece,
Honra dan a sus ínclitos varones
Con entusiasta amor que el tiempo acrece?
Porque el genio es la llama creadora,
Que el Hacedor enciende con su mano;
Del progreso feliz generadora,
Norte seguro del linaje humano;
Y allí do toca un rayo del Inmenso
Inspirando a su imagen en la tierra
Sublimes maravillas,
Quemar debemos perdurable incienso
Y atónitos postrarnos de rodillas.

La Habana, 8 de septiembre, 1877.

Poesías, Imprenta y Papelería La Universal de Ruiz y Hermano,
La Habana, 1894, pp. 115-120.



A los amantes de las letras que se empeñan en hallar los restos mortales de Cervantes

¿Por qué se agita muchedumbre tanta
Y del claustro la paz no se respeta,
Redoblando sus golpes la piqueta,
Que sepulcrales mármoles quebranta?

¿Buscas del gran Miguel la tumba santa?
Pues cese, ¡oh, Mantua!, tu labor inquieta,
Que del manco filósofo y poeta
La gloria y la virtud nada levanta.

En el ártico polo resplandece
La gloriosa cabeza de Cervantes,
Y el mar del Sur ante sus pies se humilla.

Que tumba más estrecha no merece
El escritor, gigante entre gigantes,
Que eternizó la lengua de Castilla.

Poesías, Imprenta y Papelería La Universal de Ruiz
y Hermano, La Habana, 1894, p. 235.



A Cervantes

Soneto

¡Sombra inmortal!... arranca a tu Quijote
La lanza, que aun admira el universo
Y a tanto Ingenio audaz, follón, perverso,
Haz el polvo morder, con duro bote.

Descarga de tu sátira el azote,
Que a Amadís y a Esplandián fue tan adverso,
Contra la prosa vil y sandio verso,
Que harían bostezar a un hotentote.

Fuiste esclavo de un bárbaro pirata,
Manco quedaste en un combate fiero,
Y tu amarga pobreza fue constante;

Pero más este siglo te maltrata,
Pues mereciendo el canto de otro Homero,
No hay necio, Miguel, que no te cante.

La Habana, 21 de noviembre de 1877.

Poesías, Imprenta y Papelería La Universal de Ruiz
y Hermano, La Habana, 1894, p. 237.



Ricardo del Monte*

Cervantes y don Juan de Austria

Cesó el combate; el triunfo del guerrero
príncipe, exalta el lustre de su cuna.
¡Cuán otra de Cervantes la fortuna:
manco, herido, olvidado y prisionero!

El pontífice, el rey, el orbe entero
honran al héroe que humilló a la Luna;
y el que a España dio gloria cual ninguna,
baja a ignorada huesa, como Homero.

Corren los siglos, y cambiante gira
también la luz, y la razón se ensancha;
los fallos de otra edad, el tiempo trueca,

que a enaltecer la humanidad aspira:
engrandece a «El hidalgo de la Mancha»
y los laureles de Lepanto seca.



* Ricardo del Monte y Rocío (1828-1909). Escritor, periodista, crítico literario y traductor.

Don Quijote

¡Sí, vive aún; y escuálido campea
erguido sobre el magro Rocinante;
y al malandrín, al mago y al gigante,
provoca lanza en ristre a la pelea.

Virtud y honor aún bullen en la idea
que el brazo armó del caballero andante;
casta ilusión sonríele distante:
pura, invisible, intacta Dulcinea.

¡No morirá! La humana carnadura
tierra es no más; pero el viviente emblema,
forma sin cuerpo, de la mente hechura,

escultura ideal, plástico esquema,
sueño del genio, incorruptible dura
si acude el Arte con la unción suprema.



Sancho

¿Tú también vivo, Sancho, el escudero
panzudo y comilón, chusco y ladino?
¿Y de la gloria el elixir divino
tus venas hinche y tu magín grosero?

Juntos los dos: delante el caballero,
tú a la zaga montando en tu pollino;
él, absorto en su heroico desatino,
tú, riendo zumbón y majadero.

Así van juntas, la trivial Cordura
siempre discorde, y la ideal Quimera
de su importuna sombra perseguida.

¡Emblema triste es, Sancho, tu figura!
del alma pura la Materia asida,
de la Ilusión, la Realidad rastrera.



La idea de Cervantes

Me entristezco riéndome, y demando:
¿no erais locos, también aventureros,
de Arturo inmaculados caballeros;
pares de Carlomagno y de Rolando;

mártires voluntarios en nefando
circo, inmolados con suplicios fieros;
paladines andantes y palmeros,
cruzado el pecho, el Asia ensangrentando?

¡Almas sublimes, rica florescencia
de heroica Juventud, cuando rendía
Cervantes culto a la Razón, su mente

no fue apodar vuestra virtud, demencia!
Amó el Honor, la Fe, la Poesía.
«Y quien dijere lo contrario, miente.»



El alma de Cervantes

Luchó con su infortunio; en el combate,
como en Lepanto, lo vejó la suerte;
lo apresó la miseria, y lo halló fuerte
como en Argel, pero faltó el rescate.

Lo abandona el amigo y el magnate,
La Envidia hiel en sus heridas vierte,
¡y el pobre!, «con las ansias de la muerte»,
ni maldice, ni llora, ni se abate.

Ve en torno el mundo sordo a su lamento,
y alma viril, bendice la pobreza,
«dádiva santa nunca agradecida».

¡Sí, que ella fue crisol de su pureza
y a su amparo labrose el monumento
que vengó los ultrajes de su vida!



El centenario en América

En tu panteón levántate y, despierto,
recuerda, rey adusto de Castilla,
aquel soldado que admiró en Sevilla
tu catafalco de esplendor cubierto.

El que evocaba el ánima del muerto
para gozar de tanta maravilla,
tiene hoy perenne túmulo que humilla
tu Escorial, triste mole en el desierto.

¡Goza en los triunfos del ingenio hispano!
Mira esos pueblos jóvenes, distantes,
de aquel que fue tu americano imperio;

rompieron ya tu cetro soberano;
pero el habla y la gloria de Cervantes,
suyas las siente el índico hemisferio.



Cuba a Cervantes

Prestó a tus huesos mísero hospedaje
tu tierra, adormecida en densa bruma;
orgullosa de ti, ya se consume
tu desagravio del inciente ultraje:

y el mundo de Colón con homenaje
de una y otra región, tu efigie abruma,
desde el solar que fue de Moctezuma
hasta el confín del patagón salvaje.

Tejen los hijos de la ibera raza
coronas para ti. Si entre ellas brilla
torcida rama de laurel cubano,

sea para bien; ¡tu gloria nos abraza!
Así entre España y la remota Antilla
tiende la mar su inmensidad en vano.



Mi ofrenda

Un arpa altisonante con maestra
mano y estro pindárico tañida,
ansiaba consagrarte, embellecida
con un laurel ganado en la palestra,

y el vano esfuerzo mi impotencia muestra.
Pero tu fiesta secular, convida,
y al ara traen tus fieles la debida
ofrenda, humilde o pródiga, en la diestra.

La que te da mi corazón es pobre,
aunque tu gloria amé desde mi infancia:
grano de mirra, para ti se enciende

en incensario de inesculto cobre;
el humo blanco esparce su fragancia,
roza tus lauros y ondulando asciende.



El habla de Cervantes

¡Pueblos, en ambos mundos moradores,
que la que fue de América señora
con su genio y su sangre bullidora
crió, de inquietos padres sucesores;

guardad su lengua henchida de primores,
como el diamante límpida y sonora
como clarín de oro y que atesora
fuerza, esplendor, esmaltes y colores!

Roto el yugo que esclavos nos uncía,
sean –libres ya y hermanos como antes–
la habla materna el lazo que nos una;

dulce su acento al alma y su armonía;
y el homérico libro de Cervantes
joya de honor, blasón de nuestra cuna.

Poesías, Imprenta El Fígaro,
La Habana, 1919, pp. 63-71.



Luisa Pérez de Zambrana*

A Cervantes

Por su inmortal obra Don Quijote.

¿Con qué egregio buril has cincelado,
de la más alta perfección humana,
la escultura inmortal y soberana
que el universo contempló asombrado?

¿Con qué celeste sol has alumbrado
tu concepción, Cervantes, sobrehumana?
¡monumento del habla castellana
en columnas de siglos sustentado!

Tú, como el Dios del Génesis, creaste,
¡oh, colosal grandeza de tu mente!,
el milagro de genio que soñaste.

Cubre a España tu gloria refulgente,
que la sublime inmensidad llevaste
en el cielo infinito de tu frente.

*Poesías completas (1853-1918),
P. Fernández y Cia., La Habana, 1957, p. 375.*



* Luisa Pérez de Zambrana (1835-1922). Poeta y narradora.

José E. Triay*

Cervantes (Loa en un acto y cuatro cuadros)**

. PERSONAJES .

ESPAÑA	LOPE DE VEGA
LA INMORTALIDAD	DON JUAN
ISABEL	FRAY ANTOLÍN
UNA DAMA	UN GALÁN
LA RAMILLETERA	PRIMER PASEANTE
CERVANTES	SEGUNDO PASEANTE
TERCER PASEANTE	

. CUADRO PRIMERO .

El patio de un convento. Puertas laterales que corresponden a algunas celdas.

. ESCENA I .

Fray Antolín (Saliendo de una celda).

Su paternidad descanse,
vuelva a adquirir el sosiego
porque es asunto arreglado
asunto en que yo intervengo.

* José E. Triay (1844-1907). Poeta, dramaturgo y periodista.

** Escrita en pocas horas y para conmemorar el aniversario 261 de la muerte de Cervantes, y estrenada con buen éxito en el teatro de Albuja la noche del 23 de abril de 1877.

(Bajando al proscenio.)

Jesús, padre y dueño mío,
señor de tierras y cielos,
de benignidad dechado,
de mansedumbre modelo;
tú, que apuraste las heces
del dolor y el sufrimiento,
entre malvados judíos,
escribas y fariseos;
tú, que por bueno sufriste,
tú, que moriste por bueno,
hubieras ido a la gloria
sin aquel dolor cruento,
solo con que hubieras sido
lo que soy en un convento.
¿Su paternidad se enfada?
La culpa la tuvo el lego.
¿Se ha quemado el chocolate?
¿Faltó sal en el puchero?
¿Está rota la sotana?
¿Se ha perdido un alza cuello?
¿No se hayan limpios los puños
de algún cura reverendo?
¿La vela de san Miguel
alumbra al diablo de sesgo?
¿Llegó tarde al refectorio?
¿Llegó temprano a los rezos?
Pues tiene en todo la culpa...
¿quién la ha de tener...? ¡el lego!
¿qué importa que monte en burro,
y vaya por esos pueblos,
ora con voz de sochantre
o con afligido acento,
gritando a mozos y mozas
a chicos, hombres y viejos:
—¡Hermanito, una limosna
para el lustre del convento!
—¡Una limosna, hermanita,
si quiere ganar el cielo!

—¡Que están los padres Franciscos
delgados como un fideo,
porque les falta el preciso
y necesario sustento!
—¡Que falta ropa a san Roque,
y están sus llagas al fresco!
—¡Que el mundo de san Cristóbal
va a dar un tremendo vuelco,
porque no tiene una vela
que ilumine su sendero!
—¡Que al ternero de san Marcos
le van saliendo los... cuernos!
¿Qué importan tantas angustias,
tanta fatiga y tropiezo,
y que regrese al convento
con el burro muy repleto,
reventando las alforjas
y hasta las mangas, de obsequios,
si todo, todo se olvida
cuando comete un exceso,
extraviando en la cocina
algún manjar de refuerzo,
o mirando a una hermanita
con ojos sensibles, tiernos,
o preservando a los cabos
de que perezcan al fuego...
¡ya que los cabos de vela
no han de llegar a sargentos!?
Fue un gran sabio aquel que dijo
en semejante momento:
¡Siempre irán todas las pulgas
al más flaco de los perros!

. E S C E N A I I .

Fray Antolín y don Juan.

D. JUAN. (*Desde la puerta.*) ¿Dais permiso?

F. ANTOLÍN. Bien quisiera

no darlo en este momento.

Hermano, estoy ocupado.

D. JUAN. (*Entrando.*) Ved que jadeando llego,
que he menester sin demora...

F. ANTOLÍN. ¿Sin demora? ¡Ya está fresco!

D. JUAN. Ver a Frey Lope de Vega.

F. ANTOLÍN. Hermano, se halla escribiendo,
y cuando escribe, y escribe
día y noche, sin sosiego,
no consiente interrupciones,
visitas ni otros excesos.

D. JUAN. En la angustia de mi rostro,
¿no estáis, por Dios, conociendo
que encontrarle me precisa
en este mismo momento?

F. ANTOLÍN. ¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¿seréis acaso
comediante de los nuevos,
y ansiáis consultarle el traje
para hacer mejor efecto?
Esta no es hora de audiencia:
su ilustrísima va luego
al corral donde se ensaya,
y allí podréis...

D. JUAN. Más no puedo
contenerme; soy hidalgo;
aunque pobre, espada tengo,
y o le avisáis, o...

F. ANTOLÍN. ¿Con humos...?
Pues ved que el humo y el viento,
pelean todos los días,
y siempre pierde el primero;
que el viento se lleva el humo,
y no queda...

D. JUAN. (*Echando mano a la espada.*) ¡Vive el cielo!

. E S C E N A I I I .

Dichos, Lope de Vega.

LOPE. (*Saliendo de una celda.*)

¿Qué ruido es ese? ¿quién turba
la dulce paz y el misterio
que en la casa del Señor
debe reinar?

D. JUAN. Este lego,
señor, no quiso avisaros...

F. ANTOLÍN. Señor, este majadero,
pretendía...

LOPE. ¡Hermano! ¡Hermano!
Hablad con comedimiento;
que sin respetar a nadie,
¿quién puede pedir respeto?

F. ANTOLÍN. Pero, señor, es que...

LOPE. Basta:
sin duda tendréis adentro
algún quehacer...

F. ANTOLÍN. (*Aparte.*) ¿No le dije?
¡Todas las pulgas... al perro! (*Vase.*)

. E S C E N A I V .

Don Juan y Lope de Vega.

LOPE. Podéis ya sin pena alguna
decir lo que os trajo aquí.

D. JUAN. Señor, no vengo por mí.
Aunque pobre y sin fortuna,
llevo en el cinto una espada,
brazo tengo y entereza,
y sé llevar mi pobreza
con dignidad no manchada.
Pero hay un hombre, señor,
que muchos tienen por loco;
para él, protección invoco,
para él, demando favor.
A ninguna puerta toca
para revelar su afán,
y ni un pedazo de pan
encuentra su hambrienta boca.

Un brazo perdió en Lepanto,
esclavo en Argel gimió;
y no sé deciros yo
en dónde ha sufrido tanto,
si del árabe cautivo
y mutilado en los mares,
o devorando pesares
aquí, más muerto que vivo.
Sus pensamientos gigantes
en un libro ha condensado;
pero ¡ay! que apenas le han dado
pan por su libro a Cervantes!

LOPE. ¿Qué decís?, ¿con que el talento
que a España da eterna gloria...?

D. JUAN. Señor, vive entre la escoria,
falto de luz y sustento.
Y si el ánimo cobarde
aquí no os cuenta su afán,
cuando se le lleve un pan,
será muy tarde, muy tarde!

LOPE. ¡Ah! corramos sin demora;
no más el tiempo gastemos,
que si un minuto perdemos
y no llegamos a hora
para amparar al cuitado
y sus males aliviar,
no me podré perdonar
las penas que haya pasado.
Corramos, sí, cuanto antes
que el llanto ya mi faz baña,
porque nunca tendrá España
gloria mayor que Cervantes. (*Vanse.*)

. CUADRO SEGUNDO .

*Casa pobre. Un jergón en el suelo,
sobre el que descansa Cervantes.
A su lado, un botijo de agua. Ni sillas, ni mueble alguno.*

. E S C E N A V .

Cervantes e Isabel. Isabel aparece arrodillada junto al lecho; observa atentamente a Cervantes, y viendo que se halla dormido, se levanta.

ISABEL. ¡Durmiose ya! Blando sueño
sus párpados ha cerrado,
y su inquietud ha calmado
como süave beleño.
Ya con pertinaz empeño
no le acosa la aflicción,
ni se agita su razón
por las penas quebrantada.
Duerme y sueña... ¡nada! ¡nada!
que nada los sueños son!
¡Pobre padre! En mala hora,
por mi desgracia, nací.
¿Qué puedo hacer yo, ¡ay!, por ti,
si en mí el infortunio mora?
Amor mi ser atesora,
de afán el alma está llena,
y tu talento resuena
en mi pecho dolorido;
y en vano consuelo pido
para atemperar tu pena.
Te buscaba el alma mía,
padre, como el prisionero
que en calabozo severo
anhela la luz del día;
y cuando con alegría
mi orfandad cesa contigo,
cuando ya me dan abrigo,
tus amantísimos brazos,
el pecho se hace pedazos
de tu afán siendo testigo.
¿De qué te vale el talento?
¿Para qué adquiriste gloria
si se pierde tu memoria
y hasta te falta el sustento?

Luchaste con ardimiento,
y de tantas esperanzas,
¿qué premio en la lucha alcanzas
que tus victorias denote...?
Encontrar para un Quijote,
un millón de Sanchos Panza!

Pausa.

CERVANTES. (*Incorporándose.*) ¡Nadie! ¡Nadie...!
Miseria, indiferencia
hoy como ayer; y con paciencia espero
un alma generosa en mi sendero...
¡mas se me van la vida y la paciencia!
¡Ingrata sociedad! La dura roca
orada el agua en su caer constante,
¡y tú ves demacrado mi semblante,
sin darme un pan para la hambrienta boca!
Pensé cambiar tu faz, un libro haciendo
para matar tu estúpido egoísmo,
y soy tu mayor víctima yo mismo...
¡y ni una vez en mi favor entiendo!
Quizás el fuego que en mi frente arde
alcance a iluminar tu entendimiento;
mas cuando en ti renazca el sentimiento,
será muy tarde para mí... ¡muy tarde!
¡Pobre Isabel! ¡amor de mis amores!
¡hija querida! En hora infortunada
se alegró con tu vista la mirada,
¡que una vida te lego de dolores!

ISABEL. No desconfíes, señor; quizás la suerte
de perseguiros ya se haya cansado
y acaso un premio os tenga reservado.

CERVANTES. ¡Después que llegue la inflexible muerte!
Entonces, Isabel, las tempestades
habrán la fértil tierra fecundado...

ISABEL. Vuestro talento al fin será ensalzado;
vuestro nombre...

CERVANTES. Isabel, otras edades,

otro siglo, otros hombres, no te digo:
mi libro vivirá cuando yo muera.

ISABEL. Y hoy ¿quién sabe, señor, lo que os espera?

CERVANTES. ¿No lo ves? ¡Los harapos del mendigo!

Esos tesoros de sin par grandeza
que describió mi loca fantasía,
la realidad me muestran más sombría,
más horrible y profunda la pobreza.
En lucha siempre con la suerte airada,
he sido vil juguete de la suerte:
mi esperanza se cifra ya en la muerte;
ve si me puede dar el mundo nada.
Luché contra la torpe media luna,
por la fe de mi Dios solo alentado,
y un brazo en esa lucha me ha dejado,
ciega y desatenta la fortuna.
Y cuando el alma suspiró serena
al soñar de la patria en los encantos,
arrastré entre zozobras y quebrantos
del esclavo la mísera cadena.
La muerte en torno mío se cernía,
y mil veces miré su torvo ceño,
pero ¡ay! Que era el morir un dulce sueño,
y aún no acababa mi penosa vía.
Para vestir el fúnebre sudario,
preciado bien que el corazón ansiaba,
todavía lejano se encontraba
de mi existencia el místico Calvario.
Hoy a su cima llego ya jadeante,
al peso de mi cruz la frente inclino,
y de la muerte me hallo en el camino,
quedando en esa lucha al fin triunfante.

ISABEL. ¿Morir vos, padre mío?

CERVANTES. ¿Qué te apena?

ISABEL. El perderos, señor; sois mi consuelo.

CERVANTES. Ya nos reuniremos en el cielo,
donde la voz del padecer no suena.

ISABEL. ¡Ay! Si me faltan vuestros dulces brazos;
si hallado apenas, pierdo vuestro abrigo,

quiero que Dios me lleve allá consigo,
que también rompa de mi ser los lazos.
Huérfana y triste, al arribar al puerto
del paterno cariño, he suspirado.
¡Ay! ¡Si huís para siempre de mi lado,
el mundo para mí será un desierto!

CERVANTES. ¡Pobre niña! Comprendo tus dolores
y no me es dado remediar tu pena,
una voz en lo alto, que resuena,
me llama ya con dulcísimos clamores.
Con velo espeso aníblanse los ojos...
y el mundo... celestial... ya me rodea...
me embriaga... me embriaga... ¡ay! esa idea...
el alma vuela... quedan los despojos.
Ensueños... pensamientos de gigantes...
¡adiós! ¡adiós! ¡amor de mis amores!
¡Isabel...! ¡No me llores...! ¡no me llores!
¡La gloria... empieza ya... para Cervantes!

Espira.

(Isabel da un grito, besa su frente, quiere reanimarlo, y, desesperada de conseguirlo, se arrodilla a sus pies, sollozando. Cuadro.)

. E S C E N A V I .

Isabel, Lope de Vega y don Juan.

D. JUAN. (*Entrando.*) Al fin llegamos, señor.

LOPE. ¿Dónde Cervantes está?

D. JUAN. ¡Miradlo!

LOPE. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¡Ah!

¡Dios mío! ¡dadme valor!

LOPE. Teme el corazón cobarde
un paso adelante dar...

D. JUAN. ¿Que podíamos llegar,
señor, no os dije, muy tarde?
Rompió ya las ligaduras

de esta existencia de duelo,
y cambió el mezquino suelo
por las celestes alturas.

LOPE. No esperéis, no, que sucumba,
como su cuerpo, su nombre:
sabed que para este hombre,
la gloria empieza en la tumba.
La envidia, que el mundo llena,
que en vida le persiguió,
no tendrá, os lo afirmo yo,
la ponzoña que envenena.
Vivió, pensando, en la escoria;
le persiguió la indigencia,
y hora alcanza su existencia
los laureles de la gloria.
¡Que el rubor al rostro brote
de los que sufrir le hicieron,
y, necios, no conocieron
la grandeza del *Quijote!* (*Pausa.*)

D. JUAN. ¡Isabel!

ISABEL. (*Alzándose erguida.*) ¿Quién turba osado
su sueño, que vela Dios?

D. JUAN. Somos dos amigos, dos,
que como tú hemos llorado;
que tu dolor comprendemos,
que su pérdida sentimos,
que por ti nos afligimos
y llanto por él tenemos.

ISABEL. ¡Lloradle! Mas no os aflija
la orfandad que me quedó,
que tengo bastante yo
con ser de Cervantes hija!

D. JUAN. ¡Isabel! Ve, me acompaña
un cristiano sacerdote,
como al autor del *Quijote*,
honra y orgullo de España;
mi honradez y mi pobreza
compartir juro contigo;
seré tu hermano, tu amigo...

ISABEL. ¡Don Juan! Nueva vida empieza
para mí desde este día: ?
mi amor y mi mano os diera
ayer; hoy, don Juan, me espera
otra boda más sombría.
De mi alma todo el amor
mi afán, mi triste placer,
desde hoy, don Juan, han de ser
solamente del Señor.
Si esperanzas os di antes,
vuestras esperanzas hiero;
porque consagrarme quiero
solo a llorar... por Cervantes.

*Cuadro. Isabel se arroja nuevamente a los pies del lecho
de Cervantes. Lope cruza los brazos en actitud de orar.
Juan permanece como clavado en el suelo.*

. CUADRO TERCERO .

Las gradas de san Felipe el Real.

. ESCENA VII .

Una dama, un galán, paseantes.

*Entran y salen del templo damas y galanes: algunos forman corrillos
en la escena; otros la atraviesan, quien con indiferencia,
quien persiguiendo a una tapada.*

UNA DAMA. (*Tapada.*) Vuestra obstinación es vana:
el rostro no habéis de ver.

UN GALÁN. (*Embocado.*) ¡Pese a mi suerte tirana!
Mi amor en veros se afana.
¿Sois de roca?

LA DAMA. Soy mujer.

EL GALÁN. Mujer y ternura son
palabras de igual sentido;

y, si tenéis corazón,
os dolerá mi aflicción.

LA DAMA. ¿Corazón? Ya lo he perdido.
Prestado le hube a un galán,
que a Flandes marchó valiente;
mis pensamientos están
con él, ni vienen ni van,
que a su amor soy consecuente.

EL GALÁN. ¿Sabéis que no sucumbió
el bizarro caballero?
¿que no os ama, si os amó?
¿que os amo cual nadie yo?

LA DAMA. ¡Ay! Solo sé que le quiero.
Sé que en Flandes no me olvida,
que en su memoria querida
yo vivo en él, y él en mí,
y pues aliento con vida,
es que su amor no perdí.

EL GALÁN. Dama de tal consecuencia
digna es de profundo amor:
¡Bendiga Dios su existencia!
Amor que crece en la ausencia
es el más puro y mejor.
¿Quién fuera el privilegiado
poseedor de esa fortuna?
¿Quién la hubiera conquistado?
¡Yo habría ese amor llevado
a los cuernos de la luna!

LA DAMA. ¿Cómo no queréis que espere,
siendo de mi amor la luz?
Nunca olvida bien quien quiere;
y la que de amores muere,
fió su anhelo a una cruz.

EL GALÁN. ¡Una cruz!

LA DAMA. Mi mano amante
en su pecho la fijó.

EL GALÁN. ¿Sois Violante?

LA DAMA. (*Descubriéndose.*) ¡Soy Violante!
Descubríos al instante!

EL GALÁN. (¡Dios me valga! ¡Me pescó!)

*Salen platicando acaloradamente,
en tanto que aparece la ramilletera.*

. E S C E N A V I I I .

Dichos, la ramilletera.

CANCIÓN¹

LA RAMILLETERA. «Del Buen Retiro de la Montaña
tengo yo flores para vender;
venga quien quiera,
nadie se engaña,
ramilletera
soy de Aranjuez.
»Vendo claveles, lilas moradas,
lirios azules, blanco jazmín;
los rondadores
y las rondadas
cómprenme flores
para mentir.
»Para las damas, las francesillas,
para galanes, el tulipán;
para la ausencia,
la vellosilla.
Y a la inocencia,
la flor de azahar.
»No hay dama alguna que en sus balcones
no tenga un ramo, prenda de amor,
por si al arrullo
de sus canciones,
pide un capullo
su rondador.
»No dan esencia los pebeteros
cual las que emanan de mi jardín;

¹ Estos versos son de don Juan A. Viedma, y están tomados del libro *Cuentos de la villa*. [N. del A.]

cifras de amores
doy, caballeros,
redes de flores
tiendo a Madrid.»

*Algunos rodean a la ramilletera
y le compran ramos.*

. E S C E N A I X .

Dichos, paseantes primero, segundo y tercero.

SEGUNDO PASEANTE. (*En un corrillo.*) ¿Con que Amarilis?

TERCER PASEANTE. La misma.

No en vano armaron tal gresca
ayer tarde en el corral
la infantería de pega
y los mosqueteros... ¡claro!
Abandonar la comedia
Por marcharse a trapicheos!

SEGUNDO PASEANTE. ¡Pobre de Andrés de la Vega!

Si cuando una mujer quiere
y es ligera de cabeza,
y es maestra en el engaño,
hace en el mundo comedias
lo mismo que en el Corral
o el Patio de las Vallecas.
No es vano don Juan de Tarsis,
dándole suelta a la lengua,
después de lograr favores
de su propia ligereza,
decía, de esas mercedes
haciendo una referencia:
«Secreto, yo te guardara,
que amor me manda guardarte,
si el decirte y el callarte
la vida no me costara».

PRIMER PASEANTE. Por eso el pobre marido,
de marcos cofrade... etcétera,

funda ahora otra cofradía:
la virgen de la Novena;
pero, es lo que todos dicen,
san Marcos solo pudiera
recibir acatamiento
del don Andrés de la Vega!

SEGUNDO PASEANTE. ¿Y qué comedia se daba?

TERCER PASEANTE. Una de tantas comedias
de ese pobre de Cervantes,
que ha perdido la mollera
contando hazañas de un loco,
verdaderas o supuestas.

PRIMER PASEANTE. ¡De Cervantes! ¡Qué osadía!
¿Quién le metió a hacer comedias,
cuando el cobrar los impuestos
fue su ocupación primera?
¡Ya no hay clases! Ya se escribe
como se come o se sueña!

SEGUNDO PASEANTE. ¡Hombre! Dicen que Cervantes
tiene talento...

PRIMER PASEANTE. ¡Pamema!
¡Talento! ¿y le falta un brazo?,
¿y se muere de miseria?
Esas son cosas del vulgo,
o chismecillos de vieja!
Juan Rana sí que le tiene!,
¡con qué gracia representa!,
¡y qué relaciones dice!,
¡qué actitudes tan soberbias!
La Baltasara también
y Amarilis, y cualquiera...
Pero, ¿no es fray Antolín,
el lego, el que aquí se acerca?
Vamos a ver qué se miente,
qué provoca su tristeza.

. E S C E N A X .

Dichos, fray Antolín.

PRIMER PASEANTE. ¿Fray Antolín, dónde vamos,
si esto no es impertinencia?

FRAY ANTOLÍN. No voy, hermano, que vengo,
y vengo lleno de pena,
cada lagrimón echando
más grande que mi mollera!
Ya sabéis que en mi convento
reside Lope de Vega,
que ha buscado allí refugio
para escribir sus comedias
sin que le moleste nadie.
Pues esta mañana mesma
vino allá un pelafustán,
un hidalgo de gotera,
de esos que tienen más humo
que hambre, y mueren de miseria.
Yo no sé lo que le dijo;
pero se marcharon fuera,
y a poco volvió Frey Lope
con la cara descompuesta,
diciendo: —«¡Murió Cervantes!,
¡se quebrantó la existencia
del que nos dará más gloria
que tiene la mar arenas!
¿Quién otro *Quijote* escribe?
¿Quién la sátira maneja
con mayor penetración
ni soltura más completa?
Llorad, llorad sin consuelo
porque han perdido las letras
la pluma mejor cortada
que a España dará honra eterna!».
Por eso lloro, y por eso
me aflijo de esta manera.
¡Pobrecito de Cervantes!
¡Dios le dé la gloria excelsa!

PRIMER PASEANTE. ¡Cervantes era un gran genio!

SEGUNDO PASEANTE. ¿Pues no decíais...?

PRIMER PASEANTE. Que era

un genio, asombro del mundo,
que escribió loas, comedias,
y novelas ejemplares,
y el *Quijote*, y todas ellas
son pasmo de estas edades,
y hasta de las venideras!

TERCER PASEANTE. ¿Vamos, pues, hasta su casa?

PRIMER PASEANTE. Vamos sin demora a ella
a admirar ese portento,
y a rezar una novena
porque descansen sus restos
en santa paz en la iglesia
y decid todos conmigo:
¡Cervantes fue un gran poeta!
Por él la gloria de España,
durará lo que su lengua!

Vanse todos.— Mutación.

. CUADRO CUARTO .

*Gloria.— En mitad de la escena, el busto de Cervantes,
velado por un grupo ideal.*

. ESCENA X Y ÚLTIMA .

La Inmortalidad y España.

INMORTALIDAD. No ha muerto, no: su genio sobrehumano
sobrevive del tiempo a los rigores:
si la muerte abatió su noble mano,
si su frente inclinose al polvo vano,
de la Gloria se encuentra en los albores.
Desciñose el guerrero la armadura,
treguas haló el poeta a su quebranto,
rasgó el hombre su pobre vestidura,
y, como luz que en el cenit fulgura,
de la Inmortalidad le cubre el manto.

Pidió a la suerte dicha transitoria,
y sus mercedes le negó la suerte;
y en el libro de oro de la Historia,
solo ¡Cervantes! escribió la Gloria,
al pisar los umbrales de la muerte.
Cruzó la tierra, erguido y denodado,
con un mundo de ideas en la mente,
ora con la armadura del soldado,
o con la capa del hidalgo honrado
que su miseria esconde de la gente.
Y ya en Lepanto al pelear altivo,
con ardorosos ímpetus pujantes,
y ya en Argel, mirándose cautivo,
era el Cervantes en su patria vivo,
la mala estrella de ese gran Cervantes.
Ayer, viviendo con la suerte en guerra,
los suyos mismos le creyeron loco
e ignorado cruzaba por la tierra;
hoy, su gloria inmortal el mundo encierra,
y quizás para ella el mundo es poco.
Grande su siglo fue, pues le dio vida;
grande, pues alumbrar supo su mente
con destellos de luz aún no extinguida;
mas no extrañéis que con orgullo os pida
la grandeza mayor para el presente.
Que si él vive de entonces en la Historia
y de él vienen tan gratas remembranzas,
resucitó este siglo su memoria,
y ha llenado el sendero de su gloria
con estatuas, coronas y alabanzas.
¡Siglo reparador, bendito seas!
¡Bendito seas, siglo de gigantes!
Con tus auras de luz su frente oreas,
y al calor inmortal de tus ideas
brilla glorioso el nombre de Cervantes!

ESPAÑA. Cervantes, genio fecundo;
si te fue la suerte ingrata,
hoy tu gloria se dilata
por los ámbitos del mundo.

A su antro volvió, profundo,
la calumnia, que envenena;
de un polo a otro polo, suena
tu nombre con ardimiento,
y corona tu talento
por mí la española escena.
¡Atrás, nieblas del pasado!
¡Atrás, sombras del olvido,
que ocultar habéis querido
su nombre de lo creado!
Al fin, la hora ha sonado
de revivir su memoria;
su puro nombre en la Historia
ya ninguna nube empaña,
y a coronarlo va España
para enaltecer su gloria.

*El busto de Cervantes, que estaba oculto por un grupo ideal
de geniecillos y hadas, descúbrese, y la Inmortalidad y España
lo coronan. Luces de bengala y música. Telón pausado.*

La Propaganda Literaria, La Habana, 1877.



La última aventura*

*En el libro que esta edad
aún a comprender no alcanza,
don Quijote y Sancho Panza
compendian la humanidad.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Dejaron a un tiempo mismo
su sepultura de piedra
don Quijote y Sancho Panza:
quien tras aventuras nuevas,
quien tras la ínsula famosa
con la que, hasta muerto, sueña.
Vestido con la armadura,
llevando la mano izquierda
en el puño de la espada,
y adornada la cabeza
con el yelmo de Mambrino,
don Quijote a sus empresas
marcha, como si Mercurio
alas, para andar, le diera.
En pos de él, receloso,
va Sancho, cual si a la venta
a sufrir nuevo manteo,

* A la «Asociación de Dependientes», que con loable entusiasmo quiso contribuir al homenaje tributado en Cuba al autor de *Don Quijote de la Mancha* en el tercer centenario de la publicación de su libro.

por sus desdichas, volviera,
viendo siempre más distante
lo que creyó hallar más cerca,
escudero sin escudo,
sin cuarteles y sin lema.

—Que he de encontrar, Sancho amigo,
te juro por Dulcinea,
de mi albedrío señora,
de mis pensamientos reina,
a Cide Hamete, aquel moro,
mozárabe... o lo que fuera
que supo asombrar al mundo
al referir mis proezas.

—¿Y qué ganareis con vello?
¿Fama? ¡Tan grande es la vuestra,
que no cabiendo aquí abajo,
hasta los cielos se eleva!

A nuestra tumba volvamos,
sin alentar más quimeras,
que nuestros tiempos son idos
y es vano intentar que vuelvan.

—Téngase allá el majadero
y deje en paz a su lengua,
guardándose los consejos
para quien los busque o quiera.

Si en el mundo mis hazañas
alas no tienen y vuelan,
y cuando están más distantes
sus proporciones aumentan,
¿a quién, si no a él, se lo debo?

¿Quién, si no él, con la trompeta
que le arrebató a la Fama
por todo el mundo las lleva?

¡Ay, del follón, mal nacido,
que amenguar su nombre quiera
de la envidia con el hálito
o del rencor con la lengua!
que si lleva espada al cinto
y lanza en la cuja puesta,

más que por reinas cuitadas
y perseguidas doncellas,
que por cautivos cristianos
y por maltratadas dueñas,
por él esgrimirlas quiero
si hay alguno que lo ofenda;
y lo juro, Sancho amigo,
por estas cruces y estas.

—Pero ¿quién es Cide Hamete?

—¡Vaya una pregunta necia...!

—Uno pregunta...

—¡Silencio!

No hay quien ignore en la tierra
que Cide Hamete y Cervantes
son una persona mesma.

Y si es inmortal mi nombre
e inmortales mis proezas,
aún más que a mi fuerte brazo
lo debo, Sancho, a su péñola.

Cien veces la sepultura
dejase, si cien muriera,
para, embrazando el escudo,
bajar a la ardiente arena,
y con la tajante espada
que defendió la inocencia
y fue terror de los malos
y crisol de la nobleza,
conseguir que Cide Hamete,
o Miguel Cervantes, tengan
un altar en cada pecho,
un heraldo en cada lengua;
y aún lográndolo, no puede
quedar pagada mi deuda.

¿Por quién vivimos ¡oh, Sancho!
vida gloriosa y eterna?

Él, que en mí encarnó el espíritu,
encarnó en ti la materia,
porque fuésemos contraste
de la humanidad entera:

yo, mirando al cielo siempre;
tú, siempre viendo a la tierra;
en mí, la hermosa poesía;
en ti, la prosa grosera;
el alma mía tan grande
como la tuya pequeña,
porque en ambos se cumpliera
la ley de los viceversas.
Y a quien puso en nuestras vidas
tan elevada barrera
y nos llevó a opuestos rumbos
siguiendo la misma senda,
no es de hidalgos bien nacidos
que calzan punzante espuela
y al cinto llevan espada,
abandonar la contienda.
Dejara de ser ¡oh, Sancho!
don Quijote, si no diera
a Cide Hamete o Cervantes
de mi gratitud las pruebas;
y en campo abierto o cerrado,
viéndome o no Dulcinea,
por la gloria de su nombre,
no una, cien lanzas rompiera.

La Habana, 23 de abril de 1905.

Cuba y América,
vol. XIX, n.º 9, La Habana, 28 de mayo, 1905, p. 176.



Esteban Borrero Echeverría*

Don Quijote, poeta. Narración cervantesca

Non omnibus loquor.

Don Quijote de la Mancha, Parte segunda, capítulo XLI (bis)

*Que sigue, inocentemente apócrifo, al capítulo XLI,
y que declara lo que en él se verá; y que es cosa que con un tantico
de buena voluntad, puede leerse
por encima de las tapas del libro.*

Cuenta (donde no se dice) el escrupuloso y puntualísimo traductor del original de Cide Hamete, que halló en dicho original un capítulo, tan por fuera del molde de toda la historia vaciado, que se resistió a creello; ni más ni menos que el mismo Cide Hamete hizo con aquel en que se cuenta la aventura de la cueva de Montesinos; y, así, lo dejó de lado; y, sin atreverse a hacer tampoco en la traducción mención alguna de él, lo escondió y sepultó entre sus borradores más inútiles.

Pero que, andando el tiempo, y acosado de las importunidades de un su amigo, vecino suyo, y poeta por más señas, a quien en un momento de indiscreción lo había comunicado, y que le instaba con toda la fuerza de su gran sandez para que sin más escrupulosa tardanza lo tradujese y le diese a la luz de la publicidad, vino al cabo de puro aburrido, en ello; y así salieron entonces a la calle algo retrasadas esas noticias... Y vean por su peculiar naturaleza dellas, los que destas sabidurías de historias y novelas entienden, si pudieron caber, ya que no cupieron,

* Esteban Borrero Echeverría (1849-1906). Narrador, poeta, maestro, periodista y orador.

en el cuerpo de la obra, y en aquella sazón en que él se abstuvo de darles fe y de darlas a la imprenta. Todavía más: cuéntase que llegado a ese extremo, a que fue, como se ha dicho, forzado, no quiso cargar con la responsabilidad de las grandísimas mentiras y estupendas imaginaciones que la obrecilla en sí contenía, y salió esta de la imprenta anónima, y por fuera (no hay para qué decirlo) de la obra del *Quijote*, y sin licencia ni tasa; como algunos, por conjeturas poco verosímiles, entienden que se hizo la primera edición del *Quijote* mismo, un año antes, nada menos, de la fecha que los más de los eruditos asignan a la publicación de la primera parte de aquel prodigio de libro y milagro de ingenio. Mas sea de esto último lo que quiera, y sin entrar nosotros en indiscretas, rancias averiguaciones, importa, al tenor de lo que al principio decíamos, que se tenga en lo mucho que vale la gran solicitud del autor deste hallazgo literario, hombre, aunque diligente en sí y muy dado a golosinas cervánticas, huero de sesos y tonto de remate como el más pintado comentador del *Quijote*. Pero esto último no tiene prez ni remedio, ¡que ojalá lo tuviese! Y seguimos diciendo, todo en descargo y alabanza suya (que no son pocos los necios que se ven alabados en el mundo) que, si en realidad de verdad no copia, sino inventa (no hay de quien fiarse), no es él el primero que pone manos pecadoras en donde con tanto primor puso las suyas el divino manco. Y si no, ahí están el insulso «Buscapié» y el libro más artístico, apreciable y reciente de Montalvo, que no nos dejarán mentir. Todos ellos (imitaciones e imitadores), anegados inconscientemente en la santa sandez y borrosa bienaventuranza del pastiche... ¡Soñaba el ciego que veía...!

Ronda así el ingenio *non nato* en torno del que nació y creció en plena robustez y salud, y dio de sí fruto opimo; y no contento con poder, como puede, comer de la madura poma, que abierta y jugosa se le brinda, y liberalmente se le ofrece y convida con su melosa pulpa, engañado de no se sabe qué ilusoria promesa que él mismo, a sí mismo, se hace, créese en flor también y fecundo; y se deja arrebatar del prurito malsano de cuajar frutos, y se echa como una clueca sobre su desmedida ambición, y sale de ella una desabrida calabaza.

Por esos y por eso dijo el que lo dijo:

Que de los cielos mal haya
hambriento que a mesa puesta,
ayuno deja la fiesta
y va a buscar la gandaya!

Y note y mire bien el suave y pío lector, con cuánto tiento hay que caminar por esta escabrosa y estrecha vía de las imitaciones, cuando nosotros, que a sabiendas hacemos lo que hacemos, y solo porque presumimos que el tal capítulo XLI (bis) ha sido sospechado de aquel ridículo defecto, vamos por aquel camino muy paso ante paso; y eso que tal vez somos, cuando caminamos sobre seguro y sin ronزال, algo que pasilargos, y en sintiéndonos sueltos y viendo tierra por delante en la dehesa, solemos dar nuestras carreritas y hacer más de una cabriola, y hasta la empinada si se ofrece.

En todo caso, si así y todo desbarramos, no hay más que decir «agrillas serán», y seguir adelante; que obras perfectas no hay en lo humano quien las haga, ni sin defectos. Que el mismo Cervantes, condolido, quizás, de la esterilidad mental de los comentadores y críticos que habían de salirle a su obra (y juntos andan continuadores, imitadores, comentaristas y críticos de alquimia en la enmarañada selva de la vegetación literaria cervantesca), les dejó más de un asidero por donde pudieran decir (colaborando, sin grande esfuerzo, a la verdad, en ella): «¡Tate!, aquí pecó el maestro; *quandoque bonus...*». Y así se ve ilustrada y taraceada aquella sin par producción con notas tan eruditas y tan profundas como esta: «No fueron tres, sino dos, los días que tardó Sancho en su viaje», según lo cuenta un primo segundo del Tiquitoc en su curioso Plan del *Quijote*; que estos desocupados satanases de comentadores le han contado al libro, buscándole –donde no la tiene– la médula, las vocales y consonantes, y las palabras una por una, y los *ques* en particular; por ser cosa de todos sabida que en obras de imaginación y de ingenio como aquella inmortal a que aludimos, importa, sobre todo, contar las cosas con gran puntualidad, aritmética y cronológica, y con exactitud científica rigurosa, sin que les falte ni sobre un ápice, porque si no, desdicen de la belleza artística... Y vamos sin más rodeo al grano, un sí es no es orientados ya; y salga en medio de esa literatura parasitaria, como Dios y el que lo hizo lo han hecho, el cuento; y léalo el que lo leyere, si hay quien lo lea; entendiendo que, para sacarlo del legajo de amarillentos, quebradizos y empolvados papeles en que estaba hace más de dos siglos perdido y prensado, y para que no se nos hiciese polvo entre las manos, y se nos levantase así, de ellas, con el aliento, hemos tenido cogido el resuello por espacio de muy bien dos largas horas. ¡Alabado sea Dios!

Y dice así, ni más ni menos, el contestado y sospechoso capítulo:

En la noche de aquel día, en la tarde del cual había de salir de casa de los duques, camino de la Barataria, Sancho, sorprendióle a deshora don Quijote obligándole a dejar el sueño y la cama; y por muy misteriosa manera lo sacó de la casa al jardín y lo llevó de la mano al sitio de él en donde, patas arriba, yacían los tres cuartos delanteros del aligerero Clavileño, y allí, sin que el amodorrado escudero bosticase:

—Ven y toca esta maravilla, Sancho, —le dijo— y oye, porque te asombres más que ayer, lo que me ha pasado esta noche con esta encantada máquina que no agotó en aquel viaje, ni agotará en cien viajes más que al cielo haga, su virtud. ¡Tanta fue la que pusieron en sus entrañas los Magos que se las adeliñaron así! Ves aquí, Sancho hijo, que desvelado anoche, y (si he de decírtelo todo) un sí es no es malincónico, con el triste pensamiento de nuestra separación y de tu ausencia, pues ya sabes que te he cobrado apego, y que en el fondo siento por ti cariño como de padre a hijo; desvelado digo, por lo que fuera, vine y me senté, atraído de secreta querencia sobre esta pieza, y me quedé sobre ella al cabo de rato, embelesado; sin que pueda decir, por eso, que durmiese. Y estando así entre dos aguas, la clara de la vigilia y la turbia del sueño, me sentí dulcemente arrebatado por el caballo, al cual le habían salido unas grandísimas y luminosas alas, con las cuales volaba muy serenamente por el espacio, describiendo círculos y círculos, y ascendiendo siempre por la región del cielo. Y fue lo bueno, Sancho, o por mejor decir, fue lo malo, que durante este nocturno viaje, lejos de sentir el calor de la región del fuego, experimenté un gran frío, mayor y más vivo cada vez, como si no saliésemos de la región del granizo. Quise rodear la clavija por darle mejor dirección y mayor velocidad a Clavileño, pero la había perdido, y así fue que me llevó por donde quiso; y comenzaba yo a pensar en que aquel viaje podía no tener fin, y a sospechar en aquella aventura alguna de las malas pasadas del gran encantador enemigo mío, que conoces, y que todas mis cosas trastrueca, cuando he aquí que de súbito descubro a mi derecha mano y en el remoto horizonte de aquella como esfera hueca en la cual, sin tocarle nunca las paredes, ascendía y ascendía, un grandísimo resplandor, cuya claridad, difusa al principio, se fue avivando hasta deslumbrarme y cegarme. Confuso estaba con ello cuando sentí que dábamos, Clavileño y yo, pie en el piélagos del aire, y oí resonar con eso el piso, que toqué al apearme; y era sólido como la superficie del planeta. Abrí, cuando pude, los ojos, y quedé suspenso: ¡aquello era una gloria! No vi a nadie allí, y solo columbraba en lo más

distante de aquel plano resplandeciente de luz (parecida a la luz azul de los astros, aunque más pálida y lechosa) una altísima montaña. No hacía calor ni frío, sino que reinaba una temperatura suavísima. Rodeaba y envolvía mi cuerpo un ambiente sutil que me penetraba hasta la médula de los huesos, e irradiaba de mí una materia rarísima que con la atmósfera en no interrumpidas corrientes se mezclaba; y de esta compenetración íntima y de esta difusión resultaba para mí un estado de conciencia singular; como si viviese fuera de mí, y como si el ambiente que me rodeaba estuviese vivo. Bien sabes, Sancho, cómo y con qué adoración amo yo a Dulcinea. Figúrate que la viese, que me sonriese divinamente, como solo ella sabe hacerlo, y que me dijese con su más regalada voz: «¡Soy toda tuya, en la castidad de tu amor y del mío!». Pues una cosa así era lo que yo sentía. Era un beato, Sancho, un beato; y si he de confesártelo todo (¡no te rías de mí!), me sentí en aquella bienaventuranza santo, caballero andante y poeta, al mismo tiempo. Caí, sin quererlo, de rodillas, me abismé religiosamente en mí mismo, y cuando salí de aquel momentáneo deliquio, vi delante de mí —¿qué fue lo que vi delante de mí?—, vi una lanza de ébano hincada a pocos pasos de mí en el suelo; y pendiente de la lanza con dos gruesos cordones de suavísima seda verde, una lira como la de los bardos, cuajada toda ella de deslumbrante pedrería y que sonaba sola, dulce y meliflua, con el soplo blando de las auras, solo entre sus cuerdas vivas perceptible; y creí oír que la lira hablaba musicalmente y que el aura entre sus vibrantes cuerdas decía:

¡Cuán callada que paso las montañas
cuando voy respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente,
qué redundante y llena de ruido
por el vano ambicioso y aparente!

Y yo sin quererlo, le hacía coro y murmuraba no sé qué, en voz baja; y, lo que es más, Sancho, lo que es más, sentí que se me inundaban, presa de súbita ternura, los ojos de lágrimas, y que me corrían por la cara y caían por los mostachos lagrimones como almendras. Y aquí quiero que tú me digas si hay mancilla en ello, ya que no sienta bien a los caballeros, el llanto, y deteste yo, como detesto, a los andantes llorones; aunque por lo que otras veces he sentido en mí (sin ir más lejos, cuando

hice mi primera salida y comencé a caminar por el antiguo campo de Montiel), y por lo que sé de la vida de los caballeros andantes, todos, o los más dellos, han sido más de medianos poetas y gente blanda de corazón. Ahora, sin embargo, dame, que quiero oírlo de tu boca, tu parecer en este caso.

—Señor —contestó Sancho, que estaba arrimado a un altísimo y robusto alcornoque vecino y que descabezaba, como podía, el sueño—, o yo he entendido mal o me pregunta vuesa merced si hizo bien o mal en llorar cuando se acordó por aquellas alturas de mi señora Dulcinea; y de mí sé decir que cuando pienso en que he de reunirme en la ínsula con mí, oí slo, al punto y en ese instante en que me figuro que Teresa se me para delante y sin saber qué decirme me mira meneando la cabeza, se me aguan los ojos como a cualquier mocoso, porque en doliéndole a uno una cosa en el cuerpo o en las entrañas y en lo hondo, no hay quien en eso del llorar se vaya a la mano.

—Bien dices, Sancho, y has hablado como persona discreta que sueles ser y como prudente gobernador que serás. Recuerdo yo que una vez siendo muy niño y viendo llorar a mi madre, que Dios haya, me enternecí y sollocé de lo lindo; y cuando lo recuerdo y me parece ver su hermosa cara llorosa, es como si viera abierto el cielo; y bien sabes que de tan alta matrona hablo pocas veces, si alguna; pero tú me has traído el hecho a la memoria y a los labios.

Aquí dio don Quijote un gran suspiro que lo puso en el cielo de veras, y se quedó por unos instantes pensativo además.

—Y digo yo, Sancho —continuó el hasta entonces suspenso, nocturno, narrador—, digo que si es gran cosa e institución necesaria a toda república bien constituida y gobernada, la caballería, no le va muy en zaga en excelencias de toda suerte, la Poesía; porque tal poeta te enseña a amar la patria y otro te descubre (para que sepas cómo has de amar a Dios) el secreto de las emociones, que, en presencia de esa altísima creencia siente; y si este te doctrina, aquel te consuela, y todos ellos te ofrecen el tesoro de su depurada y exquisita sensibilidad estética, con primor, y seducción contagiosa tanta, que no hay más que pedir, y embelesarse en ello, leyéndolos u oyendo que los recitan cuando corren de boca en boca, aprendidos de memoria, y guardados en ella como preciosas prendas, sus versos. Este épico acrisola en sus cantos el valor del ciudadano, y en ese molde hace héroes. Aquel otro te muestra en sus estrofas la profundidad y la castidad también de su devoción amorosa por la dama de sus pensamientos, como lo hizo por

Beatriz el Dante, y te hace amar así a la tuya; y todos están siempre descubriendo en sus corazones nuevos y bellos sentimientos que son como matices de la sensibilidad, a ellos solo perceptibles; y acompañados de la música y envueltos en la miel del verso, te los hacen gustar y conocer; y hacen que, sin quererlo ni saberlo, te los apropiés y los gustes ya, como plato ordinario de tu mesa. Y no digo más, Sancho, por no cansarte y cansar con ello: a ti, porque acaso no lo sepas, y a otros, porque de sobra lo saben, ven, comprenden, confiesan y sustentan así. Y, mira, hijo... ¡Mira que te caes, Sancho, no te duermas, y óyeme esto en el secreto de nuestro trato y de tu discreción, sin que pase de nosotros a persona alguna: tanto es el gusto que en esta noche de improvisado y feliz comercio con ella, le he cogido a la Poesía, que me están dando ganas de meterme a poeta de una vez; al menos, mientras dure tu ausencia y mi ocio en esta mansión; porque pensar que yo salga a buscar aventuras sin ti, y que me enfrasque en ello, es pensar en lo excusado y lo imposible. Ahora, dejar de una vez la caballería andante por las dedicaciones y ocupaciones estrictamente poéticas, ¡eso no! Primero, porque la caballería es quien es, y yo soy quien soy; y luego, porque como alguno ha de decir o lo ha dicho ya de nuestra patria, hay en ella “en cada esquina cuatro mil poetas”...; de caballeros andantes, solo quedo, en son de guerra, yo; que aquel otro aparecido de quien recuerdas el vencimiento y penitencia que el cielo (y no digo más) le impuso, debe de estar a estas horas hilando con una rueca y cariacontecido y mohíno, cual no digan dueñas.

—No hay por qué mentar, señor, la soga en casa del ahorcado; y menos, cuando el muerto cuelga aún de la viga —dijo Sancho—; porque aún estamos vuesa merced y yo molidos de la dureza del caballo y de la demasiada largura del viaje que por desbarbar a un buen número de ellas sufrimos y hicimos ayer mismo.

—No seas malagradecido, Sancho, ni hables así sin ton ni son, porque si nadie conoce las vías de la Providencia, y tal vez tu enemigo te salva, este es el caso; y así has de confesar que sin las descomunales barbas de aquellas doloridas criaturas, ni tú hubieras visto tan de cerca como viste las cabrillas, ni estarías escuchando como escuchas esta sabrosa plática.

—De la plática, señor, le haría, hablando con perdón, gracia; y si vuesa merced quiere oír no más de dos palabras que tengo más en los párpados que en el pico de la lengua, sepa que me estoy muriendo de sueño y que no puedo ya con mi alma.

—Todo se andará y todo se dormiré, Sancho, a su tiempo, y déjame decirte que por diversos pasos que dellos conozco, los poetas han sido a su modo caballeros andantes; solo, sí, que no siempre, pues alguna vez lo han hecho también, salieron por el mundo a correr aventuras y a amparar huérfanos y socorrer menesterosos; como otros hicieron y yo hago, sino que se quedaron en su casa, cuidando muy mal, por cierto, de su hacienda y en tanta estrechez como nosotros; y allí, dando vida y forma a sus dormidas propensiones y más secretos anhelos, escribieron y dieron libros al mundo que lo colmaron de maravilla y de contento; como que pusieron así en sus obras todo el jugo de su corazón y la esencia misma de las entretelas de sus cerebros.

—Buena falta me hacen aquí mis libros ahora; y mal haya aquel endiablado de encantador de cuyo nombre no quisiera acordarme, y que por tan malas artes me desposeyó y privó de ellos; que no me faltaban, alternando con las de caballería, obras acabadísimas de famosos poetas, y entre ellas la *Diana* de Montemayor, de cuya pérdida no podré consolarme nunca.

—Pues si a eso va, señor, no hay más que buscarla en la librería de esta casa que debe ser rica, y allí ha de hallarla vuesa merced, y muchas más, y aun todas las que le hurtaron o robaron; y ya está leyendo lo que le venga en voluntad. Pero dígame, señor, y así Dios me asista, si va a tenerme aquí mucho tiempo y si ha de seguir hablándome desos misterios de libros que a mí no se me alcanzan, y que no sé de dónde saca vuesa merced su sustancia; si del aire, o de su misma cabeza, que yo creía hasta hace poco que se la había vaciado ayer cuando me doctrinó y amonestó tan largamente y con tanta sabiduría que más parecía vuesa merced predicador en Viernes Santo que caballero andante e hijodalgo como es.

—Desas cosas y de otras muchas más hemos de estar instruidos, como otras veces, te he dicho, Sancho, los que abrazamos esta profesión de las armas, que las comprende y encierra todas; y por que veas cuán descaminado vas en tu crítica, allí mismo, entre mis libros, hubieras podido ver la *Araucana* de don Alonso de Ercilla, que siendo soldado, y estando en guerra con indómitos salvajes, donde no era posible dar paz a la mano que manejaba la lanza, él supo hallar tiempo, reposo y disposición para componer y escribir una de las mejores obras que en verso heroico se han escrito. Y ¿qué te parece a ti, desalmado, que si tuviera agora espacio con solo querello, no haría aquí y en este punto un discurso que viniese como de perlas,

sobre la Poesía y aun sobre las artes bellas todas que no se abaten a las granjerías del vulgo, el cual discurso dejase tamañito a aquel otro que improvisé sobre las armas y las letras, donde sabes...? ¿Por quién me tienes? De más desto, Sancho, ¿no has echado de ver que todas estas vueltas y revueltas de mi pensamiento en torno de la Poesía y este sacarte, tan a deshora, de la cama, y este hablarte como si fueras mi igual y me entendieses, y esta blandura y este todo, desta escena que contigo hago, tienen más alta causa que todo eso que por encima y sin ahondar en ello, ves y notas...? ¿No está diciendo eso que digo, que tengo, como se dice, lo mejor en el tintero todavía? ¡Ah, ingrato! Y pensar que lo que con más rintintín había de decirte en el cuento desta maravillosa aventura aérea, celeste, o lo que sea, a ti mismo, como a mí toca; y que, bien visto todo, el mismo gobierno de la ínsula es un grano de anís al lado de ello. ¿Qué he hecho yo nunca, Sancho, si no pensar en adelantarte en los bienes de la tierra y en los del entendimiento, dándote el mismo día como miel sobre hojuelas, y como acaba de suceder, el gobierno de una ínsula y toda la doctrina además, que para gobernalla con acierto necesitas? ¿A quién, sin haber cuenta de la distancia que nos separa, abrí, si no a ti, mi pecho? ¿En qué oído sino en el tuyo deposité mi secreto? ¿A quién vi hartarse con más gusto que si yo lo comiese, del pan de mis alforjas?

—¡Alto! —dijo a este tiempo interrumpiéndolo Sancho—, que una cosa es oír discursos a las cuatro de la tarde, por ejemplo, cuando el sol que pudiera estar entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos diese lugar para que sin calor y pesadumbre se oyesen y escuchasen, y otra es haber de escucharlos en las altas horas de la noche y en el campo, cuando cada cosa, de por sí, y todas juntas: la sombra, el fresco y el gran silencio que hace, le está y le están diciendo a uno: «Sancho, duerme; Sancho, descansa»; y más, que vuesa merced, a lo que he echado de ver desde el principio desta plática, no habla esta noche (así Dios perdone mis pecados) tan suelta y gallardamente como de ordinario. Mas si a eso va, buen corazón tengo, y desagradecido no soy, y hable vuesa merced hasta por los codos si quiere, que yo seré todo oídos; y más, que yo me sé que por eso dicen por ahí que quien bien te quiere te hará llorar.

—No llorarás, sino antes reirás, Sancho; y sentirás en el alma un cosquilleo de satisfacción tan nuevo y no usado para ti, que has de creerte en la gloria; y estame, como puedas, atento.

Aquí tosió don Quijote, puso en las estrellas del cielo, como si estuviera en connivencia con ellas, los ojos, y se soltó a hablar en esta guisa.

—Sumido estaba allá arriba, Sancho, como al principio te dije, en una suerte de embobamiento, y cantando bajito para acompañar la canción de la lira, que sabes, cuando se dejó oír a lo lejos a lo que creí, y por donde asomaban sus refulgentes cimas las montañas, una sinfonía pianísima, del concertado son de tantos instrumentos formada, y tan insinuante y misteriosa, que más parecía cosa angélica y del otro mundo que ostentosa y aparatosa música de la tierra.

—Esa música —dijo Sancho, que sin quererlo comenzaba a estar atento a las palabras de don Quijote—, esa música que vuesa merced oyó y dice, debía ser, por las señas, música celestial; y siga vuesa merced adelante.

—Que era cosa del cielo, no hay que dudarlo; y en su son no descubrí yo el conocido y terrestre de los pífanos, albugues, chirimías, tibias, arpas, caramillos, guitarras, guzlas, gaitas y rabeles y demás máquinas musicales que me tengo bien oídas, y algunas de las cuales, como la zampoña, sé tañer; sino que parecía salir de instrumentos de cristal nunca vistos ni oídos sino en aquella sazón; y estando así, suspenso de aquella melodía, y como si me llevasen de la mano, eché insensiblemente a andar y fui encaminándome hacia el sitio donde al parecer el concierto se hacía; y por más que busqué, de curioso, con los ojos por todas partes, no pude descubrir ni la orquesta ni sitio para ella, ni persona alguna, viviente, en los contornos; con lo cual, y porque no la oía más ni mejor, sino como al principio la había escuchado, me di a entender que la música caía del ambiente, y que era aquella atmósfera musical de suyo. Y créelo así, Sancho, y no fue este uno de los menores prodigios que allí pasaron mi razón.

—¡Vivir para ver! —dijo con la mayor buena fe Sancho.

—Y tanto que vi —prosiguió don Quijote— que todo ello, y tal como puedo ahora, pasado el encanto, representármelo, se me representa confuso al entendimiento; y me aflijo de no poder contallo como fue. Y digo yo, Sancho, que estas cosas divinas, como las inspiraciones de los poetas y como lo que yo vi y oí, han de cogerse en caliente y al nacer, y fijarse así para que surtan su efecto; porque de no, se enfrían, empañan y deslustran, si fuera de su gran sazón se las recuerda y se las cuenta. Empezaba yo a dármele más cabal de todo, como digo, y a fijarme en los objetos que en aquel extraño y solitario mundo había,

cuando eché de ver que, a no gran distancia de mí se levantaba una como pirámide de blanquísimo mármol hecha, y de hasta no sé qué elevación, porque su cima se perdía de vista, y anchísima en la base, que no cogería en su contorno menos de muy bien veinte mil toesas. Con todo esto, y con ser tan grande, estaba ella, en sus caras, como en línea de hélice labrada por un espacioso camino que la rodeaba y ceñía y hacía practicable hasta su misma cima o meseta superior, que no pude ver entonces y que supuse que la tendría, por no cavilar más y dar descanso al curioso entendimiento en ese punto. Otras así, menores, hasta ocho más, se adivinaban más que descubrían a distancia, tan blanquísimas eran; y tan confusa con ser tan luminosa era aquella atmósfera que más parecía de impalpable ópalo que de otra materia formada; y allí, porque lo sepas si ya no lo he dicho, no había sol ni astro alguno que diese otra luz; y ahora que recapacito en ello y recojo lo que sé de esa gran ciencia que llaman Astronomía y en que fue tan perito el Rey Sabio, colijo que la materia atomizada luminosa aquella podía ser muy bien análoga a la que llevan en la cola los cometas... Qué tiempo llevaba ya en aquellas soledades, no lo sé: ni sé tampoco si en medio de aquella divina monotonía de las cosas, y en la uniformidad de la beatitud de mi alma tenía imperio todavía Saturno, que, implacable en el Olimpo y en toda la tierra, devora a sus propios hijos. Solo puedo certificar que me sentía liviano el cuerpo y que tenía ganas de volar. Así, andaba, como un fuego fatuo, de aquí para allá. Me había apartado tanto de la gran montaña que no la veía bien, cuando oí, súbito, un grandísimo ruido que de lo alto y del oriente del cielo (de algún modo he de llamarlo) venía, acentuándose cada vez más; como cuando se acerca y va a desatarse sobre un lugar de la tierra una tempestad, y al punto en que estalla con todos sus mugidos, estremecimientos, sacudidas y estrépito y con todo su fragor hondo y vaporoso. Pero mira, Sancho, y aquilata por ahí el temple de mi alma (de quien ya sabes que no conoce el miedo en el mundo, ni en el más temeroso suceso), con ser como era aquello cosa, por decirlo de una vez, sobrenatural, ni pizca de temor sentí por ello y fui encaminándome a la montaña sobre la cual parecía abatirse una legión innúmera de extraños y alados seres, a ver lo que era eso, y a certificarme de todo ello. ¿Y qué era, o quiénes eran...?, dirás tú. ¡Criaturas, Sancho! Criaturas, ni más ni menos; pero en esencia como incorpóreas, sin dejar de ser visibles, y vestidas todas de amplias y albas túnicas que apenas, de lo sutiles que eran,

se parecían; y todos o los más, porque eran varones, traían ceñida de inmarcesible laurel la frente, que todos la tenían despejadísima, y algunos dellos luminosa y rodeada de un halo.

Ocupaban, por el camino que te he dicho, la montaña, sino que a unos los veía y a otros no, como que estaban del otro lado mío; y eran muy bien, así, a bulto (que contarlos no pude), hasta unos cuatro mil, si no muchos más. Mirábanme sin que pareciera que me vieses, y estaban graves todos y dulcemente serenos, sumidos en una beatitud que no tenía nada de humano: no hablaban palabra. Aquello empezaba a picar ya mi curiosidad, y, si he de decírtelo todo, empezaba a echar de menos a Rocinante y a mi lanza, porque aquella actitud, si quier reposada, y mansa, y aquella gran taciturnidad, inofensiva y todo, me provocaban a rompellas de cualquier modo, cuando rompieron ellos a cantar un himno tan grande y gozoso al par que cubrió y ahogó y afeó la música y melodía del sonoro ambiente aquel, que se calló, a lo que creo y entiendo, por oído y escuchallo. Qué cantaban, no lo sé, porque lo hacían en lengua extraña de mí jamás oída; y que, por lo menos, debía ser griego, que en un tiempo se habló en España y que hoy tenemos olvidado. Lo cierto es que yo no entendía una palabra, y es lástima, Sancho; que ahora, y con la buena memoria que Dios me dio, te repetiría el himno, aunque de la música no respondo; porque si un verso, como todos los de *La Galatea*, me lo aprendo con solo leello media vez, necesitan para fijar la música, mis oídos, oírla más de una vez y aun más de cuatro. Callaron los aparecidos y comenzaron a caminar pausada y majestuosamente por el visible caracol de la pirámide, con lo cual pude vellos bien; ¡y cuál no sería mi asombro y mi alegría, Sancho, cuando despejados mis ojos (que la novedad y grandeza del cuadro aquel tenían como empañados), empiezo a distinguillos y como a reconocellos, aunque confusamente, como has de entender, en lo cual me ayudó su poquito lo que sé de historia, de pueblos, de fisonomías y de trajes; y su mucho, la imaginación, amable lazarillo del entendimiento! Digo, pues, que a medida que pasaban, los fui acomodando en su patria, pensando y diciendo para mí de este o parecido modo: «Estos dos primeros que por la figura y traje me parecen bonzos que otra cosa, son, sin duda, de aquellos que cultivan y comen el arroz en la remota Sérica, y asisten impasibles al espectáculo de la soportosa vida del decrepito pueblo que gime bajo el poder del Tártaro, y cuyas fabulosas maravillas dio a conocer al mundo Marco Polo».

Estos otros, que tan de cerca los siguen y debieran precederlos, son de aquellos que se sustentan con el insípido millo de que hacen su alimento los degenerados hijos de los Arias, en cien castas divididos, y dan de sí al faquir, absorto siempre en perpetuas y estériles meditaciones; y entre ellos debe de andar Buddha o como se llame, que no lo conozco ni de vista. Desta otra parte de acá están los que beben el ácido kumis y ven correr sin asombro las aguas del Oxus, en cuyas márgenes tuvo su origen (si origen tuvo) nuestra especie. Allí, subiendo y vedándose un poco a la vista, están los que saborean el fruto del preciado arbusto seabo y aspiran el incienso y los perfumes de aquella árida tierra de donde salieron gentes a sembrar en el mundo una brillante civilización cuyo fruto se ha perdido, de quienes quedan en España, con otras memorias y con la sangre, la Alhambra y el Jeneralife. Aquí has de ver los que se pasean en torno de las soberbias pirámides que esconden el cuerpo del apercaminado faraón, o ponen, sin saber lo que hacen, la torpe mano sobre la piedra de la temerosa Esfinge; los que discurren por los risueños oteros de la Eubea; los que saborean, sin que hoy sean dignos de ello, la miel del Himeto, en aquella un tiempo divina región que dio con su arte su alma al mundo, pródiga tierra que huella el pesimista y sensual turco, asentando impasible su pie, mientras fuma su pipa, sobre la tumba de Leónidas. Entre estos viene alguno que no he de nombrar ahora porque su nombre impone mayor alabanza, que en su momento se le hará, si a tanto alcanza mi menguada inteligencia. Mas allá, y brillando con un no se qué resplandor, por el griego solo igualado, están los que muerden el rubio grano (*certantem purpurae*) en las caldeadas laderas del monte en cuya infernal cima se agita aún y ronca airado en eterna tortura Polifemo. Entre esta gente destácase uno de gravísima faz y de adusto ceño que se ha plantado en medio del camino, *a guisa di lion quando si posa*, y yo no me atrevo a nombrarlo, que ya en su sazón diré su alto nombre, y al cual acompaña o, mejor dicho, precede y guía el mantuano, el autor de las *Bucólicas*, rival de Teócrito y sin rival en Italia, Virgilio, a quien puedes admirar a tu gusto, ya que lo tienes delante. Este que ves aquí, Sancho hijo, que viene hablando a solas, y a quien reconocí desde que le oí decir: «*Sulmo mihi patria est, gelidis uberrimus undis*», viene porque es también poeta, y mira que trae escondida la mano derecha.

—¿Y por qué esconde la mano? —preguntó Sancho. ¿Ha tirado alguna piedra?

—Eso debe de ser porque no se le vean y miren los dedos, con los cuales trazó sus *Tristes*, los cuales dedos los tiene carbonizados desde la hora y punto en que se sirvió de ellos para escribir las alabanzas de Augusto y de Tiberio. Mira cómo a pesar del laurel que le ciñe las sienes, tiene un aspecto hosco y anda desazonado y malincónico: y no quiere que lo vean; bien lo conozco: es el mismo Ovidio. Y así suben y ascienden por la pirámide que te he pintado, Sancho, otros cien pueblos y otros cien personajes, cuyos nombres, historia y costumbres me son conocidos, pero que adrede suprimo y callo en este punto.

—¿Pasaron todos, señor?

—Ya lo has visto, Sancho! ¡Ya era tiempo! Y que este desfile y este cuento no es como aquel de las cabras que yo sé, que tiene pronto fin, y se acaba cuando uno menos lo piensa; sino que parece el de nunca acabar, que dicen por allí.

—Pero, dígame vuesa merced, ¿en dónde estaba yo ahí, ni qué papel hacía en la comedia, que hasta ahora no he oído que vuesa merced me nombrase; y cuidado que ha visto y nombrado gente extraña y rara...!

—Ya saldrás, Sancho, y donde más alto parezcas, y más te contente y maraville; sino que corté ahí donde lo hice, de cansado; y más porque ya me iba haciendo largo. Y deja que tome aliento para proseguir, que aquí va lo último y lo mejor de todo, o no soy yo cristiano viejo como soy.

Y don Quijote calló y se quedó absorto una buena pieza de tiempo, durante el cual Sancho echó un buen sueño al amor de la madrugada (que no siempre ha de decirse al amor de la lumbre), y tras ello, cuando todo parecía en mayor silencio, prorrumpió así:

¡Oh, Apolo! ¡Oh, Mnemosina! ¡Oh, vosotras, las nueve, sus hijas, que no digo; y vosotras todas, divinidades del Parnaso, grandes y chicas: oh, Anfión, prestadme alientos y vuestras suficiencias poéticas todas, para que diga aquí y ponga en su punto, el prodigio de que fui testigo; y tú, Niobe, líbrame del tormento que sufrió tu padre, pues no sería mayor el mío si en presencia de tanta luz como vi y veo, no pudiese asilla y encerralla en mi entendimiento y en mi discurso; lo uno para deleite mío y lo otro para regocijo y encanto del mundo...!

—Todo eso, Sancho, que dije del encanto de aquella región y de su atmósfera divinamente musical y luminosa y de tanta diversidad de gente, trajes y costumbres, y todo el todo de aquel no usado modo de ser, es nada al lado de lo que voy a decirte; y ¡mira que me oigas! Has de saber que andaba yo todavía reconociéndolo todo y a todos por ver

en qué paraba ello, cuando vino por el aire una como carroza triunfal tirada por águilas de desmesurado tamaño y grandor, y arrimó a la vera de la pirámide y descendieron y se apearon de ella (de la carroza digo), hasta doce o catorce entonados personajes, uno de los cuales traía en la mano, cubierto y tapado con un velo azul, sembrado de estrellas, un bulto de cosa no mayor de lo que parece el sol cuando se le mira en el cielo; y en subiendo, que subieron todos, por la escalera, rompieron a cantar en coro otra vez los primeros venidos, y cantando comenzaron a subir por la montaña y subieron tanto ya, con ellos confundidos los a última hora llegados, que sin saber cómo ni cómo no, los perdí de vista y casi dejé de oír sus voces, y me fui quedando solo y en grima con no poco disgusto mío. Y así a poco, y ayudado de mi natural temeridad, por mucho que aquella gente me impusiese un tanto (no gran cosa, que caballero andante no hay que no esté acostumbrado a codearse con todo linaje de personas y seres, y potestades humanas y divinas), comencé a subir resueltamente por la revuelta vía, y apretando un poco el paso los alcancé y me confundí con ellos, que nada me dijeron. No más de dos leguas tendríamos andadas cuando llegamos todos a lo más alto del marmóreo monte y en donde tenía, en la truncada cúspide, una explanada capaz de dar cabida a un mediano cuerpo de ejército. Allí hicieron alto, y yo con ellos, más picado cada vez de la curiosidad, y en mi elemento, hecho todo ojos, dispuesto a intervenir cuando debiera en lo que a hacer se disponían; porque (y era lo que yo me decía a cada instante) algún propósito debía de llevarlos allí y los llevaba, como luego supe y verás. Comenzaron a moverse como quienes tienen aprendido un juego escénico en el teatro, y se destacó de la masa un grupo al cual dieron lugar haciéndose atrás, los otros, encerrándolo así en el centro de un espacioso círculo. Y como yo viese más distantemente a los que parecían allí más encumbrados personajes, pude sin asombro reconocerlos; y no te asombres, Sancho, de verlos juntos; que estos tales, donde quiera que nazcan, tienen la misma patria y hablan la misma lengua, y son iguales. El uno que tenía ya en las manos el bulto aquel que los otros le habían entregado, era Homero, el enorme poeta niño que cantó el nacimiento del Mundo. Homero, como ves, tiene el candor sagrado de la mañana, y parece no haber visto jamás la sombra. Repara y mírale la cara y cerciérate de que era ciego y por ello verás que toda aquella luz de su poesía estaba dentro de él. Ese otro es Job, padre del drama; él abrió el campo de la Tragedia, poniendo en frente uno de otro a Jehová

y a Satanás; el Mal desafía por la primera vez al Bien, y empieza así la inacabable lucha... Este que ves aquí, anchísimo de hombros y de espaciosa frente, fue (a distancia de muchos siglos) gran admirador de Homero, como lo fui y lo soy yo de Amadís; y creía que el alma estaba unida de toda eternidad a las *puras, inmóviles, bienaventuradas* ideas de lo verdadero, lo bueno y lo bello, y que, al encarnarse en el cuerpo del hombre, recordaba su pasado y estaba torturada siempre por el anhelo de volver a él. Quizás no andaba descaminado, Sancho: yo mismo siento siempre esos anhelos, y ya sabes que soy cortesano asiduo de la verdad, caritativo para con todo aquel que haya menester de amparo y de socorro, y que amo la caballería andante que es lo más bello que ha existido, existe y existirá sobre la tierra. Ya comprenderás que te hablo de Platón. Él enseñaba aquello en sus *Diálogos*; yo lo enseñé con mis obras: somos grandes amigos.

Este otro es Esquilo, iluminado por la divina inconsciencia del genio: dio de sí en sus obras la idea de la rebelión del hombre contra el destino, y crió a Prometeo, imagen del Derecho, y a quien le roen buitres insaciables las entrañas. Este que ves aquí y parece un israelita es Elías: de su boca sale, como un continuo trueno sordo, el reproche. Ha sentido el dolor y manifiesta así su grande, terrible inconformidad. Con él anda de la mano Ezequiel, divinamente salvaje. Un tanto apartado destos dos últimos, ves aquí, Sancho, a Lucrecio; este es un pensador ya; y de sus sueños ha sacado una doctrina filosófica. Este, que tiene un rictus amargo en la cara, es Juvenal; su corazón está lleno de justicia y de cólera, y toda su obra está en la humanidad, en lo que toca a las costumbres. Tácito es este, el historiador: encarna a la libertad y cita ante el tribunal de su genio a los tiranos, y los castiga. Aquel es Juan, el gran viejo virgen: de su cabeza salen como un humo luminoso, las grandes visiones de su alma; el Apocalipsis es su obra: tuvo un amor que fue Jesús; después no supo amar a nadie... ¿Cuántos he dicho ya, Sancho?

—No sé, señor. Si como me habla de tanta gente extraña me habla-se vuesa merced de mis vecinos, de Tomé CECIAL, por ejemplo, y de los suyos, yo me los sabría, pero desta gente que nombra jamás había oído hablar palabra.

—Menester es que oigas, Sancho, siquiera una vez en tu vida, hablar de ellos; y así escucha: Este que lleva en las manos un libro en que con caracteres de fuego se lee por fuera, *Divina comedia*, este, Sancho, de quien ya te he hablado y que vino con los primeros, es el Dante. Bien

habrás oído hablar de él, porque en nuestra patria se le ha imitado y su lengua es casi la nuestra; este que escribió la epopeya de los espectros; y, donde todo acaba, él empieza. ¡Mira qué duro el ceño de su cara!

Aquí verás a un contemporáneo nuestro, que es único y solo en su tierra y en el mundo. En su alma y en su obra está todo el misterio del hombre. Contéplalo, Sancho, con admiración: ¡es Shakespeare, es decir, la Existencia...!

Todos estos son gigantes, y la flor y nata de la caballería andante de la sensibilidad moral y artística; y, el que menos, es un Briareo, y tiene cien brazos: forman una dinastía, como la de Amadís de Gaula, y aun son más viejos que él. Y oye bien lo que te digo, tú que tienes el pensamiento en Tomé Cecial: con no ser esta gente de casta de reyes o de emperadores, como no lo fue Amadís tampoco, vivirán en el mundo más que los Alejandro y que los Carlos V, y su obra perdurará por encima de la obra de los grandes imperios que aquellos fundaron y sustentaron; porque arranca, como la vida y obra de los caballeros andantes, de la *idealidad*, que es fuente de poesía y de vida, y lo único que, a la postre, tras tanto batallar, sobrenada como divina espuma sobre el mar muerto de la vida de pueblos y naciones. Los grandes poetas, los grandes pensadores, los grandes caballeros reformadores del mundo, son como las nodrizas de las almas; que desde las altas cimas de la Historia se nos muestran, abiertas las venas del corazón, dando de beber a los hombres, alimentando por muy diversas canales de vida al mundo, que tiene en ellos el manantial de todo saber y de toda idealidad.

Pero deja que dé fin a mi discurso, que ya lo van teniendo con tanto hablar, mis débiles fuerzas. Gente tan grande y tan principal como aquella no podía, Sancho, haberse reunido allí, saliendo y viniendo de tan lueños tiempos y tierras, a humo de pajas; y alguna cosa grande intentaban y habían de hacer; y ya me parecía que tardaban en ponelle mano, y aun tenía gana de dalles priesa en ello, hablándole al que más simpático me pareciese, cuando, llegada para ellos y para su conocimiento, la hora nona de aquel acontecimiento, comenzaron todos a mirar para el cielo, del lado de donde (o yo no sé nada de rumbos), debía caer España (¡tu patria y la mía!); y dando con ello, por las sonrisas placenteras de los serenísimos rostros, señal de que empezaban a oír rumores de lo que esperaban, pusieron todos oído, y yo lo puse con ellos, y a poco percibimos distintamente como un batir de alas, sin que pudiese ser otra cosa, y luego de en medio de una encendida nube, que ya sobre nosotros se

cernía y no sé qué viento la empujaba, vimos destacarse un grupo vivo, que lo formaban un caballero y un caballo. El uno, de mediana estatura y corpulencia, aunque gallardo y de marcial continente; el otro, negro, al modo del caballo árabe, y de la misma casta (o yo no sé palabra de bestias, ni merezco oprimir los lomos de Rocinante) que aquella famosa yegua que montaba, y en que hacía sus viajes al cielo, Mahoma; y bien formado y proporcionado y con un par de alas mayores que las de aquel otro, hipogrifo, que sabes, y muy otro de él además. Y en menos que canta un gallo, y entre la expectación asombrada y regocijada de todos los que mirando estábamos el prodigio, y (como suceden estas cosas, que esperadas y vistas venir, sorprenden siempre) ¡pan! se plantaron caballo y caballero en medio de aquel palenque, entre un rumor de admiración y de amor que en interrumpidas frases, exclamaciones, dulces voces y cortados suspiros de honda satisfacción se hacía oír. ¿Quién era...?, ¿quién será? me decía yo, que estaba, sin que supiese bien por qué, emocionadísimo; ¿quién será...?

Los otros todos parecían conocerlo de viejo y le daban entre sonrisas la bienvenida. ¡Viva!, dijeron, ¡viva!, y en eso empezó a sonar una música divina, como de cien orquestas que rompiesen a tocar juntas; pero de un piano tal y tan hondo, que en sentimientos infinitamente dulces te inundaba el alma. Y fijando yo los ojos en el caballero que aún no se había apeado (porque esto pasó con más rapidez que te lo cuento), le vi admirablemente montado, puesto el pie en el estribo de oro. Y era, si mis ojos no me engañaron, hombre de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, y la color viva, antes blanca que morena. Venía descubierto. No pude seguir mirándolo y notándolo, porque en aquel momento mismo echaba pie a tierra, y entonces lo rodearon de cerca los grandes hombres o las grandes sombras, que te he dicho; y el más viejo y respetable dellos, aquel que sabes, Homero, arrancándole al bulto que llevaba en las manos, el velo, descubrió una magnífica corona, toda ella de finísimo oro labrada, imitando a maravilla el laurel. Vinieron todos y pusieron en ella amorosamente las manos, y levantándola el que la tenía de primero, en alto, hizo ademán de ponérsela al recién venido. Y habías de ver, Sancho, la confusión de la gran modestia con que a ello se resistió al principio; pero los otros le sujetaron dulcemente y sin violencia, y al cabo se la pusieron en la cabeza, que parecía la de un dios; ¡tanta

era la belleza del rubor glorioso que se la teñía e iluminaba! Rompieron en este punto las cien orquestas en un *allegro* incomparable, penetrado de triunfante contento, en plena armonía, y prorrumpiendo todos los que allí estaban (los genios y los que no lo eran, y que formaban aquella su gran cohorte), en un salmo que parecía cosa del cielo; y no se oían en medio de él sino voces que decían: *¡Hosanna! ¡Sursum corda...! ¡Hosanna!*.....

Ganado yo, que tenía, Sancho, llenos los ojos de dulcísimas lágrimas, ganado por una simpatía como filial que aquel gran desconocido me inspiraba y que me comunicaba una timidez casi inocente (tan dulce era en sí), apartando a todo el mundo para llegar a él y sin poder contenerme y saber lo que hacía, fui y le tomé una mano y se la besé con tanto ardor que él, volviendo en sí, me vio y me puso aquella misma mano, con tanto cariño en la cabeza, y me miró con tan risueña y amable familiaridad, como de amigo cariñoso o de padre benevolentísimo, que a mí, ahogándome la efusión de estos sentimientos, se me escapó en aquel punto del pecho, en un sollozo.

—Parecía, a lo que vi, tener gran prisa de volverse a su tierra y nación el caballero; y aunque todos le instaban para que se detuviese, montó y se partió por los aires en el mesmo caballo y en la mesma rabiosa nube en quienes había montado y envuelto.

—Bien está, señor —dijo Sancho. ¿Pero dónde estoy ahí yo, ni qué pito he tocado en esas cien orquestas...?

—Estabas, Sancho, y verás cómo; y fue que siguiendo a aquel hombre con la vista cuando se disparaba, al irse por los cielos, me pareció verte y creo que te vi realmente tras él, montado en tu asno, envuelto en la nube misma, y en la claridad que como una atmósfera lo envolvía.

—Y ¿le habían salido alas al rucio, señor?

—¡Quién sabe, Sancho...! En la angustia yo de buscar a Rocinante, para irme tras él, vuelvo, desconsolado de no hallarle, la vista al espacio, y, ¡oh, colmo de prodigio!, me alcanzo a ver a mí mismo entre la nube, cubierta la cabeza con el yelmo de Mambrino, que relucía como un sol, embrazada la rodela, y en la diestra la lanza, sueltas las riendas de Rocinante, en el cual me veía montado, y que iba tras el caballero, caracoleando orgulloso, hecho un ascua de oro, y haciendo corbetas como no lo he visto nunca, yo que lo vi nacer, y lo conocí, y crié desde potro, en mi dehesa.

—Y dime, Sancho, si no es esto bastante para suspender y maravillarse a cualquiera. En medio desta sorpresa y maravilla, y cuando rayaba más alto, me sorprendí de hallarme aquí de nuevo, sentado sobre Clavileño, que parece que él mismo había ido a buscarme donde estaba y me había devuelto a este sitio. Lo demás, ya lo sabes...

Sancho miraba de hito en hito a su amo, y se rascaba socarronamente la cabeza

.....
Nota bene: Hasta aquí ha podido leerse el viejo y olvidado impreso, y esto se ha sacado de él en limpio. ¡Quiera Dios que el lector no haya renegado de la indiscreta diligencia de quien lo exhibe, por lo que todos saben, artificialmente, así, a la luz del día, y lo ofrece, después de todo, como un pasatiempo literario muy de esta ocasión! Preste Cervantes a todos para leer este juguete, una mirada de sus siempre benévolo y divinos ojos, pues en desmañada alabanza de su grande ingenio se hizo todo.

La Habana, 26 de abril de 1905.

Alrededor del Quijote. Trabajos escritos con motivo del tercer centenario de la obra inmortal de Cervantes,
Librería e Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1905, pp. 57-88.



Aventura de las hormigas [fragmentos]

[...]

Y, últimamente, que, dando de barato que este sea un defecto de mi concepción, y de esta obrecilla, no hay obra humana que no lo tenga; y no ha de ser la mía excepción a regla tan general y consoladora; que si defectos, de mí desconocidos, ha de tener por mala ventura mía y a mi pesar, este juguete, esta falta de aquí quiero cometerla a sabiendas; y váyase lo uno por lo otro. Y más últimamente todavía: que sería defraudar los sagrados intereses de los críticos de oficio, pedestres y estériles de suyo, esto de hacer –a ser cosa posible– una obra literaria sin defectos; que ingenios muy notables han errado sin quererlo en las suyas, y que, entre otros, Cervantes, condolido quizá de los comentadores y críticos que habían de salirle a su obra, les dejó para hacerles colaborar (sin grande esfuerzo a la verdad) en su *Quijote*, más de un asidero por donde pudieran decir: —Tate, aquí pecó el maestro, *aliquando bonus*...

Y así se ve ilustrada y taraceada hoy aquella sin par producción con notas tan profundas y eruditas como esta: «No fueron tres, sino dos los días que tardó Sancho en su viaje, según la cuenta de don Vicente de los Ríos en su curioso Plan del *Quijote*»; que estos desocupados satanases de comentadores y de críticos le han contado al libro, buscándole –donde no la tiene– la médula, las vocales y consonantes y hasta los *ques* en particular, por ser cosa de todos sabida que en obras de imaginación y de ingenio como aquella inmortal a que aludo, importa sobre todo contar las cosas con toda puntualidad cronológica y con exactitud científica sin que les falte ni sobre un ápice, porque si no, desdicen de la belleza artística...

Salga, pues, mi cuento como Dios y yo lo hemos hecho, y léalo el que lo leyere –si hay quien lo lea–, con toda la malevolencia que

quiera y déjeme seguir adelante; mas no, por amor de Dios, sin que yo me permita el inocente desahogo de comunicarme breves instantes siquiera con aquel que también dio vida a Cipión y a Berganza.

Te atisba, y hace por ti perenne centinela en las porterías de la Academia de la Lengua, y alguna vez también en el salón de sesiones, la crítica vulgar amojamada y atrabiliaria, vestida correctamente; caladas las antiparras, la pluma de ave en ristre en la derecha mano y sola izquierda sobre una mesa un amarillento pergamino, en el cual va anotando con nimia exactitud y estricta formalidad por orden alfabético los títulos gramaticales y literarios que le dan derecho al dominio de tu espíritu; aprisionado y todo entero allí, para ella, en un atrevido neologismo, en un rotundo periodo o en un concepto científico en tí ávidamente rebuscados.

Tal vez pudiera verse a un maníaco hurgando con una varilla el osario para rastrear y sorprender entre los despojos del carnero el alma de los muertos. ¡No, no encontraréis allí entre las frías letras el espíritu del poeta; ni ese es de los vuestros! En vano pretendéis aprisionarlo entre las flojas mallas del vacío y grave sitacismo que sirve de objeto a vuestro estudio y de fin único a vuestra siempre estéril vida. Los vuestros, vuestros hombres, lo saben todo a ciencia cierta; prontuarios vivos de todo conocimiento no dicen que Mahoma tuvo ídolos, ni cuando escriben pierden la cuenta de los días en que está ausente un personaje, ni olvidan que han perdido su asno, ni pudieran confundir con otro mortal al marido de Tulia ni otras cosas *ques preterio*; y si no se agregan una emoción al caudal de afectos de la vida humana; si no depuran y exaltan la sensibilidad del alma, mejorándola por la contemplación del ideal; si no dilatan la esfera del arte; si no dejan tras sí aprisionado en el mármol, en el granito, en el lienzo o en el libro su propio espíritu que burlé la ley del tiempo y que se reencarne perennemente por la emoción estética en el espíritu del hombre de todas las épocas; en cambio, saben las cosas como deben saberse y no lo hacen cargar a Sansón con otras puertas, distintas de las que arrancó su fornido brazo; en cambio, son doctores, y llevan las celdillas cerebrales atascadas de hechos, fechas y números; de doctrina, en suma y de erudición indigesta bastantes a apagar para siempre en sus almas, si las tuvieran, la chispa de toda genialidad artística y de toda vida.

Mas ya que hablé de ti, dulcísimo amigo de toda mi vida, Cervantes peregrino, y con tan poca reverencia invoqué, por causa tan baladí, tu memoria, para mí sagrada en la acepción que el amor reverente sabe

dar a esta profanada voz, consiente que esconda, como lo hice tantas veces, mi cabeza fatigada en tu seno abierto siempre a toda emoción.

En las páginas de tu libro, para mí tan caro, confúndense las gozosas lágrimas, que de niño yo, hizo brotar de mis ojos tu donaire no igualado, con las gotas de acerbo llanto que en mi ya larga vida de hombre cuajó en mis pupilas la dolorosa decepción de tu vida que en tu obra toda se transparenta, o mi propia flaqueza, por ti reconocida y contigo también llorada.

¡Ay! Dicen unos que escribiste tu libro para combatir el gusto y desterrar el uso de los disparatados libros de caballería; tu también, acaso, lo digas. ¡No lo creo! Otros aseguran –y estos creen ser los más atinados– que quisiste combatir los caballerosos excesos del carácter de los viejos hidalgos castellanos. ¡No me persuadirán de ello! Hay en tu obra demasiada pasión para eso; con menos bastaba; y aquellos asuntos no hubieran podido inspirarla tan excelente. Los poetas y los soñadores como tú escriben cuando sufren; sus obras responden –aun en la forma que diste a la tuya– a los desgarramientos íntimos del alma; cuando sangra el corazón contemplando la maldad ajena o la flaqueza propia contrapuestas al ideal de suprema perfección que acaricia; cuando al extender los brazos amorosos para enlazar entre ellos esa luminosa forma, estrechamos contra nuestro seno, que se hiela de amargura y de espanto, el descarnado y feo esqueleto, solo entonces visible, de la realidad bastarda; cuando nos sentimos condenados a luchar perpetuamente con la fatalidad inexorable que nos desafía y que nos burla cuando el alma se inmola ante su ideal, lastimado, mutilado quizás; pero no expulsado, pero no destruido; lleno de humanas generosas energías aun en aquel instante en que se exhala el dolor en lágrimas, o en que brota del corazón y del labio la imprecación amarga o esa histérica carcajada en que hay a la vez risa y llanto, risa para cohibir el dolor que mataría; pero no alegría en el alma. Tu libro no es una creación meramente literaria. Cualquiera que sea la trama en que está, con tanto realce, labrada tu obra, tú empapaste con sangre de tus venas aquella urdimbre. Tus personajes principales son de carne y hueso, y tienen alma como la mía. Aquel loco generoso siempre descalabrado, ese eres tú, soñador, que en caricatura te nos muestras pugnando siempre, con más vigor quizás después de cada derrota, por alcanzar el ideal soñado; y Sancho, el mundo vulgar en que viviste. El mundo que recoge y cuenta con avidez los doblones de la maleta de Cardenio, cuando tú sin bajar la vista al suelo persigues y buscas entre

las sombras del bosque al hombre para hablar con él de tu amor y del tuyo; aquel Quijote que cae al cabo derribado por el Caballero de la Blanca Luna, y que desde el polvo sabe decir al vencedor:

—Aprieta, caballero, la lanza...

Ese eres tú también.

Acariciaba tu alma las aspiraciones del hombre de refinada sensibilidad y la fortuna te vedaba hasta los goces vulgares. Ardía en tu mente la llama creadora del genio, aspirabas al aplauso, al amor de tus coetáneos, soñaba acaso con la inmortalidad que al hombre conceden alguna vez las producciones literarias, y ensayaste uno y otro género, siempre en vano; eclipsado siempre por rivales más cultos o más flexibles que sabían interpretar o adular mejor que tú el gusto literario de aquel momento histórico, no que sintieran mejor y más bellamente que tú. Tu ingenio burlado en sus aspiraciones se revolvió contra tu propio corazón; clamó virilmente contra la gran injusticia que te hacía el destino, y con aquel clamor salió de tus entrañas vivo y elocuente con la vida y la palpitación del poeta triunfante, tu libro; tu alma entera, ¡con las alas manchadas aún de sangre, pero redimida del olvido y de la muerte!

Shakespeare, el Dante, Goethe, Leopardi, ¿qué son sino eso? ¿Por qué no tú también?

(Perdóname, lector paciente, esta digresión no más ociosa ni más cansada que las que otros escritores se consienten, y continúa leyendo, que ya en el siguiente párrafo has de encontrarte de nuevo con los insectos de que venía hablando.)

Noveletas cubanas, vol. 1,
Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1974, pp. 456-461.



Enrique Hernández Miyares*

La más hermosa

A Manuel Sanguily.

Que siga el caballero su camino,
agravios desfaciendo con su lanza:
todo noble tesón, al cabo alcanza
fijar las justas leyes del destino.

Cálate el roto yelmo de Mambrino
y en tu rocín glorioso altivo avanza,
desoye al refranero Sancho Panza
y en tu brazo confía y en tu sino.

No temas la esquivez de la Fortuna:
si el Caballero de la Blanca Luna
medir sus armas con las tuyas osa

y te derriba por contraria suerte,
de Dulcinea, en ansias de tu muerte,
¡dí que siempre será la más hermosa!

1903

Tú y mi patria,
Editorial Guáimaro, La Habana, 1939, p. 25.



* Enrique Hernández Miyares (1859-1914). Poeta y periodista.

Sublime locura

*A José Manuel Carbonell,
poeta y caballero andante.*

Don Quijote , cargado con la cuenta
de sus hazañas, y al final molido,
recobró en el reposo su sentido
y ya no vio un castillo en cada venta.

Su cristiana agonía fue muy lenta;
y cuando el alma a Dios hubo rendido,
de la clara razón el bien traído
iluminó su cara macilenta.

Loco sublime o cuerdo, sus andanzas
hogaño infunden justas esperanzas
a todo aquel que nace caballero;

porque en pro del honor y la justicia,
contra la calumnia y la malicia,
cabalga en Rocinante el mundo entero.

Tú y mi patria,
Editorial Guáimaro, La Habana, 1939, p. 26.



A Cervantes

Con motivo de la inauguración de su estatua.

Los épicos Quijotes tripulantes
que al mar y al miedo declararon guerra,
desde el primer momento, al gritar ¡tierra!,
espaciaron la lengua de Cervantes.

Bravos conquistadores arrogantes:
a vuestra fabla América se aferra;
y ella resonará por llano y sierra,
hoy como ayer, mañana como antes...

Si a Cervantes la fama inmortaliza,
su fama nuestra lengua solemniza,
que ambos, lengua y autor, préstanse brillo;

porque aquel *Don Quijote* sobrehumano
tuvo que ser escrito en castellano
y Cervantes nacer para escribillo.

1908

Tú y mi patria,
Editorial Guáimaro, La Habana, 1939, p. 46.



Emilio Bobadilla (*Fray Candil*)*

Dulcinea

Entregada a tus rústicos quehaceres
No sabes que un hidalgo que te adora
Afirma que eres, zafia labradora,
La más bella de todas las mujeres.

Tú originas sus penas y placeres;
Por ti en abruptas soledades llora;
Por ti le vencen y vencido implora
Que le quiten la vida ¡su honra eres!

De una ilusión, como la fe, naciste;
Febil ensueño te adornó de galas
Y de virtudes que jamás tuviste...

¡No sé qué aromas de lirismo exhalas,
Qué influjo tienes sobre el alma triste,
Que vuela a ti con invisibles alas!

*Cervantes en Cuba (Estudio bibliográfico
con la reproducción del Quijote en verso de don Eugenio de Arriaza),
de Manuel Pérez Beato, Imprenta de F. Verdugo, La Habana, 1929, p. 114.*



* Emilio Bobadilla y Lunar, *Fray Candil* (1862-1921). Poeta, narrador y crítico literario.

Sancho gobernador

Movido de codicia estrafalaria
Por dondequiera a don Quijote sigue,
Sin que el hambre le rinda y le fatigüe
Aquella vida errante y visionaria.

Poco le aflige la pendencia diaria
Y que el amo le insulte y le castigue
Si, como premio de su afán, consigue
Gobernar en la isla Barataria.

Cada nueva fantástica proeza
Del hidalgo a sus ojos simboliza
El cercano poder y la riqueza;

Y cuando, al fin, su anhelo se realiza,
La cura de sus sueños de grandeza,
¡Pobre gobernador, una paliza!

*Cervantes en Cuba (Estudio bibliográfico
con la reproducción del Quijote en verso de don Eugenio de Arriaza),
de Manuel Pérez Beato, Imprenta de F. Verdugo, La Habana, 1929, p. 114.*



Rocinante

Pusilánime, tísico y hambriento
En vano don Quijote le espolea;
Ni se espanta, ni muerde, ni cocea,
Ni sale de su paso de jumento.

Casi nunca responde al ardimiento
Que en la riña al hidalgo agujonea;
Y al más leve tropiezo bambolea
Como una planta que sacude el viento.

Fatigado de andar leguas y leguas,
Del instinto sexual no oye las voces;
Pero una vez excítanle unas yeguas

Que a mordiscos, su amor pagan y a coces...
No es tu sino más triste, ¡oh, Rocinante!,
Que el de tu pobre caballero andante.

*Cervantes en Cuba (Estudio bibliográfico
con la reproducción del Quijote en verso de don Eugenio de Arriaza),
de Manuel Pérez Beato, Imprenta de F. Verdugo, La Habana, 1929, p. 114.*



Sergio Cuevas Zequeira

Capítulo tanto que a don Juan Montalvo se le quedó en el tintero

¿Fue después de la desventurada aventura de los yangüeses, o a renglón seguido de la campal batalla contra *Alifanfarón de la Trapobana* y su disforme y descomulgado ejército?

Ello es, que Sancho tomando por los cabellos la ocasión, que para sermonear a su amo le pareció propicia, luego al punto que, descalabrado y maltrecho le vio ponerse trabajosamente en pie, le acorrió con el oportuno socorro de estas o parecidas palabras: —¿No le parece a vuesa merced, mi señor don Quijote, que en vez de andar de la Ceca a la Meca, yendo, como quien dice, de zoco en colodro, nos estaba bien el recogernos a nuestra casa, ahora precisamente, que la estación de la siega se aproxima, y las espigas parece que nos llaman para que del grave peso de los granos las descarguemos?

Éiote, lector, que, si no las mismas, fueron a estas muy semejantes las razones que trajo Sancho a colación para persuadir a su señor de la conveniencia que habría de reportarle el partirse de aquellas soledades abruptas, únicamente de gentes montaraces de cuando en cuando habitadas, y recogerse a la vida civil, que tanto el cuidado de su salud, como el de su hacienda le estaban a todas luces recomendado.

Sentose a esta razón el asendereado caballero y, según dice Cide Hamete Benengeli, después de meditar por un breve espacio de tiempo, y de mirar de hito en hito a Sancho, como si quisiera escudriñar en lo más recóndito de su pensamiento, con voz lenta y sosegada, dijo a su compañero de esperanzas y de infortunios: —Hame dado en la nariz,

* Sergio Cuevas Zequeira (1863-1926). Pedagogo, escritor y periodista.

hermano Sancho, que el reciente suceso de la venta encantada, en que Juan Palomeque y sus compinches hicieron salva de tus espaldas, han venido a parar en que se te abran los caminos del entendimiento, y te cambies, de escudero zafio y un tanto simple, como lo fuiste hasta ayer, en el más discreto, prudente y avisado de cuantos servidores recuerda en sus prolijos anales la andante Caballería.

De la cordura y buen seso que ahora te quiso acordar el Señor en su infinita misericordia, dan cumplida muestra las prudentísimas razones que estuviste ahí enzarzando, amigo Sancho, que no parecía sino que era el propio Merlín u otro encantador no menos sabio y proveyó el que hablaba por tus labios. Por la orden de caballería que he recibido, te juro que no tardaría yo más tiempo que el necesario para reponer un tanto mis fuerzas, en someterme, dócil como un niño de la doctrina, a tus consejos, retornando al lugar y dedicándome a velar por mi hacienda y a cuidar de mi salud, si no fuera que me detiene y escrupuliza una cierta duda que allá en lo más oculto de mi ánimo se está hurga que hurga sin dejarme reposar tranquilo en la contemplación de tu presente y no esperada sabiduría.

Es el caso, Panza amigo, que allá por los días en que, movido a mi juicio, de alguna inspiración celestial, y hechas todas las prevenciones necesarias, determiné salir a buscar aventuras y desfacer agravios, y poner la fuerza de mi brazo al servicio de los pobres y desvalidos, que es tanto como ponerla al servicio de Dios, te pareció a ti de perlas mi determinación y aún me diste por ella mil parabienes. Tu juicio, que por lo ingenuo de tu condición se me asemeja un tanto, al de los niños, de quienes se afirma que dicen siempre la verdad, la fe que pusiste en la eficacia portentosa de mis hazañas, la confianza con que siempre aguardaste el gobierno de la ínsula o el condado que te tengo prometidos, fueron voz alentadora y fortificante que me mantuvo sin desfallecer en mi propósito de restaurar la Caballería y hacer para siempre famosa la manchega región donde nació. Si la mala condición y envidiosa enemiga del mago encantador que me persigue no lo hubiera estorbado, ¿quién duda que a estas horas estaría yo rigiendo un gran imperio en Ultramar, y tú llevando las riendas del gobierno de alguna apartada ínsula, cuyos insulanos, gentes remotísimas e infieles, te deberían a ti la salvación de sus almas y te bendecirían como a su padre? Y, digo yo ahora, hermano, viniendo ya el término y remate de este largo discurso, ¿es lícito que por un manteamiento sin consecuencias, que ni te quebró huesos

ni te descompuso la máquina del cuerpo, vengas a apartarme de la honrosa y cristiana profesión en que ando, más movido de tu interés que del mío propio, y de tus consejos y alabanzas hasta ayer acompañados?

Calló el buen caballero, y con paso grave y noble continente dirigióse a ensillar a Rocinante, mientras Sancho, todo medroso y contrito, bajaba la cabeza y se limpiaba los ojos con el revés de la mano.

Pláticas agridulces (satirillas políticas y literarias),
Imprenta P. Fernández y Compañía, La Habana, 1906, pp. 33-36.



León Ichaso*

Don Quijote

No hay follón que tu cólera no sienta,
Ni ultrajada doncella que no ampires,
Ni agravio ni desmán que no repares,
Ni malandrín que tu valor desmienta.

El ideal que tu cerebro alienta
Jamás pudo abrigar sueños vulgares;
En rebaños ve huestes a millares,
Y un castillo feudal ve en cada venta.

Es tan noble tu amor cual tu bravura,
Y aquella por quien tu alma lucha y gime
Dama es la más hermosa y la más pura.

Aunque de loco el nombre te deprime,
Si tu sueño, Quijano, fue locura,
Fuiste el loco más cuerdo y más sublime.

Diario de la Marina,
La Habana, 23 de abril, 1916, p. 11.



* León Ichaso (1869-1938). Poeta y periodista.

Sancho Panza

Cuerpo grueso y deforme en que se encierra
Alma vulgar, inculta inteligencia,
Es tu guía la rústica experiencia,
La bolsa llena, tu mejor amiga.

A luchar y a bregar solo te obliga
Del pan torpe y grosero la carencia.
El oro vil te anima en tu impaciencia,
El botín del combate es la fatiga.

Ríes, lloras y tiembles por ti mismo;
Es tu única pasión el egoísmo;
Solo escuchas sus leyes y razones.

Si a tan hidalgo y noble caballero
Ni sirvieras cual dócil escudero,
Fueras el más follón de los follones.

Diario de la Marina,
La Habana, 23 de abril, 1916, p. 11.



Contraste

Materia que se arrastra por el suelo
Solo en busca del fango y de la escoria;
Espíritu que en pos de eterna gloria
Desde la tierra se remonta al cielo.

Del bien propio y carnal mezquino anhelo,
De amor y redención fiebre ilusoria.;
De oro vil y poder ansia irrisoria,
De justicia y honor ardiente celo.

Grandeza y pequeñez; prosa y poesía;
Luz y sombras; valor y cobardía;
Cuerpo de barro y alma soberana,

Sois, caballero, soñador y honrado
Y socarrón y rústico criado,
Cifra y compendio de la vida humana.

Diario de la Marina,
La Habana, 23 de abril, 1916, p. 11.



Cervantes

Tú los forjaste; al palpitar fecundo
Brotaron de tu mente creadora,
Como a la luz del sol engendradora
Brotó el calor que vivifica al mundo.

Tú los vestiste genio el más profundo
Con la veste más rica y seductora,
Con la luz más bella el alba dora
El puro cielo y el pantano inmundo.

Tuyo es, Cervantes, con su ilustre mote,
El ingenioso hidalgo don Quijote,
E imborrable con él tu nombre suena,

Excelsa gloria de mi patria hispana,
Gloria inmortal del habla castellana,
Gloria que con su voz los orbes llena.

Diario de la Marina,
La Habana, 23 de abril, 1916, p. 11.



Evelio Bernal*

Cervantes

Manco, sí. Pero el corazón entero
Y de muy firme temple lo tuviste
Ante el ambiente hostil, áspero y triste
En que fue tu vivir aventurero.

Fuiste escritor, soldado, alcabalero,
Y cautiverios y prisión sufriste,
¡y aún genial y humorista, al mundo diste
tus libros de oro puro y verdadero!

¿Tus libros? Nadie ha superado tales,
y don Quijote tu obra gigantea,
en los cielos del Arte y de la Idea,

ha puesto cuatro puntos cardinales,
luminosos, sublimes, inmortales:
¡Tú, don Quijote, Sancho y Dulcinea!

1926

*Cervantes en Cuba (Estudio bibliográfico con la reproducción
del Quijote en verso de don Eugenio de Arriaza)*, de Manuel Pérez Beato,
Imprenta de F. Verdugo, La Habana, 1929, p. 113.



* Evelio Bernal (1883-?). Poeta, narrador y periodista.

Ciriaco Sos y Gautreau*

Cervantes

Le deslumbra la gloria: va tras ella;
pero ataja sus pasos el destino,
y de la vida el áspero camino
siempre le marcará contraria estrella.

Cautivo, es pugna estéril su querella;
rescatado, en la patria es peregrino;
del lauro en vez que mereció divino
triste prisión sus infortunios sella.

No clamará de pesadumbre lleno:
por dura brega el ánimo templada
ría mansamente en su dolor sereno...

Ya surgir pueden de una carcajada
a eterna vida Aldonza, la Ensoñada;
don Quijote, el Hidalgo; Sancho, el Bueno.

Catorce versos (sonetos),
Cultural, S. A., La Habana, 1940, p. 8.



* Ciriaco Sos y Gautreau (1870-1946). Periodista, ensayista y poeta.

Proclama del caballero don Quijote

Entallado en el tronco y en la roca
un triste deja el nombre de su dama,
que fatigó los ecos de la fama
y el mundo correrá de boca en boca.

Del caballero la ventura poca
digna opinión para su fe reclama:
le alienta y le consume ardiente llama
que el tiempo enciende más, no la sofoca.

Pide que el orbe la palabra crea
mantenida por brazo ayer temido
y solo de los malos cruel azote;

el nombre y la virtud de Dulcinea
que hoy proclama también, aunque vencido,
darán vida inmortal a don Quijote.

Catorce versos (sonetos),
Cultural, S. A., La Habana, 1940, p. 2.



Juan Manuel Planas*

A Cervantes

Un Quijano bastaba a tu fortuna,
Un Sancho, un Rocinante y un pollino,
Alegrando lo duro del camino,
De venta en venta y al rayar la luna.

Mas si hoy volvieras, y en risueña cuna
Mecieras tu ideal y tu destino,
Cien Quijanos hallaras por molino,
Cubierta de altivez su faz moruna.

Porque el tipo inmortal de tu Quijote,
A millares tomado por ejemplo,
Hoy sirve de disfraz a los tunantes;

Pues muchos quieren poseer el mote,
Sin ver que invaden el divino templo
Elevado a la gloria de Cervantes.

Cervantes,
n.º 6, La Habana, junio, 1926.



* Juan Manuel Planas (1877-1963). Periodista, poeta y narrador.

Guillermo de Blanck y Menocal (Willy de Blanck)*

**Don Quijote (Libreto para una ópera, a la antigua moda,
con un prólogo, tres actos y un epílogo)**

. PERSONAJES .

DON QUIJOTE	UN ECLESIAÍSTICO
SANCHO PANZA	UN MÉDICO
LA SOBRINA DEL HIDALGO	EL BACHILLER CARRASCO
EL AMA DEL HIDALGO	UN ESCRIBANO
EL DUQUE	TRES LABRADORAS
LA DUQUESA	CABALLEROS, DAMAS, PAJES, CAMPESINOS
	CUERPO DE BAILE

. PRÓLOGO .

*Antes del amanecer. Pieza tristemente alumbrada por un candil,
amueblada con sencillez y cargada de libros, en la que pasa los días,
sumido en la lectura, don Alonso Quijano.*

. ESCENA ÚNICA .

El hidalgo don Alonso Quijano, su sobrina y su ama.

LA SOBRINA Y EL AMA. (*Limpian la pieza las dos mujeres, dándose
prisa y canturrean.*) ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo!

* Guillermo de Blanck y Menocal, Willy de Blanck (1882-1978). Músico, poeta, narrador, dramaturgo y comediógrafo.

EL AMA. ¿Qué le dirán a don Alonso estos libros, que no deja quietos en todo el día?

LA SOBRINA. Estos desalmados libros le quitan el sueño de noche. Yo, atemorizada por su preciosa salud, lo vigilo escondida y pierdo también el hábito de dormir.

EL AMA. Libros de caballería, dice él.

LA SOBRINA. Libros peligrosos. Le hacen olvidar la administración de su hacienda y hasta la caza, su mayor placer. Yo me tengo la culpa de ello. No he avisado a nadie de sus disparates, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todo este papel, que bien merece ser abrasado como si fuere de pecadores.

AMBAS. ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo!

LA SOBRINA. Lo he visto arrojar el libro de las manos, poner mano a la espada, andar a cuchilladas con las paredes y los muebles. Y al cansarse le he oído decir haber muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y le he visto confundir el sudor con sangre recibida en batalla. Tomando entonces un gran jarro de agua fría, al quedar sano y sosegado, ha afirmado que el agua era preciosísima bebida traída por el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo.

EL AMA. (*Tras un instante de silencio.*) Acabará por tenerle miedo.

LA SOBRINA. No hay que temerle. Hay que temer por él. (*Confidencialmente.*) ¿Sabes lo que pienso? Escucha bien y guárdate el secreto: las malas lecturas le están embrollando, quitando el seso. Apenas está ya él en este mundo. Vive en otro, lejano, que desconocemos.

EL AMA. Ya lo he pensado yo. Pierde la razón de día en día. ¿Qué hacer? (*Se oyen pasos.*) ¡Chitón!

AMBAS. ¡Chitón! ¡Chitón! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! (*Entra en la pieza el hidalgo. Lleva en las manos olvidadas armas de sus antepasados. Acaba de limpiarlas, las examina y dice en voz baja, hablándose a sí mismo: «Bien limpias, brillantes están», y, satisfecho, las coloca sobre una mesa en la cual hay una celada, que se lleva a la cabeza, se la quita, vuelve a probarla y acaba por volver a colocarla donde estaba. Las mujeres lo contemplan en silencio. Se da cuenta él de su presencia, las saluda ceremoniosamente, les dan ellas los buenos días y continúan la limpieza, cantan-*

do en voz baja.) ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Polvo de caballería, polvo de caballería! ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Esto sí que es polvo! Libros de aventuras, de desventuras, libros asombrosos, misteriosos, embrujados. ¡Qué polvo! ¡Qué polvo! ¡Esto sí que es polvo! (*Mientras, él, visiblemente preocupado, paséase por la pieza hasta que, de pronto, se enfrenta con la sobrina.*)

EL HIDALGO. ¿Caballería has dicho, sobrina? ¿Ca-ba-lle-rí-a?

LA SOBRINA. Caballería.

EL HIDALGO. Palabra es esa que alumbra mi oscurecido cerebro.

(Recorre el hidalgo, nervioso, la pieza mientras las mujeres continúan su canturrea. Al fin, puños en la cintura, habla a las mujeres con solemnidad.) Paréceme, sobrina, paréceme, ama, que es necesario que yo tome, para el aumento de mi honra y para el servicio de mi república, una gran decisión que voy a confiaros y que callaréis hasta que, lejos yo de aquí, podáis desatar las lenguas... Armado y a caballo, tengo que, caballero andante, irme por todo el mundo a buscar aventuras, a deshacer agravios, a enderezar entuertos, a enmendar sinrazones, a mejorar abusos, a satisfacer deudas y otras mil cosas más... Todo ello para que en los tiempos venideros, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, dignos de entallarse en bronce, de esculpirse en mármoles y de pintarse en tablas para memoria en lo futuro, sean mi nombre y fama eternos... ¿Comprendéis mis motivos? (*Las mujeres no le responden, asombradas.*) ¿Los comprendéis...? Hablad...

EL AMA. ¿Qué deciros?

LA SOBRINA. Yo creo que...

EL HIDALGO. (*Sin prestarles atención.*) Solo han venido preocupándome últimamente cuatro cosas para decidirme a partir. Las dos primeras, bautizar a mi rocín y ponerme yo nombre.

AMBAS. ¿Nombre?

EL HIDALGO. Ambas cosas están ya resueltas: Rocinante es mi rocín. ¡Rocinante! Grabaos este nombre en la mente. ¡Rocinante! Nombre alto, sonoro y significativo. En cuanto a mí, grabaos este otro, este nuevo: don Quijote... Recordando a Amadís de Gaula, añado, añadiré a él, el de mi patria, que haré famoso. Se me conocerá, pues, por don Quijote de la Mancha...

Una tercera cosa también está decidida: la buena vecina, moza labradora de muy buen parecer, de quien un tiempo anduve enamorado, causa de nuevo enamoramiento mío, transformada en gran señora o princesa, se llamará –no, se llama ya–, la sin par Dulcinea del Toboso –nombre músico y peregrino, y también significativo–, la cual, para siempre, será mi dueña. (*Solemne.*) ¡Que todo el mundo se tenga si no cree, confiesa, afirma, jura y defiende, sin verla, que no hay en la tierra toda doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha! (*Un silencio.*) Cuanto a una cuarta cosa por resolver, me asalta una preocupación. Después de buscar escudero, al que haré, como fue costumbre, gobernador de una ínsula, debo ser armado caballero conforme con la ley de caballería, para poder tomar armas con otros caballeros. (*Las mujeres no saben si reír o fingir que toman en serio al hidalgo, que las mira esperando alguna palabra de ellas.*) ¿Me aprobáis?

EL AMA. ¡Qué deciros!

LA SOBRINA. Yo creo que...

EL HIDALGO. (*Buenhumorado.*) «¡Qué deciros!», exclama una. «Yo creo que...», dice la otra. ¡Ja, ja! ¿Adónde iríamos a parar con tales indecisiones? ¿Sabráse jamás si sois capaces de decidir algo? «¡Qué deciros!» ¡Ja, ja! «Yo creo que...» ¿Qué cree la sobrina? ¿Qué piensan las dos de don Quijote de la Mancha, de Dulcinea del Toboso, de Rocinante? ¡Da risa! (*Da el hidalgo unos pasos largos, lentos, repitiendo lo anterior con variaciones, mientras las mujeres ríen y entremezclan sin ton ni son: «¡Qué deciros...! Don Quijote de la Mancha... Rocinante... Yo creo que... Dulcinea del Toboso, gran señora o princesa. ¡Da risa, da risa!».* De pronto el hidalgo le echa mano a una espada, sobre la mesa, y la golpea secamente.) ¡No más burla!, si burla es lo que vengo oyendo. (*Queda pensativo un momento. Por la ventana se anuncia la aparición del día, tenuemente. El ama apaga el candil. El hidalgo, serio.*) Los pequeños y pintados pajarillos saludan con sus arpadas lenguas y meliflua armonía la llegada de la rosada aurora. El rubicundo astro va a tender por la faz ancha y espaciosa de la Tierra las doradas hierbas de sus hermosos cabellos. Se acerca la hora de partir. Voy a subir sobre Rocinante. (*Se prepara, armándose para la partida.*) Tomará él el camino que quiera. A imitación

de otros modelos de celebridad, velaré mis armas y, ya está, al fin, decidido en mi mente (*se toca la frente*) que me haré armar caballero por el primer hombre con quien tope y que ello pueda. Entonces el gran camino de la aventura me abrirá sus puertas. ¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel donde saldrán las futuras y famosas hazañas mías! ¡Dichosa también la princesa Dulcinea, no igualada ni por Lucrecia, ni por Helena, ni por ninguna famosa mujer griega, bárbara o latina, señora de este cautivo sujeto que mucho ha agraviado despidiéndome. ¿Por qué, señora, impedirme aparecer ante vuestra hermosura? ¿Por qué? ¡Oh, mi corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece! (*La sobrina, inquieta, quiere decir algo al hidalgo. El ama la retiene, se lleva un dedo a la sien y le da vueltas, demostrándole así que el tío anda mal de la cabeza, siendo mejor no contradecirlo. El hidalgo, listo ya para partir, se inclina ceremoniosamente ante el ama, se acerca a su sobrina, toma su cabeza en las manos y la besa en la frente con ternura.*) Como el mundo espera mis hechos, pudiera yo ser tildado de timorato, y esto no lo permitiría mi limpia fama... Don Quijote de la Mancha parte. Va a cumplir deberes que la necesidad le impone. Una vez lejos de él, podréis anunciar su misión a todos. ¡Con Dios quedad! (*Don Quijote saluda nuevamente a las mujeres, abre la puerta y sale al campo. Las mujeres corren a la ventana y, unidas sus cabezas, lo ven montar a caballo y marcharse. Y allí quedan hasta no oírse más el trote de la bestia.*)

TELÓN

. ACTO PRIMERO .

Una pradera. A la izquierda, un molino de viento. Giran sus aspas. De cierta en cierta distancia se ven otros molinos. A la derecha, bajo un árbol, están don Quijote y Sancho Panza, su escudero; este de pie; el primero, abatido, magullado, sentado en un banco, hincado un codo en una pierna, apoyado el semblante en una mano, contempla sus armas, rotas, a sus pies. Rocinante aparece lejos, echado.

Don Quijote y Sancho Panza.

Después, campesinos y campesinas.

DON QUIJOTE. (*Irguiéndose súbitamente.*) La aventura guió nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear. ¿Recuerdas, Sancho, que adiviné instantáneamente que esta tarde metería yo las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras? ¿Recuerdas mi consejo de no poner mano a tu arma para defenderme sino en caso de ser ofendido por canalla y gente baja, ya que, de caballeros tratarse, en ninguna manera te es lícito ni concedido que me ayudes hasta que seas armado caballero?

SANCHO. Lo recuerdo. Por cierto, señor, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto. Yo de mío soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos y pendencias. Bien es verdad que en lo que toca a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiere agraviarlo.

DON QUIJOTE. (*Con entusiasmo.*) ¡Qué tarde, Sancho! Al ver aquellos treinta o poco más desaforados gigantes, de brazos, algunos, de casi dos leguas (*muestra don Quijote con el brazo los molinos de viento*), en buena guerra y en servicio de Dios pensé quitar tan mala simiente de sobre la tierra, dándoles batalla y suerte con el propósito, también, de aprovechar sus despojos y comenzar nuestro enriquecimiento.

SANCHO. ¿Recuerda vuesa merced que no se trató de gigantes, sino de molinos de viento, ni de brazos, sino de aspas volteadas por el tiempo?

DON QUIJOTE. (*Se pone en pie, no sin dificultad.*) ¿Molinos de viento? (*Con pasión.*) ¿No has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras porque andan entre nosotros encantadores que nuestras cosas vuelven según su gusto? ¿Molinos de viento? Bien parece que no estás cursado en esto de las aventuras; recuerdas, Sancho, que te dije: «Son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla...». Dando espuelas a Rocinante, sin atender que me dabas gritos, me encomendé a mi señora Dulcinea, pidiéndole entre dientes me socorriese, y, lanza en ristre, partí, arremetí a todo galope. «¡No huyáis, cobardes y viles criaturas, que solo es un caballero el que os acomete!», grité a los enemigos. «Aunque mováis más brazos que los

del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.» Embestí contra el primer enemigo y le di una lanzada en el brazo; volvió él ese brazo con rapidez y con tanta furia que, desgraciadamente, mi lanza se hizo pedazos y el caballero y el caballo rodaron muy maltrechos. (*Se sienta, dolorido.*) ¿Has visto tú más valeroso caballero que yo, Sancho? ¿Sabes de otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en perseverar ni más maña en el derribar?

SANCHO. La verdad sea: yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; pero oso apostar que más atrevido amo que vuesa merced yo no lo he servido en todos los días de mi vida. ¡Quiera Dios que sus atrevimientos no se paguen caros! (*Se ha acercado a don Quijote y le examina una oreja.*) Veo sangre en una oreja de vuesa merced y dígame que debo poner hilas y unguento blanco en ella, y ofrecerle comodidad a su cansado cuerpo.

DON QUIJOTE. Gracias, Sancho. Nada necesito. De necesitarlo, todo fuera excusado, si me acordara de hacer una redoma de bálsamo, que con solo una gota se ahorran tiempo y medicinas.

SANCHO. ¿Qué maravilla es esa?

DON QUIJOTE. Cuando yo le haga y te le dé, si en alguna batalla me parten por medio del cuerpo, la parte del cuerpo que caiga al suelo, con mucha sutileza, antes que la sangre se hiele, la pones sobre la otra mitad que queda en la silla, advirtiéndole de encajarla igualmente y al justo; luego me das a beber solo dos tragos del bálsamo y verásme quedar más sano que una manzana.

SANCHO. Si eso hay, yo renuncio desde aquí al gobierno de la prometedida ínsula y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor para pasar esta vida honrada y descansadamente.

DON QUIJOTE. Paciencia, Sancho. Mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte. Por otra parte, advierte que todas nuestras aventuras no han sido hasta ahora de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar roto el cuerpo. ¡Paciencia! Aventuras seguirán ofreciéndose y tú serás gobernador o algo más.

SANCHO. (*Contemplando con afecto al caballero.*) Vuesa merced no puede moverse. Rocinante, tampoco. La batalla los magulló, hirió, agotó.

DON QUIJOTE. Los magullamientos y heridas que se reciben en las batallas dan honra.

SANCHO. ¿No le dije a vuesa merced que mirase lo que iba a hacer, que tratábase de molinos de viento?

DON QUIJOTE. Calla, amigo Sancho. Las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza. El sabio Frestón, mi enemigo, volvió los gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

SANCHO. Dios lo haga como puede... Yo creo que acabo de creer casi siempre lo que vuesa merced me dice... Enderécese un poco. ¿Hay dolor en alguna parte? El molimiento de la caída debe de ser grande.

DON QUIJOTE. No me siento como antes del combate. No me quejo tampoco de dolor. No es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

SANCHO. Si eso es así, no tengo yo qué replicar; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejase cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos eso del no quejarse.

DON QUIJOTE. Puedes quejarte como y cuando quieras, Sancho, sin gana o con ella; hasta ahora no he leído cosa en contrario en la orden de caballería.

SANCHO. (*Pasándose la mano por el vientre.*) Es hora de comer algo. ¿Vuestra merced no siente ganas...?

DON QUIJOTE. En ocasiones como esta a mí no se me hace menester el comer. ¡Cómo a ti se te antoja! (*Sancho saca lo que en las alforjas lleva de comer y no pierde tiempo en saciar su apetito. Campesinos y campesinas, terminada la faena del día, se acercan a don Quijote y Sancho, observándolos con curiosidad. Algunas de las mujeres, con cierto temor.*)

CAMPESINAS. «Flaco está el caballero.» —«Flaquísimo.» —«¿Estará enfermo?» —«No; está cansado.» —«Está herido.» —«Mas hay que curarle.» —«¿Quién lo ha puesto así?» —«Por poco

acaban con él.» «Sus armas están despedazadas y dispersas.»
—«¿Lo habrá atacado algún bandido?» (*Don Quijote, que se ha puesto de pie, ayudado por Sancho, saluda a los recién llegados. Cesan los comentarios.*)

DON QUIJOTE. No teman vuestras mercedes desaguisado alguno. Acercaos. La orden de caballería que profeso no toca ni atañe hacerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. (*La palabra doncellas regocija a las campesinas, las cuales rodean a don Quijote mientras los hombres hablan con Sancho.*) Réis. Bien está. Estamos en un oasis de calma y de regocijo. Tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de servirlos. (*Las campesinas ofrecen frutas al caballero, el cual acepta algunas para Sancho, y se dirige a los hombres.*) Un poco de canto y baile podrían festejar mi hazaña de este día y las futuras. (*Un campesino, decidido, da unas palmadas.*)

CAMPESINO. Cantemos y bailemos. Demos gusto al caballero. (*Cantan y bailan los campesinos hasta acercarse la noche, cuando parten, en grupos, saludando a don Quijote, quien, de pie, les responde con gestos ceremoniosos. Aparece la luna. Don Quijote se sienta. Sancho le prepara en el suelo un lecho de hojas sobre el que ha arrojado una gruesa tela, pero él rechaza el ofrecimiento.*)

DON QUIJOTE. (*Nostálgico.*) ¿Quién menoscaba mis bienes?

LOS CAMPESINOS. (*Desde lejos.*) Desdenes.

DON QUIJOTE. ¿Y quién aumenta mis duelos?

LOS CAMPESINOS. Los celos.

DON QUIJOTE. ¿Y quién prueba mi paciencia?

LOS CAMPESINOS. Ausencia.

DON QUIJOTE. Dese modo en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.
¿Quién me causa este dolor?

LOS CAMPESINOS. Amor.

DON QUIJOTE. ¿Y quién mi gloria repugna?

LOS CAMPESINOS. Fortuna.

DON QUIJOTE. ¿Y quién consiente mi duelo?

LOS CAMPESINOS. El cielo.

DON QUIJOTE. Dese modo yo recelo
morir deste mal extraño,
pues se aúnan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.
¿Quién mejorará mi suerte?

LOS CAMPESINOS. (*A cada instante más lejanos.*) La muerte.

DON QUIJOTE. Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

LOS CAMPESINOS. Mudanza.

DON QUIJOTE. Y sus males, ¿quién los cura?

LOS CAMPESINOS. Locura.

DON QUIJOTE. Dese modo no es cordura
querer curar la pasión
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

(*Un silencio.*) ¿Piensas tú, Sancho, que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas y otras tales fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto. Fingen ellos para dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta. Lo de su linaje, aunque moderno, importa poco. Da generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. Yo me hago cuenta que es Dulcinea la más alta princesa del mundo. Píntola en mi imaginación como la deseo y, para concluir, imagino que todo lo que digo es cierto.

SANCHO. En todo tiene vuestra merced razón.

DON QUIJOTE. Mañana, Sancho, vas a llevarle a Dulcinea una carta que tú vas a oír para tomarla de memoria si acaso la pierdes.

SANCHO. Escríbala vuestra merced. Tengo la memoria tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo.

DON QUIJOTE. Escrita está e impresa en mi cabeza, Sancho, que así dice: «Soberana y alta señora: El herido de punta de ausencia, y el legado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu hermosura me desprecia, si tu valor no es mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal

podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, oh, bella ingrata, amada enemiga mía, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. —Tuyo hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura».

SANCHO. (*Entusiasmado.*) Por vida de mi padre, que es la más alta cosa que jamás he oído.

DON QUIJOTE. No te turbes, Sancho, cuando veas a la señora Dulcinea, y ten memoria. Tendrás que decirme si al saber de mí muda de colores, si se desasosiega y turba y si está en pie, si se pone sobre el uno y después sobre el otro. Mira todas sus acciones y movimientos, certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en el interior del alma pasa. Entregada la carta, le dirás que si me acuerda su bendición y poder ir a verla, acabaré de dar feliz cima a mis aventuras. Sancho, cualquier rayo del sol de su belleza que llegue a mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón.

SANCHO. Tengo por dificultoso que vuestra merced pueda hablarle ni verse con ella en parte, a lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se le echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera que carta le llevé.

DON QUIJOTE. ¿Bardas del corral? Galerías o corredores, o lonjas, o como las llamen, de ricos y reales palacios...

SANCHO. Puede ser, pero a mí me parecieron bardas. Debo agregar que cuando vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso no estaba bastante claro para echar de sí rayos algunos; sería que como su merced ahechaba trigo, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se lo oscureció...

DON QUIJOTE. ¡Mi señora ahechando trigo, menester y ejercicio desviado de todo lo que hacen y deben hacer ciertas personas principales! Víctima eres, Sancho, de un encantador envidioso de mis cosas. ¡Oh, envidia, raíz de infinitos males y carcoma de virtudes! El trigo de mi señora eran perlas orientales.

SANCHO. (*Bostezando.*) Lo que vi es lo que vi.

DON QUIJOTE. (*Indicándole que se acerque.*) Ven acá, hereje; tú me has de desesperar. ¿No te he dicho mil veces que jamás vi a

Dulcinea del Toboso, que jamás atravesé los umbrales de su palacio y que solo estoy enamorado de oídas?

SANCHO. También fue de oídas o algo por el estilo la vista y la respuesta que traje a vuestra merced, porque yo sé quién es la señora Dulcinea: una vulgar moza de chapa, alta de pechos y ademán brioso, de rostro amondongado, hecha y derecha y de pelo en pecho, capaz de sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tenga por señora.

DON QUIJOTE. Sancho, Sancho, tiempo hay de burlar. No abuses de mi pasajera fatiga y de mi tranquilo estado de ánimo. (*Sancho revélase aburrido, soñoliento. Le muestra nuevamente a don Quijote la cama que le ha preparado.*)

SANCHO. El tiempo pasa. Vuesa merced no se da cuenta de ello. Debe pensar que la noche es la noche y que se ha hecho para descansar.

DON QUIJOTE. Acuéstate tú, Sancho, y duerme.

SANCHO. Hay que no estar cuerdo...

DON QUIJOTE. (*Nervioso.*) No estás tú más cuerdo que yo. Cuanto a mí, puedes, si te place, jurar a quien quieras que estoy loco. Voy a hacer en media hora tanta locura que no dirás tú tantas cuantas pienso hacer en ese tiempo.

SANCHO. Para jurar será bien que vea siquiera una.

DON QUIJOTE. (*Agitado.*) Vas a verme, Sancho, para empezar, en carnes y en pañales, vas a verme dar dos zapatetas en el aire (*se pone en pie con trabajo*) y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto...

SANCHO. Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, aunque necesitado estoy de fuerzas para partir mañana en busca de la señora Dulcinea. (*Don Quijote, al oír mencionar a Dulcinea se calma súbitamente y vuelve a sentarse.*)

DON QUIJOTE. No más vana conversación, Sancho. Hagamos cada cual lo que debemos. Tú acuéstate y duerme. ¡Bien haya el que inventó el sueño! Cubre como capa todos los humanos pensamientos, es manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templó el ardor y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Duerme, Sancho. Cuanto a mí,

no voy a cerrar los ojos. Caballero andante y cautivo de la señora de mi alma, flor de hermosura, de la sin par Dulcinea del Toboso, pasaré toda la noche, como otros caballeros en las forestas y despoblados, entretenido con la sabrosa memoria de ella. (*Sancho se encoge de hombros, se envuelve de pies a cabeza en una manta y se acuesta. Don Quijote se estira. Tiene sueño, pero no quiere dormirse. Se sienta en el banco, tan derecho como posible, cruzados los brazos. Escucha una melodía que se entona, veladamente, en los molinos, mientras él entona otra más velada aún. Y así va pasando la noche.*)

TELÓN

. ACTO SEGUNDO .

En Toboso. Silencio. Muy avanzada la noche. Don Quijote, Sancho Panza y después dos labradores y tres labradoras.

DON QUIJOTE Y SANCHO. (*Atravesando la escena con sus bestias.*) ¡Qué oscuridad! ¡Qué silencio! ¡Pesado sueño tiene la gente aquí! (*Vuelven a la escena los dos personajes.*)

DON QUIJOTE. Quizás no veo bien, Sancho. La luna se muestra parsimoniosa. Dime, ¿estamos cerca del palacio de la señora Dulcinea? Muy posible es que esté ella despierta.

SANCHO. ¿A qué palacio tengo que guiar? En el que yo vi a su grandeza no era sino una casa muy pequeña.

DON QUIJOTE. Debía entonces de estar ella retirada en algún pequeño apartamento de su alcázar, solazándose a solas con sus doncellas.

SANCHO. Señor, si vuesa merced lo quiere, es alcázar la casa de la señora Dulcinea; pero ¿es hora esta, por ventura, de hallar la puerta abierta?

DON QUIJOTE. Maldito seas de Dios, mentecato. Habla con respeto de las cosas de mi señora, y busquemos... (*Ladran unos perros.*)

SANCHO. Busquemos, busquemos... Algo muy difícil durante la noche. Si no da vuesa merced con un alcázar que ha visto miles de veces, ¿cómo voy yo a encontrarle fácilmente?

DON QUIJOTE. Tú me harás desesperar, Sancho. Ven acá, demonio. ¿No te he dicho que jamás atravesé los umbrales del palacio

de una dama de la que estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? *(Pasan dos labradores cantando a media voz. Vuelven a ladrar unos perros, comienzan a hacer oír sus voces las aves, se oyen rebuznos, gruñidos de cerdos, cantos de gallos.)*

SANCHO. Va a aclarer. Toda esta música lo anuncia. Asaz desdichado seré si no doy con el palacio y llevo a las caballerizas reales nuestras cabalgaduras... Quédese vuestra merced aquí y tenga paciencia, que pronto estaré de vuelta. *(Parte Sancho. Don Quijote examina el lugar. «¿Es aquí? ¿Es allí?», pregúntase de vez en cuando. Al poco rato parece decidido a renunciar a sus pesquisas. Se vuelven a oír ya lejos las voces de los dos labradores, y a intervalos, las de los animales, a todo lo cual se va a sumar la voz del hidalgo.)*

DON QUIJOTE. Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo a la muerte,
Pensando acabar así mi mal inmenso,
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mal de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza y no la paso.
Así, el vivir me mata,
Que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh, condición no oída,
La que conmigo muerte y vida trata!
(Aclara cuando Sancho regresa, terminando don Quijote su queja, uniéndose al canto suyo palabras del escudero.)

SANCHO. Loco como es, creará lo que le diga. Si él no cree, lo juraré; si él jura, tornaré yo a jurar; si porfía, porfiaré yo más. Mi espíritu está al fin sosegado. La suerte no puede dejar de ayudarme. *(Anuncia Sancho a don Quijote, con gestos, que se acercan tres labradoras.)* Señor, buenas nuevas. La suerte nos ayuda. De tres damas que ahí vienen, una es Dulcinea. La reconozco. ¿No la veis vestida y adornada como quien ella es, acompañada por dos de sus doncellas?

DON QUIJOTE. *(Sorprendido.)* Sancho, no veo sino a tres labradoras... Caminan...

SANCHO. ¡Vive el Señor, que me pelo estas barbas si tal fuese verdad! ¡Despabile vuestra merced esos ojos y prepárese a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca! (*Don Quijote, sin poder contenerse, se acerca a las tres labradoras, de semblante estúpido, que llegan; se dirige a la del centro, y mientras a su derecha se arrodilla Sancho, él lo hace a su izquierda.*)

DON QUIJOTE. Reina y princesa, y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, hecho mármol, todo turbado y sin pulso de verse ante vuesa magnífica presencia. (*Míranse atónitas las labradoras; observan a los dos hombres y vuelven a mirarse.*)

LA LABRADORA DEL CENTRO. Apártense los señores, déjennos pasar, que vamos de priesa.

SANCHO. ¡Oh, princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo no os enterneceís viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la columna y sustento de la andante caballería?

LA LABRADORA DEL CENTRO. ¿Con que los señores vienen a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos? ¡Vayan su camino y déjennos hacer el nuestro!

DON QUIJOTE. (*Poniéndose en pie.*) Levántate tú también, Sancho. La fortuna de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venirme algún contento. (*Dirigiéndose a la que toma por Dulcinea.*) Tú, término de la humana gentileza, único remedio de este afligido corazón que te adora, ya que un maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, transformando tu sin igual hermosura y rostro, en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo para hacerle aborrecible a tus ojos (*las labradoras se miran con creciente asombro*), no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. (*Las labradoras, ora separadamente, ora a un tiempo, ya con menos decisión, repiten lo que sigue.*)

LAS LABRADORAS. Apártense los señores y déjennos ir y agradecérselo hemos. (*Poco después, la actitud respetuosa de don Quijote*

no parece inspirarles más la desconfianza de momentos antes. La llamada Dulcinea por don Quijote, halagada, hace gesto a las compañeras de imponerse escuchar al caballero y a su acompañante.)

DON QUIJOTE.

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por más comodidad y más reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara su Londres con tu aldea!
¡Oh, quién de tus deseos y librea
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
caballero que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Oh, quién tan castamente se escapara
Del señor Amadís, como tú hiciste
Del comedido hidalgo don Quijote!
Que así envidiada fuera,
/ y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

SANCHO.

Sancho Panza soy. Mi cuerpo es más bien chico, pero grande mi valor, y por ello, ¡milagro extraño!, júrolo y certificolo, el escudero soy, el escudero más simple y sin engaño que tuvo el mundo, de ese noble caballero, bien molido y mal andante, a quien llevó Rocinante por uno y otro sendero. Sancho Panza solo soy todavía. Poca cosa. Pero arrojado a los pies de la diosa de mi dios, cantarla también quiero, y digo que fue ella de castiza ralea, que tuvo asomos de dama y que

Del gran Quijote fue
/ llama,

Y fue gloria de su aldea.

*(Callan don Quijote y Sancho,
y las labradoras se miran
sin saber qué decir.)*

SANCHO. ¿Sois sordas, mudas, bobas o todo ello junto? (*Las labradoras se encogen de hombros.*) A ver, decid algo. ¡Dad las gracias al menos! ¡Que algo salga de esos picos!

DON QUIJOTE. ¡Sancho! ¡A tales damas!

LA LLAMADA DULCINEA. (*Con timidez.*) Digámosles las palabras para preservar del mal el corazón y los vagidos de cabeza. (*Un silencio. Se miran las tres labradoras y se deciden a cantar.*)

LAS LABRADORAS. Cabecita, cabecita,

Tente en ti, no te resbales,

Y apareja dos puntales

De la paciencia bendita.

Solicita

La bonita

Confiancita;

No te inclines

A pensamientos ruines,

Verás cosas

Que toquen en milagrosas,

Dios delante

Y san Cristóbal gigante.

(Hacen gesto de partir las labradoras. Sancho fíngese resignado. Don Quijote muéstrase apesadumbrado. «Adiós», dicen ellas. «Id con Dios», les responde Sancho. Parten ellas, volviendo a cantar.)

Cabecita, cabecita,

etcétera, etcétera, etcétera.

*(Volviendo la cabeza,
saludando con la mano.)*

DON QUIJOTE. *(Cuando se ha perdido la voz de las labradoras.)*

Paréceme que ablandose un poco mi señora Dulcinea.

¿Quedábale en su turbado cerebro alguna conciencia de su verdadero estado?

SANCHO. Ha partido tan indiferente como las otras dos.

DON QUIJOTE. He nacido para ejemplo de desdichados, para blanco donde tome la mira y aseste sus flechas la mala fortuna.

DON QUIJOTE

Has de saber, Sancho, que ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese bien acabada. ¡Desdichado, desdichado, el más desdichado de los hombres soy! ¿Puedes creer, Sancho, que junto a Dulcinea me dio un olor de ajos

SANCHO

¡Oh, canalla! ¡Oh, encantadores aciagos y mal intencionados! ¡Quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mal hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber

crudos que me encalabrinó el alma? ¡Oh, malicia del encantador! Perdí fuerzas y la dejé partir. ¡Desdichado, desdichado soy! Fea corteza vi y belleza también vi. ¡Desdichado, desdichado soy!

mudado para el Caballero de la Triste Figura los diamantes de los ojos de mi señora en agallas alcornuqueñas, y sus cabellos de oro purísimo, en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus facciones, de buenas en malas. En cambio, no vi yo tanta fealdad, sino hermosura, en Dulcinea, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho a manera de bigote, con siete u ocho cabellos largos de un palmo.

(*Don Quijote
ha escuchado con atención
las últimas palabras de Sancho.*)

DON QUIJOTE. A ese lunar, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro.

SANCHO. Puedo decir que le parecían allí como nacidos.

DON QUIJOTE. (*Confidencialmente.*) Lo creo, amigo, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta; y si así tuviera cien lunares como el que dices (*extasiado y grandilocuente*), en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. (*Las labradoras, volviendo sobre sus pasos, han escuchado la conversación entre don Quijote y Sancho. Cantan quedo.*)

LAS LABRADORAS. Las cosas de admiración
No las digas ni las cuentas,
Que no saben todas gentes
Cómo son.

(*Se han ido acercando
a los dos hombres, pero quedando
a cierta distancia detrás de ellos, en el centro de la escena.*)

DON QUIJOTE

Torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. No se contentaron los traidores con transformar a mi señora: la volvieron en una figura baja y fea aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, por andar siempre entre ámbares y flores: el buen olor. Maligno encantador, nacido para oscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos y levantar los hechos de los malos, ¿por qué envidioso me persigues y a un tiempo, cobarde, te escondes y me huyes? ¡Desdichado, desdichado soy! Dulcinea, ¿dónde estás? ¡Desdichado, desdichado soy!

SANCHO

Loco de atar es mi señor; pero yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo. Me engaña, lo engaño, me cree, lo creo, nosentendemos, nos desentendemos. ¡Curioso espectáculo! Mulas, religiosos, ¡dromedarios! Una bacía de barbero, ¡nada menos que el yelmo de Mambrino! Manadas de carnero, ¡ejércitos de enemigos! Una venta, ¡un castillo! Cadena de galeotes, ¡desgraciaditos por libertar! Ladrones, malandrines, follones, ¡unos cueros de vino tinto! Molinos de viento, ¡gigantes de largos brazos! Una fea labradora, ¡la princesa de las princesas! ¡Así todo, todo, todo! Y todo verdad, y todo mentira, o todo medio verdad o medio mentira, o verdad o mentira completa, y no hay quien entienda nada.

LAS TRES

LABRADORAS

(*Separadamente y juntas, alternativamente.*) ¡Dulcinea! —¿Quién es? —¿Tú? —¿Yo? —¿Me tomas por borrica? ¡No faltaba más! —¡Dulcinea! ¡Cómo la quiere! —¿Son cómicos que ensayan? —Son cuerdos burlones. —Son locos. —Son las tres cosas. —¡Fea corteza yo! —¡Olor de ajos crudos! —¡Cobarde insulto! —Amor, amor es del caballero. —«Desdichado, desdichado soy». —¿Son sinceros? —¿Mienten? —Son lo que son. —Y lo que no son. —¿Quién comprende? —¡Nadie! —El caballero gime. —El escudero goza. —«¡Dulcinea! ¿Dónde estás?» —¡Cómicos, cómicos, cómicos!

. ACTO TERCERO .

*En un castillo, una gran sala,
al fondo de la cual está preparada una colación.*

*Don Quijote, Sancho Panza, el duque,
la duquesa, un eclesiástico, caballeros, damas,
pajes, cuerpo de baile.*

Don Quijote. (Pensativo.) Vuestra alteza (a la duquesa) lo oyó bien el otro día, de boca del sabio Merlín: la suerte de la señora Dulcinea está, por desgracia, y ello me preocupa, en manos de Sancho. Tres mil trescientos azotes en sus posaderas, y la sin par hermosura desencantada quedará.

LA DUQUESA. No tema el caballero. Sancho...

SANCHO. *(Interrumpiéndola.)* ¿Parí yo por ventura a la señora Dulcinea para que paguen mis posaderas lo que pecaron sus ojos? ¡Abernuncio!

DON QUIJOTE. *(A Sancho.)* Agravias a la señora Dulcinea con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de mi pobre señora.

LA DUQUESA. *(Severa.)* No olvide, Sancho, lo que sobre este asunto excepcional ya ha oído; no olvide su deber de antiguo servidor del señor don Quijote ni que a él debe el estar aquí y ser respetado por el duque, mi amado esposo, que, reconociendo, es verdad, sus méritos, ha tenido a bien nombrarlo, por espontánea decisión, pudiendo haber nombrado a otro, nada menos que gobernador de la ínsula Barataria... Medite, Sancho, sobre esto que oye, que pudiera verse impedido de empuñar el gobierno de la ínsula. *(Sancho da unos pasos hacia el fondo de la sala. Medita.)*

DON QUIJOTE. *(A la duquesa.)* Tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. *(La duquesa, dirigiendo la vista hacia Sancho, hace gesto a don Quijote de que tenga paciencia. De pronto Sancho, con paso decidido, avanza hacia ella.)*

SANCHO. Seré grandísimo bellaco, bestión indómito, socarrón y malintencionado monstruo y tendré corazón de alcorcho y

entrañas quijeñas y apedernaladas, pero ¿acaso mis carnes son de bronce...? A esta razón...

LA DUQUESA. (*Recalcando las palabras.*) Meditando con rapidez...

SANCHO. Meditando con rapidez he opuesto esta otra: mi obligación de servir y agradar al señor don Quijote. Y digo: soy contento de darme los azotes sin que se me ponga tasa en los días ni el tiempo, y procuraré salir de la deuda lo más presto posible. Ha de ser también condición que no he de estar obligado a sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta y de errarme con el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos para que, llegando al cabal número, desencantada la señora Dulcinea pueda venir, agradecida, a darle gracias a Sancho y aun premios por su buena obra. (*Don Quijote mira a la duquesa, ansioso.*)

LA DUQUESA. Merlín aceptará las condiciones de Sancho. Podría jurarlo. (*Don Quijote, agradecido, besa las manos a la duquesa y abraza a Sancho, besándolo en la frente. Se separa el duque del grupo en el que conversaba, lo mismo que el eclesiástico, acercándose ambos a la duquesa.*) Con grandísimo contento os anuncio (*al duque y al eclesiástico*) que Sancho se ha dignado a aceptar la penitencia de Merlín, en beneficio de la más bella de las causas. También ha aceptado el honor de gobernar la ínsula Barataria para bien de sus numerosos habitantes.

EL DUQUE. (*A Sancho.*) Será para mí también gran honor contar en mi reino con un gobernador como Sancho. Sancho, ¡felicidades y mil años de buena obra en el gobierno! (*Sancho se inclina. El eclesiástico hace un gesto de impaciencia.*) Dentro de unos momentos, al sentarnos a la mesa, y mientras músicos y bailarines nos deleitarán, el ilustre caballero don Quijote nos honrará sentándose a la derecha de la duquesa, mientras el gobernador se colocará, de pie, a sus espaldas.

DON QUIJOTE. Jamás osaré yo disfrutar del honor que deseáis hacerme.

EL DUQUE. (*Divertido.*) El honor, caballero, será para nosotros.

DON QUIJOTE. (*Inclinándose.*) Servir a vuestra alteza mientras los esfuerzos lo puedan y (*a la duquesa*) recibir de vuestra encumbrada altanería y hermosa encargo cualquiera que pueda seros agradable, serán para mí marcados merced y contento,

y bastará ahora, más tarde y siempre para mi satisfacción. Acepto, pues, el honor que se me impone.

LA DUQUESA. Placer mío será, caballero, solo ser honrada con vuestra cercana presencia, al menos esta vez.

DON QUIJOTE. Siempre, siempre, mi señora, daros gusto será placer mío. Honores hay tan agradables que difícil es renunciar a ellos por modesto que se sea.

SANCHO. Si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca de esto de los asientos. (*Don Quijote levanta los brazos.*) Oigo (*a don Quijote*) a vuesa merced decirme, como si estuviese a solas conmigo: «Mira, Sancho, cómo hablas, y ten en cuenta de no encajar sin cesar refranes de los tuyos». No tema vuestra merced. A mí pocas veces hay que repetirme las cosas. Para todo tengo y de todo se me alcanza un poco. No me desmandaré ni olvidaré tampoco los consejos que, no mucho ha, vuestra merced me dio sobre el hablar mucho o poco, o bien o mal.

DON QUIJOTE. Cuenta lo que quieras, pero habla presto.

LA DUQUESA. ¡Por vida del duque, no aparte el gobernador un punto!

EL DUQUE. Ni un punto, Sancho.

SANCHO. Vivan vuestras santidades por el buen crédito que de mí tienen, aunque en mí no lo haya. Y tomo la palabra para el cuento que advertí, que es este. (*Con calma.*) Convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venía de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fue hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que a lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero.

EL ECLESIAÍSTICO. (*A Sancho.*) Pasa adelante y acorta el cuento. Llevas camino de no acabar en dos días.

SANCHO. Digo, pues, señores míos, que este tal hidalgo, que yo conozco porque no hay de mi casa a la suya un tiro de ballesta, convidó a un labrador pobre, pero honrado. Llegando el tal labrador a casa del hidalgo, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de ángel, que yo no me hallé presente, que había ido por aquel

tiempo a segar, es, pues, el caso que estando los dos para sentarse a la mesa, que parece que ahora lo veo más que nunca... (*Don Quijote y el eclesiástico muéstranse impacientes, mientras el duque y la duquesa los calman con la mano.*) El labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa. El hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohíno, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: «Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera». (*Observa un instante los semblantes del grupo.*) Este es el cuento, y en verdad que creo, después de hecho, que ni es largo ni ha sido traído aquí de propósito. (*Don Quijote hace un gesto de malhumor. La duquesa lo toma por el brazo y lo acerca al eclesiástico, mientras Sancho pavonéase satisfecho.*)

LA DUQUESA. (*Al eclesiástico.*) Juraría que sois el único que no compartís la alegría del caballero don Quijote de la Mancha, que pronto verá transformada nuevamente en hermosura a su dama encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede; ni tampoco la de su digno escudero, mañana gobernador...

EL ECLESIÁSTICO. (*A don Quijote, con sorna.*) La encantada, ¿está casada, parida o preñada? ¿Guarda su honestidad y buen decoro?

DON QUIJOTE. Yendo a besarle sus manos halléla encantada y convertida en labradora; de hermosa, en fea; de olorosa, en pestífera; de bien hablada, en rústica; de ángel, en diablo; pero, en fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, estaba entera. Todo el mundo lo sabe.

EL ECLESIÁSTICO. Yo, no. Otra cosa: ¿Os quiere ella? ¿La queréis siempre?

DON QUIJOTE. Mis pensamientos, más firmes que nunca. Los de ella no los conozco, encantada como está; pero si conserva alguna conciencia de su estado anterior, serán idénticos a los míos.

EL ECLESIÁSTICO. (*Volviéndole la espalda.*) Amor, amor... (*A Sancho.*) ¿Conque sois la gruesa panza de esa flaca espina andante?

SANCHO. (*Esbozando un paso de baile.*) El Panza aquí está, y (*apuntado para don Quijote*), bien lo sabéis, es ese el mismísimo quijotísimo. Podréis decir lo que quisieréis, que ambos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos.

EL ECLESIAÍSTICO. (*Severo.*) Panza, ¿habéis visto a la llamada encantada?

SANCHO. ¡Y cómo si la he visto! Pues, ¿quién diablos si yo fui el primero que cayó en el achaque del encantatorio?

EL ECLESIAÍSTICO. ¡Sandeces, vaciedades, impostura o pecado! No hay encantamientos, quien tal dice y afirma debe tener güiro el juicio.

DON QUIJOTE. (*Asombrado.*) ¿No hay encantamientos? (*Rodean no pocos a don Quijote, Sancho y el eclesiástico.*)

EL ECLESIAÍSTICO. No; no hay encantamientos.

DON QUIJOTE. ¿No hay encantamientos? ¿Qué oigo? ¿Oigo bien?

EL ECLESIAÍSTICO. ¿Dónde están en la Mancha, los caballeros andantes, los malandrines, las Dulcineas encantadas ni toda la caterva de simplicidades en que creéis?

DON QUIJOTE. (*Exaltándose.*) ¿Qué oigo, santo Dios? ¿No hay..., no hay..., no hay encantamientos?

EL ECLESIAÍSTICO. (*Vehemente.*) No, ¡no hay nada de eso! Don Tonto, o como os llamen, que olvido el nombre y el mirífico título, menos mentecato para mí de lo que quiere parecer...

DON QUIJOTE. (*Airado.*) Si no estuviera donde estoy, ¿cómo iba a tolerar tanta audacia e insulto?

EL ECLESIAÍSTICO. (*No menos airado.*) Vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis a gigantes y prendéis malandrines? No malgastéis vuestro tiempo. Andad enhorabuena y en tal se os diga: Volveos a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejar de andar vagando por los campos papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen.

DON QUIJOTE. (*Agitadísimo.*) El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo. Creía esperar de vuesa merced buenos consejos y descubro infames vituperios. ¡No conoce vuestra

merced el mundo y juzga a los caballeros andantes y las leyes de caballería! (*Casi gritando.*) ¿Es malgastar el tiempo vagar no buscando regalos, sino asperezas?

EL ECLESIAÍSTICO. (*Imperativamente.*) ¡Sí, sí y sí!

DON QUIJOTE. ¿Es malgastar tiempo despreciar la hacienda, no la honra, andando por la angosta senda de la caballería, desdeñando el ancho campo de la ambición soberbia, de la adulación servil o de la hipocresía engañosa?

EL ECLESIAÍSTICO. ¡Sí, sí y sí!

DON QUIJOTE. ¿Es malgastar tiempo favorecer viudas, amparar doncellas, honrar casadas, socorrer huérfanos y enamorarse platónicamente, sin vicio? (*«Sí», grita parte de los presentes, mientras otros gritan: «No». Don Quijote, desconcertado, hace gesto de querer agredir al eclesiástico, y se contiene al decirle algo al oído la duquesa.*)

EL DUQUE. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos no pueden defenderse. Aunque sean ofendidos, no pueden ser castigados. Tampoco pueden afrentar. A lo sumo, agravian. Entre la afrenta y el agravio hay la diferencia que la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, la hace y la sustenta, mientras que el agravio puede venir de cualquier parte, y cuando viene de ciertas partes no es agravio. ¡Perdone, perdone el caballero don Quijote! Olvide, olvide y olvide. Así como el fuego no puede ser escondido, la virtud y la fama no pueden dejar de ser conocidas, y las que alcanza nuestro huésped por la profesión de caballero andante resplandecen y campean sobre todas las de todos sus antepasados. ¡Perdone, perdone el caballero don Quijote! Olvide, olvide y olvide.

DON QUIJOTE. Afrenta, mas no agravio, digo. Me confundo: agravio, mas no afrenta, opina lo alto y dicen las reglas del duelo. Perdón, se me aconseja. Razón tienen los que me albergan, halagan, protegen; y si no la tuvieren, lo mismo da, lo mismo les obedecería. Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, pecado del que procuro huir. Cuando no puedo pagar las buenas obras que se me hacen, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, los publico. Altezas altísimas: este humilde caballero, sin arte alguno os dice, canta, grita su agradecimiento y

obediencia. Duro es perdonar lo que hiere y parece injusto, mas yo perdono y olvido.

EL ECLESIAÍSTICO. ¡Sandeces, vaciedades, impostura, locura, pecado! ¡Ni gigantes, ni malandrines, ni caballeros andantes, ni Dulcineas, ni encantamientos! ¡No, no y no! ¡Sandeces, vaciedades, imposturas! Alma de cántaro, mentecato mentiroso, loco audaz; eso es el flaco atrevido que se llama Caballero de la Triste Figura; de triste, tristísima reputación. Alma de cerdo comilón, mentecato no menos mentiroso, no menos audaz vividor, eso es el gordo que sigue, sirve, engaña, explota y es engañado y explotado a su vez por su indigno amo. ¡Bella pareja! ¡Encantamientos! ¡No faltaba más! ¡Y Dulcineas embrujadas! ¡Y Merlín embrujador! ¿Qué significa todo eso? ¡Si tendré que convertirme en caballero andante para defender la verdad y la fe! ¡Sandeces, vaciedades, impostura, locura y pecado!

SANCHO. Discusiones, malos momentos, cóleras. ¿Don Quijote un loco cuerdo, un mentecato atrevido y mentiroso, y yo no le voy en zaga? Arrimado a él con fe y fidelidad, confieso que, si la suerte nos da palos, también nos da gustos. ¡Viva él y viva yo, que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí ínsula por gobernar! ¡Ah, Teresa, mujer mía! Andarás en coche. Te lo prometo. Sancho va a ser gobernador, hará dineros y seremos felices. Nada más que una cosa me preocupa: ¿sabe, querida esposa, que el sabio Merlín me impone, para que se desencante Dulcinea, es decir, esa que por el Toboso llaman Aldonza Lorenzo, nada menos que tres mil trescientos azotes? Ni uno más, ni uno menos. ¡Ay, mis posaderas! ¡Tres mil y pico de azotes para ser gobernador!

LOS DEMÁS PERSONAJES, CON EXCEPCIÓN DEL DUQUE Y DE LA DUQUESA, DON QUIJOTE Y SANCHO. Los duques se divierten, los actores se divierten, divirtiendo. Nosotros nos divertimos también. Todo el mundo se divierte. Solo el eclesiástico rabia, chilla, bufa, grita. Mezcla lo humano a lo divino. Quiere, como el rayo, rehacer, presto, la deshecha cabeza del caballero don Quijote. No quiere saber que contra locuras o ilusiones no valen interjecciones, ni buenos argumentos, ni párrafos de la Escritura, ni fábulas de poetas, ni oraciones de retóricos, ni milagros de santos, ni medidas geométricas, ni observaciones astrológicas, ni medicinas misteriosas, ni

consejos de encantadores, ni escritos de Cicerón, ni sentencias de filósofos, ni máximas de militares, ni palos, ni nada. ¡Diversión, diversión! Y que cada cual haga lo que le parezca. *(Colocan manjares los sirvientes en la mesa. Entran músicos y el cuerpo de baile. Toman asiento el duque, la duquesa y don Quijote. Atacan los músicos aires de la época, y baila el bailete.)*

DON QUIJOTE. Jamás he gozado ni gozaré de otro espectáculo tan sublime.

SANCHO. No quisiera yo sino gozar sin cesar de él, y no pensar en cosa más.

EL DUQUE. Todo ello es poco para el caballero y el gobernador.

DON QUIJOTE. Mas si pudiera sacar mi corazón y ponerlo a los ojos de todos vosotros sobre esta mesa y *(levanta un plato que contiene un manjar)* en un plato como este, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar.

EL ECLESIAÍSTICO. Oye el vulgo con gusto mentiras y disparates.

DON QUIJOTE. *(Alborotado.)* No oiga yo otra vez esas o parecidas palabras. Razón tengo de sobra. Al que afirme que miento en cualquier cosa, al que diga que don Quijote ha olvidado a Dulcinea, le haré entender, con armas iguales, que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea ni puede ser olvidada ni en don Quijote puede haber olvido.

LA DUQUESA. Si ya sabe el caballero que su dama será desencantada, ¿por qué irritarle palabras que no debe dar por oídas?

EL DUQUE. Palabras que nada dicen.

DON QUIJOTE. *(Calmado.)* ¡Dulcinea, Dulcinea! En ti se hacen verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de la belleza. Tus cabellos son oro; tu frente, campos elíseos; tus cejas, arcos del cielo; tus ojos, soles; tus mejillas, rosas; tus labios, corales; tus dientes, perlas; alabastro tu cuello; mármol tu pecho; marfil tus manos; nieve tu piel; y las partes que a la vista humana encubre la honestidad son tales, según pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas. Tu blasón es la firmeza y tu profesión, el guardarla con suavidad y sin hacer fuerza alguna. Dulcinea, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura... *(Todos los presentes cantan, repitiendo palabras de don Quijote.)* ¡Sol que ya

debes estar ensillando tus caballos para madrugar y salir a ver a mi señora, así como la veas, salúdala, pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré celos de ti! Dulcinea, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura.

LOS DUQUES

¡Felices, venturosos tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote! Así gozamos, necesitados de alegres entretenimientos, no solo de su historia, sino de los cuentos y episodios de ella. ¡Larga vida al caballero que nos distrae! ¡No menos larga sea la de la buena y dulce Dulcinea! ¡Felices, venturosos tiempos los que vivimos!

SANCHO

¡Vive Dios, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que mi caballero dice, y que no son sino patrañas! Mas, valiente, atrevido, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, paciente sufridor de trabajos, de prisiones, de encantamientos, si le tengo a veces por loco rematado, ¿no óigole otras cosas tan discretas que el mismo Satanás no podría decir mejores, y, pesadas sus cualidades y defectos, no es admirarlo y quererlo lo menos que se debe? Caballero que tanto habéis hecho por Sancho, en Sancho tenéis un escudero fiel y sin par. ¡Larga vida al caballero de los caballeros!

EL ECLESIAÍSTICO

Tormentas, naufragios, encuentros desafortados, reencuentros, batallitas, batallas, batallazas, heroísmos increíbles, bárbaros, bandidos, fanfarrones, personajes de cuentos, de comedias, de tragedias, caballeros siempre vencedores, damas perfectamente perfectas, amores eternísimos, sublimísimos, hazañas epopéyicas: ¡Sandeces, mentiras, pecado!

TODOS LOS DEMÁS PERSONAJES. (*Al mismo tiempo que los anteriores, o con interrupciones.*) Dos maneras de linaje hay en el

mundo. Unos traen y derivan su descendencia de monarcas y príncipes a quien poco a poco el tiempo ha deshecho y han acabado en punta, como pirámides; otros, como Sancho, tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado hasta llegar a ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron. Hay también los que antes, siempre y después fueron caballeros, como don Quijote. ¡Larga vida a él, que nos distrae, alienta y eleva! ¡Buena suerte al escudero gobernador! Y nadie olvide a Dulcinea.

TELÓN

. E P Í L O G O .

*La pieza abandonada por don Quijote al lanzarse a sus aventuras.
Muchos menos libros en ella. El hidalgo está en cama,
minado por la enfermedad.*

. C U A D R O I .

*Don Quijote, Sancho Panza,
el médico, la sobrina del hidalgo, el ama.*

EL MÉDICO. *(Después de auscultar a don Quijote y de tomarle el pulso, confidencialmente al Ama.)* No me contenta mucho. Hay que atender a la salud de su alma. La de su cuerpo corre peligro. *(El grupo observa a don Quijote con inquietud.)* Melancolías y desabrimientos le acabarán, me parece. Dejadle solo. Necesita, sobre todo, reposarse. *(Vase. Don Quijote, inmóvil, abre los ojos, los cierra y parece adormecerse, mientras Sancho, la sobrina y el ama entonan suavemente una vieja canción de cuna.)*

. C U A D R O I I .

*La misma pieza. Don Quijote, Sancho Panza,
la sobrina del hidalgo, el ama, maese Nicolás, el barbero,
el bachiller Carrasco, un sacerdote, un escribano.*

DON QUIJOTE. (*Sentado en una butaca, cubiertas las piernas con una manta.*) Me siento un poco mejor. (*Despide con la mano al Sacerdote, que parte. El escribano seca la tinta del testamento que el hidalgo le ha dictado, saluda a los presentes y parte.*)

Sobrina, ahí queda mi testamento... Me he acordado de todos.

LA SOBRINA. ¿Por qué mencionarlo? No me interesa. Solo me interesa saber de cierta buena salud que preocupa a los presentes. (*Un silencio.*)

DON QUIJOTE. (*En voz baja.*) Menos a mí... La aventura, sobrina, es misión incomparable porque va unida a la libertad, uno de los preciosos dones que a los hombres dieron los cielos.

EL BACHILLER CARRASCO. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre. Por la libertad... Por la libertad...

DON QUIJOTE. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venirnos a los hombres. No ha mucho, en un castillo, en banquetes sazonados, bebiendo bebidas de nieve, me parecía estar metido entre las estrecheces del hambre, porque no gozaba de la libertad.

EL AMA. Tome, señor, mi consejo: una vez curado, estése en casa, atienda a su hacienda, confiésese a menudo, favorezca a los pobres y viva en paz. (*Un silencio.*)

DON QUIJOTE. (*Irguiéndose en la butaca.*) Sé bien lo que me cumple. Los humanos no son eternos. La calentura que he tenido y tengo todavía, unida a mis años, acaban conmigo. Pero el último sueño que acabo de dormir de un tirón, ha hecho de mí un hombre nuevo. ¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! Sus misericordias no tienen límites, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

LA SOBRINA. ¿Qué dice vuesa merced? ¿Tenemos algo nuevo?

DON QUIJOTE. (*Después de haber cerrado los ojos durante segundos, callados los personajes que lo rodean, silenciosa la orquesta.*) Quiero decir, sobrina (*hablando lentamente*), que creo haber recuperado el juicio; que creo tenerlo libre, claro.

EL AMA. ¡Esto es un milagro, Dios mío!

DON QUIJOTE. Dadme albricias todos, todos... Sabed que ya no soy más don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres dieron renombre del Bueno. Dadme albricias

de que soy enemigo, tardío, aunque tenaz, de Amadís de Gaula, de toda la caterva de su linaje y de todas (*se anima*) las odiosas historias profanas de la andante caballería. Sabed que reconozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haber leído libros de caballería.

EL BACHILLER CARRASCO. ¡Ahora que tenemos nueva, que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso!

DON QUIJOTE. ¿Burlas, amigos?

MAESE NICOLÁS. Ahora que estamos tan a pique de ser pastores para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerme ermitaño?

DON QUIJOTE. (*Vehemente.*) ¿Burlas?, repito. (*Un silencio.*) Siento que me voy muriendo a toda prisa.

SANCHO. (*Llorando.*) No se muera vuesa merced, señor mío; tome mi consejo: ¡Viva muchos años! (*«No se muera su merced, viva muchos años», repiten los personajes.*) Levántese de esa cama y vámonos al campo vestidos de pastores, como teníamos concertado; quizás tras alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver.

DON QUIJOTE. Escucha, Sancho, escuchen bien todos. Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho, devolviéndome juicio libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballería. ¡No más disparates y embelecós! Siento, sobrina, que me voy, y lo que me pesa es que, llegado tarde al desengaño, no me deja tiempo para hacer alguna recompensa leyendo libros que sean luz del alma. ¡Bendito sea el poderoso Dios!

SANCHO. Vuesa merced no morirá, no, no morirá. Una vez sano, volverá a correr con su fiel escudero nuevas y famosas aventuras después de dar con Dulcinea.

DON QUIJOTE. (*Apacible.*) No sabes lo que dices, Sancho. Tan cuerdo soy, que no puedo olvidar un instante que todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar la vida.

SANCHO. No se muera el gran caballero. Viva muchos años. (*Los demás repiten lo anterior.*)

DON QUIJOTE. Me repito: fui loco y ya soy cuerdo. Fui don Quijote de la Mancha y ahora soy Alonso Quijano el Bueno. Pueda con

vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía... Bendito sea el poderoso Dios... Bendito sea el poderoso Dios... (*Mientras los demás dicen: «Bendito sea el poderoso Dios», Sancho repite: «No se muera vuesa merced, tome mi consejo: viva muchos años, muchos años».*) Bendito sea el poderoso Dios. (*Los personajes repiten lo anterior, mientras Sancho repite su súplica. Se oye una campana que impone silencio. Cuando deja de oírse se repite lo anterior cada vez más lentamente y más tenuemente, hasta el instante de dejar caer don Quijote la cabeza sobre el pecho y cesar súbitamente las voces y la orquesta.*)

TELÓN

Teatro, Imprenta Viuda de Galo Sáez,
Madrid, 1953, pp. 180-231.



Juan Guerra Núñez*

Don Quijote

Va por la Mancha el manchego
Con su yelmo y con su adarga,
Mientras que su pecho embarga
Terrible pasión de fuego.

La bella dama, su ruego
No escuchó y él con su amarga
Tristeza, que es dura carga
Va por los caminos, ciego.

Dice su cántiga de oro
El de la triste figura
Junto al balcón ojival,
Mientras la linda criatura
Oye su verso sonoro
Desde su alcoba feudal.

*Cervantes en Cuba (Estudio bibliográfico con la reproducción del Quijote
en verso de don Eugenio de Arriaza), de Manuel Pérez Beato,
Imprenta de F. Verdugo, La Habana, 1929, pp. 114 y 115.*



* Juan Guerra Núñez (1883-?). Editor, poeta y crítico literario.

De don Quijote a Dulcinea

«Querida enemiga mía,
Reina de la fermosura,
Mitiga la desventura
De mi ánima sombría.»
«Al pie de la celosía
Que oculta tu imagen pura,
Paso la noche y el día
Llorando mi suerte dura.»
«¡Oh, mi casta Dulcinea!,
Dime: ¿qué vale Guinea
Si contigo se compara?»
Deja que mire tus ojos
Y el armiño de tu cara
Para matar mis enojos.

*Cervantes en Cuba (Estudio bibliográfico con la reproducción del Quijote
en verso de don Eugenio de Arriaza), de Manuel Pérez Beato,
Imprenta de F. Verdugo, La Habana, 1929, p. 115.*



Luis Felipe Rodríguez*

**Don Quijote de Hollywood (Peripetia tragicómica)
[fragmentos]**

A Waldo Frank.

*Que también busca el sentido
armonioso de la vida en el viejo
y nuevo mundo.*

*Don Quijote al trascender a lo
eterno dejó hijos en América.*

L. F. R.

Prólogo

*Charlie, devuélveme la imagen
reflejada en tu espejo.*

Todos sabemos aquí y allá que Charles Chaplin no es el Padre Eterno, para ello tendría que ser invisible, impasible y extrahumano, a pesar de haber lanzado a la vida a su criatura sensible, por medio del amor y del dolor. Sin embargo, este Padre Espiritual del pobrecito Charlie, autor y actor de su propia máscara y con la lúcida intuición de la tragicomedia vieja y moderna del hombre, es todavía el que busca el sentido armonioso de la vida en el torvo reino de Calibán.

[...]

¡Mítico Charlie, Quijote de Cinelandia, amigo inaudito de los niños sempiternos que todos los días estrenan ingenuamente el mundo! A

* Luis Felipe Rodríguez (1884-1947). Narrador, ensayista, dramaturgo y periodista.

través del espacio y el tiempo te sabemos ineficaz para liberar tu patética tragicomedia de vagabundo fracasado, pero te seguimos admirando con la misma visión de antaño, más, quisiéramos, que ahora tomaras la lanza heroica de don Quijote, para combatir al diablo, que todavía le está disputando a Dios, con ostensible provecho, el dominio de este mundo, que él creó para el bien, el amor y la justicia, y donde muchísimos de sus hijos viven como tú, sin techo, sin comida, y hasta sin mujer, mientras el honorable Filisteo, a la hora de comerse la mejor posta, dice que hay que poner a raya a los haraganes y a los perturbadores, que perdieron el amor de Dios en sus caminos del diablo.

Bueno, esto de Dios y del diablo es un decir, pero nos hace falta aquí para hacer el símbolo mitológico de la vieja Tierra que enjuiciamos, en torno de la gran figura artística de Charles Spencer Chaplin.

Entretanto, va a comenzar *Don Quijote de Hollywood*, la divina comedia de Charlie, película de escasos rollos, dividida en ocho partes, y donde el autor de este prólogo no toma parte, por una modestia algo parecida a la hipocresía de sus resabios de hombre de ayer [...]

I

Esta trama, absurda y guiñolesca, ha diez años que el que está detrás de ella la vino fraguando, con los hilos de su vieja vida al margen. Araña paciente, sin bien y sin mal, como todo impulso que pugna por la vida.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo de más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos...

(Principio del capítulo I
de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.)

De cómo Carlitos se colgó de una lámpara, y luego vino a dar con ella en el suelo, en que por virtud de lo que se llama milagro, no se rompió el esternón.

Aquel día, Charlie buscaba algo en las gavetas de su chaquet, en los bolsillos sin fondo de sus absurdos pantalones, en las mangas ausentes

de su chaquelo, y en el vacío que media entre su crespa cabellera de ala de cuervo y la oblonga tapa de su pericráneo. ¿Qué buscaba Charlie...? Un autor diría que un argumento para una nueva película, un matemático al verle dar cuerda a un relojito redondo, hubiera pensado que buscaba la cuadratura del círculo, pero un poeta de juegos florales, mirándolo mirar hacia arriba, exclamaría:

—Charlie anda buscando la dicha.

A lo cual, tal vez, contestara un orientador, tipo *standard* a lo Marden o Samuel Smiles:

—Yo estoy en el secreto y sé dónde se encuentra, pero no se lo digo a este atolondrado espantapájaros, que busca un poco de humo, probablemente escapado por una grieta del techo.

He aquí, precisamente, que para buscar en el techo, Charlie llevó hacia el centro de la estancia una mesa, le colocó arriba una silla, y sobre la silla dos libros, que no eran la Biblia ni la constitución de la república, aunque sí una guía de teléfono de Nueva York, y la mitad de una grave enciclopedia británica, que un erudito profesor de economía política, en la universidad donde estudió *mister* Babbitt, se la había traído de Londres para documentarse durante el viaje, y así echarle un parche a la americana a la finanzas de Hispanoamérica.

Sobre la mesa, la silla y los libros, el buen Charlie trepó. ¡Deseo ilusorio! Todavía sus dedos no alcanzaban el techo, pero sí la lámpara, que colgaba del cielo raso. Se puede apostar, muy seguro de ganar, que Carlitos se colgó de la lámpara, para subir al cielo raso de aquella casa sin ascensor, donde acaso estaría lo que él buscaba, y que por llamarle algo, le vamos a llamar el espíritu puro del aeroplano azul, en homenaje a *El pájaro azul* de Maurice Maeterlinck.

¿Encontró Charlie por ese rumbo oscilante lo que buscaba? Solo se puede decir, como lógica consecuencia de esta aventura algo quijotesca, muy parecida a la de Ícaro, a quien el sol le derritió las alas pegadas con cera, que nuestro pobrecito iluso vino al suelo con la lámpara, sacada de su centro de gravedad, entre las manos. A veces, hay una Providencia para los ilusos, para los genios y para los locos. Pues bien, Charlie no se rompió ni siquiera el esternón. Quedó vivito y coleando, aunque no libre de haberse dado un golpetazo en las posaderas. Se pasó las manos por salva sea la parte de aquella baja región de su hemisferio occidental, mas no sintió ningún accidente geográfico por allí. Nada, tampoco, le salió del interior con el susto, ni siquiera el más

insignificante glóbulo rojo de su pintoresca anatomía, tal vez, no muy abundante de hemoglobina.

Como quien sabe que no tiene las piernas de papel, Charlie se puso en pie. Se palpó los brazos, la cabeza, los remos inferiores, el vientre y los paradójicos zapatos.

—¡Vaya –se dijo– definitivamente no hubo necesidad de cirujano!

Dio unos saltitos en el aire, y se regocijó, como un Sábado de Gloria, en que resucita Nuestro Señor, el buen pastor de este rebaño de ovejas, todavía algo descarriado. Mas, bien poco le duró esta efímera alegría, porque, al introducir los dedos en los bolsillos de sus calzones, se acordó de que buscaba algo. ¿Se le habría salido, acaso, por allí, lo que buscaba, y no por el cielo raso del techo? ¡Quién sabe, quién sabe...!

[...]

VI

Don Quijote al trascender a lo eterno dejó un hijo en Hollywood.

Feliz encuentro de Carlitos con don Quijote de la Mancha, en el camino que conduce a lo eterno. Esto es algo que no vieron el ama, el cura ni el bachiller Sansón Carrasco.

La primera impresión que Charlie recibió en su camino a las regiones astrales, fue muy diferente al concepto que unas cuantas lecturas le habían hecho formar del Sendero Innumerable. Camilo Flammarión le había dado la idea de un lago infinito, sin mañana ni ayer, en cuyo seno etéreo navegan cometas, nacen soles, se encienden soles y se apagan soles. Las religiones le habían hecho concebir un camino de oscuridad perenne, para llegar a la Eterna Claridad. Y así, por el estilo, todos los libros, revistas y folletos que había leído, más o menos, iban a parar ahí. Notó con sorpresa que este camino era parecido al camino que, cuando niño, le habían descrito los autores de la infancia. Por allí circulaba mucha gente. Sorprendióle sobremedida, que casi todos los romeros, blancos o negros, grandes o pequeños, usaban bigotes y barbas, de una manera profusa.

—Este fenómeno capilar –se dijo– muy bien puede ser el resultado... de no haber por aquí peluquerías.

A ser posible calcular el tiempo, en el camino que conduce a la Mansión Inmutable, podía decirse que Charlie anduvo miles de kilómetros sin cansarse, como en la tierra.

En aquellos espacios sin fronteras los ojos de su espíritu identificaron muchas de las figuras, egregias e inolvidables, que creó la imaginación del hombre. Entre otras, la taciturna estampa de Hamlet y la regocijada mente succulenta de Pantagrúel. El doctor Fausto, liberado de la realidad relativa del saber de los libros, siempre corría, como en la tierra, en pos de la estela fugitiva de Margarita. Francesca era para Paolo el mismo sueño de amor imposible. El señor Bergeret reía, con la misma ironía regocijada y triste de Anatole France, así como el doctor Pangloss parecía decir, como solía, «que aquel era el mejor de los mundos posibles». Virgilio pensaba encontrar allí una segunda edición de la *Divina comedia*.

De pronto, una figura enjuta, lívida y larga, seguida de una aguda sombra de perro fiel, sorprendióle con su visión trágica e inesperada. Era el señor de las hazañas imposibles, el hidalgo don Quijote de la Mancha. Allí seguía lanzando al espacio sin fin heroicos mandobles. Su brazo infatigable, «desfacedor de entuertos», parose un momento, mientras exclamaba ante Charlie.

—¿Cómo hasta aquí, mi hermanito...? Traes en el alma, que se asoma por los ojos, la señal implacable del mal de la tierra. ¡Bien que te habrán tundido los Follones y Malandrines de por allá! Pues aquí estoy, hijo mío, combatiendo sin descanso toda maligna sombra que busca la eternidad. Mi padre está ahora en el Purgatorio, allí le llevó la plegaria del señor cura que le diera la extremaunción. Don Miguel de Cervantes Saavedra, que dizque dicen, sufrió prisión terrenal por los dineros hipócritas y venales de las contribuciones, purga su pecado supremo: el de haberme creado a mí, que todavía sigo creyendo que Aldonza Lorenzo es Dulcinea del Toboso, la dama gentil de todo caballero que quiere restablecer en la tierra el reino del amor y la justicia. Como ves, no estoy en el Limbo, el Purgatorio, la Gloria ni el Infierno. Como las sombras que me rodean, soy hijo del genio humano; por eso, mi destino es este vagar, entre el hombre y la eternidad, porque cada vez que en la tierra algún caballero del Santo Dolor Renovador se encomienda a mí, yo, como siempre, estoy con él.

De pronto, el gran hidalgo, cuya lanza siempre acudió en defensa y socorro de la viuda, el menesteroso y el flaco de condición o de ánimo, empezó a gritar desaforado:

—¡Atrás, malandrines, follones, gente tragona de intención anticristiana, que reventasteis de grasos, merced al frío, el hambre y la pobreza de todo desvalido de la tierra ingrata, atrás...! Aquí está don

Quijote de la Mancha, con su lanza en ristre, para cerraros el paso. ¡Por mi Dios y por mi brazo que no pasaréis!

Charlie, pensando para sí, se preguntó: ¿Qué nueva locura se le habrá ocurrido a este eterno loco español, que perdiera el juicio por meterse en libros malos de caballería? Yo no veo nada en esta senda solitaria.

Sin embargo, cuando se vio el hazmerreír de los risibles de entendimiento y de corazón, cuando la damisela de muchos rizos adentro de la cabeza, le dio con la puerta en las narices por atreverse a mirarle los lindos ojos, cuando se acordó que fue el amigo sin afecto del millonario borracho, cuando sufriera el contratiempo violento de todo empujón o pisada del bruto ciego y ordinario, cuya pata calzada no se dio cuidado de hollar lo que quiere levantarse de la miseria del suelo, cuando imaginara que se quedó solo en el círculo de sí mismo, mientras la mujer ideal se marchó con otro, y la cieguita le tomó por millonario con sus ojos sin luz (porque solo los millonarios pueden hacer los grandes favores), en fin, cuando se contempló coreado por la burla gruesa del hombre y del muchacho, y esta cieguita, ya curada de su mal, se dijo, al mirar a su bienhechor en su exterior aspecto lamentable: ¡Ya veo...! ¡ah, entonces, cuando su memoria se llenó de todo esto y algo más, se avergonzó de haber pensado así del hidalgo Alonso Quijano el Bueno, el gran hermano de la Santa Hermandad del amor y el dolor renovadores. Aquel que perdiera el juicio ordinario, para la gente de toma y daca, nunca estuvo loco para toda bella aventura, para toda noble empresa y para toda justa causa. Él siempre tendría razón en lo que veía y oía. No eran solo cosas de libros de caballería las que exaltaban la razón de su sin razón, sino algo que solo sabe percibir el hondo sentido heroico del alma, liberada de la limitación humana. Por eso, Charlie exclamó también, mientras el escudero Sancho Panza estaba ahora «sanando gajes del oficio», en el hospital del Purgatorio:

—¡Atrás, Bellacos, Fulleros, por no decir Estadistas, Políticos y Millonarios, causantes del desequilibrio del mundo, donde yo no tuve techo, comida ni mujer! Este es el gran Señor de las hazañas imposibles. El que eligió el destino como sal, para sazonar con su heroica locura la olla sosa y podrida de la vida. Yo le rindo mi más humilde acatamiento, y digo que, don Quijote de la Mancha, es el caballero sin miedo y sin tacha, que combate contra los molinos de viento, porque de molinos de viento está lleno todavía el mundo. ¡Atrás, que aquí está, también, Charlie, el vagabundo que pugna por superarse a sí mismo,

bajo el peso de la vida ciega y cruel! ¡Atrás, todos los defraudadores, que sembraron el dolor, la fealdad y la pobreza! ¡Por el camello y la aguja de Jesucristo, que no pasaréis! ¡Por algo estamos aquí don Quijote de la Mancha y don Quijote de Hollywood...!

Charlie le tendió a la heroica figura enjuta sus trémulos brazos, entonces, aquella sombra le besó en la frente, como la blanca venda besa los rojos bordes de la herida. Después, Charlie prosiguió su camino a través de la senda innumerable [...]

VIII

Cómo don Quijote de la Mancha, el héroe de esta peripecia tragicómica del Infierno, es el humano pretexto para condenar, en el nombre del espíritu alígero, a ese espíritu malo, que pudiera llamarse, como dijo el filósofo: el espíritu de la pesadez.

[...]

Carlitos recordó que en su delirio no había ido a la Gloria, ¿pero qué mayor gloria que la de llamarse su creador Charles Chaplin, en esta tierra de Dios y del Capital, en la que conquistó dinero y renombre, con su dolor regocijado de víctima inadaptable...? Él había pasado, como don Quijote, por la Gloria, el Limbo, el Purgatorio y el Infierno de la tierra y del arte. Sin embargo, ahora será más grande la responsabilidad de Chaplin para reivindicar los ultrajes e injusticias, que los directores del circo y la mina le hicieron al solitario y hambriento Charlie.

Y aquí termina la peripecia fantástica del vagabundo Carlitos. Pero todos los días comienza la tragicomedia, socialmente humana, de don Quijote de Hollywood, ganado por la maravillosa aventura del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

FIN

Comenzado en mil novecientos veintisiete. Terminado en el país de la Santa Simplicidad el día cuatro de junio de mil novecientos treinta y cinco.

Molina y Cía., La Habana, 1936.



Agustín Acosta*

Meditación sobre el Quijote

A José María Chacón y Calvo.

Es el tiempo de la adolescencia.
(Tú estás entre otros libros, casi olvidado.)
El corazón, la mente marchan hacia otros rumbos.
(Tú esperas un minuto de tregua o de cansancio).

La juventud adviene entre risas y vítores:
tú permaneces alejado.
Alguna vez los ojos te miran, y tus letras,
calladamente, sufren desvíos y soslayos.

Entonces ríes en tus páginas eternas,
y esperas sin ansiedad la mano
que te saque a la luz de las ansias activas.
Entonces dialogas con Sancho;

y aunque nadie puede escuchar
lo que dice ese diálogo,
advértese que en él hay un propósito
divino, por humano,
y que un despertar de conciencia
se está iniciando.

* Agustín Acosta (1886-1979). Poeta clave de la vanguardia cubana.

Pasan inviernos, primaveras,
otoños y veranos...
El corazón ya no es tan joven;
un descaecimiento orgánico
sobreviene; las horas de las fiestas han pasado;
la madurez se inicia, y uno dice:
diez veces a leer el Quijote he empezado,
y no he podido nunca
terminarlo.
Tú reposas en una promiscuidad aleve,
y sigues sonriendo, sin hacer caso
de la atracción que involuntariamente ejerces.

Una noche el corazón no sale de paseo:
¡ha llovido tanto!
Unas manos te toman, te acarician, te abren;
tú te dejas tocar, abrir, y, emocionado
por aquella caricia inesperada,
abres al fin los brazos,
y aprisionan el cuerpo y el alma que te buscan,
y les clavas el garfio
de tu espiritual elegancia melancólica
en pleno corazón; y derramas el bálsamo
de amorosas bondades en el espíritu,
y aprisionas en tu maravilloso encanto
las alas que esquivaron tus seducciones infinitas...
Y la mano que te esquivó, la mano
que te buscó, necesitada de consuelo,
te va elevando, elevando,
y te pone junto al corazón.
Y este goza una sensación de hallazgo;
y tu palabra es música del idioma más bello,
y tu pensamiento es hijo del cerebro más sano;
y no se sabe si eres grande porque hablas tú,
o porque haces hablar a Sancho.

No es que provoques la risa,
no es que estimules el llanto;
es que eres como un camino

por donde el viajero va encontrando
rosas que se han caído de un rosal de recuerdos
y risas que han tenido un resonar amargo.
Parece corto entonces
lo que antaño era largo.
Ya uno es duque, ventero, yangüés, mozo de mulas,
Anselmo, Lotario,
cura de misa y olla
o el bachiller Sansón Carrasco;
y Basilio feliz junto a Quiteria
en el banquete de Camacho.
Ya uno es Alonso de Quijano, el triste,
y Sancho Panza, el barataro.

¡Oh, libro que eres pan de alma hambrienta!
¡Oh, libro santo!
Ya no te dejaré por otro alguno,
como en mis juveniles años,
porque tú eres el cielo, y el alma entra en el cielo
cuando está libre de pecado.

1947

Revista Cubana,
La Habana, enero-diciembre, 1947, pp. 80-82.



Nicolás Guillén*

Gustavo E.

Quijote sin Dulcinea,
ni Sancho ni Rocinante,
jinete en palo de escoba
igual que un muchacho grande,
va por el mundo Gustavo
siempre adelante, adelante,
diciéndonos lo que siente,
lo que piensa y lo que sabe
sobre esas viejas cuestiones
de los problemas raciales.
Por lanza lleva una flauta,
(a falta de pan, casabe)
en la que –músico sabio–
ataca diversos aires
sin descansar un minuto,
echando viento hasta ahogarse,
sopla, sopla, sopla, sopla,
dale, dale, dale, dale.

En sus bolsillos, que son
carteras ministeriales
abundan odas, sonetos,
suelos chicos, suelos grandes,
artículos sobre dientes,
crónicas, editoriales,

* Nicolás Guillén (1902-1989). Poeta Nacional de Cuba.

la queja del que no vio
su «chorizo» publicarse,
cartas de Ampanga o de Babia,
cuartillas, recortes, lápices,
y en un pañuelo amarrados
«pa» que no lo sepa nadie,
alguna que otra peseta,
o sus tres o cuatro reales...
Y, a cualquier hora, la flauta
con la que chilla hasta ahogarse,
sin detenerse un momento,
sin sosegarse un instante,
sopla, sopla, sopla, sopla,
dale, dale, dale, dale,
¡y sobre todo, sin irse
con la música a otra parte!

En *Obra poética (1920-1958)*, Ángel Augier (comp., pról. y notas), Ediciones
Unión, La Habana, 1974, pp. 156-157.



José Lezama Lima*

Paradiso [fragmentos]

[...] Cemí había matriculado Derecho por complacer a su madre, pensando estudiar Filosofía y Letras, tan pronto terminase aquella carrera. En la Facultad donde iba a estudiar había una excesiva aglomeración de estudiantes, discutían con voces que sobresalían de cada coro que se iba formando. Bajaban a la cantina a comer pastelillos que la simpatía llevaba a los enamorados y a los amigos. En algunas mesas muchachas de pronunciado pecho potente intercambiaban sonrisas y melindres con jóvenes que parecían en acecho para la casa del unicornio, entre la fuente y las enaguas de una princesita de Westfalia.

Aquel escándalo molestaba a Cemí, que se dirigió a la escuela de Filosofía y Letras, en busca de reposo y de horas serenas. En unos cuantos bancos los estudiantes mantenían una conversación llena, sin tediosas pausas, ni mortandades oficiosas, pero con sosiego, preocupados de que un noble sentido oracional, de ascético ordenamiento, no se rompiese en la alegría de la amistad. La cortesanía se reservaba sus secretos, pero el Eros y Lysis el amistoso, iban ganando sus cien puertas.

De uno de esos grupos se alzó una mano llamándolo, enseguida Cemí percibió a Fronesis [...]

Las clases eran tediosas y banales, se explicaban asignaturas abiertas en grandes cuadros simplificadores, ni siquiera se ofrecía un extenso material cuantitativo, donde un estudioso pudiese extraer un conocer funcional que cubriese lo real y satisficiera metas inmediatas. Al final de las explicaciones, los obligados a remar en aquellas

* José Lezama Lima (1910-1976). Poeta, narrador y ensayista. Fundador del Grupo Orígenes y de la revista homónima.

galeras, levantaban como un aléluya al llegar a las nuevas arenas de su liberación, y salían al patio. En esas arenas era donde los esperaba Ricardo Fronesis. Don Quijote había salido del aula cargado de escudetes contingentes: la obra empezaba de esa manera porque Cervantes había estado en prisiones, argumento y desarrollo tomados de un romance carolingio. Le daban la explicación de una obra finista, don Quijote era el fin de la escolástica, del Amadís y la novela medieval, del héroe que entraba en la región donde el hechizo es la misma costumbre. No señalaban lo que hay de acto participante en el mundo del Oriente, de un espíritu acumulativo instalado en un ambiente romano durante años de su juventud, que con todas las seguridades del Mediterráneo Adriático, se abre a los fabularios orientales. Don Quijote seguía siendo explicado rodeado de contingencias, finista, crítico, esqueleto sobre un rucio que va partiendo los ángulos pedregosos de la llanura. Esqueleto crítico con una mandíbula de cartón y un pararrayo de hojalata.

—Me parece insensato opinar como el vulgacho profesoral, que Cervantes comienza el *Quijote* con las conocidas frases que lo hace por haber estado preso, no debía el *Quijote* comenzar como lo hace, y no por ocultar su prisión, ya Cervantes había llegado a un momento de su vida en que le importaba una higa el denuesto o el elogio, pues como él dice: «me llegan de todas partes avisos de que me apresure». En mi opinión don Quijote es un Simbad, que al carecer de circunstancia mágica, del ave rok que lo transporte, se vuelve grotesco. Como Simbad hace *salidas*, el ave rok puede transportar un elefante, pero si tiene que levantar un esqueleto y dejarlo caer sobre una peladura de roca, el resultado es un grotesco sin movilidad, se mueve mientras va ovillando su hilo, pero como no tiene centro umbilical, se trata de un esqueleto, va formando como centro sustitutivo un rosetón de arena en una llanura de polvo. El ave rok levita a Simbad y lo lleva a *l'autre monde*, pero Sancho y su rucio gravitan sobre don Quijote y lo siguen en sus magulladuras, pruebas de su caída icárica.

—En la Cárcel Real —continuó diciendo Fronesis, sin que se notase cansancio al oírlo, después de una hora de clase—, se encuentra con Mateo Alemán, que ya tiene escrita la primera parte de *Guzmán de Alfarache*. Desde su comienzo se alude en esa obra a un ambiente de prisión, «escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado el remo». Razón de más para que Cervantes no comenzase con la misma alusión. El caso de Mateo Alemán es extraordinariamente laberíntico y triste en relación con su reclusión; está desde niño en una prisión

donde su padre es médico, en su madurez tiene que volver a la cárcel como sancionado. Mientras Cervantes va escribiendo el *Quijote*, a su lado Mateo Alemán está escribiendo la vida de un santo, Antonio de Padua, que lucha contra el dragón, multiplicado en innumerables espejos diabólicos para su tentación. Si Cervantes hubiese querido escribir contra los libros de caballería, y esa es una de las tonterías que le hemos oído al profesor esta mañana, hubiese escrito una novela picaresca, pero no, lo que hace es un san Antonio de Padua grotesco, que ni siquiera conoce los bultos que lo tientan. Esa mezcla de Simbad sin circunstancia mágica y de san Antonio de Padua sin tentaciones, desenvolviéndose en el desierto castellano, donde la hagiografía falta de circunstancia concupiscible para pecar y de la lloviznita de la gracia para mojar los sentidos, se hace un esqueleto, una lanza a caballo.

[...]

—Cervantes y Góngora —sentenció Fronesis para sentirse más cerca de Cemí—, hacen una literatura.

—Santa Teresa y Quevedo hacen otra —respondió Cemí, como para no dejar el tema concluso y volverlo a reavivar. Sonó el timbre para la otra clase.

—Es la trompeta que anuncia la dispersión de Babilonia —dijo Fronesis, levantando una carcajada que evitó la despedida.

Paradiso, Secretaría de Educación Pública, México, 1988, pp. 238-241.



Mirta Aguirre*

Encuentro

Rucio de Sancho y Platero
de Juan Ramón,
se encuentran en un sendero.

—¡Patria o Muerte, compañero!
—¡Salud y Revolución!
Rucio de Sancho y Platero
de Juan Ramón.

Rucio de Sancho y Platero
de Juan Ramón,
en la oreja el lapicero,
en el anca el pizarrón,
cursan el grado primero.
Rucio y Platero
de Juan Ramón.

—¡Si supiera tu escudero!...
—¡Si te viera tu patrón!...

Y por el mismo sendero
se van, a trote ligero,
Rucio de Sancho y Platero
de Juan Ramón.

Juegos y otros poemas, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1988, pp. 58-59.



* Mirta Aguirre (1912-1980). Poeta, ensayista y profesora universitaria.

Estampa

El caballero,
alto, y delgado,
va acompañado
por su escudero.

El de la lanza,
es don Quijote;
el gordizote
es Sancho Panza.

El caballero,
mundo adelante,
con Rocinante,
con su escudero.

Juegos y otros poemas,
Editorial Gente Nueva, La Habana, 1988, p. 66.



Gastón Baquero*

Canciones de amor de Sancho a Teresa

Sancho, basto por fuera, fino por dentro, cayó enamorado de Teresa cuando apenas contaba dieciocho años. Ella iba por los quince; era amiga de la infancia, vecina, compañerita en hurtar nidos y panales. Ahora, cuando esta fiebre, le iban y venían a Sancho por la cabeza unas locuras, unas alegrías y unas tristezas que a él mismo lo dejaban alelado y como tonto sin cura. Era la enfermedad de Amor, pero él no lo sabía. Sobre el corazón de la rústica moza –rosa silvestre, manzana blanquirrosa– caía el silencio de su enamorado, que no acertaba a decir en palabras, en canciones, de sus ensueños y de sus fiebres.

¿Cómo fueron aquellas nonatas canciones de amor, aquellas mudas endechas que Sancho joven enviaba desde su silencio a Teresa? Bello sería que los poetas más próximos al sentir del fino Sancho interior hurgasen su propia imagen de aquel instante, de aquellos raptos puros, que vieron derramarse del pecho roto y encendido el canto sin palabras, la mudez clamorosa del amor. Aquí se escorzan, se abocetan, unas incitaciones, unos balbuceos de aquel cántico oloroso a pan y a romero, que debió salir del corazón riente y brincador de Sancho cuando fue herido, llenándose de gozo como un cervatillo, por las flechas de Amor.

Poemas escritos en España (1960)

Tomado de *La patria sonora de los frutos. Antología poética*, en Efraín Rodríguez Santana (selección), Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001, p. 143.



* Gastón Baquero (1914-1997). Poeta, ensayista y periodista.

Eliseo Diego*

Miguel, don Miguel

Miguel, don Miguel, padre nuestro
en el idioma y en la entraña,
¡qué mal te fue todo, mi pobre
Miguel de Cervantes del alma!

Apenas pan, algo de cárcel,
y no se vive de esperanzas:
la sonrisa que nos abriga
fulgor será de sal amarga.

«A través de mi espejo»,
Obra poética,

Editorial Letras Cubanas / Ediciones Unión, La Habana, 2001, p. 369.



* Eliseo Diego (1920-1994). Poeta, narrador, ensayista y traductor. Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1993).

Restos de don Miguel de Cervantes

Pues bien: es cierto: agonizó Miguel
y sus deudos lloraron y sus deudas
grande escándalo hicieron de tan viudas
y entretanto giraban las Cabrillas
ocultaron sus restos en un foso
disimulante al fin de la blasfemia
de oler peor que el mal sudor del vivo
y así fuéronse a casa y no tuvieron
ni mandas por consuelo y renegaron
porque el jugón no estaba como anuncian
y las calzas de válgame y no diga
pero se remediaron y año nuevo
y olla va y uña viene y don Miguel
si lo vieron pues ya no lo recuerdan
y en tanto todo el tiempo en el desván
habla que habla se las pasa en vilo
sin darse cuenta de que pasa nada
siempre en lo suyo en su rincón de siempre
con los ratones escuchando atentos
esa voz sola que es su voz tan solo
y a la rendija de una tabla y otra
como a escondidas de sus propias mañas
una oreja de fuego enorme y quieta.

«Inventario de asombros», *Obra poética*,
Editorial Letras Cubanas / Ediciones Unión, La Habana, 2001, p. 401.



Octavio Smith*

Del Parque de Cervantes

Los álamos de toscó
sayal y grave cabellera
preguntada hondamente por la noche
concitan un espacio cortés para los astros
y el solaz caviloso de una estatua.

Cuando el llano recoge fina fiebre
de cabello de estrellas
y el santito andariego demorado, suspenso
quema esperas, asombros, memorias, cercanías.

Acude la deshora puntual como el amigo
cuyo saludo esparce noble la ternura
y vanidad amena de las cosas.
La cauta holgura que Dios guarde
llegada es en sencillo traje, luto
solicito de siempre, barba y ceremonia
breve y vivaz calladamente.

Y ahora que yo sesgo furtivo tanta gloria
principalmente hecha de paz y sutileza,
o de oído paseante que discierne
los ocios de algún rey anciano y embebido,
confuso de relatos en la blanda
caída con que el polvo persuade toda piedra,

* Octavio Smith (1921-1987). Poeta y ensayista.

si confío y renuncio como afanado lego
placentero en el huerto masculando los cánticos,
detrás me quede el ascua blanca de tu mármol
semejante a una plática avivada de pausas
y orgullosa intemperie calma y alucinada.

«Del furtivo destierro»,
Orígenes, año VI, n.º 23, otoño, La Habana, 1949, pp. 35-36.



Ezequiel Vieta*

El carnaval [fragmentos]

Las máscaras están prestas. Baile decidido de polichinelas.

[...]

Quien le brinda a Alonso Quijano un mondadientes. Sancho sanchesco empotrado a la piedra zumosa del banco. La luna aparece montada en sus rieles.

[...]

—Amigo Sancho, ¿no te has preguntado que esos molinos que brillan en lontananza, nos reclaman y nos vejan?

—¿No recuerda, señor Quijano, que nosotros sembramos allí esos molinos cuando el alba se encendía a la mirada de aquel dios Apolo...? ¿Y que aún no están maduros?

—Sancho hermano, ¿si la cosa es tal, por qué, villano desvelado, me agobias con tus desmedidas contorsiones y me arrastras a tan innominado rincón como lo es este?

—Yo vi, señor, pasar a Dulcinea.

—A engaño semejante te han impulsado antiguos enemigos que ya yo estoy reconociendo. No disimulo la notoria gravedad que tan perversa acción nos impone, pero has de enterarte que tú viste un fantasma, un relámpago tal vez, mas no a Dulcinea. ¡No me desmientas!

—¡Casi jurar podría!

—¡Hermosa inocencia! Si te dejas llevar, Sancho, por los sentidos, ¿qué no descubrirás para pesadumbre y sobresalto míos? Tórnate, tórnate a tu banco; que si entornas los párpados y aligeras el seso, alentarás

* Ezequiel Vieta (1922-1995). Narrador, dramaturgo y ensayista.

vaguedades todavía más bellas que esta que imaginas... Y yo, a mis molinos.

—¡Ay, ay, mi señor Quijano! ¡Si viviera Teresa!

—Tórnate, Sancho, al banco... Que el horizonte se ateza de follones y malandrines... ¡Carga la lanza y sígueme!, ¡descansa, Sancho amado!
[...]

Aquelarre,
Ediciones Unión, La Habana, 1991, pp. 99, 101-102.



Adolfo Martí*

Calendario de don Quijote

1

Ayer fue don Quijote caballero
–lanza de nube y yelmo de locura–,
Dulcinea habitando su ternura,
Sancho entre la cabeza y el sombrero.

Ayer fue de ala firme y de lucero,
permanecida voz en su estatura,
ancho pan de fragante levadura,
diana celeste para el buen carnero.

¡Oh!, don Quijote triste a cal y canto,
ni una sombra mofaba su hidalguía,
ni un secreto su insólito quebranto.

Ayer condecorado por el día,
ilustre capitán del desencanto,
paladín de su noble rebeldía.

2

Hoy don Quijote está de voz de niño
a susurro de olivo y de paloma.
Un guerrillero vertical le asoma
en barbas de ferviente desaliño.

* Adolfo Martí (1922-2002). Poeta, ensayista y profesor.

Está en la tibia sangre desvelada,
blandiendo su rotundo desafío.
Reta a la muerte y al furor sombrío
desde el ojo sin paz de su mirada.

Los molinos son tétricos señores
–pistola a la cintura y la cabeza–
que dinamitan libros y lectores.

Mas, don Quijote en Rocinante erguido
–fiero clarín su indómita tristeza–
combate a la barbarie y al bandido.

3
Y mañana, mañana don Quijote
regresará por fin a su morada.
La noche será sombra interrogada,
no ley oculta ni caballo al trote.

Será cuando haya paz en cada brote
de limpia flor; cuando haya paz en cada
pupila, y por la Tierra liberada
no existan ni el esclavo ni el azote.

Entonces ya feliz el caballero
de la que fuera ayer triste figura,
será un signo amoroso y compañero.

Lo veremos partir hacia la oscura
noche, en busca de estrella o de lucero:
entre los astros su cabalgadura.

1955

Unión, Revista de Literatura y Arte,
n.º 2, La Habana, abril-junio, 1980, pp. 82-83.



Jesús Orta Ruiz (*Indio Naborí*)*

A dúo con Miguel de Cervantes

¡Oh, tú que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda!,
piensa en el helado pecho
de quien entre nieves anda.
Míralo en un corto trecho
temblar, mientras te demanda
un abrigo, una bufanda,
un rincón bajo tu pecho...
¡Oh, tú que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda!

«Rondeles», *Cristal de aumento*,
Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001, p. 363.



* Jesús Orta Ruiz (Indio Naborí) (1922-2005). Poeta y periodista.

Francisco Henríquez*

Glosa por dos redondillas

*Aquí yace el caballero
bien molido y mal andante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.*

*Sancho Panza el majadero
yace también junto a él
[asno] escudero más fiel
que vio el trato de escudero.*

Iba el héroe cervantino
por llanuras de la Mancha
con la sonrisa más ancha
y su gesto noble y fino.
Rocinante –viejo equino
de aquel soñador ibero–
dejó aparte todo fuero
que lo elevase a la fama
cuando vencido proclama:
aquí yace el caballero.

Idealista y siempre amigo
de los pobres del planeta
Quijote, que era un poeta,
repartió del bien el trigo.

* Francisco Henríquez (1928). Poeta.

Llevaba la luz consigo,
verbo del estro brillante,
como caballero errante
del escenario manchego
terminó el jinete luego
bien molido y mal andante.

La imaginaria contienda,
tras vencer a los molinos,
continuó por los caminos
de la cervantina hacienda.
¡Qué romántica leyenda
del Quijote y su ayudante!
Cuenta preciso el instante
de un acontecer augusto
de aquel personaje justo
a quien llevó Rocinante.

El caballo –que también
se le conoce por «bruto»–
no es bruto si busca el fruto
de los senderos del bien.
Sobre el «mundanal Edén»
trotó Rocinante austero
sin perder su derrotero,
y llevó hacia la esperanza
al Quijote y Sancho Panza
por uno y otro sendero.

Sancho Panza, que solía
ser estricto en su mensaje,
representa a un personaje
que vence con su ironía.
Su mensaje aún hoy en día
rechaza el mal embustero
del hipócrita altanero
que no sepa comprender
la luz que quiso ofrecer
Sancho Panza el majadero.

Si don Quijote fue herido
por espadas indolentes
de pasados y presentes
surge un mañana fundido.
Sobre la tierra tendido
yace un cadáver de miel:
del tal don Quijote aquel,
pero nos queda el consuelo
que la bondad en el suelo
yace también junto a él.

Esto de elogiar a Sancho
Panza con un noble tono
por lo bueno, y sin el trono
darle el castigo más ancho
Me parece un zafarrancho
de las hordas sin cartel
que cumplen con el papel
del sumiso y del que adula
por eso es que se intitula:
[asno] escudero el más fiel.

Esto nos cuenta la historia
de los nobles personajes
que merecen homenajes
de las musas de la Gloria.
De la moderna memoria
logran el lugar primero...
Don Quijote en lo cimero
coloca el sol de su nombre
y Sancho Panza fue el hombre
que vio el trato de escudero.

En Norte. *Revista Hispano-Americana*, cuarta época, n.^{os} 447-448, México
D. F., sept.-dic., 2005, pp. 3-4.



Héctor Zumbado*

Don Quijote de la Mancha

¿Qué pasaría –riflexiona uno– si de pronto, por esa virtud de intemporalidad que tienen los personajes inmortales, apareciese don Quijote de la Mancha frente a la puerta de alguna de esas cafeterías capitalinas de segunda o tercera categoría?

En primer lugar, pensamos que a pesar de su rara vestimenta, de su figura estafalaria de rostro enjuto y luengas barbas y de su mirada de ojos un tanto saltones –a pesar de todo eso, a lo mejor no llamaba la atención en lo más mínimo, porque tal vez lo confundirían con el Caballero de París, viejo Quijote de las calles habaneras.

O sea, que tal vez pasaría totalmente *impercibido*.

(Ojo: se dice así, impercibido, para acabar de una vez y por todas con las deudas y discusiones de si es inadvertido o desapercibido. Con impercibido no hay problemas: es un sincretismo cultural, un vocablo de transición, si se quiere, con el cual nadie osaría meterse.)

Bueno, claro está, don Quijote pasaría impercibido siempre y cuando no tratara de entrar con Rocinante. De intentarlo, quizás tendría la oportunidad de admirarse con las formas de cortesía del siglo xx.

—Oye, mi socio, mira a ver dónde tú parqueas el penco ese, porque pa'cá dentro sí que no me lo puedes traer, así que ponte pa' las cosas.

Nos imaginamos que ante ese pequeño, pero conciso párrafo de tanta fuerza expresiva, el ingenioso hidalgo se asombraría enormemente de la forma en que se ha enriquecido el viejo, noble y milenarismo castellano desde finales del siglo xvi a la fecha. ¿Cómo, cuándo, en qué novela de caballería pudo haber leído Alonso Quijano algo tan

* Héctor Zumbado (1932). Periodista y humorista.

contundentemente poético y aniquilante como eso de *ponte pa' las cosas*?

(Un pequeño aparte. Esta frase me recuerda la indagación de un amigo que hace unos días se me quejaba de la corrupción del lenguaje y me decía: «Chico, ¿qué es eso de *ponte pa' las cosas*? ¡A dónde vamos a parar! Tú que eres periodista, ¿lo correcto no es decir: *ponte para las cosas*?».)

Pero en fin, sigamos. Estamos seguros de que la primera quijetada en que incurriría el Caballero de la Triste Figura sería entrar a discutir con el dependiente la medida discriminatoria contra el pobre Rocinante. Apelando a su lucidez de gran desfacedor de entuertos, comenzaría a protestar con lógica aparentemente aplastante:

—Mire, vuestra merced, que no estaría del todo mal que me dijese eso, si no fuese porque mis propios ojos están viendo otros animalillos en esta hostería. Vea usted, ¿y aquello no es un perro deambulando entre las mesas? ¿Y aquello otro, acaso no es un cucarachín caminando por el mostrador? ¿Y las moscas, eh? ¿Y todas estas moscas gigantes, qué son, molinos de viento? ¿Por qué entonces no dejáis entrar al noble rocín que es incapaz de molestar a parroquiano alguno? Os juro que no entiendo.

Pero el valiente manchego quedaría totalmente anonadado ante la respuesta que, como dirían los sociólogos, estaría fuera de su marco de referencia:

—Mi hermanito, no me metas ese bateo que eso está orientado así. Es una orientación, ¿te das cuenta?

El caballero andante, absorto y ligeramente confundido, iría a sentarse a una mesa, pero por unos segundos solamente.

—No, no, en las mesas no, mi socio. Las mesas son por parejas. Mira, agarra allí en la cancha que allí no hay tema.

Don Quijote, ya con la paranoia un tanto subida, pero disciplinado y cortés como buen hidalgo, caminaría hacia la cancha, tal vez murmurando entre dientes: «¡Válgame Dios! ¡Y si es por pareja, con más razón aún debieron dejar entrar a Rocinante!».

Una vez sentado ante la cancha, profundamente inmerso en sus pensamientos, meditando acerca de los misteriosos mecanismos de las modernas unidades gastronómicas, filosofando en torno a la locura de los hombres, sorbiendo su vaso de agua a la temperatura de un consomé manchego, nuestro ilustre personaje sería fácil presa de su romanticismo:

—Perdón, amable doncella, pero os aseguro que por algún error involuntario me ha servido vuestra merced el agua un tanto caliente. ¿Tendría la amabilidad de desfacer el entuerto escanciándome el líquido vital a una temperatura civilizada?

Seguramente, don Quijote nunca comprenderá la cara de asombro que pondría la doncella gastronómica ante este usuario evidentemente delirante. Y menos aún comprendería la respuesta:

—Mijito, ¿qué te pasa a ti? ¿Te sientes mal? Bueno, dime, ¿qué te pongo?, que esto está encendido.

—Dadme una croqueta al plato.

—No, de eso no hay.

—Entonces, servidme una empanada gallega.

—Tampoco. No sé ni pa' qué ponen eso en el menú, si eso na' má que lo hubo el día de la inauguración. ¿Quieres un bocadito de queso?

—¡¡Por Amadís de Gaula!! ¿¿Por qué ponéis lo que no hay y hay lo que no ponéis?? ¡¡Decidme!! ¡¡Explicadme presto!!

—No cojas lucha, papito, tú sabes cómo es eso.

A estas alturas, no sabemos si don Quijote, en un ataque histérico, desenvainaría su espada o, simplemente, saldría cabizbajo del establecimiento. Pero sí estamos seguros de que después de la experiencia escribiría en sus memorias:

*En un lugar de la Cancha
de cuyo nombre no quiero acordarme...*

Riflexiones,
Ediciones Unión, La Habana, 1980, t. I, pp. 17-20.



Juan Luis Hernández Milián*

Truco

Para mi consuelo y firmeza, amigo Sancho,
Quieres convencerme
De que detrás de cada árbol
Me espera una siempre encantada Dulcinea.
No sabes, sin embargo, cómo ella
Ha tatuado minuciosamente por los bosques
El nombre de todos los varones del mundo
Ignorando el mío.
Y esto no es casual,
menos a ella,
a todas las otras se lo dije
para no correr el riesgo –ninguno de los dos–
de desencantarnos con el tiempo.

De buenas a primeras,
Ediciones Matanzas, Matanzas, 1986, p. 25.



* Juan Luis Hernández Milián (1938). Poeta y traductor.

Su alta dama, don Quijote

Su alta dama, don Quijote,
en realidad daba grima;
si esto el alma le lastima
procure paz en su trote;
ella negaba el escote
más adusta que un convento,
no entendió en ningún momento
su magnífica demencia
de luchar, todo impaciencia,
contra molinos de viento.

Entre página y marea,
Ediciones Matanzas, Matanzas, 1998, p. 4.



Guillermo Rodríguez Rivera*

En la Mancha

Afuera, en la llanura,
don Alonso Quijano
vuelve a batirse contra los gigantes.

Adentro, en el castillo,
medran los pícaros,
duques y cortesanos ríen
y le aplauden.

Afuera, en la llanura,
Los molinos giran como nunca
Y Sancho desespera.

«Canta», *Antología poética*, Ediciones Unión, La Habana, 2003, p. 152.



* Guillermo Rodríguez Rivera (1943). Poeta, narrador, crítico, ensayista y profesor.

Ricardo Viñalet*

El día de la ira [fragmentos]

[...]

Zofar naamatita no pudo soportar las palabras de Job. Vencido por la cólera, esgrimió un látigo y lo descargó, frenéticamente, varias veces, sobre el indefenso hombre.

De pronto, una potente voz detuvo a los agresores:

—*Mal parece tomaros con quien defender no se puede. Yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.*

Los tres amigos se volvieron y contemplaron, asombrados, la figura de don Quijote. Inmóvil estaba Rocinante y, erguido dignamente, sobre él brillaban las armas del caballero. Algo más alejado, se divisaba al escudero Sancho Panza. Bildad suhita atinó a decir:

—*Señor caballero, este hombre que hemos atado, en Dios y en mi alma que miente.*

—*¿Miente delante de mí, ruin villano? –dijo don Quijote–. Por el sol que nos alumbra, que estoy por traspasaros de parte a parte con esta lanza. Desatadlo luego.*

Al parecer los tres amigos no estaban dispuestos a inclinar de buen grado su frente ante el hidalgo, pues se reunieron y hablaron en voz baja, a la vez que dirigían feroces miradas sobre don Quijote y Sancho. El Caballero de la Triste Figura, decidido a hacer justicia sin admitir dilaciones, echó pie a tierra. Dejando suelto a Rocinante, se allegó a Sancho. El esmirriado caballo, sintiéndose libre, avanzó unos pasos hasta aproximarse a Elifaz temanita, Bildad suhita y Zofar naamatita. Estos quisieron iniciar el combate afinando su destreza en

* Ricardo Viñalet (1943). Crítico, ensayista y narrador.

la cabalgadura quijotesca. Acudieron con estacas, y *tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo.*

Ya en esto, don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban jadeando, y dijo don Quijote a Sancho:

—A lo que veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante, así como a ese desdichado que han azotado, valiéndose de que está atado al árbol.

Y sin hacer más discursos, echó mano a su espada y arremetió y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo, y a las primeras dio don Quijote una cuchillada a uno, que le abrió un sayo de cuero de que venía vestido, con gran parte de la espalda. De la enorme herida saltaron, despedidos en todas direcciones, trozos de metal, piezas y mecanismos de distintos tipos. Lo que restó de Zofar naamatita fue un muñeco inmóvil en posición contorsionada. Algunos flejes todavía se balanceaban.

Ni don Quijote ni Sancho podían detenerse a contemplar el extraño espectáculo, porque los dos restantes presentaban batalla. Amo y escudero avanzaron, decididos, a la lucha. Elifaz tematita y Bildad suhita no pudieron resistir el aguerrido embate y rodaron por tierra, rotos en pedazos, con todas sus partes desarticuladas y deshechas. Después, Sancho habría de manifestar su extrañeza ante aquellos cuerpos.

—Calla, amigo Sancho —respondería don Quijote—, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así en verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros por quitarme la gloria de su vencimiento, es capaz de cualquier fechoría.

Desatado Job por don Quijote y Sancho, estos se interesaron por conocer la historia completa del infeliz, a lo cual accedió él, amablemente y con agradecimiento. Desde ese instante, el redentor afán del caballero hizo causa común con Job. No podía ocurrir de otro modo. Afirmó el hidalgo:

—Ese arbitrario Dios que os veja no es otro que Frestón, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y con eso procura hacerme todos los sinsabores que puede.

La conversación se vio interrumpida por la presencia de un grupo de hombres y mujeres, que acudía atraído por el ruido de la pelea, así como por la insólita estampa de don Quijote y Sancho. Los recién llegados habían tenido la oportunidad de escuchar las últimas palabras del caballero, y no le tuvieron por loco. Antes, bien, lamentaron de corazón las desgracias acaecidas a Job, y hallaron sensatez y discreción en los juicios del Quijote.

Los ánimos se enardecieron. Don Quijote y Sancho subieron a sus cabalgaduras. Job, otros hombres y mujeres, se alzaron y los ecos de sus gritos, multiplicados, retumbaron.

Un estremecimiento de miedo sacudió el cuerpo de Dios ante el tronar de la furia colectiva. Tomó el espejo del extremo del escabel, y acudió al otro yo.

—¿Te das cuenta de lo que ocurre? ¡Es el fin! Si no los detienes será el fin. ¡Sal y detenlos! Impide que lleguen o desataré mi ira. ¡Serán la ira de Dios y el Juicio Final!

Satanás se encogió de hombros y musitó:

—*Si me envías, iré.*

Brotó del espejo y después desapareció, pero no tuvo tiempo de llegar a la tierra, porque los hombres y mujeres encaminaron sus pasos al cielo. Encontraron el acceso por el gran espejo del templo; por él entraron y se vieron en el pórtico celestial.

Estalló una nube de azufre que provocó el espanto entre algunos y, cuando fueron disipándose los vapores, apareció la figura de Satanás.

—¡Frestón! —exclamó don Quijote.

—*Yo soy el diablo; voy a buscar a don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea del Toboso. Encantada viene con el galardo francés Montesinos, a dar orden a don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.*

—¡Mientes, insensato! —señaló don Quijote, y clavó las espuelas a Rocinante que, azorado, saltó hacia adelante.

La espada se anuncia con vivo reflejo por encima de la cabeza del caballero y confunde sus destellos con los del yelmo de Mambrino. Da comienzo así el combate singular entre don Quijote y Satanás, quien súbitamente se transforma en Merlín y hace algunas piruetas por delante del caballo. Se hace entonces invisible, para reaparecer, algo más lejos. No da tiempo a que el manchego se acerque; torna a desaparecer y se hace un súbito silencio.

Satanás ríe estentóreamente y comienza a descender de las nubes, muy despacio, esta vez con atuendo de Tío Sam, lanzando desde lo alto dólares que inundan la comarca.

—*Tened, tened el alivio de las penas!*—canta en su bajada el demonio.

Don Quijote lanza su espada a lo alto y esta se hunde en el aire primero y, luego, en el pecho del Tío Sam. Hay una colosal explosión: el hongo atómico se eleva, pero no se siente abajo, donde todos contemplan, fascinados, la muerte de Satanás.

Un alarido histérico se escucha en todos los ámbitos. Sancho Panza identifica la procedencia y comprende el significado.

¡La ira de Dios! ¡Ha comenzado la ira de Dios!

Las últimas palabras son casi esfumadas por otro penetrante grito. Dios, de pie ante su trono, lanza contra el piso el espejo, por el cual ha sido testigo del fin de su *otro* yo; da un puntapié al escabel, aprieta los puños y da varias pataditas y pisotones a los fragmentos esparcidos. ¡Estaba impresionante con el cabello alborotado!

Y cuando Dios se percató de que los insurrectos entraban a palacio, solo atinó a esconderse debajo del trono.

De allí lo sacó Sancho, halándolo por la túnica. No tenía opción: o salía o quedaba desnudo, y aquello de un dios sin ropa estaría bien para griegos y romanos, pero no encajaba a su dignidad ni a su pudor.

En nombre de todos los hombres, fue arrestado.

El día de la ira,

Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 109-113.



Yoel Mesa Falcón*

Per aspera ad astra

Rocinante lo sabía: por fuerte que se cabalgue
el firmamento no tiembla.

Por eso reía, y en sus dientes brillaban las estrellas
bajo la inmensidad de la noche, junto a la fogata
que dibujaba en los rostros de los cabreros extrañas
figuras

en las que la mente alucinada del hidalgo
creía ver el efecto de sus palabras, las ansias de infinito.

Sancho come bellotas en un rincón del grupo
y uno de los cabreros contesta el discurso con una larga
canción de amor.

Rocinante rió aún más:
no habían comprendido nada sobre el País de Sueño.

Mas la canción
saliendo de la boca del cabrero iba confundándose
con la hoguera
y encendida, se transfiguraba.

Y entonces los grandes ojos de Rocinante
descubrieron la misteriosa relación
entre la canción de amor y el fuego, las palabras
del manchego y el silencio del firmamento.

* Yoel Mesa Falcón (1945). Poeta, narrador y ensayista.

• 1454 •

Echoso en la tierra
y vio cómo las llamas lamían el cielo
haciendo descender las estrellas.

El día pródigo,
Ediciones Unión, La Habana, 1990, p. 9.



Conclusiones

*La desgracia de don Quijote no
es su fantasía, sino Sancho Panza.*

FRANZ KAFKA: *Cuadernos*.

Habiendo sacado de su costado
aquella costilla a la cual había dado forma
y por nombre Sancho Panza.
Habiendo visto que aquel apéndice de sí
no se le asemejaba
sino por el contrario
era tosco, incapaz de vislumbrar
las más simples cosas: sea Dulcinea,
ingrácida doncella suplicante de balcones.
Habiendo comprobado que la maquinaria de su cabeza
funcionaba de distinta, elegante manera
al común de los mortales.
Habiendo comprendido que una sopa en el mesón,
una vejez tranquila,
un título de hidalguía y una buena casa
era tan,
tan poca cosa.
Habiendo descubierto la injusticia de la tierra,
el sufrir del inocente, la ignorancia de los pobres,
la frialdad del poderoso.
Y habiendo
tomado la suprema decisión
de ser él

en toda su magnitud,
intuyó el reclamo como rumor bajo sus pies,
acercose a su corcel
y montose en él echando
devastadora mirada a la llanura manchega.
Y como hubo oído
la voz del viento incitándolo a la gloria y un
como repicar de estrellas en el rosa de la tarde, visto
refulgir plata como espuma en el hocico del rocín,
presentido
un temblor de prodigios en la piel de la bestia,
en cuyos ojos
pudo leer sorprendentes inscripciones;
percibiendo
que el aire de Castilla se poblaba de sonajas,
de duendes, de erinias, de la voz de antiguos reyes,
sintió la maravilla del mundo cual explosión
en su pecho,
apretó la lanza, se abrazó a la adarga con todo su ser,
espoleó a Rocinante y semejando un bólido
arremetió a los gigantes de brazos como aspas.

El día pródigo,
Ediciones Unión, La Habana, 1990, pp. 37-38.



Freddy Artiles*

Don Quijote del Humaya

A México, con amor.

Pieza para teatro de títeres en quince cuadros, inspirada en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. Fue estrenada el día 28 de octubre de 2000 en la ciudad de Navolato, Sinaloa, en el marco del Segundo Festival Sinaloa de las Artes, con el grupo Guiñoleros de la UAS.

. T Í T E R E S .

DON QUIJOTE DEL HUMAYA	UNA LABRADORA
ROCINANTE	EL CABALLERO DE LOS TRES RÍOS
SANCHO PANZA	EL AMA
EL ASNO	EL CURA
LA IMAGEN DE DULCINEA DEL	EL BACHILLER CARRASCO
TEPUCHE	CABALLEROS Y MONSTRUOS
LA IMAGEN DE ALDONZA LORENZO	QUE SALEN DE LOS LIBROS
	QUE LEE QUIJANO (PLANOS)

. A C T O R E S .

EL AMA
EL CURA
EL BACHILLER CARRASCO

* Freddy Artiles (1946-2009). Dramaturgo, investigador teatral y profesor.

Nota

Don Quijote se expresará con giros españoles y un fuerte acento castizo. Sancho y la labradora, con expresiones mexicanas y un fuerte acento del norte. Los demás personajes hablarán un español estándar con acento neutro.

Sobre el ámbito escénico

La acción se desarrollará en dos planos: el retablo, donde actuarán los personajes títeres, y un espacio anterior para el desempeño de los actores.

El retablo

Un espacio vacío donde aparecerán, en su momento, elementos que sugieran los siguientes lugares de acción:

Despacho de Alonso Quijano

La campiña

Calle del Tepuche

Frente de la cueva de Siete Gotas

Un bosque

Habitación de don Quijote

El espacio anterior

Contiene elementos que sugieren una sala en la casa de don Quijote: Una mesa cubierta por un mantel y dos sillas. Encima de la mesa hay varios libros, una bandeja con una jarra de vino y vasos, y un candelabro. Quizás algún otro mueble o figura para crear un ambiente de época.

. ACTO ÚNICO .

. CUADRO 1 .
(RETABLO. DESPACHO
DE ALONSO QUIJANO)

*Todo el borde anterior
del retablo aparece cubierto
de gruesos libros abiertos.*

*En el centro, Alonso Quijano lee atentamente un volumen.
De alguno de los libros surge de pronto la figura de un paladín
cubierto de armadura. Quijano vuelve la vista al lugar y exclama:*

QUIJANO. ¡Oh! *(Se dirige al libro y lee. De otro volumen surge la figura de un caballero montado. Mira hacia allí y exclama)* ¡Ohh! *(Se dirige al libro y lee. Sus movimientos se tornan más inquietos. Se escucha un rugido y, a sus espaldas, aparece la figura de un gigante. Se vuelve blandiendo una espada y gritando)* ¡Tente allá, gigante Morgante! ¡No creas que me asustan tus rugidos ni tu talla! *(Se lanza hacia el gigante sacudiendo su espada. La figura desaparece.)*

*(Al mismo tiempo en el espacio anterior,
entra el ama y el cura.*

Observan lo que sucede.)

QUIJANO. ¿Huyes, follón? ¿Le temes a mi acero? *(De otro libro sale un villano mal encarado. Va hacia él.)* ¿Qué pretendes, traidor Galalón? ¿Te atreves a desafiarme? *(Lanza varios mandobles.)* ¡Ven a que te destroce, villano! *(Se lanza hacia él.)*

AMA. ¿Lo ve usted, señor cura?

(Mientras el ama y el cura dialogan, las figuras que salían de los libros desaparecen, y Quijano, mudo, sigue lanzando mandobles al aire.)

CURA. Lo veo y no lo creo, señora ama. ¡El señor Quijano! Un ingenio tan claro. ¿Desde cuándo lo hace?

AMA. Lleva días así. Ni come ni duerme. Solo lee esos libros. ¿Qué va a ser de él?

CURA. Calma, calma. Pensaremos en algo. *(Inician mutis.)*

(Mientras el ama y el cura salen, las figuras de los libros aparecen de nuevo en el retablo y Quijano sigue su batalla.)

QUIJANO. *(En el retablo.)* ¡Venid! ¡Venid! ¡No huyáis, malandrines!, ¡no temo a gigantes ni a traidores, ni hay caballero andante que se me iguale! *(Desaparecen todas las figuras.)* ¡Eso! Eso es lo que seré, ¡un caballero andante! Me lanzaré al mundo a buscar aventuras y peligros, a deshacer agravios y cobrar eterno nombre y fama. No en balde mis bisabuelos me han legado sus armas. *(Pausa.)* Necesitaré una lanza *(del interior del retablo surge una lanza y se la coloca bajo el brazo)*, una adarga *(igual, se la coloca)* y un yelmo *(igual, una bacinilla de barbero se la coloca en la cabeza)*. En mi caballeriza tengo un rocín que para el caso sirve. *(Debajo de él surge el rocín y Quijano queda montado.)* Pero este rocín

ha de tener un nombre famoso y de estruendo. (*Pausa.*) ¡Hum! ¡Ya está! Si antes era un rocín cualquiera y a partir de ahora alcanza fama, se llamará Rocinante. (*Rocinante relincha.*) Veo que te gusta. Ahora solo falta un nombre para mí. Y... si mi nombre es don Alonso Quijano... pudiera redondearlo a... digamos... ¡Don Quijote! ¡Eso es! Nombre alto y sonoro como Amadís y don Galaor. (*Pausa.*) Mas si Amadís vivía en Gaula y para dar fama a su reino agregó este nombre al suyo, yo, que vivo en el Humaya, añadiré su nombre al mío para honrarlo. Me llamaré entonces... ¡Don Quijote del Humaya!

(Se escuchan toques a la puerta.

El rocín y todos los demás atributos desaparecen.

La acción regresa a la «realidad».)

QUIJOTE. ¿Quién llama?

(Entra Sancho Panza.)

SANCHO. Con permiso, patrón...

QUIJOTE. ¿Quién eres tú, y qué quieres de mí?

SANCHO. Señor, me llamo Sancho Panza, para servirle a usted y a Dios; soy labrador, y estoy aquí porque usted me mandó a llamar para darme chamba.

QUIJOTE. ¿Chamba? (*Aparte.*) No es palabra que usen los caballeros andantes. (*A Sancho.*) Expílicate, hijo.

SANCHO. Pos verá, su ama de usted me mandó llamar para que le quitara la mala yerba a sus sembrados, y como holganza no llena panza, he venido a preguntarle por cuál empiezo.

QUIJOTE. ¡Aaahhh! (*Se acerca a Sancho, mirándolo y rodeándolo. Sancho lo sigue con la vista.*) Quiero preguntarte algo, Sancho...

SANCHO. Usted dirá, don Quijano.

QUIJOTE. ¡Nada de Quijano! Don Quijote es mi nombre.

SANCHO. Y, ¿desde cuándo?

QUIJOTE. ¡Desde ahora! He decidido convertirme en caballero andante y necesito un escudero.

SANCHO. ¿A poco...? ¿Y eso qué es?

QUIJOTE. ¿Un escudero?

SANCHO. Las dos cosas.

QUIJOTE. Ya tendrás tiempo para saberlo; mas, por ahora, respóndeme: ¿Qué tal andas de dineros?

SANCHO. ¿De dineros? Pos... hay veces que el pato nada y hay veces que ni agua bebe, pero ahorita mismo estoy más pelado que una cola de tlacuache.

QUIJOTE. ¿Y tienes familia, Sancho?

SANCHO. Pos... apenas dos pinches viejas: mi mujer Teresa Panza y mi'ja Sanchica, que es güera, pero así y todo, son muchos los que jalan y es poca la cobija.

QUIJOTE. (*Asintiendo.*) ¡Ah...! ¿Sabías, Sancho, que los caballeros andantes, como yo, suelen premiar a los escuderos... como tú? ¿Que podría sucederme aventura tal, que ganase en quitame allá esas pajas una ínsula y te dejase a ti por gobernador de ella?

SANCHO. ¿Gobernador, yo?

QUIJOTE. O conde. Y tu mujer, condesa.

SANCHO. ¿A poco? Pos la verdad, patrón, que hasta aquí me llega el agua, y el que no ha tenido y quiere tener, loco de gusto se ha de volver. Soy aventado, señor, y no pido ni que me den, sino que me pongan donde hay, por eso digo que mientras puedo... ¿quién dijo miedo?

QUIJOTE. Así, me gusta, Sancho. Mas, dime algo: ¿tienes caballo?

SANCHO. ¿Caballo? Nooo... Pero sí tengo un asno rucio que para el caso es lo mismo.

QUIJOTE. ¿Asno? ¡Hum! Nunca he sabido de escudero que anduviera asnalmente. Pero quizás en nuestras andanzas podamos conseguir un alazán.

SANCHO. Pos... ni falta que hace...

QUIJOTE. Y tu mujer, Sancho, ¿qué dirá ella?

SANCHO. La mujer buena, patrón, no tiene ojos ni orejas, pero como en casa manda el padre... mientras lo deje la madre, pos creo que lo mejor será que la Teresa ni se entere.

QUIJOTE. Sabias palabras, Sancho. Esta misma noche, y en secreto, hemos de salir a conquistar el mundo.

SANCHO. ¡Ándele, mi señor don Quijote!

(La escenografía va cambiando la campiña.

Es de noche. Se escucha el tema musical de don Quijote.)

Don Quijote, caballero

de adarga, lanza y rocín.

Por la justicia el primero;

por tu sueños, hasta el fin.

. CUADRO 2 .
(RETABLO . LA CAMPIÑA)

*De noche, cielo estrellado con luna.
Quijote sobre Rocinante y Sancho en su asno, cabalgan.
Por detrás de ellos pasan árboles
y arbustos para dar la impresión de su marcha.*

SANCHO. Y dígame, patrón, ¿pa' cuándo la ínsula o el condado que usted dice?

QUIJOTE. ¿Tienes prisa, Sancho?

SANCHO. Pos verá usted: aunque siempre he dicho que el que nace pa' tamal del cielo le caen las hojas y que el pelado encumbrado no deja de ser pelado, creo que la esperanza es lo último que se pierde, por eso, espero que un día mi gato coma sandía.

QUIJOTE. No dices mal, Sancho. Pero antes es menester cobrar nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún monarca ya sea el caballero conocido por sus hazañas.

SANCHO. ¿Y su escudero?

QUIJOTE. También, Sancho. Y piensa que, en haciéndote conde, serás caballero, y a buena fe te han de llamar señoría.

SANCHO. ¡Ah, chirrión!

(Una pausa. Música.)

QUIJOTE. ¿Sabías, Sancho, que cada caballero andante debe tener una dama de quien enamorarse?

SANCHO. Pos no... ¿La tiene usted?

QUIJOTE. Desde luego, para mandar a cualquier gigante o caballero que venza con mi espada y mi lanza a hincarse de rodillas ante ella y declarar: «Yo, señora, he sido vencido en singular batalla por el jamás como se debe alabado caballero don Quijote del Humaya».

SANCHO. Ánde... ¿Y quién es esa señora, si se puede saber?

QUIJOTE. Pues una moza de buen parecer que conocí ha doce años. Y juro con verdad que desde que la quiero no la he visto cuatro veces. Así es nuestro amor de platónico y tal el recato y encerramiento en que la tienen sus padres, Lorenzo Conchuelo y Aldonza Morales.

(Sancho y su burro se detienen de pronto. También Quijote.)

SANCHO. ¡Adiós! ¿Ha dicho usted la hija de Lorenzo Conchuelo? ¿La que se llama Aldonza Lorenzo?

QUIJOTE. Esa misma. ¿La conoces, Sancho?

SANCHO. No la veo desde niña, pero he oído hablar mucho de ella. Esa Aldonza es más conocida que el atole blanco.

QUIJOTE. No podría ser de otra manera, pues, por su belleza, merece ser señora de todo el universo. Solo que para mí se llama Dulcinea del Tepuche, que es nombre músico y peregrino.

SANCHO. Una preguntita, señor: ¿siempre la ha visto usted de noche?

QUIJOTE. ¿De noche? No. La he visto resplandecer a la luz del día. (*En el cielo aparece ondulando, la imagen ideal que tiene Quijote de Dulcinea.*) Pero... ¿por qué preguntas eso?

SANCHO. Señor, cierto que es que no hay bonita sin pero ni fea sin gracia, pero también es verdad que de noche todos los gatos son pardos y que a la luz de la tea ni la más fea es fea.

QUIJOTE. (*Exaltado.*) ¿Qué insinúas, villano ruin? ¿Osas poner lengua en la sin par Dulcinea?

SANCHO. ¡Niguas, señor! Le cuento lo que he oído de la Aldonza (*La imagen de Dulcinea se esfuma y aparece en el espacio la de la tosca labradora Aldonza*): dice la gente que es una moza de pelo en pecho, con un vozarrón enorme y capaz de matar a un buey de un golpe. Pero si el señor cree...

QUIJOTE. ¡Calla, belitre! ¡Tu simpleza me espanta! ¿Piensas tú que las Amarilis, las Dianas, las Galateas y otras tantas que los libros y comedias celebran fueron verdaderamente de carne y hueso?

SANCHO. Ah, ¿no? (*Aparece de nuevo en el espacio Dulcinea, junto a Aldonza. Ambas atienden a la conversación.*)

QUIJOTE. ¡Claro que no! Los más se las fingen para dar sujeto a sus versos y porque los tengan como enamorados y capaces de serlo. (*Aldonza y Dulcinea se miran.*) Por eso, bástame creer a mí que la dama de mis sueños es hermosa, honesta y principal. ¡Así la veo en mi imaginación, y basta! (*Dulcinea, en el espacio, golpea a Aldonza, que desaparece.*) ¿Has entendido, gañán?

SANCHO. Clarito, señor.

QUIJOTE. ¡Pues, adelante! (*Reemprenden la marcha. De nuevo empiezan a pasar árboles y arbustos.*) Y has de ir al Tepuche, donde vive mi sin par Dulcinea, y entregarle una carta en la que le anuncio mi visita.

SANCHO. Está bueno, patrón.

Ambos salen de la escena.

En el espacio, la imagen de Dulcinea se estremece de risa con un «¡ji, ji, ji, ji!». Se oscurece el retablo.

. CUADRO 3 .
(ESPACIO ANTERIOR)

*El ama habla con el cura +
y el bachiller Carrasco.*

CURA. ¿Que se ha ido?

AMA. Sí, señor cura. Desde anoche no aparece él ni el rocín, ni la adarga ni la lanza.

CARRASCO. ¿Y adónde pudo haber ido?

AMA. ¡Desventurada de mí, señor bachiller Carrasco! El señor cura y yo lo hemos visto entre sus libros combatiendo a enemigos invisibles.

CARRASCO. ¿Es cierto eso?

CURA. Lo he visto con mis propios ojos.

AMA. Creo que es la verdad, como que nací para morir, que esos malditos libros de caballería le han vuelto el juicio y se ha creído un caballero andante.

CURA. Eso digo yo también. Y pienso que tales libros han echado a perder el más claro entendimiento que había en toda la región del Humaya.

CARRASCO. ¿Y qué podemos hacer?

CURA. ¡Quemarlos! Condenarlos al fuego porque no den ocasión a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe haber hecho.

AMA. Dice usted bien, señor cura. ¡Que mañana ardan todos en la hoguera antes de que llegue la noche!

. CUADRO 4 .
(RETABLO . LA CAMPIÑA)

*De día. Quijote y Sancho cabalgan despacio.
Quijote y Rocinante se detienen.*

QUIJOTE. ¡Detente, Sancho! (*Sancho y su burro se detienen.*) La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que esperábamos.

SANCHO. ¿Por qué dice eso, señor?

QUIJOTE. Mira allá. (*Aparecen, a lo lejos, varios horribles gigantes.*) ¿Ves aquellos desaforados gigantes? Pienso hacerles batalla y quitarles la vida, que es gran servicio a Dios borrar tan mala simiente sobre la faz de la tierra.

SANCHO. ¿Qué gigantes? (*Los gigantes desaparecen y se ven molinos de viento moviendo sus aspas.*)

QUIJOTE. Aquellos que allí ves, moviendo sus largos brazos.

SANCHO. ¡Señoor! Al llegar a la vejez, se oye y mira lo que no es. Eso no son gigantes, sino molinos de viento.

QUIJOTE. ¿Molinos de viento en el Humaya?

SANCHO. Señor, esto es una obra de títeres y en el teatro de títeres todo es posible.

QUIJOTE. Si es así, tú mismo me das la razón, Sancho. ¡Son gigantes! (*Desaparecen los molinos y aparecen los gigantes.*) ¡Y si tienes miedo, quédate ahí, que yo voy a presentarles fiera batalla!

(*Quijote se lanza hacia los gigantes.*)

SANCHO. ¡Patrón, no haga eso! ¡Que se va a meter en la pata de los caballos!

QUIJOTE. (*Mientras arremete.*) ¡No huyáis, cobardes, que un solo caballero es el que os acomete!

(*Mientras Quijote arremete, Sancho grita, y las figuras cambian a molinos y a gigantes sucesivamente.*)

SANCHO. ¡Señor! ¡Que se va a romper la madre! (*Se escucha un gran estruendo.*) ¡Pácatelas! (*A lo lejos se ve a Quijote ensartado en el aspa de un molino.*) ¡Mi Dios! ¡Si creo que lo voy a sacar con los pies por delante!

(*Desaparecen todas las figuras en el retablo.*)

Pausa. En primer plano aparece Quijote, maltrecho, conducido por Sancho, que lo ayuda a caminar.

SANCHO. ¡Por Dios, señor! ¡Mire cómo me lo han puesto! Y yo, como el que chifla en la loma, gritándole para que no se mandara. ¿No le dije yo que eran puros molinos de viento?

QUIJOTE. Calla, amigo Sancho. Ha sido el mago Frestón quien ha vuelto esos gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento.

SANCHO. ¡Adiósos...! Pero el caso es que tiene la boca como elote desgranado y está usted más feo que pegarle a Dios, con la más mala figura que en mi vida he visto.

QUIJOTE. ¿Sí? (*Pausa.*) ¿Sabes, Sancho? Debe ser que al sabio a cuyo cargo ha de estar el escribir mis hazañas le habrá parecido que yo tome algún nombre, como lo hacían los caballeros pasados, que uno se llamaba «el de la Ardiente Espada», otro «el del Ave Fénix» y aquel «el de la Doncella».

SANCHO. Está bueno. ¿Y cómo se va a llamar usted?

QUIJOTE. Pues, de hoy en adelante, y haciendo honor a la agudeza de mi escudero, seré el Caballero de la Triste Figura.

(Sancho y Quijote salen. Entra tema musical de don Quijote.)

*Don Quijote, caballero
de adarga, lanza y rocín.
Por la justicia, el primero;
por tus sueños, hasta el fin.*

*¡Cuánta dignidad y gracia
hay en tu triste figura!
¡Cuánto valor en tu pecho!
¡Cuánto amor en tu bravura!*

. CUADRO 5 .
(ESPACIO ANTERIOR)

El ama, el cura y el bachiller Carrasco.

CURA. ¿Es posible?

CARRASCO. Como lo oye usted. Ya está en libros la historia del señor Quijano, que ahora se llama don Quijote.

AMA. ¡Cristo bendito! Mi señor en boca de todos. Han de tenerlo por grandísimo loco.

CARRASCO. (*Sonriendo.*) Bueno, unos dicen: «Loco, pero gracioso». Otros: «Valiente, pero desgraciado». Y otros: «Cortés, pero impertinente».

CURA. ¿Y qué cuenta ese libro?

CARRASCO. ¡Todo! Cuando tomó a unos molinos por gigantes, cuando imaginó que una posada era un castillo, cuando descabezó los títeres de maese Pedro; se habla también de su amor por

la imaginaria Dulcinea del Tepuche y de sus pláticas con el escudero llamado Sancho Panza.

AMA. ¡Ese mostrenco mentecato! Es él quien ha distraído y sonsacado a mi señor y lo ha llevado por esos andurriales.

CURA. No piense así, señora ama, que si la simplicidad de tal escudero es grande, la locura del supuesto caballero es mayor.

AMA. ¡Dios nos ampare!

. CUADRO 6 .
(EL RETABLO . CALLE DEL TEPUCHE)

Entran Quijote y Sancho Panza a pie.

QUIJOTE. Y bien, Sancho, henos ya en el Tepuche y a buen recaudo nuestras cabalgaduras. Ahora, ve al encuentro de mi señora Dulcinea y anúnciale mi visita.

SANCHO. ¡Pero si ni la conozco!

QUIJOTE. (*Lo mira.*) Sancho, tiempos hay de burlar y tiempos en que caen mal las burlas. ¿No le has entregado ya en sus excelsas manos una carta escrita de mi puño y letra?

SANCHO. (*Confundido.*) ¡Ah...! La carta... (*Pausa.*) Pos verá... como no sé «ler» ni en los letreros me fijo, además la vi una sola vez detrás de la barda de su corral, y era medianoche.

QUIJOTE. ¿Bardas de corral has dicho? ¿Serían los muros y almenas de su palacio!

SANCHO. ¡Seguro, patrón! Pero es que... (*Pausa.*) Mire, hace un sol muy fuerte. Será mejor que usted se retire a descansar un poco debajo de algún techo mientras yo busco el palacio de mi señora Dulcinea. Cuando lo encuentre, le doy una voz.

QUIJOTE. El consejo me has dado, lo apetezco. Busca tú a mi señora, encuéntrala, y llámame a su presencia.

SANCHO. ¡Eso es! (*Casi empujando a Quijote.*) Ándele, patrón. Yo me encargo. (*Quijote sale.*) ¡Ahora sí que la puerca torció el rabo! Mi señor cree que yo le llevé su carta a esa Aldonza, o Dulcinea, o como se llame, pero la verdá es que no lo hice, ni la he visto en mi vida. Ahorita, ¿qué me hago? (*Da unos paseítos. Mira a un lado y a otro. Se detiene de pronto.*) ¡Ah, pero qué veo...! Por ahí viene una labradora... (*Pausa.*) ¡Ya lo tengo! Siempre he dicho que cuando todas las puertas se cierran,

una ventana se abre, y como mi señor es capaz de creer que hasta hay indios güeros... (*Sale hacia donde ha ido Quijote, desde adentro.*) ¡Señor, señor... venga, que ya encontré a su Dulcinea!

(*Entra de nuevo Sancho con Quijote.*)

QUIJOTE. ¿No me engañas, Sancho?

SANCHO. ¡Pos claro que no! (*Señala a un lateral.*) Mírela allí, vestida y adornada como una reina y resplandeciente como el sol mismo.

QUIJOTE. (*Mira hacia el lugar, luego a Sancho.*) O tengo mala vista, hijo, o no veo otra cosa que una labradora.

SANCHO. ¡N'hombre! Mire bien, ¡es su señora Dulcinea! Venga a hacerle una reverencia, que ya se acerca. (*Jala a Quijote y lo hace arrodillar junto a él. Entra una tosca labradora llevando una vara.*) ¡Reina y princesa y duquesa de la lindura! ¡Soy el escudero Sancho Panza y este es mi señor don Quijote del Humaya, alias el Caballero de la Triste Figura!

LABRADORA. ¡Quítese del medio, hombre!

QUIJOTE. (*A Sancho.*) Sancho, creo que no es Dulcinea.

SANCHO. ¡Pos cómo que no! ¡A lo macho le digo que es ella! (*A la labradora.*) Dígame, patroncita, ¿no se le retuerce su corazoncito de ver arrodillado ante su encandilada presencia a este charro caballero andante?

LABRADORA. ¡No se haga el gracioso, oiga! ¡Y apártese, que tengo prisa!

(*Quijote se pone de pie.*)

QUIJOTE. (*A la labradora.*) ¡Sol de mi vida y único remedio de este afligido corazón que te adora; el maligno encantador que me persigue ha transformado tu sin par hermosura en la figura de una labradora pobre y fea!

LABRADORA. ¡Oiga, no se mande! ¡Pobre y a mucha honra, y más fea será su madre!

(*La labradora golpea con la vara a Quijote.*)

SANCHO. ¡Ay, virgencita, a esto le salió cola! (*Se acerca a la labradora, que sigue golpeando a Quijote.*) ¡Oiga, deje a mi patrón!

LABRADORA. ¡A volar usted también! (*Aporrea a Sancho y a Quijote a la vez, golpes, gritos. Cuando los dos están maltrechos, se detiene y exclama.*) ¡Pinches marihuanos!

(*La labradora sale. Sancho ayuda a Quijote a levantarse.*)

QUIJOTE. Has visto mi desgracia, Sancho. Dulcinea... está encantada.

SANCHO. Pero así y todo, pega bien duro.

QUIJOTE. ¿Cómo habría de ser, bellaco, si la han convertido en una bruja? Y a fe mía, que hasta me pareció que olía a ajos.

SANCHO. Debe ser cosa del tal Fritón.

QUIJOTE. ¡No es Fritón, hereje, sino Frestón, el mago! Un malvado que me tiene ojeriza y que con esta acción me ha convertido en el más desgraciado de los hombres.

SANCHO. Pero no se desvalorine, mi don Quijote, que las penas no matan, pero ayudan a morir, y peor es chile y l'agua lejos.

QUIJOTE. ¡Deja tus malditos refranes, Sancho!

SANCHO. Está bueno, señor, pero no olvide que en los apuros y en los afanes, pides siempre consejo a los refranes.

QUIJOTE. ¡Basta, he dicho! Y démonos prisa, que hemos de andar hasta la cueva de Siete Gotas.

SANCHO. Como usted mande, patrón.

(Ambos salen. Se escucha el tema musical de don Quijote.)

*Don Quijote, caballero
de adarga, lanza y rocín.
Por la justicia, el primero;
por tus sueños, hasta el fin.*

*Nunca dejes que abatido
algún villano te vea,
sonríe y regala, humilde,
una flor a Dulcinea.*

. CUADRO 7 .
(ESPACIO ANTERIOR)

*El cura
y el bachiller Carrasco.*

CURA. Lo curioso es que, fuera de sus caballerías, discurre con bonísimas razones y muestra un claro entendimiento.

CARRASCO. Tiene usted razón. Siempre he apreciado la discreción y la sabiduría de mi señor Quijano.

CURA. ¡La culpa ha sido de esos malditos libros, que gracias a Dios hemos reducido a cenizas!

CARRASCO. Mas no olvide usted, señor cura, que el libro espera por ser leído, pero no obliga a nadie a que lo lea.

CURA. ¿Qué me quiere decir con eso, mi querido bachiller?

CARRASCO. Que el señor Quijano ha enloquecido, y nosotros, que estamos cuerdos, debemos sacar la locura de la cabeza y de los cascos de su Rocinante.

CURA. Estoy de acuerdo, pero ¿cómo?

CARRASCO. Escúcheme. Se me ha ocurrido una idea.

. CUADRO 8 .
(RETABLO . FRENTE DE LA CUEVA
DE SIETE GOTAS)

*Sancho da paseítos de un lado a otro frente
a la entrada de la cueva.*

SANCHO. ¡Válgame Dios! Hace más de una hora que mi señor está ahí dentro y no ha dado señales de vida. Le dije que me dejara acompañarlo, pero hablar con él es como llevar piedras al cerro. *(Se escucha un ruido. Se detiene.)* Creo que escucho algo. *(Se vuelve hacia la cueva. En la entrada aparece flotando en el aire Quijote.)* ¡Patrón! ¡Qué le pasa! ¡Si parece una nube con armadura! ¡Está dormido? ¡Despierte! *(Más fuerte.)* ¡¡Patrón!!

(Quijote deja de flotar y cae con estruendo.

Sancho se acerca a él.)

QUIJOTE. ¿Qué pasa, Sancho?

SANCHO. ¡Señor, que estaba dormido! ¡Al fin regresó! Llevaba más de una hora ahí dentro.

QUIJOTE. ¿Una hora has dicho? No puede ser, porque ahí me amaneció y me anocheció tres veces. Y, ¿sabes, Sancho?, he visto y oído cosas maravillosas.

SANCHO. Ya lo creo. Pero ahora levántese.

(Sancho ayuda a Quijote a ponerse de pie.)

QUIJOTE. Direte, Sancho, que he visto al mismo Siete Gotas.

SANCHO. Y ¿quién es ese señor?

QUIJOTE. El venerable mago que habita esta cueva, tan poderoso como Merlín. Y además, ¿recuerdas aquella tosca labradora que encontramos en el Tepuche y que no era más que Dulcinea encantada?

SANCHO. (*Riendo.*) ¡Pos claro que la recuerdo! Si todavía me queda un moretón.

QUIJOTE. Pues ahí estaba.

SANCHO. ¿En la cueva? (*Ríe.*)

QUIJOTE. Conocíla porque llevaba los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste.

SANCHO. (*Sigue riendo.*) ¿Y habló con ella y todo?

QUIJOTE. Hablela, pero no me respondió palabra. Me volvió la espalda y se fue huyendo. Entonces Siete Gotas me confirmó que se trataba de la misma Dulcinea. Encantada.

SANCHO. (*Riendo a carcajadas.*) ¡Eso sí que está bueno! En fin, según Aristóteles, un buey voló, como puede que sí, puede que no.

QUIJOTE. Y ahora, lo que te interesa.

SANCHO. ¿A mí?

QUIJOTE. A ti. Porque díjome Siete Gotas: «Alabado y valiente don Quijote, para que la sin par Dulcinea del Tepuche pueda salir de su encantamiento y recuperar su estado primo, es menester que vuestro escudero, Sancho Panza, reciba tres mil y trescientos garrotazos».

SANCHO. ¡¿Qué?!

QUIJOTE. Lo que has oído.

SANCHO. ¡Naranjas! ¿Qué tengo que ver yo con el encantamiento de la señora Dulcinea? ¿Acaso la parí para pagar yo lo que pecaron sus ojos?

QUIJOTE. (*Exaltado.*) ¿Te atreves, alma de cántaro, a desobedecer la voluntad del sabio Siete Gotas y de tu amo?

SANCHO. ¡Seguro! Porque quien calla y obedece, se jode dos veces, y al que es dulce se lo comen las hormigas, que a fuerzas, ni los zapatos entran. Así que ocúpese usted del desencanto de Dulcinea y conmigo no cuente para ningún garrotazo.

QUIJOTE. (*Colérico.*) Tomarte he yo, villano harto de ajos, y amarrarte he a un árbol, en cueros, como tu madre te parió, y no tres mil trescientos, sino seis mil seiscientos garrotazos te daré.

SANCHO. (*Asustado.*) ¡Pero, señor...!

QUIJOTE. ¡Y no repliques palabra, porque te arranco el alma! (*Saca un garrote y comienza a apalea a Sancho.*) ¡Toma, belitre, ladrón desuellacaras, socarrón, animal miserable, monstruo maldito, bestia salvaje, lacayo excomulgado, alcorchoque podrido!

Sancho grita y corre. Quijote lo persigue golpeándolo.

. CUADRO 9 .
(ESPACIO ANTERIOR)

El ama y el cura.

AMA. Señor cura, estoy desesperada. ¿Hasta cuándo mi amo seguirá metiéndose en esos laberintos? ¿Cuándo volverá a su casa a pasar en ella una vida quieta y honrada?

CURA. No desespere, mi señora ama, que con la ayuda de Dios, pronto lo tendremos de vuelta.

AMA. ¿Será posible?

CURA. No lo dude.

AMA. ¿Y cómo lo sabe usted?

CURA. No lo sé de cierto, pero lo barrunto.

AMA. ¿Y tiene razones para hacerlo?

CURA. Las tengo. Pero mejor callar para no tentar al diablo.

. CUADRO 10 .
(RETABLO . LA CAMPIÑA)

*Sancho y Quijote cabalgan despacio.
Se escucha el sonido lejano
de cascos de caballos. Quijote se detiene y luego Sancho.*

QUIJOTE. ¿No oyes tú, Sancho, el sonido de una cabalgadura que se acerca?

SANCHO. Pos se me hace que sí... pero no veo nada. (*Mira a su alrededor.*) Ah, sí, señor... (*Señala.*) Mire allá.

El sonido de cascos se hace más cercano.

QUIJOTE. ¡Oh! Si mi vista no me engaña, se trata de un andante caballero.

*(Entra el Caballero de los Tres Ríos,
todo vestido de blanco y con los tres ríos en el escudo.
Se detiene ante los otros.)*

CABALLERO. Insigne y jamás como se debe alabado caballero don Quijote del Humaya, soy el Caballero de los Tres Ríos, cuyas inauditas hazañas quizás conozcas.

QUIJOTE. Caballero, de vuestras hazañas hasta ahora no han llegado a mí noticias.

CABALLERO. Pues vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, para hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es, sin comparación, más hermosa que tu Dulcinea del Tepuche.

QUIJOTE. Pues yo os haré jurar que jamás la habéis visto, porque si visto la hubierais, sabrías que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda.

CABALLERO. Si confesas que mi dama es más hermosa, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela.

QUIJOTE. ¡Jamás!

SANCHO. Bien dicho, patrón.

CABALLERO. Entonces, contenderemos. Y si yo te venciese, has de dejar las armas y retirarte a tu lugar por el tiempo de un año, sin echar mano a la espada.

QUIJOTE. ¿Y si os venciese yo?

CABALLERO. Si me vences, quedará a tu discreción mi cabeza, serán tuyos los despojos de mis armas y caballos, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas.

QUIJOTE. Tomad, entonces, la parte del campo que quisierais, que yo haré lo mismo, y a quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Aquí está mi escudero. *(Se vuelve a Sancho.)* Sancho «desasna», ponte en el centro y da la señal.

SANCHO. Está bueno, patrón.

(Sancho baja del asno y va al centro. Quijote y caballero cabalgan hasta los extremos del retablo. Se detienen y quedan uno frente al otro.)

QUIJOTE. Estoy dispuesto.

SANCHO. ¡Pos jálénle!

(Arremeten. Al encontrarse en el centro, Quijote es derribado con estruendo.

El caballero desde su caballo, coloca su lanza en el cuello de don Quijote.)

CABALLERO. Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

QUIJOTE. *(Trabajosamente.)* Dulcinea del Tepuche es la más hermosa, caballero. Quítame la vida, pues me has quitado la honra.

CABALLERO. Eso no haré yo. ¡Viva la fama de la sin par Dulcinea!, que yo me contento con que el gran don Quijote se retire un año, como concertamos antes de entrar en batalla.

El caballero saluda y se retira cabalgando.

Sancho se acerca a Quijote y lo ayuda a levantarse.

SANCHO. ¡Válgame Dios, señor!

QUIJOTE. Sancho, soy el más desdichado caballero de la tierra.

SANCHO. Señor, no olvide que no hay mal que no tenga su pior. ¿Qué diré yo? Si usted deja sus caballerías, ¿qué será de la ínsula o del condado que usted me prometió, y que, dicho sea de paso, no me ha cumplido?

QUIJOTE. Calla, Sancho, que mi retirada no ha de pasar más de un año. Volveré a mis andanzas y no me ha de faltar reino que gane y alguna ínsula o condado que darté.

SANCHO. Entonces... ¿en serio nos volvemos?

QUIJOTE. Lo haremos, porque he de cumplir mi promesa. *(Pausa.)* Pero antes me placería darté unos cien o doscientos garrotazos a cuenta de los casi tres mil que te faltan para que mi Dulcinea sea desencantada.

SANCHO. Pos mire, señor, que de eso mismo quería hablarle. ¿Por qué no lo hacemos a la «visconversa»?

QUIJOTE. ¿Qué has dicho?

SANCHO. Digo que no quiero regresar a ver a mi Teresa y a la güera Sanchica sin nada de plata, y ya que todavía no tengo ínsula ni condado, ¿por qué no me doy yo mismo los pinches garrotazos y usted me los paga?

QUIJOTE. *(Tras una pausa.)* Pues... no sé si sea eso práctica común entre los caballeros andantes y sus escuderos. Pero... con tal de que Dulcinea se desencante... creo que no se perdería nada con probarlo.

SANCHO. ¡Ah, señor, qué bueno! Pero cayendo el muerto y soltando el llanto, que con dinero baila el perro y dando y dando pajarito volando.

QUIJOTE. ¡Déjate de refranes! ¿Cuándo empezará la disciplina?

SANCHO. ¿Cuándo? Pos esta misma noche, que lo que para mientras se deja, para mientras se queda.

QUIJOTE. Pues vamos, Sancho, que si haces lo que he dicho, ¡Dulcinea y yo hemos de quedar obligados a servirte todos los días que el cielo nos diere de vida!

. CUADRO 11 .
(ESPACIO ANTERIOR)

*El bachiller Carrasco, con las ropas del Caballero de los Tres Ríos
y el casco bajo el brazo, entra, seguido por el cura.*

CURA. Entonces, ¿nuestro plan se ha cumplido?

CARRASCO. Punto por punto y con éxito, señor cura.

CURA. El ama saltará de gozo cuando se entere.

CARRASCO. Ya lo creo.

CURA. Y... ¿no deberíamos celebrar el suceso con una copita de vino?

CARRASCO. ¡Excelente idea! Escancie usted.

*(El bachiller coloca el casco sobre la mesa y se sienta
mientras el cura sirve el vino.)*

CURA. *(Mientras sirve.)* Pero hay algo que me preocupa... ¿cumplirá el señor Quijano su promesa?

CARRASCO. No lo ponga en duda usted. Es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, que sin falta guardará las que yo le he dado en cumplimiento de su palabra.

CURA. Entonces... *(Le da su copa a Carrasco.)* ¡Salud!

CARRASCO. *(Brindando.)* ¡Salud! *(Beben tras una pausa.)* Sin embargo... hay algo que me preocupa a mí.

CURA. ¿De qué se trata?

CARRASCO. Pues... después de todo, me pregunto... ¿no habremos hecho un agravio al mundo queriendo volver cuerdo al más gracioso loco que ha dado la humanidad?

*El cura mantiene su gesto de beber y mira a Carrasco
que también lo mira.*

. CUADRO 12 .
(RETABLO. UN BOSQUE)

De noche. En la oscuridad se escucha un golpe, un gemido de Sancho y la voz de Quijote que cuenta: «novecientos noventa y ocho». Cuando se hace la luz se ve el bosque. En un extremo del retablo está Sancho, sin camisa y con un garrote, junto a un árbol; en el otro extremo, de espaldas a él, don Quijote, contando con un rosario. Entre ambos hay un arbusto que los separa; Sancho golpea el árbol y gime.

QUIJOTE. Novecientos noventa y nueve, (*golpe y gemido*) mil. (*Sin volverse.*) Mira, amigo, no te hagas pedazos, deja que un golpe aguarde a otro, no sea que te falte la vida antes de llegar al número deseado.

SANCHO. (*A Quijote, en voz alta.*) No le hace, señor, que a perro hambriento no le importan palos. (*Aparte.*) Y a quien no piensa pagar la cuenta, lo mismo da ocho que ochenta.

QUIJOTE. ¿Qué has dicho, Sancho?

SANCHO. Nada, patrón, que el que paga manda. (*Da otro garrotazo en el árbol y gime.*)

QUIJOTE. Mil uno. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, que yo doblo la parada del precio.

SANCHO. ¡Ah!, pos si es así, siga contando hasta que espume la olla. (*Sigue golpeando el árbol.*)

QUIJOTE. Mil dos, (*Golpe.*) mil tres, (*golpe*) mil cuatro. ¡Basta, Sancho!

SANCHO. ¿Qué pasa, señor?

QUIJOTE. Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio. Más de mil garrotazos te has dado según mi cuenta, y bastan por ahora.

SANCHO. ¿Ahora que me los va a pagar doble, y al chaschas? No, señor, apártese otro poco y déjeme darme otros mil siquiera. (*Golpea de nuevo el árbol.*)

QUIJOTE. ¡No, Sancho! (*Se vuelve.*) No permita la suerte que por mi gusto pierdas tú la vida. Espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo esperaré que cobres fuerzas nuevas para concluir este asunto.

SANCHO. Pos si usted lo quiere así... ni modo. No me he hecho conde, pero con la plata de estos garrotazos se pondrán muy contentas la Teresa y la güera Sanchica.

QUIJOTE. Sí, hijo. Cúbrete y vamos, que en este año de forzado descanso nos haremos pastores.

SANCHO. ¿Pastores?

QUIJOTE. Sí. Yo seré «el pastor Quijotiz» y tú, «el pastor Pancito», y andaremos por los montes bebiendo los líquidos cristales de las fuentes y los ríos, comiendo las frutas de los árboles, y sintiendo en el corazón el olor y la belleza de las flores. ¡Qué vida nos espera, Sancho!

SANCHO. ¿Y la caballería, señor?

QUIJOTE. ¡Dentro de un año, sin falta! Ahora... vamos a casa.

(*Se escucha el tema musical de don Quijote.*)

*Don Quijote, caballero
de adarga, lanza y rocín.
Por la justicia, el primero;
por tus sueños, hasta el fin.*

*No hagas caso a los que dicen
que estás loco, caballero.
Tu locura es tu razón,
bien lo sabe tu escudero.*

. CUADRO 13 .
(ESPACIO ANTERIOR)

El cura y Carrasco.

CARRASCO. ¿Es cierto lo que me dice, señor cura?

CURA. Cierto, hijo mío. Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo.

CARRASCO. ¿Cuerdo? ¿Pero qué ha sucedido?

CURA. Pues... no sé si por la melancolía de verse vencido, o por disposición del cielo, se le arraigó de pronto una calentura que le hizo delirar. Luego durmió más de seis horas. Y al despertar...

CARRASCO. ¿Qué dijo?

CURA. Declaró tener el juicio libre y sano, abominó de Amadís de Gaula y de todos los libros de caballería, reconoció llamarse Alonso Quijano, y luego pidió perdón a todos por sus pasadas locuras, y a mí, la confesión.

CARRASCO. ¡Es asombroso lo que me cuenta! Pero... ¿morirá realmente?

CURA. Si no ocurre un milagro, hijo...

(Entra el ama llorando.)

AMA. ¡Amigos míos!

CURA. ¿Qué sucede, señora ama?

AMA. ¡Que ha muerto!

CARRASCO. ¿Muerto?

CURA. *(Se santigua.)* Dios lo tenga en su santa gloria.

CARRASCO. ¿Y Sancho? ¿Lo sabe?

AMA. No.

CARRASCO. ¿No le ha mandado a avisar usted?

AMA. Sí, pero... pero no sabe aún que ha muerto. (*Pausa.*) Ese siempre ha sido un mentecato... pero lo quería.

(*La acción pasa de manera simultánea al retablo.*)

CARRASCO. ¡Miren! Ahí llega Sancho.

Todos se quedan observando.

. CUADRO 14 .

(RETABLO. HABITACIÓN DE DON QUIJOTE)

Quijote tendido en su lecho, inmóvil. Llega Sancho.

SANCHO. (*Desgarrado.*) ¡Señor! (*Se arrodilla junto al lecho.*) Señor, no se muera, que al cabo la muerte es flaca y no podrá con usted. Mire, no se haga de rogar y levántese de esa cama y vámonos al campo vestidos de pastores como habíamos quedado. (*En el espacio anterior, el cura y el ama lloran.*) ¿Y quién quita que detrás de una mata nos encontremos a la señora doña Dulcinea toda desencantadita? Ándele, señor, que a quien no habla, Dios no lo oye. Tenemos que seguir, usted y yo, deshaciendo los mil entuertos de este mundo. Yo soy tonto, pero nomás de la cabeza, y si no tengo mi condado, ¡pos ni modo!, pero por su madrequita, señor, ¡no se muera! Yo sé que en casa vieja todo son goteras, pero los porrazos hacen al jinete, y usted todavía puede...

(*Quijote se levanta de pronto.*)

QUIJOTE. ¡Deja tus refranes, Sancho!

SANCHO. (*Asombrado y alegre.*) ¡Señor!

(*Estupor y sorpresa en el espacio anterior.*)

QUIJOTE. (*A Sancho.*) ¡Y basta ya de sandeces! ¡Claro que no he muerto ni moriré jamás! Porque si yo muriese, Sancho, morirían los sueños de los hombres y la justicia sería cautiva. (*En el espacio anterior, el ama, el cura y Carrasco caen de rodillas y exclaman al unísono: ¡Milagro! Quijote, desde el retablo, se dirige a ellos.*) ¡De qué milagro habláis, follones! ¿Hasta cuándo permaneceréis en vuestra mansa y culpable indiferencia? (*A Sancho.*) ¡Vamos, Sancho! Monta tu rucio, que yo cabalgaré sobre Rocinante y tomaré mi adarga y mi lanza, y

nos iremos tú, Dulcinea y yo, a despertar al mundo. (*A los otros.*) Y vosotros, si os queda una pizca de vergüenza y os place, ¡seguidnos!, que son menester muchos en esta obra. Y no temáis, ¡que si por algo vale la pena morir, es por los sueños! ¡Adelante, Sancho!

SANCHO. ¡Ándele, mi don Quijote!

Sancho y Quijote salen. Desaparece el decorado de la habitación. En el espacio anterior, el cura, el ama y Carrasco se miran, y como tomando una decisión, van hacia detrás del retablo.

. CUADRO 15 .
(RETABLO)

Quijote sobre Rocinante, Dulcinea a caballo junto a él, y detrás, Sancho en su asno, cabalgan para siempre en el aire, seguidos por las figuras flotantes del cura, el ama y Carrasco, mientras se escucha la canción exaltada a don Quijote.

*Don Quijote, caballero
de adarga, lanza y rocín.
Por la justicia, el primero;
por tus sueños, hasta el fin.*

*¡Cuánta dignidad y gracia
hay en tu triste figura!
¡Cuánto valor en tu pecho!
¡Cuánto amor en tu bravura!*

*Nunca dejes que abatido
algún villano te vea.
Sonríe y regala, humilde,
una flor a Dulcinea.*

*No hagas caso a los que dicen
que estás loco, caballero.
Tu locura es tu razón,
bien lo sabe tu escudero.*

*Demuéstranos que estás vivo,
que combates todavía,
que puede cambiarse el mundo,
¡gran señor de la utopía!*

*¡Cabalga siempre, Quijote,
nunca abandones tu empeño!
No nos dejes olvidar
que hay que morir por los sueños.*

La Habana, mayo de 2000.

Colegio de Bachilleres del Estado
de Sinaloa (Convergencias), México, 2001.¹



¹ La Editorial Gente Nueva publicó una versión de este texto bajo el título *El Quijote anda* (La Habana, 2007).

Virgilio López Lemus*

Nueva salida del ingenioso hidalgo

Ante mí, helo aquí, el ingenioso hidalgo:

—En estos tiempos, señor, ¿cómo le va la vida?

El Quijote no me responde.

Ha de estar preparando gran hazaña,
sus ojos van en blanco cansados de pensar,
le pesa la mano larga, huesuda, sin anillos,
toda luz en los dedos, abierta a la esperanza.

—¿Cómo le va, señor, en este siglo nuestro?

Y sigue erguido, sin respuesta en sus labios,
con los ojos en blanco.

Alabo su forma de soñar, su loca manera
de estarse en el amor hecho niño, tan caballero.

—¿Cómo le va, amo de los mundos fantásticos,
titán de los gigantes, señor de todos los Sanchos?

Y no obtengo respuesta del Quijote:

larga su mano clavada en mi pecho
con la voz en ristre en medio del corazón.

El Pan de Aser,
Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1987, p. 66.



* Virgilio López Lemus (1946). Poeta, ensayista, crítico literario y traductor.

José Prats Sariol*

Guanabo Gay [fragmentos]

[...]

—Voy a hacerte una pregunta que da la impresión de que deseo irme del tema. Por favor, verás que no. ¿Has leído *Don Quijote*?

—¿Eh?

—*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra.

—Sí, claro.

—¿Completo?

—Bueno, cuando estaba en el preuniversitario lo tuvimos que estudiar... Creo que leímos dos o tres capítulos. A la profesora le decían Puqui, un aburrimento de dos de la tarde... Sancho Panza con su olor a ajo y su barrigona, don Quijote montado en Rocinante, el daño que le produjeron las novelas de caballería... Recuerdo la escena en una cueva, y la de cuando le molieron a palos. Pero la verdad es que no, nunca lo he leído completo. Nos examinaban por las notas de clase.

—Me imagino. Notas que ella tomaba de alguna historia de la literatura española. Conozco la cadena de robos: los especialistas son saqueados por los autores de manuales, que a su vez son vaciados por los profesores, que a su vez son esquilmados por los alumnos. Cualquiera truco menos leerse las obras. Un festival de segunda mano, un rastrojo donde si sale un lector hay que aplaudirlo como si fuera el hallazgo de un dinosaurio.

—Sí, pero, no sé...

—Voy. Me obsesiona que el placer de leer se esté perdiendo. La pregunta iba hacia la diferencia que existe entre mirada y visión. *Don*

* José Prats Sariol (1946). Crítico literario, novelista, ensayista y profesor.

Quijote es la novela donde mejor se distingue una de la otra. Te haría falta...

—¿Podrías explicármelo?

—Bajo la promesa de que vas a leer las dos partes de esa maravilla inigualable.

—En cuanto salga de Guanabo...

—Tu lío de Guanabo es poco al lado de los conflictos que sugiere Cervantes en la novela más fuerte que se ha escrito nunca. Guanabo es, si acaso, un problema derivado de la intolerancia, en la que nos han educado con una saña bestial. Pero claro, es tu laberinto-barranco playero. El atolladero en que estás metido hoy, de donde crees que no vas a poder salir, te aseguro que viene a ser una novelita municipal ante la sobrecogedora grandeza de *Don Quijote*; ante el sobrecogimiento grandioso de un drama ontológico y a la vez metafísico, ucrónico y de su época, tan singular como plural.

—¿Visión y mirada contra mi desesperación?

—Además de visión y mirada. Y no lo digas en negativo. Quítale el «contra» y pon el «a favor». Ningún buen libro es una medicina, no cura enfermedades, aunque todavía queden algunos sujetos que quieren convertir la literatura en un sanatorio, algunos que leen para prevenir o remediar males. ¿Me permites compartir contigo la reflexión sobre la visión y la mirada en *Don Quijote*? Hace unas semanas mi amigo Roberto Sagua estuvo por aquí y llegamos más o menos a la misma conclusión. Creo que te ayudaría... ¿Puedo?

—Claro que sí, tú sabrás.

—Una curiosidad muy notable de la novela es que las lesiones y enfermedades que padecen los personajes nunca son de los ojos. Los oculistas se morirían de hambre si vivieran dentro de *Don Quijote*. Cuando la leas comprobarás que Alonso Quijano, antes de transformarse en el ingenioso hidalgo, había leído noche tras noche cientos de libros de caballería, lo más probable que a la luz mortecina de un candil, o peor: a la de una zigzagueante vela. Aquel hombre que ya había cruzado por la media rueda jamás se queja de no ver bien. Todo lo contrario, después pierde muelas, parte de una oreja, le quiebran costillas, padece retortijones de barriga, arañazos, magulladuras en las muñecas, vómitos, hasta golpes que lo dejan sin conocimiento. Al final, el deterioro es lamentable, pero sigue viendo con una asombrosa nitidez a distancias increíbles, sigue leyendo a caballo el cuaderno hallado en una maleta abandonada, en medio de la Sierra Morena.

Muere con veinte-veinte, como creo que dicen los oftalmólogos. Esa mirada perfecta contrasta, en apariencia, con las visiones que tiene. Es de suponer que precisamente la mirada perfecta es la que posibilita mayor calidad de las visiones.

—No entiendo bien.

—Sí, *Don Quijote* es la novela de la visión y de las visiones de su protagonista. También es otras cosas, por supuesto, pero la consideración me parece esencial para entenderla mejor, para disfrutarla más. Este amigo me convenció de que la nitidez es la que posibilita los cambios, la que convierte, por ejemplo, la bacía que el barbero se ha puesto en la cabeza para protegerse de la única lluvia que ocurre en toda la novela, en el famoso yelmo de Mambrino. Don Quijote mira a Maritornes y ve a una damisela enamorada, mira a Dorotea y ve a la princesa Micomicona, mira un molino y ve un gigante... Percepción y representación se pluralizan, se deforman. Todos debíamos ser un poco bizcos, sobre todo para no dejarnos llevar por lo que miramos, para ver lo que se esconde. La novela nos previene contra la ingenuidad de hipostasiar el origen de la mirada, contra cualquier certidumbre rígida. Parece que Cervantes nos deja la moraleja de que debemos reconciliar las visiones, por muy deformes que aparenten ser. Te miras de un modo, pero debes tratar siempre de ver en perspectiva, de imaginarte desde diferentes ángulos, como hace Velázquez en sus cuadros. ¿Recuerdas *Las meninas*?

—Por supuesto, creo que tengo en casa una reproducción.

—Allí Velázquez es el que nos mira, el que nos observa, como hace también Cervantes. El espectador se convierte en sujeto de la obra artística, el autor nos incorpora, nos hace cómplices de su ficción. Transgrede, sesga la representación para que pensemos en los infinitos vericuetos y dobleces que tiene la vida. Hay, si se quiere, una acción moral que va contra las miradas unívocas, contra el pensamiento dogmático. Cuando lees *Don Quijote* no te dejes llevar por la risa que provocan los equívocos, las constantes confusiones, la sátira a los personajes caballerescos. Intenta ver más allá. Quizás el signo más exacto de la genialidad de Cervantes esté en su capacidad para hacerte reflexionar divirtiéndote. Ante tu problema con Miriam, que en realidad es contigo mismo, tienes que partir de que el punto de mira es móvil, dinámico, plural. Si miras y no ves, te desesperas, como ahora mismo.

—Imagina la posible reacción de ella si le cuento la verdad...

—¿Cuál de ellas?

—La de mi homosexualidad, mi nerviosismo porque me da asco. La adoro pero no creo que pueda... Mi verdad sin trampas, sin simulaciones. Mi verdad a secas.

—Sin ilusiones, ¿no? Quemas la esperanza porque te parece que Miriam solo va a mirar lo que muestras. ¡Qué tontería! No voy a sugerir que a lo mejor hasta te prefiere así, no voy a exagerar hasta el absurdo, aunque hay pocas cosas más cotidianas que el absurdo, pero sí me atrevo a insinuar que eres un mal lector, aunque hayas bebido mil libros científicos y cien de ficción, aunque digas que tienes el hábito de lectura. Debes ir a un optometrista. Un buen par de espejuelos quizás solucione el dilema. Unos espejuelos que deformen la mirada y te hagan ver doble, triple, cuádruple.

—¿Crees que entienda?

—¿Por qué no? Aunque lo decisivo es que tú comprendas, que te veas guiñando un ojo frente a don Quijote y su autor.

—Cervantes...

—El genio de Cervantes es el único reto válido para cualquier escritor que se respete, junto con diez o doce más, encabezados por Dante y Shakespeare. Los demás jugamos a los escribanos, tal vez porque no conocemos otro oficio. Me da mucha gracia cuando oigo por ahí cómo regalan elogios desmesurados a obras que a la vuelta de una década serán pasto de vacas más locas que las inglesas.

—¿La tuya incluida?

—Incluida, pero con la pequeña diferencia que lo sé. Y tal vez el detalle, la conciencia de que la competencia es universal, logre que mis escritos no sean tan efímeros como los de la mayoría. Pero es una apuesta en una ruleta más peligrosa que la rusa.

—¿Cervantes lo sabía?

—Tuvo una vida bastante complicada y dificultosa. Fracásó como poeta y como dramaturgo. Apostó por obras suyas que a la postre resultaron menores. *Don Quijote* da pie a tan variadas interpretaciones que uno a veces se pregunta si el autor estuvo consciente de cada una de ellas, si las puso allí con alevosía o muchas son obras del azar. La cruzada contra la muerte, la lucha por la supervivencia que encarna el personaje, ha sido discutida en más páginas de las que tiene la propia novela. Supongo que ahí tengas una idea de cómo el héroe no estaba tan loco, ni el motivo central era la sátira. Siempre con *Don Quijote* hay mucho más, hasta el infinito. Por eso decía hace un rato que tu conflicto forma parte de una ordinaria realidad que se halla, aunque

no te guste, en el sótano de la casa de Cervantes. Te está sucediendo en la vida lo que a la abrumadora mayoría de los escritores con la literatura, se creen que ocupan el techo y no han podido salir de los fosos. ¡Trata de volar alto, Cirito, aunque se quemen las alas!

—Quizás distingo entre lo que confundía... Miraba y no veía, veía y no miraba. Miriam y Cervantes, ¿no?

—Por supuesto que no. Don Miguel logró una palabra que se dice muy rápido pero se trabaja con mucha lentitud: trascendencia. Haber hallado la individualidad heroica, tanto en don Quijote como en Sancho, no solo está más allá de cualquier dialéctica realista, de considerar que la literatura y la realidad no se influyen simultáneamente, sino que lanza a cada ser humano un desafío, una bofetada de burla, pues sabe que son escasas las personas que a lo largo de la vida llegan a tener una individualidad.

—Bofetada...

—Tal vez otra derivación útil es cómo don Miguel logra entre caballero y escudero el universo del juego, es decir, una alegre controversia que constantemente critica las ideas de cada uno sin perder el vínculo. Imagina que cada pareja, heterosexual u homosexual, sea capaz de alcanzar una igualdad tan íntima y a la vez tan autónoma como la de don Quijote y Sancho. El mundo jugaría más, con mayor eficiencia, a quererse. Quizás te haga falta un poco del espíritu deportivo que ellos inmortalizaron. Vivir con mayor libertad e indiferencia, crear tus propias exclusiones o límites, imponer tus reglas... Exiliarte del qué dirán y que tu Aldonza Lorenzo alcance la categoría de la gran dama Dulcinea del Toboso.

—Pero el pretendiente de Dulcinea no era homosexual.

—Ni falta que le hacía. Era algo más importante que una categoría sexual, era de una espiritualidad tan generosa e imaginativa que los detalles de la intolerancia religiosa, de las represiones sociales, quedan como la distancia que hay entre jugar damas y jugar ajedrez, entre cambiar de país y no de vida y costumbres, entre aburrirte viajando por Internet y disfrutar la intensidad de una puesta de sol desde el Castillo del Morro... Contra la insoportable monotonía cotidiana y contra las miserables moralidades, *Don Quijote* ofrece la sugerencia de la fantasía, la fantasía de la sugerencia.

—¿Fantasía? ¿Y si de nuevo ocurre la náusea? ¿Cómo salgo del otro tic nervioso, cómo enfrento el rechazo? ¿Tendré que engañar a Miriam, fingirle, hacerme pasar por otro distinto al que soy, simular? ¿Ese es el consejo, lo que quieres que lea en *Don Quijote*?

—Cada uno lee en *Don Quijote* lo que puede. Pero no fue Cervantes el inventor del engaño. El arte de fingir es más viejo y común que la perreta de los niños, que la lucha por el poder, que las putas en La Habana del siglo XVII cuando se preparaba la flota española para cruzar el Atlántico con el oro y la plata de Indias. No, querido. Nadie quiere convertirse en lo que no eres. Y yo menos, a mí...

—¿Y si no se me para, ¡coño!?

—¿Ah, sí, no? ¿Ese es todo tu problema? ¿Ah, sí, no?

—Perdóname, Andrés, estoy... ¿Cómo decir? Aún no sé bien lo que voy a hacer.

—Cuando don Quijote se convierte de nuevo en Alonso Quijano, lo único que le falta es morir. Y se muere. La robusta Aldonza Lorenzo no es más que una vulgar campesina con aliento a morcillas y olor a boñiga de vaca. ¿Qué carajo puede hacerse sin fantasía, de la cual forma parte el engañar, el fingir, el representar? Casi nada, Cirito, nada casi.

—Así estoy: una nada. Miriam Lespugue es mi nada.

—Tú eres tu única nada, no desplaces la culpa. Ve en ti mismo, no te mires. Aprende a vivir dentro de la inseguridad humana, acepta lo inexorable: después a lo mejor puedes formar una figura mixta con cualquiera, como don Quijote con Sancho, pero antes de formar una relación libre necesitas valor. No tanto como don Quijote, pero sí el suficiente para ser menos analítico y menos cuerdo, para jugar el juego. De lo contrario vas a terminar loco de verdad o convertido en un Ginés de Pasamonte como el que aparece en la novela, en un pícaro oportunista y sin escrúpulo, aunque te disfraces de titiritero o de padre de familia, de macho o de maricón. La verdad...

—Tengo que buscar la mía.

—La tuya, en efecto. Aunque te aprendas de memoria *Don Quijote*... Recuerda que la literatura no sustituye ni simula ser analista, político, sociólogo, sacerdote, historiador... La literatura, y más la novela, es obra artística. Y el arte, Cirito, lo único que ha hecho siempre es morderse su propia cola. A veces va más allá de la representación y nos deja el quijotismo, el hamletismo, el edipismo... Pero los personajes de ficción no enmiendan, no son hechiceros de ninguna tribu. Por suerte no sustituyen a nadie, por eso, cuando te leas *Don Quijote*, verás que casi todos los personajes saben que forman parte de una novela; menos el autor, que trata de esconderse, que se ríe, pero está afligido; que nos hace reír, pero es un melancólico. De la sabiduría de Cervantes

también forma parte el pudor. Esconde y enseña. Desentraña el juego del mundo. ¿Por qué no juegas?

—¿Cómo?

—Te presto *Don Quijote* y corres a buscar a Miriam. Le cuentas no la verdad, ya sabes que esa no existe y si existiera jamás nadie da con ella, sino la verdad tuya, la que creas mejor. Y después que pase lo que vaya a pasar... El azar o el destino se encargará del resto.

—Yo...

—¡Vete ahora mismo, por favor! ¡Vamos, ponte de pie! ¡Arriba corazones! ¡Más vista que mirada! ¡Valentía! ¡Que no falten visiones! ¡Ven, te alcanzo la novela!

—Gracias, Andrés, gracias.

—Forra el libro antes de leerlo. No vayas a forrar a Miriam, juega limpio. Guárdalo en la mochila. Ya me contarás... Días buenos.

—Hasta luego, yo...

—¡Acaba de irte de una vez!

Guanabo Gay, Horayveinte,
México, D. F., 2004, pp. 166-172.



Raúl García Dobaño*

Don Quijote en busca de posada

*Y diga cada uno lo que quisiere;
que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes,
no seré castigado de los rigurosos.*

MIGUEL DE CERVANTES: *Don Quijote*.

Habrás de saber, amigo lector, que no todas las aventuras del hidalgo caballero don Quijote de la Mancha fueron incluidas en la más grande novela de todos los tiempos. Las causas me son aún desconocidas, aunque ya barrunto algunas ideas que bien podrían conducirme a la verdad. Pero lo más importante para ti es que tengo en mi poder, y estimo como a tesoros, algunos pasajes inéditos del Caballero de la Triste Figura, que, en manuscritos apenas legibles, he podido transcribir, y que tengo a bien, como deber y gusto, dártelos a conocer. He aquí uno de ellos, en que se cuenta lo que sucedió al noble caballero y a la señora de sus pensamientos, Dulcinea del Toboso, cuando iban cierta vez en busca de posada.

«¡Cuánto eres capaz de transformar el paisaje, mañoso Merlín!» –pensó don Quijote, porque hallose de repente no ya en los secos y pedregosos caminos de la Mancha, sino en un como sendero ancho de veinte varas, negruzco y endurecido, por el que pasaban, mucho más raudas que galope de caballo, unas infernales invenciones de armaduras de colores que rugían y echaban humo por el colete. Sin pensarlo dos veces, nuestro caballero se dispuso a arremeter contra ellas, que nada bueno debían ser, pero he aquí que no llevaba lanzón ni espada, ni rodela, ni celada de encaje, ni pieza alguna de armadura, lo que le

* Raúl García Dobaño (1947). Narrador y ensayista.

produjo un profundo pesar y desaliento, más aún cuando notó que Rocinante no lo acompañaba, ni su fiel escudero Sancho aparecía por más voces que le diera. Supo de cierto entonces que el encantamento que sufría era sin duda el más grande cuantos habían echado sobre él, y quizá uno de los más maravillosos de toda la historia de la caballería andante. Pero el encantamento llegó al punto más fantástico cuando a su lado apareció, en toda su figura, la más principal de las damas y dueña de su corazón: la sin par Dulcinea del Toboso. El Caballero de la Triste Figura se hincó humildemente de rodillas sobre el asfalto, y tomando en las suyas las manos de Dulcinea, las besó candorosamente, y sintió en su corazón el más honrado amor del mundo. Pensó que esta vez el mago no había obrado tan malamente del todo, pues al menos lo había puesto delante de la dama de sus sueños; pero reconsiderando el asunto llegó a concluir que bien podía ser una artimaña del mago, que muchas y disímiles era capaz de urdir; o tal vez se aprestaba a una nueva prueba de las tan difíciles que los caballeros andantes están obligados a enfrentar. Y con tales pensamientos, y otros parecidos, animoso y con talante de legítimo caballero, se dispuso a seguir el curso de los acontecimientos. «Preciso es –pensó– conducir a Dulcinea a un castillo, que así lo demanda la distinción de tan altísima dama». Pero no pudiendo divisar a la redonda torreones ni almenares de castillo alguno, consideró su deber procurar cobija a Dulcinea a como diera lugar, que la oscuridad se anunciaba ya en el oriente, y fuera cual fuese la condición y honra del lugar que encontrasen donde hacer noche, su brazo habría de saberla defender. «Posada no es –dijo entre sí– aun la más honrada que hubiere, lugar digno de tal fermosura y linaje; pero habrá de verse aún lo que guarda la suerte en tales parajes encantados». Y así resuelto, y tomando a Dulcinea dulcemente de la mano, la conminó a que anduviesen por la vera de aquel camino, y así lo hicieron.

Encontráronse al rato a un caminante que en opuesta dirección venía, hombre simple y al parecer despreocupado, al cual don Quijote detuvo, hablándole de esta manera:

–Buen amigo, que habrás de ser pastor, cuando no porquerizo, os saludo buenamente, y porque me hallo extraviado en tan verdísima campiña que nada semejante viera, os pido me deis cuenta de si hay algún castillo, castelete o alcázar donde podamos llegar, que preciso conducir a él a la altísima dama que acompaño y protejo, y que es, para honra de mí, la dueña de mis pensamientos.

El buen caminante escuchó en una pieza aquella avalancha lingüística, esparrancó los ojos, descolgó la quijada de un golpe y, luego de haberse recompuesto un tanto, contestó:

—¿Castillo dijo usted? Lo que se dice castillo, castillo yo conozco el del Morro, pero eso le queda lejos.

—Por ventura habrá una venta —dijo don Quijote—, que la noche está por echársenos encima; o al menos majada de pastores habremos de hallar.

—No, señor —replicó el hombre rascándose la mollera—, de lo que es venta de vender por aquí, ni cafetería hay. Y en lo tocante a ese majá de pastor, en mi vida he oído hablar de culebra con ese nombre.

—¡Diablo, visión o lo que fueres —gritó don Quijote puesto en cólera—, que no entiendes o no quieres entender! Dime presto, y cuídate de decir verdad, si hay, aunque fuere simple, posada donde pasar la noche.

—¡Acabáramos! —exclamó el buen hombre, y la sonrisilla que se le hizo en los labios disgustó en mucho a don Quijote—. ¿Usted no es de La Habana? —preguntó finalmente.

—¡Soy de la Mancha, follón, y a mucha honra lo tengo! —respondió don Quijote.

—Pues no le hace falta ni coger guagua para ir donde usted quiere. Y no sé por qué complica usted las cosas; cada cual a lo suyo. Siga por aquí derecho y verá que no hay una, sino cuatro posadas —y dicho lo cual, y sin más miramientos, el hombre siguió su camino. Cuando se hubo apartado unos pasos volvió la cabeza, en tanto sonreía socarronamente, y gritó—: ¡Pásela bien, viejuco, y no tenga pena en preguntar, que el asunto no es querer sino poder, y al que Dios se lo dio, san Pedro se lo bendiga!

Meditando en tan singular personaje, y en el hecho de que en Castilla jamás había visto cuatro posadas juntas, cuando una sola lloraba por clientes, siguió haciendo camino con la más fermosa de las damas, a la cual vino a susurrarle palabras tan delicadas y tiernas como caballero andante fuera capaz de pronunciar, a lo que Dulcinea correspondía con frases recatadas y comedidas, cual cuadraban a su ilustre condición. Y en estos dimes y diretes, llegaron a la primera posada.

Y en viendo la posada, a don Quijote figurósele castillo, con todas sus torres y almenas, fosos y puente levadizo; por lo cual, lleno de ánimo, tocó a la puerta. El posadero abrió con mucho desgano y menos

prisa, y sin dar las buenas ni las malas, con cara de pocos amigos, esperó a que los que llegaban abriesen la boca.

—¿Es usted, buen señor, el alcaide de esta fortaleza?

El posadero encogió el ceño, y dijo:

—Alcalde, mi viejo, no hay aquí hace ya unos cuantos años. Y creo que se equivocó de dirección. ¿Qué quiere?

Don Quijote pensó que no era prudente forzar la situación, cual era su deseo, teniendo en cuenta que todo estaba endemoniadamente encantado; y, convencido de que aquel calvo barrigudo debía ser un paje, cuando no un caballero transformado en visión grotesca, determinó seguir de la mejor manera, por lo que dijo con estas palabras:

—La dama que aquí vedes, que, por si no lo supierais, es la tan hermosa como célebre Dulcinea del Toboso, y el caballero que le habla, estamos necesitados de albergue por esta noche, que con el alba ya se verá lo que se hace.

El posadero registró a don Quijote con su mirada de arriba a abajo y de los pies a la cabeza, y le contestó:

—Si usted mismo lo dice. Pero mire, allá afuera hay otros que ni son caballeros ni damas célebres y también quieren entrar; así que coja la cola y espere su turno —y diciendo lo cual el posadero cerró de un golpe la puerta y abrió un visillo.

—¡Vos sois un sandio y mal hostelero! —rugió don Quijote, y su mano buscó maquinalmente el pomo de su espada, que no existía. Y pensó que esto le ocurría por no ir armado de caballero, lo cual vino a considerar gran escarnio y demérito, y sintiose afligido y amohinado, y maldijo a Merlín por tamaño agravio a que lo había sometido. Estando en tal trance de confusa aflicción, acercósele un individuo de tez morena, algo más subidita de tono que la de los moros, y díjole:

—Si está muy apurado déjele caer un pescao¹ y verá cómo resuelve.

Don Quijote le preguntó quedamente al oído de Dulcinea:

—¿Un pescao dijo, altísima señora?

—Eso oí también, caballero; pero pienso que quiso decir pescado.

—Debe ser como dices.

Y volviéndose paró mientes en el desconocido y pensó: «Esclavo debía ser; mas no lo parece así, que con tal desenfado se dirige a un hijo

¹ *Pescao*. m. Número diez en la charada. En el argot popular, sinónimo de diez pesos.

hidalgo como yo lo soy; tampoco soberano de un reino de África habrá de ser, que no lo acompaña corte ni criados, aunque por el atuendo colorido y de exotismo tan desaguisado, bien pudiera resultar el mismo príncipe de un reino de encanto». Así pensó nuestro caballero, mas determinó proseguir su conversación fuera quien fuese el personaje, que bien sabía ya que los encantos trastruecan todas las cosas y mudan su ser natural, de manera que retomó el hilo de la idea y le habló así:

—Estimado desconocido, ¿de dónde diantre voy yo a sacar un pescado?; y luego, si fuera posible, que no lo es de seguro, ¿por dónde se lo voy a dejar caer?

El personajillo, abriendo los brazos como un alma máter africana y dejando ver en la sonrisa un relumbrante diente de oro, díjole:

—Puro, puro...² desmaye el trajín³ —y diciendo lo cual llevó aparte a don Quijote y le sopló en voz baja al oído—: Suéltele un pescao —y mirando de soslayo y con picardía a Dulcinea, concluyó—: La temba⁴ vale la pena.

Don Quijote cayó en la cuenta de que el personaje le hablaba de seguro en un dialecto de la legendaria Etiopía, y ante tal maravilla quedó tan lelo y confuso que no atinó a pronunciar palabra. Y cuando volvió a sus cabales, que muchas veces los tenía, el hombrecillo de piel oscura como de higo reseco había desaparecido. A la sazón el posadero abrió nuevamente el visillo y dijo desde detrás de la puerta:

—¿Pero todavía no han marcado en la cola?

Don Quijote determinó de hablarle comedidamente, por última vez, y así le dijo:

—Hágole saber, hostelero, o lo que fueres, que no tengo de dónde sacar un pescado: ni abadejo, ni trucha, ni truchuela.

El posadero resopló, hizo una pausa y dijo:

—Me lo hubiera dicho por lo claro, hombre —quedó pensativo, hizo un gesto como quien consiente, y continuó—: Okey, jubilado, por ser a ustedes con una monja⁵ matan el gallo.⁶

—¡Pardiez! —exclamó don Quijote rígido como una estaca de castaño—. ¿Qué dice este malandrín descomulgado? Ahora quiere que le

² *Puro*. m. Padre. Por extensión hombre maduro. Variante: *pureto*.

³ *Desmayar el trajín*. fig. Dejar de embromar.

⁴ *Temba*. f. Cuba. Mujer madura que aún conserva ciertos encantos o atractivo.

⁵ *Monja*. f. Número cinco en la charada. En el argot popular se utiliza generalmente como cinco pesos.

⁶ *Matar el gallo*. fig. Acabar, resolver, terminar una situación o asunto.

traiga nada menos que una monja, y encima que matemos no sé qué gallo. ¡Vive Dios! Ya sabía yo que de Merlín no podía esperarse nada medianamente bueno.

Y oyendo el posadero discurso semejante, temeroso ante la cólera de aquel a quien vino a considerar loco peligroso y digno de atar, atrancó la puerta con cerrojos y echó la mirada por el visillo entreabierto.

En tanto don Quijote repasaba en su memoria todos los libros de caballería leídos y aprendidos, y llegaba a la conclusión de que ni a los caballeros de la Mesa Redonda, ni a los Doce Pares de Francia, ni al valeroso Roldán, ni al temerario Amadís de Gaula, ni a caballero andante alguno sobre la tierra habíale sucedido aventura semejante, por lo que cayó en la cuenta de que estaba ante el episodio más extraordinario de cuantos hicieron famosa a la orden de la caballería, lo cual lo colmó de ánimo y valor, y dio por seguro que cuando se conociera en el mundo lo que habría de hacer, tal hazaña lo convertiría en el hidalgo más célebre de cuantos hubo y quedaran por llegar. Y sin esperar más, golpeó con la aldaba de sus puños la puerta del castillo, y vociferó con brío y continente:

—¡Non fuyades, truhán descomulgado! ¡Abrid presto que conmigo sois en batalla! —y como no recibiera respuesta, tomó a Dulcinea de la mano y díjole—: Dulcísima señora, aguarda protegida tras aquel tronco de árbol, que tu justo caballero arde en deseos, y así habrá de hacerlo, de lavar esta afrenta, desfacer este entuerto y escarmentar a estos grandísimos follones y bellacos que el mago Merlín ha puesto en mi camino para darme ocasión de probar la justeza de mi fuerza. Mi brazo ha de enseñarles a estos demonios cómo deben hacerse derechamente las cosas, que, si no, os juro que dejaré de llamarme don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura.

Y sin otro discurso, y como encontrase un trozo recio de madera, al parecer la pata de una de las camas de la posada, que nadie sabe cómo fue a parar allí, asiolo entrambas manos y blandiéndolo cual espada comenzó a dar de golpes sobre la puerta de rejas, en tanto repetía a voz en cuello: «¡Non fuyades, malandrín!». A tal alboroto llegaron de curiosidad tres parroquianos que esperaban su turno de folgar con sus damas, y cuando trataban de averiguar qué sucedía, el posadero gritó desde dentro: «¡Quítenle el palo a ese loco, por Dios, que acaba con la posada!». Los hombres, sin mucho ánimo, mas viendo que la pendencia del viejo podría estropearles el jolgorio, se miraron al fin y determinaron por señas, de manera que juntos y a un golpe cayeron

sobre don Quijote. Pero he aquí que nuestro caballero se defendía agitando su madero como aspas de molino, por lo que bien maduró a los mozos a garrotazo limpio, como si tratara a demonios, de manera que quedaron muy maltrechos; y con tales patazos de cama acertole a uno de ellos en medio de la frente, tan de plano que dio con él en tierra, el cual medio entelerido escabullose a gatas y a toda prisa, con la cara del que ha visto al mismo Satanás. Pero en llegando el negro y un posadero pudieron domeñar a don Quijote, lo que aprovechó uno de los mozos más mal tratados para saldar de algún modo los garrotazos recibidos, y le asestó dos patadas en las costillas al hidalgo que lo dejaron sin aliento en los pulmones. Así tuvieron a don Quijote sujeto que apenas podía moverse, y dizque tenía los ojos idos, y que nada decía, porque sentía vergüenza de muerte que llegase a la escena Dulcinea del Toboso y lo viera de tal suerte y en tal estado. Y en este punto vino a recordar a su fiel escudero Sancho con estos pensamientos: «¿Dónde habéis estado, cabeza de alcornoque? ¿Quién me aliviará de los molimientos y descalabros que en este mi oficio de caballero andante tengo sin remedio que sufrir? Pero has de tener por cierto, mi buen amigo, que aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese a embestir todo el Infierno».

Don mozas que figoneaban se acercaron al lugar de la reyerta y, en viendo a don Quijote de aquella manera, comentaron:

—¡Qué abuso con el pobre viejo!

—¿Sabes acaso lo que ha hecho?

—¿Te has fijado? Se parece a don Quijote.

Y cuentan que el caballero la escuchó, y devolviéndole los ojos, díjole:

—No solo lo parezco, señora mía, sino que lo soy; y aquí estoy para socorreros el día que por ventura os vierais desamparada, que si ahora lo es no tenéis más que declarar qué villano os hace mal y con mi brazo haré que pague el agravio.

Y dice la historia que sacudiéndose de sus opresores puso enhiesta su frente y dijo:

—¡Guarda y confía en este tu caballero, Dulcinea del Toboso, que no ha sido aún lavada la afrenta ni enderezado el entuerto! —Y sin parar mientes en encantamientos, Merlines y posaderos [...]

Desgraciadamente, amantísimo lector, la hoja manuscrita aparece rasgada justo en este punto y no he podido hallar la parte que le falta por más que la buscare. Pero bien puede cada cual imaginar lo que en

adelante sucedió en aquella posada la noche de marras. Perdona, pues, las faltas que hallares, el menguado estilo y la contrahecha factura, pero apercíbete, eso sí, de que don Quijote siempre cabalga de nuevo.

Casa de las Américas, n.º 192, La Habana,
julio-septiembre, 1993, pp. 94-100.



Raúl Hernández Novás*

Encuétranse con don Quijote y Sancho

Beauty is truth, truth is beauty.

Pasa un Loco por la árida llanura
en su rocín desvencijado, y luego
otro Loco le sigue, como un ciego
tras otro ciego, en la vereda oscura.

Mas si su andar entre las sombras dura
y él calienta la noche con su fuego,
bendigo el arma demencial y ruego
ojalá nos contagie su Locura.

Sé que en la escena suele el caballero
meter la espada en las realidades,
descabezando al títere, importuno.

Pero no temo al delirante acero.
Si de verdad es ficción, ficción verdades:
payasos y guerreros somos uno.

Sonetos a Gelsomina,
Ediciones Unión, La Habana, 1991, p. 35.



* Raúl Hernández Novás (1948-1993). Poeta y ensayista.

Rafael González*

Molinos de viento [fragmentos]

. E S C E N A 6 .

[...]

LA MADRE. Yo pensé que un día sería cosmonauta.

EL HIJO. Yo quiero ser filólogo.

EL PADRE. ¿Qué cosa es eso? ¿Para qué sirve eso?

EL HIJO. No sé muy bien. Lo único que sé es que no puedo evitarlo... Me monto con don Quijote y salgo echando por la Mancha a pelo tendío o navegando por los mares por donde viajó Ulises y le pincho el ojo al cíclope... (*Los padres se miran angustiados.*) Y me encanta el sonido de las palabras y se me enredan y desenredan en los ojos haciéndome cosquillas.

EL PADRE. A mí las palabras siempre me han gustado, pero las que dicen verdad... Las palabras también pueden decir mentiras, como las del abogado García, que sirvieron para quitarnos la tierra... Me imagino que si usted se monta con ese don Quijote en el mismo caballo será porque él dice también la verdad... No quiero que tenga toda clase de amigos. Usted solo puede ser amigo de los que dicen la verdad. ¿Entendido?

EL HIJO. Sí, viejo.

[...]

. E S C E N A 33 .

[...]

*Los padres de Andrés han entrado
y se encuentran frente a frente con él.*

* Rafael González (1950). Dramaturgo, investigador y asesor teatral.

PADRE. ¿A dónde ha ido a parar usted con su amigo don Quijote?

. E S C E N A 3 4 .

*Los padres se dan vuelta y alejándose lentamente,
caminan hacia el fondo.*

Luz especial para crear una atmósfera irreal.

Canción del Quijote.

*En un lugar de la Mancha
ha mucho tiempo vivía
con la adarga en ristre un hidalgo
para desfacer entuertos.
Requiebros, amores, tormentas,
pendencias, hechizos, batallas...
Llenó su cerebro un buen día
con libros de caballería.
Luchó con molinos de viento
creyendo que eran gigantes,
trocó ventas con castillos
haciendo sus historias ciertas.*

*(Entran Andrés –haciendo de don Quijote–, Tony
–de Sancho Panza– e Iván –de Rocinante–. Los alumnos conforman
molinos de viento con sus cuerpos.)*

ANDRÉS (QUIJOTE). La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, (*dirigiéndose a Tony*) donde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla...

TONY (SANCHO). ¿Qué gigantes?

ANDRÉS (QUIJOTE). Aquellos que allí ves, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas...

TONY (SANCHO). Aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento...

IVÁN (ROCINANTE). Y lo que en ellos parecen brazos son aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

*(Se mueven como si el viento de los molinos
les impidiera avanzar.)*

ANDRÉS (QUIJOTE). Ellos son gigantes y dices que son molinos. Lo que ocurre es que les temes. ¿Por qué no descubrir la verdad y enfrentarse a ella?

TONY (SANCHO). No avancemos, señor, que las aspas nos van a matar. Si como vos dices son gigantes, ¿por qué temerariamente lanzarse contra ellos? Es mejor seguir creyendo que son molinos y dejar las cosas como están.

ANDRÉS (QUIJOTE). Los gigantes tienen tanto poder que los llevas dentro y es necesario matarlos porque si no jamás podrás ser un caballero de honor y justiciero. ¿Cómo hacer el bien si te acomodas en tus miedos, viras el rostro y dejas caminar tranquila a la injusticia?

IVÁN (ROCINANTE). No siempre es bueno ser justo... La verdad puede traer inconvenientes...

ANDRÉS (QUIJOTE). Rocín flaco y agotado, a ti también te consumen los gigantes. Mis ideas sí son molinos que destruirán a sus gigantes.

Se lanza a galope. Entierra la adarga en el molino de viento.

Chisporrotean las luces. Un susurro in crescendo sale del molino humano.

Se extienden de él brazos que, alzando a Andrés, le dan vueltas.

TONY. Conmigo las pierdes todas si dices la verdad.

IVÁN. ¿Cómo tú crees que los demás van a reaccionar? Te vas a quedar sin amigos.

TONY. ¿Y qué vas a lograr con eso? A ti también te expulsarán.

ANDRÉS. *(Desde el molino.)* Pero se sabrá que la profesora no tiene culpas.

TONY. Y ella también después te acusará... Y todos lo harán por haber dicho la verdad.

ANDRÉS. No puedo creer que eso sea así... Además, somos los responsables de todo lo que ha ocurrido.

TONY. No voy a aceptar esa responsabilidad... La negaré... Te vas a quedar solo...

Aumentan el susurro y el chisporroteo a medida que avanza la escena. En estos momentos se disuelve el molino y dejan caer a Andrés. Salen los alumnos. Queda solo Andrés.

ANDRÉS. Ocurra lo que ocurra voy a decir la verdad.

[...]

Tablas,

Centro de Investigación y Desarrollo de las Artes Escénicas,
n.º 1, La Habana, 1985, pp. 6, 7 y 23.



Antonio Gutiérrez Rodríguez*

El Quijote y yo

*Por la libertad,
así como por la honra, se puede
y debe aventurar la vida.*

MIGUEL DE CERVANTES: *Don Quijote de la Mancha.*

I

El campo rompe sus trinos
en las espaldas del día,
un hombre hecho poesía
se lanza por los caminos.
No conoce los destinos
del horizonte que ensancha.
Con la esperanza más ancha
y la inocencia más pura,
sale en pos de la aventura
don Quijote de la Mancha.

II

Cercado por el ayuno,
herida la luz del sueño,
en la venta cambia al dueño
por un alcalde oportuno.
Yo no he visto ser alguno
que por cuerdo lo derrote.
Yo no he visto un sacerdote

* Antonio Gutiérrez Rodríguez (1950). Poeta, narrador y ensayista.

–por el hambre perseguido–
«de damas tan bien servido
como fuera don Quijote».

III

Anda, Quijote, tus huesos
no han de comer las hormigas,
con esas armas castigas
al matador de los besos.
No necesitas los rezos
para ganar los combates.
Está muy bien que desates
a ese muchacho desnudo.
Ven de nuevo con tu escudo,
al traidor quiero que mates.

IV

Qué fatal. Cayó la silla
de Rocinante, tan viejo.
Ese potro es un pellejo
navegando en la costilla.
En el suelo no se humilla.
Su voluntad no se agota.
Es triste la espalda rota
del hidalgo más valiente.
Así conoce del diente
en la primera derrota.

V

Suerte del aventurero,
tirado y solo en su suerte,
que a sacarlo de la muerte
se acercara el molinero.
Ha pasado el aguacero
sin que se apague la llama.
A los panales del ama
vuelve «la triste figura».
Se alzan nubes de ternura
alrededor de su cama.

VI

¿De quién será la locura,
del Quijote o los amigos?
Yo sé bien que los abrigos
no sirven para armadura.
¿Dónde fue a dar la cordura?
¿Por qué el sudor a la hoguera?
Van a quemar una higuera
que ha salvado muchas vidas.
¿No escuchan las despedidas
derritiéndose en la cera?

VII

Aquello que ves delante,
vanidoso y corpulento,
no es un molino de viento,
es un hidalgo gigante.
¡Tú lo ves tan petulante!
¡Deja que luce conmigo!
No te gustó ese enemigo,
no parecía un guerrero.
Por mi cruz de caballero,
que era un gigante te digo.

VIII

Hay dos diablos disfrazados
de frailes en el camino,
un andante vizcaíno
con sus tesoros robados:
princesas de ojos dorados
pidiendo un milagro a Dios.
Aquí llegamos los dos
caballeros de la lanza:
don Quijote y Sancho Panza
que lucharemos por vos.

IX

Qué bien lo hiciste, Quijano,
en los rigores del duelo,

el valor llevó hasta el suelo
a tu inventado villano.
Puedes besar en la mano
a la dama de sol rizo.
No le temiste al hechizo
de la espada en zafarrancho.
Y tu escudero el buen Sancho
ha conocido el bautizo.

X

Yo sé de un hombre sencillo,
secuestrado por el sueño,
inventando con su empeño
la princesa de un castillo.
Yo sé de un verde amarillo
regado por la pradera.
Sé también de alguien que espera
en la ciudad del Toboso:
Dulcinea: fuego hermoso
de una mágica quimera.

XI

Te pones de nuevo el traje
de cazar las aventuras.
Esta vez tus calenturas
necesitan del brebaje.
Ha sido muy triste el viaje
a la casona amarilla.
Allí la sorpresa brilla,
te deja como una roca,
con mucha sangre en la boca
y la muerte en tu costilla.

XII

Todo ese polvo que vuela
rompiéndose en muchas luces,
no es de ovejos, que deduces
perseguidos por la espuela.
Fíjate bien, con cautela,

son polvos de la venganza,
y yo voy, mi Sancho Panza,
a morir junto al más justo.
No temas, yo no me asusto
ante el fulgor de la lanza.

XIII

El miedo forma corderos
con los hombres más terribles,
mira, Sancho, hace invisibles,
a todos esos guerreros.
Basta ya, los bandoleros
que no ves ni puedes ver,
enseguida han de saber
del vigor de mi justicia.
Castigaré la codicia
aunque vista de mujer.

XIV

Sancho, qué mal he salido
con la ausencia de mi duende,
del costado se me prende
el dolor como un latido.
La visión casi he perdido,
qué será de Dulcinea.
Yo volveré a la pelea
mientras me quede un aliento.
El valor es en el viento
un caballo que patea.

XV

De luces un aguacero
entre las sombras reclama
la claridad de la llama
para el oscuro viajero.
Fantasmas que en el sendero
escoltan una carroza,
por la acción vil, deshonrosa,
de apropiarse de la muerte

conocerán la más fuerte
de las armas, victoriosa.

XVI

Sancho, aquello no es un pino
que se va hundiendo en la tarde,
es un intruso cobarde
que me reta en el camino.
Trae el yelmo de Mambrino
en su cabeza, maltrecho,
corro al combate, derecho.
A que retorno, mi hermano,
con la victoria en la mano
y con un sol en el pecho.

XVII

No me gusta que a los perros
los amarren: sus ladridos
de piedra y sal son quejidos
que se emboscan en los cerros.
Mucho menos esos hierros
en el cuello de los hombres.
Mi fiel Sancho, no te asombres
si vuelvo al ruido. No importa
la vida larga, ni corta,
ni el título, ni los nombres.

XVIII

¡A todos ahora mismo
la libertad! y que luego
se aniquilen en el fuego:
los fraudes del egoísmo,
los engaños, y el abismo
de la gente que no piensa
en el bien. Mi recompensa
que la lleven al Toboso.
Ese final doloroso
de traidores, avergüenza.

XIX

Sombras, presagios, y ruido
acorralados. Hay un parto
de sangre y rabia en el cuarto.
Al Quijote ha sorprendido
un gigante. Ya el sonido
del metal salta cerrero.
Todo gira y un guerrero
cae sobre la almohada,
el Quijote hunde su espada
en la cabeza de cuero.

XX

Yo que regalo mi mano,
la adarga, mis venas, todo.
Que confío. Y a mi modo
riego el amor más humano.
Manzana que solo gano
el mordisco. Siempre fiel,
pan al bueno, punta al cruel.
¿Por qué amarrado padezco?
La verdad, yo no merezco
que me muerda este cordel.

XXI

La vida no es una meta
a conquistar. Es un aula:
la fantasía en la jaula,
entre rejas el poeta.
Qué silencio. Qué carreta
más triste. Qué convulsiones
estremecen las razones
de ese preso tan callado.
Yo romperé ese enrejado
para coser sus botones.

XXII

El pueblo es un claroscuro
pintado sobre una puerta

cerrada. Busco despierta
a Dulcinea. No hay muro
que me la oculte. Seguro
en la alcoba, reza y muerde
su pañuelo. Con un verde
traje de luz la contemplo,
apenas entro en su templo:
en las sombras se me pierde.

XXIII

Voy conversando tranquilo
con mi Sancho. Ya de nuevo
me ataca, como un mancebo,
el demonio. Ni ante el filo
de la muerte, yo vacilo.
Ni la pezuña del diablo
me asusta. Mando al establo
a los reyes. Yo y mi lanza,
y mi Sancho, y mi esperanza,
dan buena fe de lo que hablo.

XXIV

Amanece. Los reflejos
resultan soles con alas.
Hay duelo. Las hierbas ralas
parecen jueces muy viejos.
El hombre de los espejos
quiere probar sus fortunas
contra el Quijote. Van unas
armas raras a la guerra.
Va descendiendo a la tierra
el hombre de muchas lunas.

XXV

Carreta. Fieras. Espuelas
a tu valor. Aventuras.
Y que suelten esas puras
hambres. Enciendes mil velas
con tu espada. Les congelas

esas aguas donde beben
su furia. Vamos, eleven
de inmediato los cerrojos...
Si te miran a los ojos
ni los leones se atreven.

XXVI

Las cuerdas para el descenso.
Hallazgos. Una alcancía
repleta de fantasía.
Las paredes son un lienzo
de luz, música, suspenso,
magos, duendes, adivinos.
En su centro crecen finos
versos de encendida tea.
Me devuelve a Dulcinea
la cueva de Montesinos.

XXVII

Príncipes que en sus carrozas
viajando con las condesas,
vienen a traer sorpresas
de aventuras milagrosas.
Diablos, hermanas piadosas,
duques, ángeles, lucero,
en la punta del acero
geniales encantadores,
vienen a rendir honores
al Quijote y su escudero.

XXVIII

Junto al Quijote y mi Sancho
cabalgo, renazco, vuelo.
Toco la frente del cielo.
En las Cabrillas engancho
libros de versos, un ancho
Picasso, también cuelgo uno
de Mariano. Oportuno:
un muñeco de papel.

Vamos montados en el
caballo de Malambruno.

XXIX

A veces pasa en la vida
que se nos pierde algún sueño,
y se siente uno pequeño
para seguir la partida.
Fue muy grande la embestida
del ejército enemigo.
Coño, Quijano, mi amigo,
empina el sueño, que flote.
Yo te digo, don Quijote,
que no eran toros te digo.

XXX

Yo te digo con mi fe
en el hombre, que en la vida
entregaremos la vida
con amor. Aunque yo sé
que muchas veces el pie
niega el calor de sus piernas.
Hay: guijarros, ramas tiernas,
jugos. Abre los cerrojos
del alma, enciende tus ojos,
«has de tus ojos linternas».

El Quijote y yo, Colección Cucalambé,
Publicigraf, Las Tunas, 1993.



Carlos F. Martí Brenes*

El Lezama del Quijote

Décima en octoendecasílabos para una herencia.

En la calle Trocadero
Fija su residencia don Quijote
Y allí decide a quién dejar su dote
De invencible caballero.
Al llegar a la Imago resonante,
Con Sancho y con Rocinante,
Encontrase de noche con la cama
Donde soñaba un gran poeta:
Y dijo ¡qué tan útil fue mi treta!
Quijote soy de Lezama.

¡Aquí se queda mi dote!



* Carlos F. Martí Brenes (1950). Poeta, ensayista. Entre sus obras se encuentran *Te llamaré Logor* (1995), *Aquí la sombra es la luz* (2000).

Carmen Hernández Peña*

**Donde don Alonso y Dulcinea
se querellan amorosamente**

I

Quiero sombrearte el perfil
con mi lengua, don Quijano.
Quiero que pongas tu mano
en mi pecho, dulce atril.
Quiero a la luz del candil
desbrozar tu piel hirsuta.
Quiero desandar la ruta
del corazón al molino.
Quiero beberme el camino.
Quiero paladear tu fruta.

II

No tan aprisa, mujer,
Dulcinea de mi ensueño.
Me agota tanto el empeño,
el miedo de padecer
por amor. Vengo de ayer
en mi viaje hasta mañana
desfaciendo lo que ufana
a los tontos sin linaje,
y construyo mi equipaje
con la miel que de ti emana.

* Carmen Hernández Peña (1953). Escritora y editora.

III

La guerra que has de librar
es contra ti, caballero.
Si quieres lo que yo quiero,
no hay pavor en tanto amar.
Enséñame a cabalgar,
«ponme a la grupa contigo».¹
No es el gigante enemigo
de tu yelmo y de tu estrella,
sino la injusta querella
con mi piel, tu único abrigo.

IV

Quisiera ser un pastor
«en la manchega llanura»²
pero ando con la armadura,
con la adarga y el honor,
cargo con todo el rubor
del trigo al amanecer.
Arrastro mi padecer,
mis zapatos y mis suelas,
y ya que tú me consuelas,
«aquí está el pecho, mujer».³

En *Norte. Revista Hispano-Americana*, cuarta época, n.ºs 447-448, México
D. F., sept.-dic., 2005, p. 41.



¹ León Felipe.

² León Felipe.

³ José Martí.

Cira Andrés*

Delirio del Quijote

No eran de viento los molinos, Sancho,
sino de tiempo.
Ha sido desigual la pelea, tan difícil.
Las aspas giraban hacia arriba, indiferentes,
y yo minúsculo abajo, en su sombra.
Eran de tiempo, Sancho, grandes
conos erguidos y en la cima un remolino indescifrable.
Hubiera podido ganar la batalla
pero equivoqué las armas
y ahora me hundo.
Déjame ver tu cara
que perderé también, y arriba
busca solo el sol,
porque no hay molinos de viento,
Sancho.

Usted es la culpable.

Poesía joven cubana, compilación de Víctor Rodríguez Núñez,
Editora Abril, La Habana, 1985, p. 109.



* Cira Andrés (1954). Poeta e investigadora.

Esther Suárez Durán*

Sancho Panza en la ínsula Barataria

Versión libérrima (hecha por encargo) para teatro de calle, basada en la obra Sancho Panza en la ínsula Barataria, de Alejandro Casona, y en los sueños del excelentísimo señor, ciudadano desta villa, don Miguel Santiesteban. ¡Que muchos años viva y haga teatro! (pero con otros dramaturgos, ¡por Dios!).

. PERSONAJES .

SANCHO PANZA	GANADERO
MAYORDOMO	SECRETARIA
SASTRE	CARNICERO
CLIENTE	MUCHACHA
NEGRITO	VIEJO ESPERPÉNTICO
GALLEGO	VIEJA ESPERPÉNTICA
BUSCONA	MÚSICOS
	VECINOS

Todos los personajes pueden ser muñecos o, si se prefiere, algunos pueden ser actores con máscaras.

Nota

Varios días antes a la fecha de la representación, deberán colocarse en determinados puntos de la ciudad unos carteles al uso de la época que recen del siguiente modo:

* Esther Suárez Durán (1955). Dramaturga, ensayista y crítica teatral.

A todos los ciudadanos de la villa:
se les hace saber que el próximo día __ de _____, en el _____
_____, de esta villa, su señoría ilustrísi-
ma, el señor don Sancho Panza, hará una vista para ejercer justicia.

De este medio se les convoca a todos los ciudadanos que tengan
pleitos pendientes a presentar los mismos ante su eminencia.

LA ADMÓN.

*Carnaval con los personajes típicos de la ciudad mezclados
con aquellos propios del Día de Reyes. Por una de las calles
de la ciudad avanza la tropa de actores en medio de un gran jolgorio.
A medida que avanzan, los vecinos, con su ayuda, irán engalanando
las fachadas con cadenas y banderitas de papel, banderolas
de tela, pendones y todos los otros accesorios posibles producto
de la imaginación y la participación popular.
En medio del carnaval aparece Sancho, montado en un burro
que podrá construirse de modo semejante a los caballitos
que usaban nuestros cabildos en las fiestas del Día de Reyes.*

SANCHO. (A uno de los vecinos.) Decidme, buen hombre, por fortuna,
¿será esta la ínsula Barataria?

VECINO. Bueno, esta es una villa que está en una isla, pero como que
barato... aquí... no hay nada.

SANCHO. (Canta.) Mi señor, don Quijote, me prometió / como fiel escu-
dero un buen lugar / en el Nuevo Mundo donde mandar. /

CORO. Su señor don Quijote bien loco está / porque, en este pedazo,
barato no hay na.

SANCHO. Pues, a fe mía, que este es el lugar / donde yo vengo a mandar
y mandar.

CORO. Si su excelencia se empeña en quedar, / ¡bienvenido sea al
carnaval!

VECINO. ¿Qué quiere ser? ¿Gobernador? / Pues, gobierne, señor, ¡al por
mayor!

CORO. La fiesta es espacio para disfrutar. / Disfrazados todos en el
carnaval, / sea lo que quiera, lo que desee ser, / gobierne,
señor, ¡y hágalo bien!

*(Mientras la música sigue, le colocan los atributos:
una olla por corona, una escoba al revés por vara de justicia,
y una banda atravesada al pecho.)*

VECINO. ¡Demos todos vivas a su excelencia el señor don Sancho!

TODOS. ¡Viva!

*(Se alza una tela que reza: «Hoy tomó posesión de esta
ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la vacile».*

Aparecen unos viejos esperpénticos bailando.)

VIEJA. ¡Pero, qué es esto! ¿Están todos turulatos? ¿Cómo vamos a entregarle las riendas de nuestras vidas a un loco semejante?

VIEJO. No crea usted que el poder se ejerce de otro modo en otras partes. ¡Que viva! ¡Viva el carnaval! *(Cesa la música.)*

SANCHO. ¿Puedo ya mandar?

VECINO. Ansiosos estamos.

(Todos ríen, se burlan.)

SANCHO. Pues a vos, Mayordomo, mando en primer lugar.

VECINO. ¿Mayordomo, yo? *(Los demás le hacen señas. Reacciona. Hace una reverencia.)* Pues, mande usted, señor.

SANCHO. Cuidad de este noble corcel, como si fuera mi propio hermano. *(Le entrega el burro.)*

MAYORDOMO. ¿Cuál corcel, señor?

SANCHO. *(Tapa las orejas del burro.)* Mi burro, que por no avergonzarlo con ese nombre vil, le llamo así. ¡Tratadlo, pues, con la reverencia debida a un burro del Poder! *(Transición.)* No será el primer asno que reciba honores por méritos que no son suyos.

MAYORDOMO. Señor...

SANCHO. *(Le advierte.)* Mayordomo... con quien tiene el mandar, callar y callar.

MAYORDOMO. *(Tomando al burro, lo pasa a otro Vecino.)* Atiéndase al corcel del señor gobernador.

VECINO. *(Le pasa el asno a otro.)* Atiéndase al señor gobernador del corcel.

VECINA. *(Le pasa el asno a alguien del público.)* Atiéndase al señor corcel del gobernador. *(Lo instruye para que siga el juego con otras personas, hasta que un actor recobra al asno.)*

SANCHO. *(Pasmado ante el traslado de órdenes, al público.)* ¡Prodigiosa organización! *(Al Mayordomo.)* Y ahora, que pase el primer pleitante.

MAYORDOMO. ¿Pleitante? *(Reacciona.)* ¡A la orden! *(Transición.)* ¡Que pase el primer problemático, que diga, litigante!

(Entran el Cliente y el Sastre. Se escucha la entrada de un punto guajiro.)

SASTRE. (*Canta.*) Soy yo un viejo sastre pobre / pero honrado y decente / aunque pueda haber quien piense / otra cosa diferente. / Llegó este hombre una mañana / y me encargó un trabajo / que hice de buena gana / con esmero y sin relajo. / Cuando estuvo la obra lista / y llegó la hora de cobrar, / vino este preciosista / y no me quiso pagar.

SANCHO. (*Al Cliente.*) ¿Cómo es eso, hermano?

Los vecinos lo animan a que cuente su versión.

CLIENTE. (*Canta.*) Sastres de toda la Tierra, / modistas y costureras, / conocida es la costumbre / de quedarse con las telas. / De aquel pedazo de paño / salía más que un sombrero, / pero este sastre rastro, / nada dijo del tamaño. / Quería quedarse con la tela, / portarse como un pillastre, / que eso hacen los sastres, / aunque les den candela.

SASTRE. (*Canta.*) ¿Y por eso me encargaste / cinco sombreros de tu paño?

CLIENTE. (*Canta.*) Y tú hacerlo me dejaste / sin hablar de su tamaño. /

SANCHO. A ver si aclaran, que no entiendo.

SASTRE. Llegó un día a mi tienda con un pedazo de paño, y me preguntó si era suficiente para hacer un sombrero.

CLIENTE. Y me dijo que sí.

SASTRE. Como suponía que sobraría tela y que yo me la cogería... me preguntó si salían dos...

CLIENTE. Y me dijo que sí.

SASTRE. Y así siguió preguntando hasta que del mismo trozo de paño... me encargó ¡cinco sombreros!

SANCHO. ¿Y?

SASTRE. Hechos están.

SANCHO. ¿Entonces?

SASTRE. Que no me quiere pagar.

SANCHO. ¿Por qué?

CLIENTE. (*Al Sastre.*) Muestra, muestra los sombreros.

SASTRE. ¡Aquí están! (*Muestra cinco pequeños sombreritos en cada uno de los dedos de la mano.*)

CLIENTE. (*Canta.*) Dígame usted en breve / a quién sirven los sombreros, / que no sea a los enanos / de la amiga Blancanieve.

SANCHO. ¡Basta ya! ¡Basta! (*Hace una seña a los músicos. Se inicia el punto guajiro. Canta.*) Acabe ya la discusión / que como juez de este caso, / voy a dar en breve plazo, / mi juiciosa conclusión. /

La justicia tiene cosas / mejores que atender, / no se puede
entretener / con jugarretas mañosas. / Quede el Sastre sin
su paga, / el Cliente sin su paño, / que en los dos ha habido
engaño, / trapacerías y celadas. / Y quédense los sombreros
/ para advertir a los presentes / que no se juega con la gente,
/ el honor y el trabajo, / ni se tiene el desparpajo / de morder
cuando no hay dientes. / ¡Largo! ¡Fuera! ¡Piérdanse de mi
vista!

(Salen el Sastre y el Cliente. Se escucha la música de un rap.)

VECINO. *(Canta.)* Este asunto es muy fácil / y resuelto está / pero
cuando llego al agro / y voy a pesar / gasto toda mi plata / y
no compro na.

*(Se alza una enorme pesa. Sobre ella descansa una pierna
de res minúscula.)*

VECINO. ¿Cuánto hay ahí?

CARNICERO. ¡Una vaca completa!

VECINO. *(Canta.)* ¡Una vaca entera! ¿Y dónde es que está? / Que yo no
la veo. / Yo no veo na. / Ay, pobre vaquita, / qué flaquita está, /
qué flaquita está, / qué flaquita está. / Dele agua con azúcar, /
pienso y miel con pan / a ver si esa vaquita / se infla a reventar. /
O deme a mí una lupa / a ver si veo más. / ¡Qué flaquita está! /
¡Qué flaquita está! *(A Sancho.)* ¿Tiene su señoría / algo que
concluir / o piensa que lo que pido / es mucho pedir?

CORO. *(Canta.)* Señor sereno, *(sotto voce)* que no se puede decir / que
no se puede decir / que no se puede decir. *(Bis.)*

SANCHO. *(Carraspea, tose.)* ¡Mayordomo, el próximo! ¡Que pase el
próximo!

MAYORDOMO. *(Que estaba en el coro, reacciona. Proyecta.)* ¡El próximo!
(Entran el Gallego y el Negrito.)

GALLEGO. ¡Se lo devolví, señor, se lo devolví!

NEGRITO. ¡Ojos que lo vieron ir... no lo vieron más!

GALLEGO. ¡Que sí!

NEGRITO. ¡Que no!

SANCHO. ¡Silencio todos! ¿Qué dilema los trae?

*(Se escucha obertura de la pieza «Mancontíviri y Galleguíviri»,
de La isla de las cotorras, de Jorge Anckerman.)*

NEGRITO. Ay, galleguíviri; ay, galleguíviri, / cuándo es que tú me vas a
devolver / los diez pesos que te di, / que no son para el maní, /
son para yo poder comer.

GALLEGO. Ay, mancontíviri; ay, mancontíviri, / yo, memoria tan mala, nunca vi. / Cómo tú vas a pensar / que me los quiero quedar, / si tú eres un hermano para mí.

NEGRITO. Ay, galleguíviri.

GALLEGO. Ay, mancontíviri.

NEGRITO. Yo creo que tú estás equivocao, / los diez pesitos se fueron / y ya nunca más volvieron / y tú tiene a este negrito embarcao.

GALLEGO. Ay, mancontíviri.

NEGRITO. Ay, galleguíviri.

GALLEGO. Ten por seguro que el dinero ya te di, / pero tú eres un desastre, / a lo mejor te lo tomaste / y ahora vienes a echarme la culpa a mí.

NEGRITO. ¡No me lo devolviste, Gallego!

GALLEGO. ¡Que sí, señor, que sí!

SANCHO. (*Proyecta.*) ¡Está bueno! (*Se rasca la cabeza.*) ¿Qué queréis que haga yo, entonces, hermanos? (*Al Negrito.*) Si él se empeña en que sí y vos en que no, nada podemos sacar en limpio.

NEGRITO. Solo le pido a vuestra *sesñoría* que le tome *juramento públlico* y solemne.

SANCHO. Sea como queráis. (*Al Gallego.*) ¿Estáis dispuesto a jurar, hermano?

GALLEGO. Dispuesto, señor.

SANCHO. Bien, veamos, entonces, por qué podéis hacer vuestro juramento.

GALLEGO. (*Solícito, se descalza una alpargata.*) Por una de mis alpargatas, señor, que es para los gallegos una de las cosas más sagradas. (*Al Negrito, dándole la alpargata.*) Téngame usted aquí, vecino. (*El Negrito voltea la cara y se echa fresco con una mano.*) Juro ante esta alpargata, y por la salvación de mi alma, que he devuelto el dinero, poniéndolo con mi propia mano en su propia mano, solemne y públicamente. ¡Que el diablo me agarre si miento!

SANCHO. Hecho está el juramento. ¿Puedo hacer algo más por vos? (*El Negrito se ha desmayado.*) ¡Ea, qué sucede! Pregunto si queda algo más por hacer...

NEGRITO. (*Volviendo en sí.*) *Nasda*, señor. *Comos* siempre, la *curpa* la carga el *totís*. Agarra tu alpargata, peninsular, y a otra cosa, mariposa.

GALLEGO. (*Toma su calzado. A Sancho.*) ¿Puedo retirarme, señor?

SANCHO. (*Que ha quedado meditando.*) Aguarda. De manera que habéis devuelto el dinero... con vuestra propia mano... (*Toca la mano del Gallego.*) en su propia mano... (*Toca la mano del Negrito.*) solemne y públicamente.

GALLEGO. Así fue.

SANCHO. Extraño juramento ese sobre una alpargata... A ver, dámela acá. ¡Pronto!

GALLEGO. ¿Por qué, señor?

NEGRITO. ¡Hey, maraña en el Medio Oriente!

SANCHO. (*Toma la alpargata.*) Porque algo me huele aquí a gato encerrado.

NEGRITO. ¡Qué mal huelen los gatos!

(*Sancho examina la alpargata, de ella sale volando un murciélago, se desliza una araña hasta que, por fin, caen unas monedas.*)

SANCHO. ¡Aquí está el gato!

NEGRITO. ¡Mi dinero!

SANCHO. (*Hace señas a los músicos. Se escucha la entrada de «Mancontíviri...». Canta.*) Ay, mancontíviri; ay, galleguíviri. / El dinero es algo de cuidar, / pues distancia a los amigos, / es envidia de vecinos. / Y a la tumba no te lo puedes llevar. / Ay, galleguíviri; ay, galleguíviri; / la mentira tiene siempre mal final. / Aunque te puedas reír. / Aunque puedas tú gozar. / A la larga tú la tienes / tú la tienes que pagar. / (*Al Negrito.*) Toma tu dinero, buen hombre. (*Transición.*) Y condénese a este otro, por falsedad pública, a comerse su alpargata.

GALLEGO. (*Mientras lo sacan de escena.*) Oiga, don Sancho, que los dos somos gallegos, hombre... Por la Madre Patria...

NEGRITO. (*Canta.*) Ay, galleguíviri; ay, galleguíviri / ahora sí vas a tener indigestión / y no te puede salvar / ni un lavado estomacal / ni la leche de magnesia o la madre de Tarzán. / (*Saliendo.*) ¡Adiós, peninsular!

(*De nuevo rompe el carnaval.*)

SANCHO. Venga, pues, vayámonos ya a bailar y a fiestar...

(*Entra la Buscona trayendo al Ganadero por el cabello.*)

Tiene un aditamento al nivel de los ojos que le permite echar hilillos de agua con los que salpica a Sancho y al público cuando llora.)

BUSCONA. (*Entrando. Canta en tono lírico con la música de la entrada de Cecilia en la zarzuela Cecilia Valdés.*) ¡Justicia! ¡Justicia,

señor! ¡Pido justicia al gobernador! (*Llora. Entra la habanera de la zarzuela.*) Soy una buena doncella, / bien donosa y bien plantá, / este señor me ha robado / lo que yo he guardado más. / Paseaba yo por el campo / en mi ingenua ingenuidad / y este que no es ningún santo / me hizo una barbaridad. / Paseaba yo por el campo / y este señor me ha robado / lo que yo he guardado más. / (*Llora.*)

(*Los vecinos animan al Ganadero a que cuente su versión.*)

GANADERO. (*Canta, en el mismo tiempo de habanera.*) Volvía yo del mercado / y en el camino encontré / a este diablo colorado / que me bailó un buen bembé. / Recompensé sus favores, / le di un traje y mi dinero, / cierto es que no le di flores, / mas la traté con esmero. / Este diablo colorado / me bailó un buen bembé. / Y ahora me trae ante usted. /

SANCHO. (*Al Ganadero.*) ¿No hubo fuerza, entonces? ¿No la has obligado?

GANADERO. (*Recitado, sobre música. Asombrado.*) ¿Obligarla, señor?

BUSCONA. (*Ídem.*) Ultrajada fui. (*Llora.*)

GANADERO. (*Ídem.*) ¿Cree usted eso, señor?

BUSCONA. (*Ídem.*) Humillada soy. (*Llora.*)

SANCHO. ¡Basta! ¡Que ante el mandar, callar y callar! ¿Tienes contigo dinero?

GANADERO. Quedan cien pesos. Es toda mi fortuna.

SANCHO. Dáselos y ya.

GANADERO. Señor...

SANCHO. Que se los des he dicho.

(*El Ganadero entrega una bolsa a la Buscona que esta mete bajo las faldas.*)

BUSCONA. (*Canta.*) Gracias, señor Sancho, ¡que viva usted! (*Le da un empujón burlón al Ganadero. Va saliendo.*)

SANCHO. Ahora, buen hombre, corra usted tras ella y quítele la bolsa.

GANADERO. ¿Cómo?

SANCHO. ¿Le sobra el dinero?

GANADERO. Claro que no, señor. (*Corre tras ella.*) ¡Eh, mujer, alto! ¡Alto ahí!

(*Corren por entre el público, se detienen, forcejean ambos aferrados a la bolsa, hasta que vence la Buscona quien derriba al Ganadero.*)

BUSCONA. (*A Sancho.*) Este desalmado ha querido quitarme la bolsa que vuestra justicia mandó darme.

SANCHO. Pero, ¿os la ha quitado?

BUSCONA. ¿Quitar? Primero me dejaría yo arrancar la vida...

SANCHO. Así se hace, valiente mujer. Venga acá esa bolsa.

BUSCONA. Pero, señor...

SANCHO. (*Recupera la bolsa.*) Si el mismo aliento y valor que habéis mostrado ahora para defender esa bolsa lo hubierais mostrado antes para defender vuestra honra, no hubiera fuerza en la tierra que pudiera contra vos. (*Alza la escoba amenazadoramente.*) Andad, enhoramala, embustera, y no paréis en toda esta villa so pena de doscientos azotes. ¡Largo! ¡Largo he dicho! (*La mujer se aleja mientras protesta, llora y gimotea entre el público buscando apoyo.*) Y vos, buen hombre, tomad vuestro dinero, y volveos derechito a casa. (*Transición.*) ¡Música, maestro! (*Entra la guaracha antigua de la zarzuela. Canta.*) Las mujeres son muy bellas / pero yo no nací ayer, no, no, no. / No te fíes de mujeres / porque puedes acabar muy remal.

CORO. (*Canta.*) Las mujeres son muy bellas / pero él no nació ayer, no, no, no. / No te fíes de mujeres / porque puedes acabar muy remal.

BUSCONA. (*Canta, en el tiempo de la entrada de Cecilia.*) ¡Yo soy doncella / y doncella he de morir!

VECINO VIEJO. (*Grita.*) ¡Tú lo que eres es una p...!

Todos le tapan la boca.

CORO. (*Canta.*) Señor sereno, / (*sotto voce*) que no se puede decir, / que no se puede decir. / (*Bis. Se escucha la música de una guaracha o de un son.*)

VECINO. (*Canta.*) El oficio primero en la historia / dura más que las cucarachas, / viene ciclón, llega y arrasa / y las... chicas están en la gloria. / No importa que cambien / los siglos, ni el clima, ni los gobiernos, / ellas siguen consiguiendo / el éxito más rotundo. / Cuando llegue el fin del mundo / y no brille ya ni una estrella / se alzarán de entre las ruinas / estas buenas... ¡doncellas! / Y este mismo de don Sancho / nuestro buen gobernador / va a acabar con una de ellas / en tremendo rumbón.

(Aparece una muchacha con vestido moderno, muy escotado, que se le insinúa a Sancho invitándolo a bailar.)

SANCHO. (*Despepitado.*) ¡A carnavalear! ¡A carnavalear!

MAYORDOMO. Tenga un momento, su señoría (*cesa la música*); que parece que aún quedan pleitos por litigar.

SANCHO. Pero ¿es que aquí no se acaba nunca? ¿Qué acontece ahora? (*A la muchacha.*) Nos vemos luego, preciosura. (*Le lanza un beso. La muchacha desaparece.*)

VECINO. Pues, verá, usted, su Eminencia, el asunto es que hay aquí personas que, aunque pareciera que trabajan, no trabajan; es decir, que están, pero no están.

SANCHO. ¿Trabajan, pero no trabajan? ¿Están, pero no están? ¿Cómo se entiende esa jerigonza, hermano?

VECINO. Pues a ver cómo le explico. Pongamos que sea usted el director de una empresa...

SANCHO. Yo, el director de una empresa...

VECINO. Sí, y tenga usted entonces una secretaria...

SANCHO. Yo, una secretaria...

VECINO. Ajá, pero que a la vez no la tenga.

SANCHO. ¡Qué enredo es este! ¿Cómo es eso de que la tengo y no la tengo?

HOMBRE. La tiene, pero nunca está disponible.

SANCHO. ¡¿No está disponible?! ¿Qué hace, entonces?

SECRETARIA. (*Se alza en medio de un grupo del público. Mueve con exageración las pestañas y las manos, mostrando unas uñas larguísimas y pintadas. Se contonea.*) Vendo cosas, señor. Hablo por teléfono con mis amistades, me hago la manicuri...

SANCHO. Se hace ¿qué...? (*La Secretaria desaparece.*) ¿Eh? ¿Dónde anda?

SECRETARIA. (*Reapareciendo en otra zona del público.*) ¿No le interesaría comprar unos tintes para el pelo? Tengo unos buenísimos.

SANCHO. ¡¿Un qué?! (*La Secretaria desaparece nuevamente.*) ¡Diablos! ¿Es que no puede estarse quieta? ¿Adónde se fue ahora?

SECRETARIA. (*Reaparece junto a él.*) También tengo unos chalequitos tejidos que se le verían monísimos...

SANCHO. ¡Pero...! ¡Qué...! ¡¿Me puede decir por qué razón hace usted eso?!

SECRETARIA. ¡Ay, señor Sancho, qué pregunta! (*Canta en tiempo de guaracha o de son.*) Maricusa vende unos zapatos, / Pancho cría un puerquito, / Serafín, el carnicero, los pollitos, / y luego te dice que no hay na. / Caruca vende un pim pam pum, / pone al viejo a dormir en el sofá, / y el de la tienda saca el juego de muebles por atrás. / ¿Por qué será? ¿Por qué será /

que yo no tengo remesa familiar? / Con Agustina encuentras la duralgina, / con Anacleto el alcohol y el diazepam, / y la farmacia se queda bien pelá. / Perico vende la gasolina; / el bodeguero, las dietas al montón, / aunque mi úlcera parezca un chicharrón. / ¿Por qué será... por qué será... / que mi salario no alcanza para na? / Jacinta alquila su cuartito, / Casimiro, la sala y el comedor; / y la barbacoa no aguanta el familión. / ¿Por qué será... por qué será / que no me toca una jabita equivocá? / ¿Por qué será... por qué será...?, / ay, señor Sancho, diga usted por qué será.

SANCHO. ¡Dios me acoja confesado! Eh... (*Carraspea turbado.*) ¿No habrá por ahí otro demandante?

VECINA. Pues, sí, su Excelencia. Tenemos otro problema.

SANCHO. ¿Otro?! Espero que este sea más sencillo.

VECINA. Pues, se dice simple. Gente que está, pero mejor sería que no estuviera.

SANCHO. (*Trata de entender.*) Que está... pero que mejor sería... Veamos de qué trata esta nueva adivinanza.

VECINA. Jefes que mandan y no están preparados para mandar. Mandantes que saben menos que los mandados.

(*Se escucha música de rumba.*)

VECINA. (*Canta.*) Mi jefe era panadero / de excelente reputación / y dirige como un horno / la Empresa de Construcción.

VECINO. (*Ídem.*) Mi jefe era abogado, / ganaba pleitos sin cesar, / pero ahora él nos dice / cómo se debe pescar.

VECINA. (*Ídem.*) Mi jefe era dentista, / sacaba dientes sin parar, / y de pronto es quien conduce / nuestro coro regional.

CORO. Los jefes son buena gente / pero no pueden hacer más / pues no son especialistas / ni pueden adivinar.

Hay pan duro, pocos peces, / y las casas ya se caen. / Quién arregla, quién arregla, / este gran berenjenal. (*Bis.*)

VECINA. (*Cuando termina la rumba.*) ¿Qué dice usted, señor Sancho?

SANCHO. Bueno, yo... En verdad... Ustedes me disculpan, acabo de recordar que dejé puesta la olla de presión allá, en algún lugar de la Mancha, así que... con el permiso de todos... ¡Mi burro! ¿Dónde está mi burro?! (*Transición.*) No vaya a ser que lo vendan...

MAYORDOMO. Pero, señor...

SANCHO. No hay pero que valga. Devuélvanme mi burro, del que no pienso volver a separarme más...

VECINO. (*Desde cierta distancia, proyecta, a la vez que pasa el burro a una Vecina.*) ¡Va el burro del señor gobernador!

VECINA. (*Proyecta, los entrega a otro.*) ¡El señor burro del gobernador!

VECINO. (*Proyecta, mientras lo intenta entregar al Mayordomo.*) ¡El gobernador del señor...!

SANCHO. (*Lo interrumpe.*) ¡Ea, venga ya mi pobre burro sin tanta burrocracia! (*Logra apoderarse del burro. Al público.*) Y a vosotros, ciudadanos de esta villa, adiós. Si no os hice mucho bien, tampoco quise haceros mal. Nadie murmure de mí, que fui gobernador y salgo con las manos limpias. Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo, ni gano. ¡Adiós, señores!

(Rompe de nuevo el carnaval.

Se distingue la melodía de un órgano oriental.)

SANCHO. ¿Qué es esa sabrosa música como de ángeles?

MAYORDOMO. Esa es, señor, una maravilla de estas tierras: nuestro órgano oriental, para que nos recuerde con agrado cuando cuente sus memorias.

SANCHO. Pues sí que suena a gloria. (*El burro de Sancho comienza a bailar.*) ¡También a ti te gusta, amiguete, que se puede ser burro y saber disfrutar de lo bueno! ¡Adiós, señores, y enhorabuena!

Sancho se aleja montado en su burro, que sigue bailando, rodeado por la comitiva de actores. Si la representación se hiciera de noche también podrían utilizarse fuegos de artificio.

FIN

*Tablas, Consejo Nacional de las Artes Escénicas, tercera época, vol. LXXV, n.º 2,
La Habana, abril-junio, 2004, pp. IV-XI.*



Roberto Méndez*

**Acto inconcluso
para el sueño de don Quijote**

—*¿Y duermen por ventura los encantados,
señor? —preguntó Sancho.*

MIGUEL DE CERVANTES: *Don Quijote.*

Caballero, esta es la noche diferente,
Amor trae a Dulcinea, fría, enjoyada, lentísima,
qué distante parecería su gesto, si no fuera algo azul, inconstante,
como ese molino que no cesa de girar en tu sueño.

Todo esperaste menos esas músicas,
ellas no aspiraban con sus flautas al cielo, eran fiestas,
deslizar de tules,

tan gran arabesco como el Degas que no conocerías;
de la mano te conducen: alternan la oscuridad y el festejar
con la pasión del vuelo. Ves, la Mancha es otra,
no hay aldeanos ni venta, sino muchachas que escapan a todo
tiempo.

Meditas, pero ellas giran, saltan, preparan ante el molino
los ornamentos que inútilmente querrías dibujar
y ríen de tu azoro, ellas nunca leerán el *Amadís*,
ni sabrán cuál es tu delirio porque son soñadas,
no las toques, sus zapatillas son hielo como el Manzanares,
escogieron la luna para anudar sus cabellos, ¿qué danzan?
solo puedes intuir en un jamás que son ajenas

* Roberto Méndez (1958). Poeta, ensayista, crítico de arte y narrador. Miembro de la Academia Cubana de la Lengua.

y cada chispazo que sorprendes en la sombra es una sensación,
un miedo,
avanzas con la armadura lista para ser herida
mientras Amor va riendo en el salto final que se lo lleva.
Hidalgo, mañana serán las cabalgatas, otra vez
te has tendido en ese sueño tan antiguo como los ríos,
para que hunda sus manos Urganda la Desconocida
y escriba con agua en tus sienes un nombre.
Esta noche soñaste con luces, con unas palmadas imposibles
que unos seres oscuros te dedicaban,
¿cerrarán esa cortina, el frágil muro que te separa de ellos?
Desde el mundo imprevisto del que todo esperas,
otra vez Dulcinea, sin mirarte, implacable avanza.

Música de cámara para los delfines,
Editorial Letras Cubanas, La Rueda Dentada, La Habana, 1994, pp. 67-68.



Discurso a los cabreros

Maltrecho andaba el caballero,
quebrantados huesos y espíritu
por el encuentro con el vizcaíno
y otras difíciles victorias,
pero cuando contempló a los pastores
espumar en el puchero los tasajos de cabra,
extender los rústicos manteles
y ofrecerle, con ceremonias de otro tiempo,
por singular trono una artesa,
algo conmovió sus más internas caballerías
y clavando sus ojos en el fuego
o tal vez en aquellos, bañados por la sombra
y más aún por el infantil asombro,
fue agradeciéndoles como en una oración
que alguien, oculto allá en el fondo,
sin una coma de más, mucho tiempo después repetiría:
Dichosa la edad y siglos dichosos...

Texto inédito, cedido por el autor para esta edición. Forma parte de su
volumen en preparación *Epístola para una sombra* .



Mayerín Bello*

La encrucijada

He reflexionado que es lícito ver en el Quijote final una especie de palimpsesto en el que deben traslucirse los rasgos –tenues pero no indescifrables– de la previa escritura de nuestro amigo. Desgraciadamente, solo un segundo Pierre Menard, invirtiendo el trabajo del anterior, podría exhumar y resucitar esas Troyas [...]

JORGE LUIS BORGES: «Pierre Menard, autor del Quijote».

...Yendo de esta suerte amo y criado descubrieron, perfiladas sobre el horizonte, unas gigantescas y animadas figuras, y así como Don Quijana las vio dijo a su escudero:

—La suerte nos favorece, amigo Sancho, antes de lo esperado. Goza del grandioso espectáculo que se ofrece ante tus ojos: contempla esos formidables molinos que mueven sus aspas desordenadamente de acuerdo a como el viento, según su antojo, las zarandee. A este descomunal ejército pienso presentar batalla: jamás hubo ni habrá fama mejor habida como la que hoy ganaremos nosotros en tan desigual y singular combate.

—En lo de singular lleva razón su merced, ya que ni por pienso me uniré yo a tamaño disparate. ¿De cuáles molinos estamos hablando? Lo que columbro son unos gigantes que parecen enfrascados en algún juego y alborotan y gesticulan como suelen hacerlo los porfiados y empedernidos jugadores. ¿Por qué habríamos de molestarlos, cuando, además, nos superan en número y tamaño y parecen ser de natural apacible?

—Bien se ve, pusilánime escudero, que no solo eres poco versado en asuntos de caballería, sino que tampoco tienes cabal noción de lo

* Mayerín Bello (1962). Ensayista y profesora universitaria.

que sería hoy hazaña verdadera. A ver, Sancho: ¿qué sentido tendría, a estas alturas, desafiar gigantes y hasta vencerlos? Eso es pan más que comido. En cambio, medirse a golpe de lanza y de valor con –y eso es lo que son– molinos de viento en singular lid –ya que no se puede contar con la pluralidad de tu asistencia– ¿no es acaso empresa única y jamás intentada?

Y sin escuchar más razones o advertencias dio espuelas a su rocín, mientras apostrofaba a los hiperbólicos tahúres: «¡Gente descomunal y soberbia! ¡Conmigo sois en batalla!».

Allá va el sin par Don Quijana, el intrépido y malhadado caballero. ¿Será esta, por fin, la hazaña que lo consagre y dote de ese sobrenombre del que va huérfano? Algo así como el Caballero de los Molinos: Don Quijana de... de...

A este punto, el narrador, el célebre historiador Menardo, hermano menor de Eginardo –afamado biógrafo de Carlomagno, por más señas–, dando muestras de bien sentida *pietas* por el continuo *pathos* de Don Quijana, lamenta en uno de esos *excursus* –a los que es tan dado– todas las carencias que vuelven drama, cuando no tragedia, la vida del esforzado caballero: una patria que prolongue su escueto nombre, la proeza que lo apode, la dama destinataria de triunfos. Dice, asimismo, Menardo que para que la verdad relumbre hay que mostrarla por todas sus partes. Con ese exordio va trasladando poco a poco su omnisciencia historiadora hacia el sitio de los jugadores, enfrascados en un extraño juego de mesa (un gran roble cortado por la mitad desempeñaba esa función), consistente en acoplar por sus extremos unas fichas rectangulares, divididas en su centro por una línea o zanja separadora, y horadadas con bajorrelieves circulares en número variable. Tal exótico pasatiempo, muy de moda entre caballeros andariegos y criaturas monumentales, que traído fuera a estas tierras de lejanos horizontes por mercaderes y cruzados, involucraba a cuatro de los aspaventosos gigantes, mientras un discreto corro de otros descomunales jugadores potenciales observaba y opinaba con suficiencia. La enigmática jerga que acompañaba al juego –tal vez incomprensible, por sus tecnicismos metafóricos, para los no iniciados– se combinaba, amén de con frecuentes libaciones, con bravatas, obscenidades y una gestualidad exagerada al arrojar las fichas al tablero, entremezcladas ahora con expresiones de fastidio, alusivas a una diminuta y hostigadora presencia recién llegada:

—¡Caja ‘e muerto!

—Coño, Morgante, estás hecho un botagorda.

—¿Qué carajo te pasa, Pantagruel? ¿No te das cuenta de que no llevan seis?

—¡Pero ya tampoco nosotros!

—Caballero, miren al viejo este! Vuelve a la carga una y otra vez, me tiene las piernas acribilladas...

—Ignora al viejo, Caligorante. Sacúdelo un poco, verás que se marcha.

—No puedo ignorarlo, Gargantúa: es un cabrón mosquito con esa lancita mierdera que tiene, pero que pincha como loco. A ti no llega porque estás de pie, pero a mí...

—Vamos, Caligorante, acaba de poner el blanquizal de Jaruco. Ya están perdidos. Y por favor, caballero, el dominó lo inventó un mudo.

—Pero es verdad que el tipejo jode, maestro Briareo, yo también me sentí el pinchazo.

—Eh, sí...

—Morgante, estamos enyerbaos. ¡Ay, coño, me dolió!

—¡Al carajo la pulga esta que no me deja concentrarme! ¡Tú verás como la aplasto!

El anciano Briareo, a quien los muchos años y experiencias habían vuelto sabio y compasivo, cortó el impulso homicida de su pareja en el juego, el terrible Caligorante.

—¿Sabe alguno de ustedes qué le pasa? —preguntó con el tono solemne, baritonal, que todos respetaban.

—Lo mismo de siempre, maestro —respondió Gargantúa—. Busca el nombre ilustre, la hazaña excepcional: es lo que está en el fondo, por eso nos reta. Delira y cada vez más a menudo, se dice por todas partes, pues sus excentricidades lo han vuelto famoso. Ayer mismo acosaba a las brujas tomándolas por sus calderos «preñados de maleficios», decía, y hoy —¿no oye lo que nos grita con su vocecita desgañitada?— nos cree a nosotros *molinos de viento*. En pocas palabras y como ahora se dice: está desarraigado y su ego es un lugar vacío. Vacuidad que se acrecienta por la ausencia de una dama... ¿Me entiende? El intranquilo sueño de su razón nos convierte en molinos, pero hurgando en su inconsciente nos rehallaremos gigantes, pues recientes teorías...

El resoplar de Briareo impuso silencio al lanzado Gargantúa. «¡Ah, estas frágiles criaturas humanas!», meditaba. ¡A cuántas no habría conocido él en su larga existencia! Briareo no podía evitar sentirse conmovido por la entereza y la perseverancia obstinada de

Don Quijana. «¿Habría que censurarlo por querer, a toda costa... realizarse... dar consistencia a su... *ego*?» Vaciló porque no le gustaban las jerigonzas modernas, pero reconoció en su fuero interno que el parecer de Gargantúa no era errado. «En fin: Merlín sabrá qué hacer», concluyó.

—Esto se acabó, caballero. Tranque y a virarse. Ganamos nosotros pero por un pelo. Bueno, nos vemos mañana aquí, a la misma hora. Ahora vayan a lo suyo, que yo tengo una gestión entre manos.

Cuenta Menardo que la escena del *combate* fue pronto despejada por la retirada de los gigantes, quienes, sin chistar, obedecieron la orden de Briareo. Pero, siendo su cometido contar la verdad, y dando muestra una vez más de sus ínfulas liberales, decide poner a hablar a sus dos héroes para así ofrecer un cuadro más veraz y objetivo de lo acaecido. Y obrando de esta suerte, cede alternativamente la palabra al amo y al criado.

—No podrás negar, Sancho, que nunca fue vista batalla como esta. Creo que, por fin, con justo título puedo llamarme el Caballero de los Molinos de Viento.

—Sosíéguese, mi señor Don Quijana. A ver, quítese todos esos arneses y beba un poco de agua fresca. Claro que nunca fue vista puesto que no hubo.

—¿Qué no hubo? ¿Batalla? ¿Es que no viste cómo mi empuje y el valor de mi brazo los han abatido?

—*Habeas corpus... ¿Ubi sunt?*

—¿Cómo, Sancho! ¿Latines tenemos?

—¿Y por qué no habría de pegármeme a mí también algún latinajo en época tan instruida como la que vivimos? Pero dejemos eso, que no es el punto. El quid está en que vuelve usted a desvariar. Lo que sucedió simplemente es que esos buenos gigantes, a los que usted pinchó a su antojo, levantaron sus cuarteles para instalarse en otro sitio libre de zancudos andantes. A ver, muéstreme aunque sea una piedrecita, un aspa, de esos molinos que dice vuestra merced haber derribado. Hierba hollada es lo único que veo, amén de un roble decapitado, y no, ciertamente, por usted. *Habeas molinos...*

—La única piedra que aquí veo, Sancho, eres tú. A veces pienso que mi cruel destino previó, juntamente con mis males, que fueras el gran guijarro que obstaculiza mi ruta: tú, el único que puede dar testimonio, te empeñas en minimizar, cuando no en desacreditar, mis hazañas. ¿Es que eres, acaso, agente de mis enemigos?

—Los cristianos viejos como yo, señor mío, no damos falso testimonio. Y no es porque quiera dárme las de más honesto que nadie, pues ninguno hay libre de pecado, mucho menos de deshonestidades en estos tiempos difíciles que todos vivimos, pero en asuntos de dar fe me estoy quieto: eso fue lo que yo vi y a eso me atengo. Mas razonemos, si ello fuera posible en el caso de usted: encuéntreme algunos rastros, aunque sean pequeños, de que hubo molinos y va y puedo ir creándole poco a poco una leyenda; pero así de la nada...

—Al final, algo de razón llevas, Sancho. En efecto: ha obrado con presteza alguno de los magos que me envidian, pues el que fuera campo de mi batalla es ahora llano des poblado. Fe y barajar, como dices tú... y otra vez será.

En camino se ponen de nuevo el fiel Sancho y el bueno de Don Quijana, el animoso caballero de férrea voluntad, el eterno derrotado pero siempre temerario, el émulo de Sísifo...

Llegados a esta altura de la historia de Menardo, sobreviene un vacío, un silencio de suspensivos puntos. Cuando se retoma el hilo, el tono sigue siendo historiográfico, pero algo ha pasado, algo se trama, que Menardo no revela, pues sin visibles novedades siguen el caballero y su escudero por su eterna vía, descansando apenas, a veces los dos a grupas del rocín, a veces ambos andariegos —posiblemente coman y duerman, y acudan a los imperativos de la humana naturaleza, pero de esto nada se cuenta—. El malestar que experimenta el narrador parece ser el de quien por deber o compromiso debe continuar adelante, pero ya sin el entusiasmo que antes lo poseyera. De ahí el peso que le da al diálogo —que a veces ni acota—, de ahí sus frecuentes ensimismamientos.

—¿Sabes, Sancho? En los últimos tiempos me he empeñado en tocar las apariencias con la mano y han sobrevenido algunos desengaños, pues todo lo sólido se desvanece en el aire. ¿No deberé aplicarme, tal vez, a la persecución de puras quimeras? Quizás, entonces, por obra de los arcanos silogismos que rigen la vida de los hombres, lo leve adquiera la consistencia que necesito. Un oponente semejante, que no mude en otra su apariencia, o se esfume como hálito malgastado, permitiría que mi desvencijado ser se aplicara con mayor promesa de éxito a la consumación de gloria tan ansiada, aunque el precio sea sucumbir por alcanzarla.

—Mi señor Don Quijana: si porque hace poco le solté unos latines vuestra merced piensa que me he vuelto más sesudo, se equivoca. Sigo

siendo el mismo alcornoque de siempre, que la mona, vestida de seda, mona se queda, y el callo tras el guante solo se esconde. De modo que no hable conmigo en términos tan sofisticados. Lo único que he comprendido de todo eso es que a usted no le vendría nada mal encontrar alguna quimera, y creo que la suerte nos va a acompañar porque, si se fija bien, aquello que está allí es uno de esos bichos, más bien una esfinge, que esas me las conozco mejor.

—¿Cómo se te ocurre, Sancho, confundir a esa criatura con una esfinge? ¡Si es un niño! ¡Y bien pequeño y frágil! Tiene rubios los cabellos, se abriga con una bufanda y juega con una especie de vara.

Se niega Menardo a dar muestras de la más mínima omnisciencia; el malestar del casi esfumado narrador hace que la historia se vuelva confusa: ¿quién yerra, quién acierta ahora?

—Ya estoy acostumbrado, mi señor Don Quijana, a no ganar ninguna querrela de este género, de modo que no disputaré con usted acerca de la apariencia de esa cosa. Y no creo que la distancia que vamos acortando nos haga cambiar el parecer.

Una vez que hubieron llegado Sancho y Don Quijana al sitio donde los aguardaba *la criatura*, la cortesía, divisa común de los que el azar o una arcana voluntad había reunido, facilitó los amables saludos.

—Lo esperaba, señor Don Quijana.

—¿Por qué?

—Digamos que como pronto se topará usted con una encrucijada, se me ha encomendado guiar por el buen camino a aquellos que por aquí transitan. Pero primero deberé hacerle unas profecías.

—Entonces, empecemos por ellas, jovencito.

Juzgando los acontecimientos por el lado quijotesco, se diría que el jovencito se acomodó su bufanda, tomó la extraña vara con la mano derecha, indicó a Don Quijana que se arrodillase, y desplegando un papel extraído de su bolsillo procedió a darle lectura con toda la gravedad de que era capaz, a la vez que su vara ejecutaba movimientos propios de una solemne investidura:

—Valiente y esforzado paladín: a su fin llega vuestro presente *pathos* pues pronto ganaréis renombre inmortal y fama, como nunca la tuvo caballero andante. Tan impar seréis que burdo remedo vuestro será quien con vos intente medirse. Perteneceis a una patria, pero todas os harán suyo. Amaréis a vuestra dama, y ella os corresponderá con tan sublime amor que este trascenderá toda experiencia... incluida la vuestra. Nunca seréis padre, pero se os tendrá como progenitor

de cualquier descendencia andariega y desfacedora de entuertos que se enfrente con gallardía a lo imposible. Deberéis, pues, renacer, para luego morir, y vivir eternamente.

Oídas tales solemnidades, persignose Sancho. Viendo el gesto la esfinge, se dirigió a él:

—¿Y tú, Sancho? ¿Qué hacemos contigo?

Estuvo buen rato meditabundo el compañero de Don Quijana. Finalmente se decidió a responder:

—Mire, mi señora Esfinge, y me perdonará si me equivoco en lo del sexo pues ya he visto que mi amo la llama jovencito y la tutea, pero para mí usted sigue siendo quien es, aunque hay que reconocer que tiene un no sé qué de hombruno amén de descomunal, dicho sea sin ofensa. Adonde quiero llegar es que desde hace buen tiempo acá estoy oyendo hablar, a propósito de mi amo, de *patos* y de otras aves extrañas, como esa *identidad* que, según tengo entendido, tiene que ver con ser uno el que es, bien a fondo, y no otro, y que los demás lo sepan reconocer; y también del arraigo que la acompaña, pues, si no, se está desarraigado, algo así como planta que ha sido arrancada. Y siendo, como soy, de cortos alcances le puedo decir que, en cuanto a lo segundo, el único arraigo que tengo es el infinito cariño que le profeso a mi amo, y sin él con toda seguridad sería llamado el impar Sancho, y no por mi calidad, sino porque me faltaría la otra mitad, que no tiene de idéntica con esta otra, más bien todo lo contrario, pero sin la cual no me hallo. De modo que estoy pronto a acomodarme a nuevos sitios y usanzas, y así me digo que adonde fueres, harás lo que vieres, y ve tras Vicente, que tras él va la gente. En cuanto a lo primero, me parece y creo firmemente que soy Sancho, no necesito otro nombre aunque algún apellido no lo despreciaría, no necesariamente de esos ilustres que comienzan con «De» sino alguno que me venga como pintado, que de él sabré yo sacar lustre, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras, como dice mi amo. Y en cuanto al pato mejor no me pregunte, mas puesto que viene a cuento, creo que ya he ayunado bastante y una avejilla asada no me estaría nada mal. Pero de esto podemos pasar, por el momento. Solo le pido una cosa, mi señora Esfinge: busque la manera de acomodarme a mí también –y estoy seguro de que usted puede y hará el esfuerzo– en la profecía que le hizo a mi amo porque barrunto que se me excluye, aquí murió Sancho, y de mí se dirá lo que ya de alguien se dijo: «*Poscia, più che 'l digiuno, potè 'l dolor*».

Como ahora no solo mudo y ensimismado está Menardo, sino totalmente ausente de la presente y verídica historia –se ha marchado con muy malos modos, haciendo caso omiso de que *noblesse oblige* y dejando, definitivamente, muy malparado ante la posteridad a su hermano mayor Eginardo, todo lo insigne biógrafo que se quiera pero muy desencaminado pedagogo y padre putativo, culpable, a fin de cuentas, de la personalidad inestable y pedante de su hermanito, quien, ante la disposición, proveniente de instancias superiores, de que sería sustituido por alguien más idóneo, dado el rumbo que iba a tomar la narración, se despidió diciendo, entre imprecaciones y groserías: «Volverán a oír de mí» –no se ha podido, pues, dar cuenta de lo pasmado que quedó Don Quijana cuando oyó hablar a Sancho en toscano. Pero como el sustituto de Menardo está por llegar de un momento a otro, omisiones de este género no se repetirán. Hasta entonces, se puede continuar escuchando el trascendental diálogo que está teniendo lugar, en el que, mientras se hace esta aclaración, a Sancho le ha sido vaticinado, con algo más de transparencia y pareja benevolencia, un destino similar al de su amo.

—¿Y qué nos aconseja mi señora ama Esfinge para que podamos avanzar sin tropiezos hacia tan prometedor futuro? –inquirió el recién estrenado escudero de amo tan ilustre.

—Présteme ahora mucha atención. Si continúan por esa misma senda se toparán, como les dije, con un cruce de caminos que mejor sería llamarlo infernal laberinto. En medio de esa intersección hay una especie de jardín hecho de senderos que se bifurcan, nacidos de una gigantesca encina colocada en su centro. Por si fuera poco, múltiples indicaciones divergentes están clavadas alrededor de su tronco. Deberán encontrar aquella que los encamine directamente hacia la Mancha. Tendrán que estar muy alertas para no confundirse de dirección, ni dejarse tentar por los seductores nombres de otras comarcas que, en realidad, no pasan de arteros espejismos. El más mínimo desvío cancelaría el futuro predicho. (Fue este el discurso al que Sancho prestó simultáneamente oídos. Mensaje muy similar escuchó simultáneamente su amo, pero en términos más propios de la voz infantil que los pronunciaba.)

Cuenta el comedido historiador árabe Cide Hamete Benengeli (a quien, ¡al fin!, damos la más cordial bienvenida) cómo fue la despedida del chico / esfinge (pues era algo así como las dos caras de un mismo maravedí). Luego de agradecerle la profecía y el consejo, saludó Sancho

a la imponente dama con las reverencias de rigor; Don Quijana, con gesto similar, le acarició la cabeza al muchacho. Al apartársele el cabello de su frente se dejó ver en ella el sutil dibujo de una flor.

—¿Y esto? —le preguntó, en un aparte, Don Quijana, mientras Sancho se ocupaba de abreviar la maltrecha cabalgadura.

—Es mi destino, cifrado de algún modo en esa imagen. Tengo otra muy semejante grabada en mi corazón. Bueno... ha sido un honor conocerle... Vamos, llévese mi vara: se trata, en realidad, de un deshollinador de volcanes enanos. Estoy seguro de que usted sabrá hacer buen uso de él. También le regalo un consejo: jármese contra la nostalgia!

Lo último fue dicho en un susurro. Y tras un sentido abrazo se esfumó.

Cuenta Cide Hamete Benengeli que a grupas del paciente rocín van Don Quijana y Sancho. Aguza el primero sus sentidos y entendimiento para no errar el camino indicado por el Guardián / la Guardiania de la Encrucijada; reza el segundo para que su amo no tome una vía por la otra y vayan a parar a quién sabe dónde. Mas esta vez les es favorable el hado y ya los tenemos entrando en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre —porque no es prudente revelar ciertos misterios— no quiere ahora acordarse el cabal historiador árabe.

* * *

En una de las cómodas terrazas del alcázar reposan dos fornidos ancianos, reclinados en sendos divanes. Sus artes han hecho equiparar sus medidas, y si algún ignorante de sus respectivas condiciones de sapientísimo mago y venerable gigante los viera, los tomaría por dos buenos amigos que, al final de la jornada, gozan del soberbio espectáculo de un ocaso colmo de espléndidos tintes y de misteriosas resonancias.

—Creo que podemos dar este asunto por concluido.

Merlín sonrió dubitativo.

—No estés muy seguro... con él nunca se sabe.

—¿Crees que intentará un retorno?

—No de la forma en que piensas, pues no solo se regresa recorriendo en sentido inverso un itinerario. A veces la distancia más corta entre el punto de llegada y el de partida puede ser la sinuosa y caprichosa línea de la añoranza, dibujada por la memoria. Porque, Briareo, nada sustenta más un hombre, ya adentrado en el camino de la vida, que su

pasado, aun cuando este no pase de ser un sueño inconsistente. Por eso se aplica a construirse día a día: de esta manera podrá siempre evocarlo cuando el presente no le baste. Y si el recuerdo no fuera suficiente, o no estuviera a la altura de sus anhelos, queda todavía el recurso de la invención. La imaginación puede partir de la nada, ciertamente. Pero ¿cuánto no ayuda la memoria, esa magnífica constructora, que del barro más frágil edifica quiméricos aunque resistentes castillos? ¿Y no crees que, pasados los años, y enseñoreándose de nosotros el deseo de recobrar un tiempo que, quizás, nunca fue del color con que ahora lo vemos, pero del que nuestro más íntimo ser se esfuerza en dar testimonio... así, nuestros sentidos saben recobrar... como bajo el imperio de un bizcocho que mojásemos en el té...

El suspiro de aprobación de Briareo se haría esperar: acunado por las primeras brisas de la noche había comenzado a roncar estentóreamente.

Caprichosas conjeturas (cum grano salis),
Editorial Letras Cubanas,
La Habana, 2013, pp. 7-21.



Jorge Ángel Pérez*

En La Habana no son tan elegantes

Lo que vio La Habana ese día, lo que en la Plaza de Armas sucedió, debe tenerse por notable. Que es muy común, dicen algunos, y también que así sucede a diario. Quizá tengan razón pero no vi yo antes tan señaladas figuras, tan raramente vestidas, tan liosas y exaltadas.

Y era tanta la persuasión con la que hablaba el uno con el otro, eran tan tremendos sus ímpetus, que nadie podría saber dónde se encontraba la razón y en qué lugar el delirio. Desmedidas eran también sus terquedades, cada uno seguro de poseer la verdad mejor. El gordo, inequívoco, defendiendo la certeza de que los que su amo veía furibundo en aquella plaza de La Habana como gigantes no eran más que hombres levantados sobre zancos.

Los destruiré a todos, desgraciados, malandrines, gritaba el flaco, para dirigirse luego al gordísimo que lo seguía: ¿Acaso no entiendes? ¿Te quedaste ciego? ¿No ves en sus figuras a los hijos de Gaya con Urano? Y reía con estridencia el gordo, que muy diferente lo veía todo y no dejaba de carcajearse bullicioso. Y como no cesaba la risotada tan vivaz, optó el enorme flacundengo por convencerlo a gritos y persuadir también a todo el que se acercaba curioso en el estrépito. Entonces dijo el flaco que, teniendo esos enormes por madre a la tierra y de ella nacidos, querían ahora seguir al padre que los engendró, que para llegar a ese padre cielo, en su crecimiento, eran capaces de hacer cualquier cosa, incluso pérdida, incluso diabólica, que demonios eran. Eso aseguraba el larguirucho hablando al gordo, a los curiosos.

* Jorge Ángel Pérez (1963). Narrador, editor y ensayista. Entre sus principales obras se encuentran: *Lapsus calami* (1995), *El paseante Cándido* (2001), *Fumando espero* (2004), *En La Habana no son tan elegantes* (2009).

—Afilada espada la del señor, qué hoja tan brillante, qué certeros tajos espero, qué potencia en el corte —era el rollizo quien hablaba, sonreído y con una mano puesta en la cintura, moviendo desordenada la otra, como su acompañante—. Debe usted cuidar el golpe, señor mío, no vaya a ser que termine hiriendo la esbeltez de su caballo.

—¿De qué hablas, infiel? ¿Acaso ves un caballo?

—Es su jamelgo, señor, el rocín, la cabalgadura que lo sostiene.

—No me sostienen, siervo impío, más que mis dos pies, estos que hace mucho me acompañan. ¿De qué rocín me hablas? ¿Qué cabalgadura ves?

—¿Pretende usted negar lo que no puede? ¿Quiere que nieguen mis ojos a quien lo resiste? Es usted cruel, mi señor, no dando a cada cual lo que merece; reconozca al menos su existencia. Mírelo ahí, siéntalo bajo sus posaderas. Es Rocinante, señor.

—No puedo ver lo que no es, y no me distraigas, que me veré obligado a asenderear a estos malvados, cuando puede mi lanza, mi espada, asestar el golpe a los gigantes, allí mismo, en esa plaza, sin mucho perseguir. No me importunes ni me distraigas, que de tanto hacerlo creeré que te les unes, que te prometen tamaño grande y fortuna, si eres capaz de entretenerme. No lo hagas, pues tendré que hacer lo que no quiero, que no es otra cosa que hincar tu volumen con mi espada.

—Pues vaya usted a linchar gigantes, cabalgue en el lomo de ese rocín tan quieto por el hambre, y déjeme aquí, tranquilo, bien sosegado, esperando su vuelta, sus heridas que aplacaré. Marche, vaya usted a la batalla, yo me quedo, pues más que acometida, es mojjiganga lo que espero.

Y diciendo esto hizo Sancho detener el asno. Y se quedó allí, mirando a su amo que buscaba una batalla.

Qué rabioso Quijote por lo indócil de su amigo, qué furia, qué impotente el hombre tan valiente, corriendo encima de sus pies, sin Rocinante, sin cabalgadura, para llegar hasta el lugar que ocupan esos enemigos corpulentos.

¿Y es verdad que no tiene sobre quién cabalgar el amo o es delirio de escudero? ¿Será creído que son molinos y no gigantes? ¿Qué será real, qué no será? ¿Acaso no estarán los dos equivocados? ¿Acaso no pueden suceder una y mil cosas increíbles en La Habana? ¿No serán gigantes de mentira? ¿No serán extravagancias de las Indias, de La Habana?

Y apeado, cabalgando, apeado, cabalgando, se acerca el Don a los gigantes, a los molinos, a las extravagancias de las Indias. Sujeta, como

nadie, empuñadura. ¡Qué destreza! ¿Inexperta? ¡Qué figura! ¿Lastimera? ¡Qué prestancia! ¿Adolorida?

—Que vaya el amo a la batalla —dice para sí mismo el escudero—, yo me quedo reposando. Tanto andar me incomoda, tanto viaje me consume. Ya volverá maltrecho el que ahora marcha a la batalla, ya volverá y pedirá ayuda entre mucha queja. Yo me quedo tendido, durmiendo, porque más que batalla, esa farsa es mojiganga.

Qué atrevido ese Don, con tanto sol, corriendo pleno en sudor. Adarga en mano va. Y hasta parece tenido por divertimento cuando lo miran levantar la espada para hacerla zanjar el aire. Repleta la pequeña plaza: abundantísima y festiva. ¡Es La Habana! Todos palmean, aclaman al recién llegado, lo invitan a cerveza y a que pague, mas no escucha vítores el extranjero ni se entera de la bienvenida al carnaval. Él busca la guerra sin sospechar que asiste a una mojiganga.

Infelizmente Quijote que ve gigantes, desdichado Sancho que no los ve. Razón tienen ambos y también locura. Aparentes son los gigantes y aparentes los molinos. No son hijos de Gaya con Urano, no son molinos, son hombrecitos levantados, volatineros. Allá están los que para el uno son gigantes, los que para el otro, molinos. Saltan, bailan, suenan altísimos tacones en la plaza.

Es un ave quien preside la gigantomaquia; levantando alas muestra sus colores y acaricia la cabeza a los grandísimos; primero a uno, luego al otro, y es tan sincrónico y encadenado el meneo en los brazos del avestruz que parecen aspas de molino. También acaricia el pajarra-co al grifo zancudo, hijo de loba y siboney, que lo llama Ave María, y en medio de la euforia encoge el cuerpo el ave, más tarde lo agiganta.

Sobre el Quijote viene un engendro tocando pandereta, le canta, lo invita al contubernio: «Hace calor en La Habana, mi hermano, cuéntame de Madrid». Mas no responde el ibérico. ¿Cómo responder si hay tanto ruido? ¿Cómo hacer discurso escuchando la rumba cadenciosa que saca Polifemo de sus claves? Y van cargando timbal Gargantúa y Pantagruel: en un instante golpea el padre, al siguiente, el hijo. Y entre todos los que levantan sus cuerpos sobre empinados zancos hay también sirenas y hay gigantes de inyectadas conjuntivas. Tan rojas las membranas, tan dilatadas las niñas de esos ojos, que el flaco las supone miradas fulminantes, y las evita, se escabulle detrás de la añeja adarga, y detrás de ella pronuncia:

—Viaje triste el escogido: gigantes me enfrentan, basiliscos intentan aniquilarme. ¿Qué hago yo en La Habana, qué hago? —Y él mismo

se responde—. Soy héroe, salvador soy, y no dejaré monstruo en pie. Solitario retaré a los gigantes.

Y lo que vio La Habana ese día, lo que en aquella Plaza de Armas sucedió, no debe tenerse por notable. Común es mirar a los funámbulos y escuchar trompetas sopladas por gigantes de mentira. Raro circo que tiene como carpa el cielo. Quizá por ello nadie tomó por increíble al caballero de lanza en ristre. Y nadie tiene en cuenta su carácter atontado, no hay un alma que detenga su pensar en tanto empeño por la pendencia.

Pobre infeliz, hincando con su lanza los globos de colores guiados por gigantes en quienes supone enemistades. Paf, paf, paf, suenan rítmicos, desinflados: paf, paf, paf, y hasta les habla sobre abismo y fuego eterno. Y alza la voz el flaco, manda hacer silencio a la trompeta, y lo sugiere a los tambores, a las panderetas, a las pelotas deshinchadas. Espera el brote de la sangre en pierna herida, espera queja de coloso. La burla es la respuesta, el sonido sequísimo del hierro en la pierna maderada. ¡Qué superlativa es la furia del manchego! Aborda valiente a los intrusos, a los gigantes aparentes, de mentira.

¿Y habrá comido ese hombre que casi no asesta golpe? ¿Por qué dice: te di, sucio malvado? ¿Por qué se entusiasma creyendo lo que no es? ¿Por qué no atiende al requiebro de aquella mestiza cabelluda y entrenzada? La que casi muestra el pecho en medio de la plaza, la que le dice, ven, que la morena quiere más, y hasta le ofrece «el pescado», pero solo si él lo pide. Ella quiere que le pida, que reclame. El don Quijote se enreda en batalla sin saber que es mojiganga. Sancho, en lontananza, mira hacia su amo y se duerme pensando en la quietud de los molinos. ¿Por qué cantan los gigantes? ¿Por qué entonan: *She wants a ticket to ride?*

Qué festivos los espíritus, qué vocingleros los cuerpos. «No llegarán al cielo, malditos corpulentos», grita el delgadísimo, y el resto aplaude.

—«Qué buena fiesta. ¡Un hidalgo caballero!» —hay quien dice.

Es que esta vez no hay solo danza y parloteo. Ahora hay también un hombre delgado, extrañamente compuesto, llamándose el Salvador, y con apariencia de mejor volatinero. Hay que verlo empuñar la espada, enredarse con ella, es toda una apariencia, hasta fingir que cae, que da la vuelta y se levanta. Por eso demanda la morena, por eso asegura que debe ser salvada.

—Tú me salvas, yo te salvo —dice la mujer: cobriza, vehemente y voluptuosa como nadie más puede ser—. Si me salvas, te salvo —insiste.

Y el Don arremete a los gigantes con la espada, con la lanza, y la adarga le sirve para escurrir el golpe que supone, el que nunca llega, y hasta la mirada del basilisco se estrella en la dureza del escudo.

La morena insiste en la danza y en que abandone tanto andarivel, la morena quiere que se suelte, que deje sus afectos por tanta chatarra inútil, que disfrute. ¡Qué maneras, qué movimientos! Y él entiende Dulcinea cuando ella asegura llamarse Victoria, cuando dice que es dulce, dulcísima, que si quiere puede mostrarle el ungido de su cuerpo, que lo dejará tocar. Asevera que nunca fluirán mejor sus dedos que cuando acaricie el cuerpo con miel untado. Y él no permite que blasfeme, que use el nombre que ama tanto.

— *She wants a ticket to ride* –vuelven a entonar los colosales.

—No eres Dulcinea, no invoques el nombre que venero. Nadie va a engañarme en esta ínsula aciaga y mentirosa.

—Que no es mi nombre Dulcinea. Soy toda Victoria. Victoria –se acaricia las trenzas –. Victoria, Victoria, Victoria, es el nombre que usa la mujer para definir sus labios, sus pechos, sus entrepiernas. Victoria –dice, y se da vuelta posando ambas palmas en las nalgas que mueve, que convierte en remolino.

— *She wants a ticket to ride* –repiten los gigantes.

—No blasfemes, maldita, no digas Dulcinea cuando debes pronunciar Aldonza.

—Perdido está de la cabeza este gallego, y además sordo, lo que es mejor, pues si escucha Dulcinea cuando digo Victoria, cuando diga flaco entenderá guapo, gallardísimo. Si espantoso digo, este sordo sentirá elogio, y por lo que vale una moneda pagará diez. Por eso insiste la morena: Tú me salvas, yo te salvo.

Y da la espalda el largo a esa piel acabada de atezar, tan suavizada. Más que admirar belleza, se dispone a enfrentar gigantes. En la punta de esa lanza tienen los indignos su destino, y es la adarga del justísimo el amparo de los buenos.

No abandonará sus armas. ¿Quién ha visto a un titán desamparado? Entonces reclama a la intrusa la callada, y que no moleste. ¡Qué triste la impertinencia! Lo acongoja tanto asedio, que no entienda esa mestiza que no habrá otra que la suya, su Dulcinea es para siempre. Y mira los ojos de aquella que atosiga. Le parece clara su mirada, le parece tierna. ¿Y si fuera Dulcinea? ¿Acaso lo siguió hasta La Habana? Se pregunta, y ve grandeza en sus ojos, transparencia. Mas no son los ademanes de su amada, no es su mujer tan insistente. «Tú me salvas, yo te salvo», dice

ella. Y él, para que abandone la impertinencia, asegura que luchará contra gigantes; si son ellos quienes molestan, quienes le quitan vida, se puede considerar salvada.

—Tú me salvas, yo te salvo... —qué meneo. Hay un adagio de tambores, de sonidos graves y bien rítmicos, hay un adagio, y ella se vuelve una serpiente cadenciosa en medio del lentísimo sonido de esas cajas. Y si crece el retumbar, ella prospera en contorsiones. Qué batalla su cintura, qué ejércitos sus muslos, qué territorio pródigo su género.

— *She wants a ticket to ride* —armonizan, taconeán.

—¿Por qué dice Dulcinea esta mujer si debe pronunciar Aldonza? ¿Y si estuviera hablando verdad? Pero esa mora no es Dulcinea, en todo caso, Victoria. Y no he de atender con tal nombre sus requiebros, ni aunque fuera compatriota de Séneca, ni aunque tuviera por padre a Cervantes.

— *She wants a ticket to ride*.

Por ello no acepta el Don enfrentar batalla con una mujer que dice nombrarse Dulcinea cuando debe llamarse Aldonza. No acepta porque sus enemigos son gigantes, no mujeres cadenciosas, impertinentes, y va contra los monstruos cantarines. Los volatineros saltan, bailan, juegan con el torpe flacundengo que ya es parte en la comparsa. Hay quien le muestra su lengua roja, luenguísima, y luego la estrepitosa trompetilla. Hay quien le alcanza una cesta y le pide una moneda, una simple moneda, y ese alguien balancea la cabeza, hacia un lado, hacia otro, y pide, por favor, un por favor suplicante, conminatorio, por favor, una moneda, y vuelve a mostrar la canasta, que crece hacia abajo esperando calderilla, solo que él no dará nada, porque, qué se habrán creído esos gigantes pedigüeños. Si le diera algo sería un golpe, un corte definitivo en sus larguísimas piernas maderadas, un golpe superlativo, certerísimo.

—Socorra con una moneda, déjela caer, póngala en mi cesta —y el titán levanta la espada, amaga, golpea al dueño de la cesta, al de la cabeza coronada: dos tarros azules, luciferinos, que se abren a ambos lados de su testa y crecen hacia el cielo, terminando en puntas afiladas. El cabrío no atiende demasiado al golpe, y el titán flaco insiste, golpea de nuevo, y el de los tarros da la espalda, levanta lo que le cuelga: un rabo terminado en flecha, y de aquello que destapa sale el bramido, tan grave como el retumbar de los tambores, peor que la trompeta bulliciosa: hediondísimo zafarrancho de combate que de caverna oscura es salido.

Es el bramido que lo llama a la batalla. Es la trompeta que pestilente ha sonado. Y se renueva la batalla entre tanto sol ardiente. Si al menos abandonara esa adarga, tanta chatarra inútil, otra sería la cosa. Levanta la espada y también la mirada, hacia los gigantes, hacia los molinos. Debía cortarlos de raíz, debía hacerlos habitar el centro de su madre. El abismo es su lugar. Y lo peor, lo que más angustia al héroe es el carnaval, el falso regocijo, la mojiganga. ¿Qué celebran?, se pregunta. ¿A qué festejo pueden convocar estos malvados? ¿Quién los llama? ¿Quién los sigue? ¿Quién los aplaude?

—¿Dónde estará mi buen Sancho? ¿En qué lugar está escondido? —se pregunta el que levanta la espada, el que furioso empuña y al enemigo enfrenta.

Ahora le viene encima un gigantón, además un seguidor se le abalanza. ¿Acaso viene en ayuda del enorme? Es raro ese discípulo, y tiene un paso rápido, un amplísimo movimiento de brazos, algo viene sujetando, y lo muestra, sus palabras vienen en tropel, donde debe poner *r* pone *l*, y fobia tiene a la *s* consonante cuando cumple de final. No quiere el de la península escuchar palabra que no sea pronunciada en castellano perfectísimo, pero el hombre se le encima, habla, muestra lo que cuidadoso cubre con la palma de su mano.

—«Se lo vendo, e' el mejor.» Son unas hojas envueltas, más bronceadas que la mulata serpenteante. «Se lo vendo, men», y el de la adarga lo apunta con la lanza, le advierte que se detenga, si da un paso más la encaja, pero el otro es enérgico. «Se lo vendo», y hasta explica, paciente, con insistencia, que son solanáceas y que contienen nicotina, la mejor del mundo. Y queriendo convencerlo le dice que su desconocimiento es casi una vergüenza, que hace mucho que salieron de América para llegar a la Europa, que Colón miró muy bien cómo fumaban los indígenas: torciditas las hojas, aspirando fuerte, devolviendo el humo, que la semilla llegó a España en mil quinientos diez, luego a Francia y a Inglaterra, a Rusia, al Oriente lejanísimo. Si se decide le procura el que prefiera: «Quintero, Cohiba, Montecrito. ¿Le guta el Paltagá?». Pero el señor no escucha, no quiere hacerlo. «Du yu no espik espanich? Güer ar yu fron, men?» Y el vendedor le muestra más, enseña cómo hacer, cómo prenderle fuego en un extremo, y el otro cree que es petardo, que es fuego de artificio. Por eso hinca con su lanza, promete cavar su vientre.

—Jey, men, yu ar creizy.

—Estercolero del idioma —dice el Don cuando se marcha el otro farfullando, anunciando que no responde porque no va a caer en cana por un gallego e' mierda.

—Que no soy gallego, malandrín. Mi espíritu bravío nada tiene que ver con el Cantábrico. Soy de la Mancha.

¡Silencioso don Quijote! ¿Asustado? Molesto con aquella palabrera en hordas. Confundido.

—¿Acaso no terminó el escrutinio? ¿Estoy en la librería, en medio de la lectura de un mal libro? ¿Es verdad? ¿Es impostura? Son peores que gigantes, son peores. Estercolero del idioma...

—Una moneda, señor —dice el niño a su salvador—, una moneda, un chupachupa, un lapicero, un jaboncito, un pintalabios, un..., un etcétera, señor.

Y una rolliza adornada con un ensarte de piedras coloridas, con atuendo blanquísimo, le adorna la bacía con flores de marpacífico.

—No se atreva, impertinente —grita entonces don Quijote.

—Ah, mal agradecido, más hermosa es la que luce Mambrino, mi marido.

Y es cierto; allí, en medio de la plaza, está Mambrino, el marido de la negra adornadísima: cota de malla le cubre el cuerpo y, en la cabeza, venturoso y repujado yelmo. Y levanta la visera de su casco cada vez que anuncia cuanto vende, para que lo escuchen, para que lo atiendan:

—Cacahuets, cacahuets —y muestra el cono blanco, el cucurucho. Solo un fula y se los come—. Si quiere le vendo el yelmo, señor, le cuesta un poco más, solo un poquito. —Ensordecedor retumbo el de la visera cuando cierra, para levantarse luego—: Cacahuets, cacahuets, solo un fula y se lo come. Si quiere le vendo el yelmo...

Pero el hidalgo caballero no ve yelmo sino jofaina de barbero, y hasta se ríe del hombre, de su yelmo reluciente.

—Son peores que gigantes, cómo insisten, y lo peor, confunden yelmo con jofaina. ¿Será verdad? ¿Es impostura? ¿Quién salvó este libro de las llamas?

Pobre infeliz, que se escurre de la mujer del que se protege con toca y yelmo y va a caer en manos de una madre. Otra que le impide enfrentar a los gigantes.

—Señor, mi nombre es Gloria, yo no quiero una moneda. Escúcheme, tengo una niña enferma, mírela bien, que duerme en un lugar oscuro. Ayúdela a ella, no a mí. Por favor, señor, un poco de leche

bastará para calmarla. Mire allí –dice señalando expenduría–. Con unas monedas bastará para calmarla.

—¿En qué lugar está Sancho? ¿Dónde se esconde mientras me deja en medio de esta turba?

—Una bolsa, señor, solo una bolsa –repite la mujer con la niña en brazos, y desesperada apremia, postrada llora, se arrebatá–. Mi nombre es Gloria...

—*No, woman no cry.*

Enorme escaramuza intenta el Don y siempre se le niega. Es que no quieren pelea los gigantes, solo quieren regocijo. Si al menos apareciera Sancho, si juntos pudieran arremeter contra los funámbulos. ¿Para qué me acompañó a La Habana?, se pregunta el Don pensando en su escudero. Le responde la trompeta, le responden los tambores, las claves, los timbales, los giros en el aire de todos los hiperbólicos. Le cantan, insistiendo en contubernio: «Hace calor en La Habana, mi hermano, cuéntame de Madrid». Mas el flaco no responde con palabras: con la lanza entona, solfea con la adarga. Y los otros se escudan en sus saltos, en sus volteretas. Es tanto el ímpetu que lo arrastra, que la afilada se clava en una de las piernas larguísimas del hombrote. Seco crujido en el pie-viga que sostiene al titánico, pero no lo nota, y ni siquiera sabe que en su andar arrastra al héroe, aferrado a la lanza, al zanco. Y los demás saltan, ríen, cantan, bailan alrededor de don Quijote, le hacen carantoñas y le gritan bravo, y salvador, y valiente yuma, y gallego, y divino, y hermosísimo, y con el dedo índice acarician el anular, y estiran sus boquitas, sus bocotas, dejan escapar mil besos y anuncian las caricias, los mimos, las penurias. Ritmo de palmas sacudidas unas contra otras, ritmo creciente de puntales contra el suelo, de madera a madera, y alguna cruje y otra canta, y crece el fervor de los que arrastran al Quijote, levantados sobre sus enormes pies-maderos. Allá va reptando. Allá va de cocodrilo, pegado a la muleta de Ramón.

Ni tiempo de dar gracias al negro que lo pone en pie. Gentilezas va a hacer, va a dar obsequio, mas el otro se lo impide con palabra.

—A tres pesos el cubo y la tinaja a seis. Se los digo porque apesta, por si quiere lavadita. A tres pesos el cubo, la tinaja a seis –dice aquel, lleno de baldes repletitos, y hasta se presenta–: A mí me nombran el Crema, y él es Rafael, aunque le dicen Bemba, bembísimo bembón –y pide a su amigo que haga cimbrar los abultados–. No son labios, son sombrillas.

—Le llevo agua adonde quiera: a tres pesos el cubo, la tinaja a seis. A tres pesos el cubo, la tinaja a seis —y hace sonar el desemboque. Pobre hombre obsesionado con el agua, con que ya no exista, con que no aparezca. Subido al muro se hace caer al mar de la bahía, y más atrás también va el Bemba, bembísimo, bembón, y no hay manera de flotar. Los dos se van al fondo, obsesionados con el agua, para que no le falte a Esteban, el mismo que escribe en las paredes de su casa.

Entonces quiere el Quijote lanzarse también al agua pestilenta, salvar a los aguadores, que el primero, el que se hace llamar Crema, sea su escudero. Alguien se lo impide y le asegura:

—Ya volverán, siempre regresan para vender el mar.

—¿Dónde está Sancho? ¿Dónde se guara mi escudero?

—Ella es Teresa y yo Sab —dice el mulato fornido. Ampuloso habla, invita—. Salga de aquí, yo lo acompaño a lugar tranquilo, solitario. Yo le muestro La Habana, me muestro. Yo lo arrobo, usted me arropa.

—¿Es que estoy en un mal libro? ¡El escrutinio! ¡El fuego!

—No haga caso de Teresa. Yo soy Sab, o si prefiere, Jorge Ángel, y si usted quiere la abandono y lo acompaño. Yo lo arrobo, usted me arropa.

—Le ofrezco el mejor lugar —dice el viejo centenario despojado del disfraz de avestruz—. Le ofrezco palacio. También vine de España y me quedé. Mi vida merece un libro, como seguro usted lo merece. De España vine, nombrado Vicente Cuevas. Primero fui empleado, ahora, conde Coveo soy. ¿Le cuento?

—¡El escrutinio! ¡Una pira colosal! No creo en ningún discurso. ¿En qué lugar está Sancho?

—Allá. ¿No lo ves allá? —indica y pregunta el conde Coveo, que también se nombra Ovidio.

—¿En qué lugar está Sancho, mi escudero?

—Está allá. Tiene buena compañía. ¡Qué vital esa mujer! Es muy hermosa, la mejor. *She wants a ticket to ride.*

—¿Qué dice este? ¿En qué lugar está Sancho?

—Está allá, con Cecilia, que es Victoria.

—¿Por qué pronuncias Dulcinea? ¿Por qué?

—¿Se han quebrantado tus tímpanos? ¿Qué dices?

—Dulcinea digo.

—Y yo Victoria, que es Cecilia.

—Eso escucho: Dul-ci-ne-a. ¿Qué más la distingue?

—Apellido Valdés.

—Es la misma, es así: del To-bo-so.

—Es sordo, es lerdo de entendimiento. Sígueme, que te guío.

—No hagas blasfemia. Quiero ver a Sancho.

Y allá van todos: Quijote, saltimbanquis, cada uno de los que en la plaza disfrutaba la mojiganga, guiados por Coveo el conde.

Y cerca del Castillo de la Real Fuerza, tras la estatua de Neptuno, encuentra el amo a su escudero. Púrpura está su córnea, dilatadas las pupilas, al descubierto su gordura.

—¿Qué tienen tus ojos, escudero? ¿Están enfermos?

—Cannabis sativa, señor, cannabis sativa.

—¿Y qué es eso que merece del latín?

—Cáñamo, marihuana: yerba fabulosa, regocijo, euforia, verdor, juventud, prodigio, maravilla, sueño, realidad, delirio, sensatez, la mejor de las quimeras, la más completa utopía, la más y más colmada razón, vida, muerte, resurrección: tetrahidrocannabinol.

—¿Qué han hecho de ti, mi buen Sancho?

Ahora no responde a su amo el buen sirviente. Y por qué debe responder al amo si prefiere hacerlo a los requiebros de Cecilia, que es Victoria, y que aparece desnudísima. Y resbala Sancho sobre el cuerpo ungido, el mismo al que antes invitaran al Quijote.

Los circulan los zancudos, los aplauden, entonan, cantan: *She wants a ticket to ride*.

Repta Sancho por el cuerpo que le ofrecen, adora sus volúmenes, atrapa con la lengua sus esencias, y gime, y chillá.

—¿Qué maneras tan raras tiene ahora mi escudero! ¿Qué le han hecho? Soy yo, querido amigo, reconóceme, abandona tanto estercolero.

—No, si le ofrezco el pescao. No, si da carne a mi hendija —es Cecilia, es Victoria, tan segura. Y serpentea, besa, hurga el morral del amado.

—Toma lo mío, una moneda, dos, tres, tómalas todas —dice Sancho.

—¿Qué han hecho al bueno de Sancho? ¿Qué le hacen todavía? ¿Tú? ¡Tan avaro siempre!

—¡Que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida! —dice Victoria y también lo invita.

— *She wants a ticket to ride*.

—¿A callar, malditos saltimbanquis! —enfurecida está Victoria y también Cecilia.

Y Sancho va en su ayuda, impreca a los gigantes.

—A ellos no, a este —reclama a Sancho, a Cecilia y a Victoria, y aprieta la boca del escudero con el género caliente. Ella lo besa, ella lo muerde, ella se mueve prometiendo lealtad, prende al morral, la presa más querida.

—Estoy en un mal libro, estoy en el Infierno. ¡El escrutinio! ¡El fuego!

—¿Cómo llamarle Infierno a lo que no conoces? Quedarías prendado de sus olores y fluidos. No pueden ser sus estrujones el Infierno: ¡Ay de mí! ¿Qué me haría sin ella, sin sus abrazos, sin su pechuga, sin la calurosa profundidad de su gruta? ¿Qué me haría yo? Cecilia es mar en calma. Es la gloria esta mujer a quien han nombrado Victoria, antiguo amo. Nada habrá mejor, ni Dulcinea, ni Aldonza. Cecilia es agua para la sed, Victoria es fuego en el invierno. Ella es la vid, el castaño.

—Cursilería de escudero —dice el amo—. Levántate, levántate, reacciona. Son molinos, mi fiel Sancho. Te doy mi galgo, mi rocín. Te doy mi adarga y mi lanza.

—Encallado estoy, señor, y no quiero desprenderme.

—Él me salva, yo lo salvo... qué meneo —hay un adagio de tambores, de sonidos graves y bien rítmicos, hay un adagio, y ella se vuelve una serpiente cadenciosa en medio del lentísimo sonido de esas cajas. Y si crece el retumbar, ella prospera en contorsiones. Qué batalla es su cintura, qué ejércitos son sus muslos, qué territorio pródigo es su género.

—*She's got a ticket to ride* —entonan ahora los grandones.

—Estercolero. Estoy en medio de un mal libro. ¡El fuego! ¡El escrutinio! —dice el Don entre sollozos.

Y grita la chusma que aplaude a Victoria, que como leona ruge, y berrea como chiva, y es Cecilia. Y palmea la chusma tan deseosa de aplaudir, palmea también el gordo de nalgas celulíticas mientras se mueve torpemente; abajo unas veces y también arriba, y de costado pide a la dama que lo trague, y levantado le sugiere que lo alcance, y muestra un minúsculo guindajillo, sutil, etéreo. Y Victoria se empina como si fuera al encuentro de un órgano colosal, un organón, y salivea la punta escondida en medio de una avalancha de grasa. ¡Mañas tiene para fingir placer! *She's got a ticket to ride*.

Injusto es el griterío, injustísimo. Cada quien actúa como si asistiera a un evento singular. ¡Y es tan corriente! Por culpa de esa algarabía es que viene la policía. Y cómo en la frase anterior, tan cacofónica, se expresa el hombre uniformado:

—¿Qué bolá? ¡Qué tremenda eucaristía! ¡Igualito hizo mi tía y tras rejas la gualdé! Echa pa'cá mulatona, enséñame tu cosona y el calné de identidad. ¿Y tú, gallego, qué ofreces? Dame tu anillo, el bolsillo, que tengo menos que tú.

—Ya lo entregué a mi Victoria. Ya no tengo más que amor.

—¿Amol? ¿Y pa' qué quiero yo amol? Si al menos dieras atol, na'má que te multaría. Recupera el anillo, el bolsillo y echa pa'cá a la mulata.

—¿A ella? ¡A ella no, a él! A él sí te lo doy —dice Sancho, y señala al antiguo amo.

—Estoy en medio de un mal libro. ¡El fuego! ¡El escrutinio! —grita el Don desesperado—. ¿Qué han hecho de ti, mi escudero? ¿Qué han hecho de ti? ¡Tú siempre tan fiel, impío ahora!

—A él te lo doy. A ella no —habla Sancho, y toma del brazo a la mulata tan desnuda, que empinaba sus labios en busca del policía.

—Ven, mulata —ordena el guardia y lanza la gorra al viento.

Y en el aire y con su lanza, hinca el Don la gorra azul, la agujerea sin que se detenga el dueño a reprimirlo. Entretenido está desarmando la botonadura de su camisa, mostrando el pronunciado y atezado torso, tan pulido como el de Victoria. Y es ella quien le grita para pedirle que la espere, asegura que irá hacia él, pero Sancho está pegado por detrás. ¡Tan adherido! ¡Tan aterido!

Victoria forcejea, intenta la escapada al llamado de lo que el policía muestra en su entrepierna. Y hay alguien que abandona zancos, renuncia a toda altura para llegar arrente al suelo, adonde están apoyados los pies del policía, y desacordona al militar las botas, y lo libera de sus medias, del cinto, de toda arma, y hace descender los pantalones. Aunque Victoria le exija detenerse, sigue el hombre y lanza al mar los pantalones para sacar después los calzoncillos. ¡Qué desnudo el policía!

¿Cómo ha de llamarlo el don Quijote? ¿Salvaguarda o escudero? Tan nervioso se ha puesto el flacundengo que tira también al mar la jofaina de hidalguía y no articula, no pronuncia una palabra en castellano. Estercolero parece decir, y con lanza hurga lo que al desnudo militar le cuelga. Y reacciona el órgano mestizo, hierro erguido que manipula el que antes estuvo levantado sobre zancos, el que también atrapa la lanza del hidalgo, y enfrenta ambas. Resuenan los metales, chispean, arden. Y Cecilia, que es Victoria, intenta desprenderse y chilla, y muge, y cada cual abandona sus sostenes maderados, sus disfraces, para palmear, para cantar la escapada de Cecilia, que es Vic-

toria, su entrada al mar y las brazadas. Tras su amor va Sancho, cortas sus brazadas pero impetuosas. Él será su escudero. El viaje es largo y lleno de animales con grandes bocas y muchos dientes. Ella bracea y él la escolta en mar abierto, y dice que hace calor en La Habana, mucho calor, que la acompañará a cualquier geografía espantando tiburones hasta que se hagan lentas sus brazadas, como ahora, hasta que se lo impidan las dentelladas de un animal gigante, como ahora. Y Victoria sin guardián no va a bracear. Hay un adagio de tambores, de sonidos graves y bien rítmicos, hay un adagio, y ella se vuelve una serpiente cadenciosa en medio del lentísimo sonido de esas cajas. Y si crece el retumbar ella prospera en contorsiones. Qué batalla es su cintura, qué ejércitos son sus muslos, sus pataleos, qué territorio pródigo son su género y su boca entrando en el mar abierto. Ella se espanta. Ella se hunde. Y van a recibirla el Crema y también el Bemba, bembísimo bembón, el primero le sugiere quedarse quieta, pegada al fondo, que luego pueden salir, vender el mar.

Y allá en la orilla hay fiesta todavía, hay más, hay a lo lejos un incendio. «Es en la calle de Aguiar», dicen algunos, y hay otros que se arrojan al agua y nadan, y otros se enredan con los otros, y cantan, chillan. Y La Giraldilla parece tambalearse, que de un momento a otro caerá al mar, que intentará nadar. Y el Don sigue mirando la lanza pródiga del desnudo policía y le pregunta por su nombre:

- Soy Caniquí, señor...
- Ah, Sancho, eso es.
- Caniquí, señor, he dicho Caniquí.
- Eso escucho, Sancho, mi escudero.

En La Habana no son tan elegantes, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2009, pp. 147-163.



Alexis Díaz-Pimienta*

**En un lugar de la Mancha
[fragmentos]**

Sobre el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha
de cuyo nombre no quiero
acordarme, un caballero
de alto porte y mente ancha,
de los de pleito y revancha,
de los de arenga y motín,
de adarga antigua, rocín
flaco y galgo corredor,
con lanza de gladiador
y estampa de paladín,

no ha mucho tiempo vivía,
entre duelos y quebrantos,
sin más tesoros ni encantos
que su verbo y su hidalguía.
Una olla vieja tenía
de más vaca que carnero,
salpicón nocturno, austero
viernes de frías lentejas,
sábado de broncas viejas,
palomino dominguero.

* Alexis Díaz-Pimienta (1966). Narrador, poeta y repentista.

Tenía en casa una ama
que pasaba los cuarenta,
una sobrina, parienta
veinteañera, hermosa dama,
y un mozo de surco y rama,
de rocín y podadera.
Pero nuestro hidalgo era
caballero cincuentón,
de una recia complexión,
de carnes como madera,

enjuto, madrugador
y afecto a la cacería.
Quieren decir que tenía
un sobrenombre el señor,
un alias definidor
que no está claro: Quijada
(dicen unos) y Quesada
(dicen otros), porque en esto
es distinto lo supuesto
según la obra consultada.

Pero algunas conjeturas
sugieren de forma vana
que se llamaba Quijana;
aunque estas nomenclaturas
no importan a estas alturas.
Lo importante en realidad
es no alterar la verdad
y contar que dicho hidalgo
si no estaba haciendo algo
leía con ansiedad

libros de caballerías,
y tantos y de tal modo
que leyendo olvidó todo:
las fiestas, las cacerías,
la hacienda y sus monterías,
y llegó a tal su locura

por esta literatura
de episodios por entregas,
que vendió muchas hanegas
de tierra de sembradura

para comprar libros llenos
de historias caballerescas.
Llenó su casa de frescas
hazañas de hombres ajenos.

Y cuando leía acción
de este tipo, enloquecía,
perdía el juicio, quería
dotarlas de comprensión.

Y fue tanta la lectura,
tantas noches sin dormir,
tantos días sin salir
ni al aire ni al agua pura,
que lo atacó la locura,
su cerebro se secó,
su cabeza se llenó
de todo lo que leía,
realidad y fantasía
trenzó, mezcló, confundió.

Se pobló de encantamientos,
de pependencias, de batallas,
de desafiantes murallas,
de heridas, requiebros, cuentos,
amores, penas, tormentos,
imposibles disparates...
Su menté tornó combates
de literaria invención
en real conflagración,
tal como hacen los orates.

En efecto, rematado
ya su juicio, vino a dar

en el más raro pensar
de cuantos se hayan pensado.

Decidió el hidalgo insano
convertirse en caballero
andante, y andar ligero
por todo el mundo cercano.

Guerreando se imaginaba
y entonces, ya sin leer,
se metió prisa en hacer
posible lo que pensaba.

Y lo primero que hizo
fue limpiar, ya decidido,
unas armas que habían sido
de sus bisabuelos. Rizo
moho y orín enfermizo
las cubrían, pues llevaban
(desde que no las usaban)
siglos en aquel rincón.
Las limpió con devoción,
vio cómo se aderezaban.

Pero una falta notó:
¿y su celada de encaje?
«Al morrón simple este viaje
le queda grande», pensó.

Pensando en su nueva acción
con cartón y tela usada
se inventó media celada
y la encajó en el morrón.

Ya está listo para el viaje:
adarga, lanza, armadura,
y aquella celada pura,
hecha «del más fino encaje».

Luego hacia el caballo vuela,
aunque tenía más cuartos
que un real, de tachas harto
cual caballo de Gonela.

Cuatro días duró aquel
ejercicio de encontrar
cómo al caballo nombrar,
que estuviera a su nivel.

Porque, según se decía
él a sí mismo, no era
razón que el caballo fuera
de inferior categoría.
Si el rocín pertenecía
a un hidalgo tan famoso
y tan bueno, era dudoso
que no respondiera a un nombre
a la altura de ese hombre
respetable y valeroso.

Pensó mucho, convencido
de que era justo que hallase
un nombre que declarase
quién y qué cosa había sido
el rocín antes que unido
a él, un caballero andante,
se volviese un importante
cuerpo de cabalgadura.
Porque era lógica pura
la mudanza de talante.

Y al fin, en un solo instante,
y pensando en su pasado,
con una lista delante
al flaco rocín amado
vino a llamar Rocinante,

un nombre alto, sonoro,
excelente apelativo,

nombre significativo
de lo que fue, sin desdoro,
antes de ser el tesoro
andante de un caballero.
Era rocín antes, pero
ya no era un viejo rocín:
su ijar, sus cascos, su crin
eran de corcel guerrero.

Puesto nombre y tan a gusto
a su exrocín, Rocinante,
quiso a sí mismo importante
nombre, apelativo justo
o seudónimo robusto
ponerse, y pasó ocho días
revisando nombradías,
motes, alias, remoquetes,
apodos raros, nombretes,
de varias categorías.

Y al cabo vino a llamarse
don Quijote, razón esta
que ya a dudas no se presta:
Quijada debió nombrarse.

Creyó el nombre a secas gris
y añadió el de su terruño,
reino y patria, fama y cuño
férreo ante cualquier mentís.

E imitando al caballero
que fuera Amadís de Gaula,
rompió del miedo la jaula
y buscando un nombre entero
que afamara al verdadero
lugar de llanura ancha
donde nació, en avalancha
de complacencia y poder
dijo: «—Ya está, voy a ser
¡don Quijote de la Mancha!».

Limpias sus armas, y hecho
del morrión nueva celada,
puesto nombre a su rocín
y él mismo con otra cara,
no cara de don Alonso,
ni Quijada ni Quesada,
sino cara del hidalgo
don Quijote de la Mancha,
listo el galgo corredor,
listas la espada y la adarga,
comprendió que al caballero
solo una cosa faltaba,
necesaria, obligatoria,
y era buscarse una dama
joven para enamorarse
y contarle sus hazañas,
porque un caballero andante
sin amores no era nada,
árbol sin hojas ni fruto,
cuerpo carente de alma.
Decía: «—Si por pecados
o por mi suerte sin manchas
me encuentro con un gigante,
como de ordinario pasa
a los otros caballeros
andantes, y con mi lanza
le derribo de un encuentro,
o le parto en dos la espalda,
si finalmente le venzo
y le rindo en la batalla,
¿no será bien tener alguien
a quien de manera rauda
enviarle la noticia?
¿No será buena jugada
que se hinque de rodillas
ante mi señora amada,
y diga con voz humilde:
“—Señora, buena mañana.
Me llamo Caraculiambro,

de la ínsula Malindrania,
soy un gigante famoso
a quien venció en la batalla
el valiente caballero
don Quijote de la Mancha,
el cual me mandó venir
para que me presentara
ante la vuestra merced,
que es quien dispone y manda”?».

Cómo se holgó el caballero
cuando acabó este discurso
y más cuando halló el recurso
de a quién nombrar «verdadero
amor», dama de «te quiero,
te admiro y te esperaré».
Y a lo que creemos fue
que había una labradora
vecina, poseedora
de un rostro muy hermoso, que

él un tiempo enamorado
anduvo de ella, aunque ella
jamás lo supo, ni huella
de ese amor tuvo a su lado.

Su nombre real, borrado
a partir de esta quimera,
Aldonza Lorenzo era,
del Toboso pobladora,
y desde ya la señora
de su mente aventurera.

Y puesto a buscarle nombre
que no desdijese al suyo,
que bien llenase de orgullo
al caballero y al hombre;
buscándole un sobrenombre
que fuera digno y vistoso

y la llevase al gustoso
trato de reina y señora,
decidió llamarla ahora
Dulcinea del Toboso.

Primera salida de don Quijote

Hechas estas prevenciones,
quiso poner en efecto
su aventurero proyecto
de gentilhombre en acciones,

sobre todo por saber
qué falta hacía en el mundo
y cada agravio profundo
que pensaba deshacer,

entuetos que enderezar,
deudas que satisfacer,
abusos que reprender,
sinrazones que enmendar.

Y sin dar parte a persona
alguna de su intención,
y sin que nadie en la zona
lo viese entrar en acción,

una mañana temprano
se vistió de caballero:
armas largas, rostro fiero,
calentura de verano.

Subió sobre Rocinante,
tomó su informe celada,
embrazose adarga y guante,
y con su lanza empinada
dio el primer paso adelante.

Puerta falsa del corral.
Salida al campo. Sol. Viento.

Don Quijote ve contento
que nada le sale mal.

Mas, cuando se vio en el prado,
lo sorprendió un pensamiento
que casi por el momento
dejara lo ya empezado.

Le vino un dato a la mente:
no era armado caballero.
Y según la ley vigente
era este el paso primero.

Él sabía que según
la Ley de Caballería
ni podía ni debía
tomar armas con ningún

caballero; y si lo hacía
sería con armas blancas.
Montado, o junto a las ancas
de Rocinante podría

mostrar que era corajudo
pero con espurio acero,
como novel caballero
sin empresa en el escudo.

Esta idea un tanto oscura
casi lo hace titubear;
mas pudiendo su locura
más que otra razón vulgar

propuso rauda, ligero
sin mediar gesto ni frase
hacerse armar caballero
del primero que topase,

imitando lo vivido
por otros de su hidalguía

según había leído
en los libros que tenía.

¿Y las armas blancas? Bueno...
pensó limpiarlas tan bien
que parecieran de estreno,
de armiño o blanco satén.

Con esto aquietó su hombría
y prosiguió su camino,
que no era otro que el destino
que su caballo quería,

creyéndose en su locura
que en aquello consistía
la fuerza de la aventura
y de la caballería.

Yendo, entonces, caminando
el flamante aventurero
consigo mismo iba hablando
este diálogo altanero:

«—¡Oh, tú!, sabio con euforia
que ha de tocarte cronista
ser de esta increíble historia,
tendrás que ser altruista

con mi amigo Rocinante,
compañero eterno mío,
no olvides su alucinante
garbo y su gran poderío».

Luego dijo con idea
de mancebo enamorado:
«—¡Oh, princesa Dulcinea,
señora de este cuitado

corazón! Inmenso agravio
hecho me has en despedirme,

en menear lengua y labio
con afincamiento firme

de ordenar no aparecer
ante vuestra hermosura.
¡Dignaos, dulce mujer!,
¡dignaos, señora pura!,

e invoca a este corazón
cautivo que ya anochece
y que tantas cuitas con
y por vuestro amor padece».

Con estos iba ensartando
otros muchos disparates,
amores, planes, combates
como en los libros, tratando
siempre de estar imitando
de lo leído el lenguaje.
Así, fue lento su viaje,
tan despacio caminaba
y el sol tan aprisa entraba,
con tanto ardor y fogaje

que tal vez fuera bastante
para derretir sus sesos
(si los tuviera). ¡Qué excesos
los del caballero andante!
Sin bajar de Rocinante
anduvo todo aquel día
y como no acontecía
cosa digna de contar
lo empezó a desesperar
su escasa caballería.

Quería un encontronazo,
una bronca, una pendencia
con quien hacer experiencia
de la fuerza de su brazo.

Hay quienes dicen que acaso
fue su primera aventura
la de Lápice; hay quien jura
que lo fue el pleito violento
con los molinos de viento,
gran prueba de su locura.

Pero lo que yo he podido
averiguar en los pliegos
de los anales manchegos,
lo que está escrito y sabido
es que él anduvo subido
todo el día en su rocín
y al anochecer, por fin,
muertos de hambre y cansados,
miró para todos lados
de un confín a otro confín,

por ver si así descubría
un castillo, una majada
de pastores, la morada
donde terminar el día
y remediar su sombría
y mucha necesidad.
Roído ya de ansiedad,
vio no lejos del camino
una venta, del destino
la última oportunidad.

¿Una venta? Cual visión
de que una sacra señal
lo guiara no a un portal
sino a alcázares (que son
muros de su redención),
entendió lo que veía.
La venta le parecía
castillo de buena estrella.
Se dio prisa y llegó a ella
a tiempo que anochecía.

Acaso junto a la puerta
estaban dos hembras mozas,
de estas que ve mucha gente
y sin respeto las nombra,
mozas que iban a Sevilla
con dos arrieros, y ahora
acertaban en la venta
a hacerse de pan y olla.
Como a nuestro aventurero
cuanto pensaba, con honra,
o imaginaba o veía,
le parecía ser obra
acorde con lo leído,
al ver aquella ventorra
le pareció un gran castillo
con cuatro torres gloriosas,
con chapiteles de plata,
puente levadizo y honda
cava, con todos aquellos
aditamentos que adornan
castillos de los que siempre
los caballeros se antojan.

Fuese llegando a la venta
(que a él parecía castillo)
y a poco trecho detuvo
a su cuadrúpedo amigo
esperando que un enano,
o algún heraldo legítimo
rompiera entre las almenas
a dar señal de su arribo,
anunciando la llegada
del caballero al castillo;
mas como vio que tardaban
y que Rocinante mismo
se daba prisa en llegar
a donde el caballero,
se llegó a la puerta y vio
los semblantes distraídos

de las mozas que allí estaban,
que a él le parecieron lirios,
hermosísimas doncellas,
graciosas damas que, a mimos,
estábanse solazando
en la puerta del recinto.

Y entonces aconteció
que andaba cerca un porquero,
recogiendo entre rastrojos
una manada de puercos
(con perdón, así se llaman),
y el porquero tocó el cuerno
a cuya sola señal
se recogen todos ellos,
y al instante don Quijote
materializó un deseo:
el porquero era el enano,
y el cuerno, fino instrumento
dándole la bienvenida.
Y contento fue al encuentro
de la venta, de las damas,
las cuales en cuanto vieron
venir a un señor armado
de aquella suerte, con miedo
se iban a entrar en la venta;
pero don Quijote, viendo
su huida, alzó la visera
de papelón descubriendo
con un talante gentil
su rostro polvoso y seco.
Y con la voz reposada,
dijo nuestro caballero:
«—Non fuyan, vuestras mercedes,
no teman líos ni pleitos;
a la orden caballeresca
que represento y profeso
no toca ni atañe hacerles
daños a ninguno, menos

a tan hermosas doncellas,
como demuestra su aspecto».

Mirábanle las dos mozas
buscándole con los ojos
lo que la mala visera
le encubría tanto: el rostro;
mas al oírlo llamarlas
«doncellas», cosa tan poco
común en su profesión,
las dos jóvenes de pronto
no pudieron contener
la risa, y fue de tal modo,
que se vino don Quijote
a decirles: «—Falta noto
de mesura en las hermosas,
y es mucha sandez e impropio
que haya risa si de leve
causa procede; mas pongo
claro que no se los digo
para tristezas ni odios,
ni en busca de mal talante,
que el mío, talante y rostro,
no es otro que el de serviros,
para todo, y frente a todos».

El lenguaje no entendido
por las señoras, y el talle
del hidalgo acrecentaba
en ellas la risa al aire
y en don Quijote el enojo;
y peor en lo adelante
si a aquel punto no saliera
el ventero, un hombre grande
y regordete que era
muy pacífico y amable,
y que viendo la figura
contrahecha del andante,
viendo a un caballero armado

con armas tan desiguales
como la brida y la lanza,
la adarga y el miserable
coselete, estuvo a punto
de echar sus dientes al aire
imitando a las doncellas;
mas temiendo que aquel alguien
usara tantos pertrechos
cuando la risa sonase,
determinó sabiamente
con comedimiento hablarle:

«—Si vuestra merced, señor,
está buscando posada,
amén de lecho (no hay nada
parecido en su interior),
pase, que le juro por
Dios que todo lo demás
se haya en abundancia. Es más,
se haya en bastante abundancia.
Vuestra merced, sin jactancia,
puede aquí dormir en paz».
Viendo don Quijote tanta
humildad en el alcalde
de la fortaleza aquella
(tal le pareció el amable
ventero y la venta toda),
le respondió con donaire:

«—Para mí, buen castellano,
cualquier cosa ha de bastar:
mis arreos son las armas
y mi descanso el pelear».

Pensó el huésped que el llamarlo
«castellano» había sido
por haberle parecido
de Castilla al observarlo.

Pero era él de Andalucía,
del litoral sanluqueño,

y al ser más caco que dueño
con sorna le respondía:

«—Según eso, vuestras camas
deben de ser duras peñas;
su dormir, velar; sus señas,
andar rescatando damas;

y siendo así, puede con
seguridad apear
aquí su cuerpo; ha de hallar
en esta choza ocasión

para insomnios en un año,
cuanto más en una noche.
Bájese ya, no se abroche
a ese estribo tan extraño».

Y dicho esto, fue a tener
del estribo a don Quijote,
que se apeó dando un bote,
con dificultad, sin ver,

como aquel que en todo el día
no había desayunado.
Y este le dijo: «—Cuidado
con mi rocín, debería

velarlo a cada segundo,
cuidarlo con gran destreza,
porque esta es la mejor pieza
que come pan en el mundo».

Miró al caballo el ventero
y no parecióle tanto
como Quijote decía,
ni la mitad, sino un flaco
rocín como otro cualquiera
de los dos que había en su campo,

pero, por no contrariar
a aquel caballero armado,
fue hasta la caballeriza,
lo acomodó en el establo
y volvió a ver qué mandaba
el huésped recién llegado
al cual estaban las mozas
(o doncellas) desarmando
(que ya con él, a esta altura,
se habían reconciliado).
Las mozas, aunque le habían
quitado peto y respaldo,
jamás pudieron quitarle
la gola, o desencajarlo
de la maltrecha celada
que don Quijote, inspirado,
se atara con cintas verdes
y era menester con algo
cortarlas, por no poder
quitarse todo lo atado;
mas él no lo consintió
y así se quedó el hidalgo,
toda la noche embutido
en la celada, «encelado»;
la más graciosa y extraña
figura era aquel milagro;
y al desarmarle, como él
se imaginaba en las manos
de principales señoras
y damas de un alto rango,
les dijo con galanura,
con voz templada y con garbo:

«—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban de él,
princesas de su Rocino,

o Rocinante, que es este
el nombre sonoro y digno
de mi caballo, señoras,
como don Quijote el mío,
don Quijote de la Mancha,
que puesto que no he querido
descubrirme hasta que hazañas
hechas en vuestro servicio
y favor me descubrieran,
fuerza fue ahora deciros
de memoria, damas mías,
este romance muy antiguo
de la isla de Lanzarote,
para que hubierais sabido
mi nombre antes que otra cosa;
pero tiempo vendrá digno
en que vuestras señorías
me manden a los caminos,
y yo obedezca, y la fuerza
de mi brazo y de mi espíritu
descubra el grande deseo
que yo tengo de serviros».

Las mozas, no hechas a oír
retóricas semejantes,
no le decían palabra;
solo si tenía hambre.

«—Cualquier cosa yantaría
—dijo Quijote al instante—,
pues me haría mucho al caso
lo que las damas preparen».

Era viernes aquel día
y no quedaba en la venta
sino unos pocos pescados
que en las castellanas tierras
suelen llamar abadejos,
de masa salada y seca,

bacalao, curadillo,
o en otras partes truchuela.

Dijéronle: «—¿Por ventura
vuestra merced comería
truchuela?, ¿comer podría
truchuela, aunque esté muy dura?».

Sabía cada mujer
al ser ya viernes pasado
que no había otro pescado
para darle de comer.

«—Como haya muchas truchuelas
—respondioles don Quijote—
podrían servir de truchas,
pues cuando hay hambre no hay nombre.
Tal vez pase a las truchuelas
como a otras carnes: conoces
que la ternera es mejor
que la vaca adulta, enorme,
y el cabrito que el cabrón
que es mayor y no se come.
Pero sea lo que fuere
la truchuela que me pone
venga luego, que el trabajo
y el peso de armas tan nobles
no pueden llevarse sin
el gobierno del abdomen».

Puesta la mesa a la puerta
de la venta por el fresco,
trájole el huésped un poco
de aquel bacalao seco,
mal cocido y remojado,
y trájole un pan tan negro
que estaba como sus armas
por lo duro y lo mugriento.

Qué risa verle comer,
porque puesta la celada

y con la visera alzada
no se podía poner
nada en la boca sin ser
servido por otra mano.
Qué risa ver a un humano
con aquella indumentaria
con la boca sedentaria,
y el estómago tirano.

De las dos, una señora
aceptó este menester;
mas el darle de beber
era imposible hasta ahora.
De pronto, el ingenio aflora;
coge una caña el ventero,
la horada muy bien primero,
le pone un cabo en la boca,
y por el otro un poco
de vino le echa al guerrero.

Todo aquello lo admitía
don Quijote con paciencia,
por no romper la excelencia
que su celada tenía.
Llegó, mientras él comía,
a la venta un castrador
de puercos, que atronador
hizo sonar su silbato.
Y eso bastó. En poco rato,
el hidalgo soñador

acabó de confirmar
que estaba en algún castillo:
música de caramillo
le ponían al yantar,
truchas de carne ejemplar
en vez de seco abadejo,
pan candeal, no pan viejo,
dos bastardas vueltas damas,

un castellano sin camas,
pero con trato de espejo.

Con esto daba por bien
empleada su salida.
Solo tenía una herida:
no haber topado con quien
lo armase de andante en
estas tierras todavía.
Sabía que no tendría
aventuras importantes,
si no recibía antes
la Orden de Caballería.

Don Quijote es armado caballero

Y fatigado de este pensamiento,
abrevió su frugal y triste cena,
llamó al ventero sin ninguna pena
y encerrase con él por un momento

en la caballeriza y de rodillas
se hincó ante él, diciendo: «—No me voy
jamás a levantar de donde estoy,
valiente paladín, si no me pillas

y me otorgas con toda cortesía
el don que hoy a pedir mi voz alcanza,
el cual redundará en vuestra alabanza
y del género humano a cada día».

El ventero lo vio a sus pies rendirse,
escuchó semejantes sinrazones
y confuso pensaba: «¿Dar qué dones?»
No sabía qué hacer ni qué decirse.

El ventero porfiaba y le pedía
se levantase; mas no quiso oír,

hasta que hubo el ventero de decir
que le otorgaba el don que le pedía.

«—No esperaba yo menos, señor mío,
de la gran magnificencia vuestra
—respondió don Quijote—. Me demuestra
que es magnánimo y tiene poderío,

y así os digo que el don que os he pedido
y de vuestro esplendor me ha sido dado,
es que mañana me dejase armado
caballero cual otros que he leído.

Esta noche, señor, en la capilla
de este castillo velaré las armas;
y mañana, con todas las alarmas,
cumplirá lo que pido de rodillas.

Me armaré caballero en un segundo
para poder, como se debe, ir
a buscar aventura y combatir
por los cuatro costados de este mundo.

Iré en pro de los menesterosos,
como es deber de la caballería
y de los caballeros. Estaría
dispuesto a pleitos harto peligrosos».

El ventero, que como ya está dicho,
era algo socarrón, y que tenía
barruntos del delirio que sufría
el huésped de la adarga y el capricho,

acabó de creerlo al escuchar
semejante razón, y por reír
aquella noche, decidió seguir
el humor, refrenando el carcajear;

y le dijo que andaba muy acertado
en lo que deseaba y le pedía,
y que tal prosupuesto de hidalguía
era propio de un hombre preparado

tal como él aparecía y se mostraba,
y que, asimismo, cuando él era mozo
se había dado al ejercicio honroso
de andante caballero, y siempre andaba

en diversos lugares muy lejanos
buscando sus venturas y aventuras,
sin que hubiesen faltado las llanuras,
ni percheles de Málaga en sus manos.

Y díjole también que en su castillo
no había una capilla en que poder
velar las armas, pues la iba a hacer
nueva, distinta, con más luz y brillo;

pero que en caso de necesidad
él podía velarlas dondequiera,
y esa noche podría, si quisiera,
velarlas de su patio en la mitad,

y a la mañana, siendo Dios servido,
se haría la debida ceremonia
de forma que con grave parsimonia
quedase en caballero convertido.
Preguntó si traía los dineros.
Respondió don Quijote que ni blanca,
pues no había leído (frase franca)
en las historias de los caballeros

andantes que ninguno los trajese.
Y a esto dijo el ventero: «—Engaño ha sido,
si en los libros no está es que ha parecido
a los autores o a quien lo escribiese

que no era menester poner escrita
una cosa tan clara y necesaria
como el dinero o la camisa diaria
que todo caballero necesita,

mas no por eso había de creerse
que nunca los trajeron; dé por cierto
que todo caballero es un experto
en autoalimentarse y mantenerse.

Por esto le aconsejo en sus salidas
(como a un verdadero y noble ahijado)
que no ande sin dineros, tan menguado,
y sin las prevenciones referidas».

Prometiole don Quijote
hacer lo que aconsejaba,
y sin dilatar aquello
ordenó velas las armas
en medio de un corral grande
que junto a la venta estaba.
Y recogéndolas todas,
sobre una pila cercana
a un pozo las dejó puestas
embrazándose la adarga,
asiendo como un guerrero
de mil batallas su lanza,
y con gentil continente
se paseó enfrente del agua.
En cuanto empezó el paseo,
la noche ya se cerraba.

Contó a todos el ventero
la vela de aquellas armas,
la locura de su huésped
que, además de adarga y lanza,

armarse de caballero
por la mañana esperaba.

Admirados del extraño
género de su vesania
fueron a verlo de lejos
y vieron que paseaba
con sosegado ademán,
o arrimándose a su lanza,
los ojos abiertos, grandes
y fijos sobre las armas.
Cerró la noche por fin
y era la luna tan clara
que podía competir
con el que luz le regala,
de forma que cuanto hacía
aquel caballero en armas
era observado por todos
los que en la venta se hallaban.

Antojósele a un arriero,
de pronto, salir afuera,
partir de la venta un rato
para dar agua a su recua,
y se le ocurrió quitar
del sitio en que las pusiera
las armas de don Quijote,
quien viéndole, con mil fuerzas
al arriero le gritó:
«—¡Eh, tú, quienquiera que seas,
atrevido caballero,
que a tocar las armas llegas
del más valeroso andante
que jamás pisó la tierra,
que jamás ciñó la espada,
que jamás temió pelea,
mira qué haces, no las toques,
si no quieres dejar tiesa
tu vida en forma de pago
por tu maldita insolencia».

No se curó el arriero de razones
(aunque fuera mejor que se curara,
que era hacerlo en salud, al menos para
un pleito de tan locas dimensiones);

antes, trabándolas de las correas,
las arrojó gran trecho de sí, lejos.
Don Quijote lo vio. Con mil reflejos
alzó la vista al cielo, y con ideas

puestas en su señora Dulcinea
dijo: «—¡Acorredme, dama del Toboso,
en esta afrenta, oprobio doloroso
que a vuestro vasallo se le crea!

No desfallezca en este primer trance
vuestro favor y amparo, dueña mía»
—y diciendo esta y otra fantasía
soltó la adarga, y para darle alcance

alzó la lanza a dos manos y dióle
tal golpe al pobre arriero en la cabeza
que en el suelo maltrecho derribóle,
probándole su fuerza y destreza.

Hecho esto sus armas recogió
y a pasearse volvió con el reposo
que primero tenía, ni nervioso
ni preocupado por lo que pasó.

Al rato, sin saber lo allí pasado
(aún estaba aturdido el pobre arriero)
llegó otro a lo mismo que el primero,
a dar agua a sus mulos. Preparado

para quitar las armas de la pila
y sin mover ni labio ni bigote
soltó otra vez la adarga don Quijote,
alzó la lanza, y con furia tranquila

hizo pedazos, más de tres contados,
la cocorota del segundo arriero:
golpes de lanza, voz de caballero
abriendo cráneo ajeno en cuatro lados.

Ante el ruido acudió toda la gente
de la venta, entre ellos el ventero.
Viendo esto de pronto el caballero
embrazose su adarga nuevamente

y dijo echando mano de su espada:
«—¡Señora Dulcinea del Toboso!,
¡vigor de un corazón tan tormentoso!,
¡es tiempo de que vuelvas tu mirada

a este cautivo y noble caballero
que tamaña aventura está atendiendo!».
Y su ánimo con esto fue tremendo,
tanto que si atacase el mundo entero

con todos los arrieros mano a mano
no volviera el pie atrás. Los compañeros
de los heridos, los demás arrieros,
comenzaron de lejos, y temprano,

a llover piedras sobre don Quijote
quien tras su adarga se salvaguardaba
y de la pila no se separaba
protegiendo las armas del azote.

El ventero pidió se le dejase,
que ya había advertido que era loco,
y que por loco penaría poco,
aunque a golpes a todos los matase.

Entre tanto pedrusco y alarido
don Quijote los daba igual, mayores,
llamándolos aleves y traidores
y al señor del castillo mal nacido.

Hablaba con tal brío y tal denuedo
que un terrible temor infundió en todos
los que le acometían. Por sus modos,
y por las persuaciones que vertía

el ventero, dejaron de tirarle,
y él dejó retirar a los heridos,
y tornó a velar armas, ya sin ruidos,
con la calma de antes de atacarle.

Bien no le parecieron al ventero
las burlas de su huésped, el desorden,
y decidió abreviar, darle la Orden,
y armar a don Quijote caballero

ante que otra desgracia sucediese;
y llegándose a él se disculpó
de la insolencia con que lo trató
la gente baja, sin que lo supiese,

pero que, «como ve», bien castigado
quedaban por su burdo atrevimiento.
Y repitió, como al primer momento,
que aquel castillo estaba preparado

aún sin capilla, para investidura
de un caballero tan extraordinario,
para lo que restaba innecesario
era tener campilla; su armadura

de caballero andante consistía
ya en pescozada, ya en espaldarazo,
según la ceremonia, y que en su brazo
escudo de la Orden luciría,

porque en mitad del campo se podía
hacer el rito; ya había cumplido
lo de las armas; según lo entendido,
con dos horas de vela se cumplía.

A todo dio el asenso don Quijote
y dijo estar dispuesto a obedecerle,
que abreviara el ritual para volverle
caballero, y marcharse de allí al trote

pues si fuese otra vez acometido
y se viese él armado caballero,
pensaba no dejar vivo a un arriero
ni a nadie en el castillo. Ya advertido

y medroso de esto el castellano
trajo un libro, el mismito en que asentaba
la paja y la cebada que le daba
a los arrieros desde muy temprano,

y a la luz de una vela que traía
un muchacho, y las dos dichas doncellas,
se vino a don Quijote con las huellas
del temor en la cara todavía.

Lo mandó de rodillas a ponerse
y leyendo el manual cual si leyera
una oración devota verdadera,
en el medio dispuso detenerse.

Alzó la mano, y dióle sobre el cuello
un buen golpe, y tras él, tomó la espada
del propio don Quijote, y le dio cada
espaldarazo que perdió el resuello.

Más tarde, mandó a una de las damas
le ciñese la espada, y lo hizo con
mucha desenvoltura y discreción,
pues era menester ir por las ramas

para no reventar, morir de risa,
a cada punto de la ceremonia;
la hazaña (que detrás se testimonia
pone a raya la mínima sonrisa).

Al ceñirle la espada, la señora
dijo disimulando lo nervioso:
«—Dios haga a su merced muy venturoso
caballero en las lides desde ahora».

Preguntó don Quijote por su nombre,
por saber de ese día en lo adelante
a quién agradecía como andante,
con quien partir sus honras como hombre.

Respondió humildemente que Tolosa,
hija de un zapatero de Toledo:
«—Tenerle por señor me agrada y puedo,
y de servirle voy a estar dichosa».

Le pidió don Quijote, por amor,
que le hiciese merced y en lo adelante
le pusiera a Tolosa un «don» delante:
«doña Tolosa», para su señor.

Ella lo prometió; y la otra doncella
lo calzó con la espuela, lo «espoleó»,
y el caballero armable recitó
idéntico coloquio para ella.

Viendo que era locura y era coña
dijo la otra llamarse Molinera,
hija de un molinero de Antequera,
y Quijote también la volvió doña.

Hecha entonces de trote y con premura
la hasta allí nunca vista ceremonia,
no vio hora en salir de esa colonia
don Quijote a buscar nueva aventura.

Ensillado el enjuto Rocinante
lo montó y abrazando al castellano
le habló tan raro que sería en vano
referir su discurso delirante.

El ventero, por ver que sin demora
saliera de la venta, brevemente
respondió, y sin cobrarle lo pendiente
dejó que se marchara a buena hora.

Don Quijote sale de la venta

Salía el sol cuando, al trote,
muy contento, alborozado
por ser caballero armado,
salió al mundo don Quijote.
Brillaba como lingote,
el gozo le reventaba
las cinchas con que apretaba
el lomo de Rocinante.
Mas, recordando al instante
los consejos que guardaba

de aquel castellano amigo
sobre cuáles prevenciones,
avituallas, provisiones
debía llevar consigo
(dinero, camisa, abrigo...),
pensó a su casa volver,
acomodarse y coger
de todo: hasta un escudero,
teniendo en cuenta a un granjero
vecino suyo, que al ser

pobre (aunque padre) sería
el más útil entre mil
para el arte escuderil
que era hacerle compañía.
Tomando esta idea, guía
a Rocinante a su aldea,
y este al descubrir la idea
con tanta gana echa a andar

que parecía volar:
Pegaso que no aletea.

Y mucho no había andado
en cuanto le pareció
que a su diestra mano oyó
de un bosque espeso y cerrado
un ¡ay! hondo y delicado
de persona quejumbrosa.
Y apenas oyó tal cosa
cuando dijo: «—Gracias doy
al cielo que me da hoy
ocasión tan milagrosa,

pues me pone ya delante
donde yo pueda cumplir
con mi profesión, e ir
como caballero andante
a recoger al instante
el fruto de mi deseo:
estas voces, según creo,
son de algún menesteroso,
o de mendiga en un foso
de sufrimiento y saqueo,

de alguien a quien menester
es mi favor y mi ayuda».
Y sin pensarlo, sin duda,
volvió la rienda a coger
e hizo al caballo volver
hacia donde parecía
que aquel quejido salía;
y a pocos pasos que entró
al bosque, una yegua vio
flaca, que permanecía

atada a un árbol, y al lado
divisó a un joven desnudo
de medio cuerpo, nervudo

(quince años no pasados),
y era él quien había dado
las voces y no por gusto:
otro labrador robusto
con una pretina estaba
azotándolo. Golpeaba
al muchacho y al arbusto

a la vez que reprensión
y consejos le iba dando,
mientras decía, jadeando:
«—La lengua quieta, bribón,
los ojos listos, ladrón».
Y el muchacho respondía:
«—No lo haré más, no lo haría,
señor, por Dios, se lo juro,
no lo haré otra vez, seguro
que este es el último día.

Prometo tener ahora
más cuidado con el hato».
Viendo Quijote aquel trato
(o maltrato, porque llora)
con voz airada y sonora
dijo al otro: «—¡Descortés
caballero, malo es
golpear a quien no se puede
defender de quien lo arremete!
¡Súbase ya de una vez

en vuestra yegua cansina
y retome vuestra lanza!
—también el de la labranza
tenía una lanza fina
y larga junto a la encina
donde la yegua amarrada
estaba—. ¡Tome su espada
que yo os haré conocer
que de ruines suele ser
lo que hace en esta jornada!»

El labrador, que vio a aquel
hombre una lanza blandiendo
sobre su rostro, temiendo
una muerte rauda y cruel,
con retórica de miel
le respondió: «—Caballero,
este muchacho fullero
que ahora mira castigado
es mi más joven criado,
quien me sirve el día entero

para guardar la manada
de ovejas en este prado,
pero es tan descuidado,
¡tan descuidado!, que cada
mañana en plena alborada
me falta una oveja. Amigo,
y cuando cojo y castigo
su falta o bellaquería
dice que es malicia mía,
que castigarlo consigo

por no pagar la soldada
que le debo, ¡y por Dios!, ¡miente!».
Don Quijote, de repente,
grita desde su celada:
«—¿Miente, ruin villano? ¡Nada!
¡Por el sol que nos alumbra
que hoy esta lanza se herrumbra
atravesándolo ahora!
¡Pagadle ya sin demora,
dadle lo que no acostumbra!

Si no, por Dios que nos rige,
que os concluyo y aniquilo.
¡Desatadlo ya, y tranquilo
dejadlo con lo que exige!».
El hombre se autocorrigió,
baja la cabeza, y sin

responderle al paladín
desata al joven criado,
a quien al ver desatado
dijo Quijote: «—Por fin,

¿cuánto te debe el señor?».
Y él le dijo: «—Nueve meses,
a siete reales». «—¡Preces!»
Y sacó la cuenta por
el joven agricultor:
siete reales por mes
sumaban sesenta y tres.
Y le dijo al avariento
que o le pagaba al momento,
o estiraría los pies.

Respondió el triste villano
que por el paso en que estaba
por todo lo que juraba
(falso juramento, vano)
no eran tantos, de antemano
había de descontar
y en cuenta también echar
los tres pares de zapatos
que le daba, aunque baratos
buenos para caminar.

Y un real de dos sangrías
que enfermo le preparó.
«—Bien eso está —replicó
don Quijote—, mas las frías
cuentas se quedan vacías
por los azotes que atado
y sin culpa le habéis dado:
si el cuero partiole en dos
a los zapatos que vos
pagasteis, le habéis rajado

de su cuerpo el cuero igual;
y si le sacó el barbero

sangre al enfermo, primero
vos sin llevarlo a hospital
(en sanidad irreal)
también se la habéis sacado;
así que por este lado
el joven no os debe nada.
La deuda se halla igualada
entre dueño y endeudado».

«—El daño está, caballero,
en que yo no tengo aquí
dineros; que tras de mí
venga Andrés a casa. Espero
pagarle todo el dinero,
todo, real a real».

«—¿Irme yo con él?, ¡fatal!
—dijo el muchacho—, ¡mal año!
No, señor, que me hace daño,
ni por pienso haría tal,

porque en viéndose apartado
me desollará, lo sé,
como a un san Bartolomé
este granjero malvado».
«—No hará tal —replicó airado
don Quijote—, no hará tal;
basta que yo frene el mal
para que tenga respeto,
basta que acate el sujeto
de estirpe perjudicial

la Ley de Caballería
tomada, y le dejaré
libre y aseguraré
la paga que le debía».
«—Vuestra merced se confía
—dijo el muchacho—: mi amo
no es caballero, es un gamo,
ni tiene orden oportuna

de caballería alguna
que contenga su reclamo.

Él es Juan Haldudo, el rico
vecino del Quintanar».

«—Poco importa: en tal lugar
habrá un caballero y pico,
cuanto más, según me explico,
si son hijos de su obra».

«—Así es verdad —con zozobra
dijo Andrés—, pero mi amo,
¿de qué obra es hijo? Proclamo
que quien lo ayuda no cobra,

pues me niega mi soldada
y mi sudor y trabajo».

«—No lo niego, chico majo,
—respondió como si nada
el labrador—. ¡Aceptada!,
pero hacedme ahora un placer;
veniros conmigo a ver,
que yo juro al caballero
pagaros todo el dinero
que haya quedado a deber

y hasta reales sahumados».

«—Del sahumero os hago gracia
—dijo Quijote—. ¡Falacia!,
dadlo en reales contados
y estamos regocijados;
y mirad el cumplimiento
de lo jurado, o violento
os juro que he de buscaros
dondequiera y castigaros
por el falso juramento.

Os juro que lo he de hallar
aunque escondáis en un cuarto
o cueva como un lagarto.

Y si queréis constatar
quién os manda, por quedar
con más veras obligado,
sabad que soy el armado
don Quijote de la Mancha,
un caballero que ensancha
las proezas del pasado».

Dando su razón por buena
don Quijote en un instante
picó sobre Rocinante
y se apartó de la escena.

Después de discurso y gesto
el labrador lo siguió
con la vista, y cuando vio
que había el bosque traspuesto
y parecía indispuerto
a volver, miró al criado
Andrés y dijo, taimado:
«—Venid, hijo mío, os quiero
pagar como el caballero
que se fue me lo ha mandado».

«—Eso juró —dijo Andrés—,
y andará bien acertado
en cumplir lo que ha jurado
a un caballero que es
tan valeroso y buen juez,
¡vive Roque!, que si no
me paga pronto, haré yo
que vuelva aquí y efectúe
lo que dijo, así que, actúe,
cumpla con lo que juró».

«—Juro —dijo el labrador—
que por lo mucho que os quiero
voy a acrecentar primero
la deuda, para mejor

acrecentar el valor
de la paga, calzonazo»
—y haciéndolo por el brazo
le tornó a atar a la encina,
donde le dio una azotina
tal, que lo dejó zarazo.

«—¡Eh, llamad, llamad ahora
—le decía el labrador—
al flaco deshacedor
de agravios, que se demora!
Llama, grita, gime, llora,
y veréis que no desface
aqueste agravio. Y me nace
que me falta desollaros
vivo, para no dejaros
ganas de hacer lo que hace».

Le soltó y le dio licencia
para que fuese a buscar
al «juez» que iba a ejecutar
la pronunciada sentencia.
Andrés partió con urgencia,
algo mohíno, jurando
buscarlo e irle contando
punto por punto qué había
pasado al final del día.
El joven partió llorando.

El amo quedó riendo.
Y así el agravio «deshizo»
don Quijote, quien, rollizo
de contentura, sintiendo
un alborozo tremendo
por todo lo sucedido,
pareciéndole haber sido
gran caballero en acción,
con grande satisfacción
de sí mismo, andaba erguido,

se iba acercando a su aldea,
diciendo: «—Dichosa eres
sobre todas las mujeres,
mi querida Dulcinea,
pues como amada presea
te cupo en suerte tener
sujeto a tu parecer
y rendido a tu talante
a un gran caballero andante
como es y siempre ha de ser

don Quijote de la Mancha,
que ayer se armó caballero
y hoy ha deshecho el primero
y mayor agravio en ancha
y criminal avalancha
de sinrazón y crueldad;
un látigo de maldad
quitó al brutal enemigo
que infligía vil castigo
a un mozo de corta edad».

En esto llegó a un camino
que en cuatro se dividía.
A la mente le venía
la encrucijada, el destino
cruzando donde con tino
los caballeros andantes
cavilaban, vacilantes,
cuál camino tomarían;
e imitando lo que hacían
estuvo varios instantes

quedo, y al cabo de haber
muy bien pensado soltó
rienda al rocín, lo dejó
a su voluntad hacer
y este siguió su primer
impulso, que fue ir con prisa

hacia la caballeriza.
Y a las dos millas de trote
localizó don Quijote
una cuadrilla insumisa
de mercantes toledanos
que iban a Murcia a comprar.

Eran seis, y hasta el lugar
llevaban los parroquianos
sus quitasoles livianos
y cuatro criados que
iban a caballo. A pie,
tres mozos, uno por mula.
Pero ninguno calcula
lo que ahora contaré.

[...]

Don Quijote y su escudero

En este tiempo pidió
don Quijote a otro labriego
vecino suyo (que a juego
al principio lo tomó),
hombre de bien (digo yo,
si así se puede llamar
a un pobre), hombre singular,
pero de poca sesera,
poca sal en la mollera,
poca luz para pensar;

en conclusión, le habló tanto,
le persuadió y prometió
tanto, que el pobre acabó
aceptando con encanto
salir con él y sin llanto
servirle como escudero.
Decíale el Caballero,

entre otras cosas, que hiciese
buen caso y se dispusiese
a patear el mundo entero,

a ir con él de buena gana,
porque tal vez le podía
acontecer cualquier día
alguna aventura humana;
ganando, de forma sana,
en quitame allá esas pajas
una ínsula en aguas bajas
y el excelente sabor
de ser su gobernador,
«y si mandas, no trabajas».

Con estas y otras promesas,
Sancho Panza, el labrador,
dejó mujer e hijos por
ser protagonista en esas
aventureras empresas
de que hablaba su vecino.
Ser su escudero convino,
y don Quijote en sus fueros
ordenó buscar dineros
para costear su destino,

y entonces vendió una cosa,
empeñó, malbarató,
hasta que por fin llegó
a una cantidad honrosa.
Una rodela ripiosa
pidió prestada a un amigo,
y por llevarla consigo
la pertrechó a su celada
lo mejor que pudo (nada)
y avisó, sin un testigo,

a Sancho del día y hora
para ponerse en camino,

de modo que su vecino
procurase desde ahora
una carga previsor
de lo que era menester;
sobre todo, poseer
dos alforjas le encargó.
Sancho, que sí, respondió,
que alforjas iba a tener

y que además llevaría
un asno suyo, muy bueno,
porque él a pie en el terreno
pedregoso no sabía.
Lo del asno lo veía
don Quijote malamente,
repasaba con la mente
qué caballeros andantes
habían usado antes
un escudero asnalmente.

No le vino a la memoria
ninguno; pero con todo,
determinó de ese modo
llevarlo a vivir su gloria
porque a mitad de su historia
a Sancho acomodaría
en otra caballería
quitándosela al primer
caballero que en cualquier
momento se toparía.

Proveyose de camisas
y demás cosas, conforme
al estilo de uniforme
que aquel ventero (entre risas)
le diera cuando con prisas
de la venta había salido.
Hecho lo cual y cumplido,
sin Sancho Panza poder

darle un beso a su mujer
ni a sus hijos, sin un ruido,

sin que don Quijote hablara
con su ama y su sobrina,
una noche de neblina,
una noche fría y rara,
sin que nadie lo notara
se salieron del hogar.
Y fue tanto el caminar
que al amanecer sabían
que nunca los hallarían
ni aún queriéndolos buscar.

Iba Sancho en su jumento
como un patriarca montado,
con sus alforjas, y al lado
su bota. Iba muy contento
pensando tomar asiento
y verse gobernador
de la ínsula que el señor,
su amo, le prometiera.
Don Quijote ni siquiera
enmendó el rumbo anterior.

Volvió al Campo de Montiel,
y con menos pesadumbre
que la otra vez (¿ya costumbre?)
caminaban Sancho y él.
El tenue sol ni la piel
ni la vista fatigaba,
a esa hora del día daba
en sus rostros de soslayo.
Incluso en asno y caballo
la luz como que besaba.

Dijo en esto Sancho Panza:
«— Señor caballero andante,
no olvide que es importante

en nuestra primera andanza
darme, con total confianza,
la ínsula que ha prometido,
que yo la sabré con cuidado
gobernar, con buena idea,
por grande que la isla sea.
No olvide lo convenido».

A lo cual le respondió
don Quijote: «—Has de saber,
amigo Sancho, que ayer,
antaño, se acostumbró
entre los igual que yo,
los caballeros andantes,
convertir en gobernantes
a sus propios escuderos
de islas y reinos enteros
ganados a contrincantes;

y tengo determinado
seguir tan premiada usanza;
incluso con la esperanza
de aventajar lo pasado,
porque otros han esperado
hasta que sus escuderos
fuesen viejos, compañeros
hartos de tanto servir,
roídos de mal vivir.
Solo entonces, con dineros,

les daban titulación
de conde; o el marquesado
de algún valle conquistado
o provincia sin pendón;
pero en nuestra situación
si tú vives y yo vivo,
bien podría con motivo
de un reino que yo ganase

antes de seis días, fase
inicial de lo que exhibo,

y que tal reino, tuviera
otros reinos adherentes,
pues ya sin inconvenientes
esto de molde viniera
para que te convirtiera
en rey de un reino de estos.
Y no entiendas estos gestos
como mucho, porque cosas
así, casi milagrosas
pasan a los más dispuestos

caballeros, de tal modo
que con gran facilidad
podría darte en verdad
más de lo que he dicho: todo».
«—De esta forma no incomodo
—dijo Sancho— al discurrir
que si yo en el porvenir
y por un milagro fuese
rey algún día de ese
reino que vais a rendir.

Juana Gutiérrez sería
reina, con corona y guantes,
y mis hijos los infantes
del reino que yo tendría».
«—¿Quién lo duda? —respondía
don Quijote». «—Yo lo dudo
—soltó Sancho, testarudo—,
porque tengo para mí
que aunque lloviesen aquí
reinos que Dios hacer pudo

ninguno le asentaría
muy bien sobre la cabeza
de Mari Gutiérrez, pieza

que de reina no valdría.
Creo que le quedaría
lo de condesa, mejor,
y aun ayudando el Señor».
«—Encomiéndalo a Dios, Sancho,
que el Señor reparte el rancho
según sea el receptor

y hará lo que más convenga;
pero no estés tan menguado
que ser un adelantado
luego a contentarte venga.»
«—Está bien que me prevenga.
No, no me voy a apocar,
menos con un ejemplar
amo que sin atropello
sabrás darme todo aquello
que bien yo pueda llevar».

[...]

Don Quijote de la Mancha y el Caballero de la Blanca Luna

Una mañana saliendo
don Quijote por la playa,
ataviado, como siempre,
con casi todas sus armas,
vio venir a un caballero
pisando la arena blanca,
que traía en el escudo
una gran luna pintada.
La luna resplandecía
como pájaro de plata,
y el caballero de pronto,
dijo a Quijote, en voz alta:
«—¡Insigne y nunca alabado
don Quijote de la Mancha!,
soy el de la Blanca Luna,
caballero con hazañas

nunca oídas, que quizás,
serán famosas mañana.
Vengo a competir contigo,
a medir lanzas y espadas,
para hacerte conocer
y confesar que mi dama,
sea quien fuere, y se llame
como se llamare, es amplia
y notoriamente más
hermosa que la que llamas
Dulcinea del Toboso,
cuya belleza no es tanta.
Y si pelearas conmigo
y al final te derrotara,
no pongo más condición
que cojas espada y lanza
y te vayas a tu pueblo
un año, bajo palabra
de no volver al camino
ni usar espada ni adarga;
un año en pleno sosiego
para que salves tu alma.
Y si me vencieras tú
al final de la batalla,
queda en tus manos mi vida
y serán tuyas mis armas,
será tuyo mi caballo,
vas a tener dos espadas,
y pasarán a ser tuyas
mis más gloriosas hazañas».
Don Quijote se quedó
suspense por la arrogancia
de este de la Blanca Luna,
pero también por la causa
y por las hondas razones
con las que lo desafiaba.

Y con ademán severo
le respondió al caballero:

«—Oh, Caballero de la Blanca Luna,
cuyas hazañas ni siquiera he oído,
juro que no habéis visto a Dulcinea,
porque seguro, si la hubierais visto,
procurarías no poner demanda
tan absurda y tan falta de sentido,
porque su vista os desengañaría
que ni hubo ni habrá por ningún sitio
belleza que se pueda comparar
con su rostro de diosa del delirio.
Sí, Caballero de la Blanca Luna,
acepto, cómo no, su desafío.
Tomad del campo el lado que quisierais;
que yo, seguidamente, haré lo mismo.
Y a quien Dios se la diere sin fatiga,
san Pedro, sí, señor, se la bendiga».

Ya al Caballero de la Blanca Luna
lo habían descubierto en la ciudad,
y al virrey ya le habían comentado
que había decidido desafiar
al loco don Quijote de la Mancha,
en aquel conocido litoral.
Fue el virrey con algunos caballeros
corriendo hasta el fatídico lugar
y llegó cuando daba don Quijote
la vuelta en su rocín, como un titán.

Lentamente se volteó
y empezó a tomar distancia
y en un santiamén, los dos,
se arremetieron con ansias.
Iban a todo galope,
el de la luna plateada
tan fiero y rápido como
don Quijote de la Mancha,
pero como el de la Luna
mejor caballo montaba,
derribó tras el contacto

con la punta de su lanza
a Quijote y Rocinante
en la arena de la playa.
Luego se acercó hasta él
y poniéndole la lanza
en la visera le dijo:
«—Don Quijote de la Mancha,
vencido sois, caballero,
y habrá muerto si no habla
y cumple las condiciones
de esta tremenda batalla».
Sin alzarse la visera,
don Quijote lo miraba,
y habló como desde el fondo
de una tumba mal cerrada:
«—Dulcinea del Toboso
es la más hermosa dama
del mundo, y yo el caballero
con la más grande desgracia,
y no es bien que mi flaqueza
defraude verdad tan sacra.
¡Vamos, quíteme la vida,
apriete más esa lanza!,
que si ya quitó mi honra
la vida no me hace falta».

«—Eso no lo haré. Está bien
—dijo el de la Blanca Luna—,
viva, viva en su entereza
la fama de la hermosura
de su noble Dulcinea,
como la que no hay ninguna;
pero me contentaré
con que don Quijote cumpla
y se retire a su pueblo
un año, un año sin lucha
y sin andar por la Mancha
entre pleitos y aventuras.
Que cumpla lo que acordamos
antes de empezar la pugna».

Dicho esto, dio la espalda,
miró al virrey con astucia
y se fue de la ciudad
aquel de la Blanca Luna.

Tuvo el virrey, aunque hubiera
visto todo tan sereno,
una duda pasajera
y ordenó a Antonio Mereno
que averiguara quién era.

Levantaron enseguida
a don Quijote del suelo
y descubrieron su rostro
que estaba pálido, tétrico.
Rocinante, malparado,
no podía hacer ni un gesto.
Sancho, cariacontecido,
nada hacía tras aquello,
le parecía que todo
este tan triste suceso
era alguna pesadilla
o cosa de encantamiento.
Veía rendido, triste,
maltrecho a su caballero,
obligado a no tomar
armas un año completo,
imaginaba la luz
de su gloria por el suelo.
Y cumpliendo con la orden
real, Antonio Moreno
persiguió y siguió de cerca
al extraño Caballero
de la Blanca Luna hasta
su mismísimo aposento.
Y el caballero le dijo
al producirse el encuentro:

«—Bien sé, señor, a qué viene.
Desea saber quién soy

y yo a decírselo voy,
porque hacerlo me conviene.
Esta máscara entretiene
lo mismo que el fino mote.
Pero el misterio, ese azote,
no lo voy a mantener:
soy Carrasco, el bachiller
paisano de don Quijote.

Desde que este enloqueció
gran lástima le tenemos
todos los que lo sabemos,
pero especialmente yo.

Desde entonces he intentado
ayudarlo más o menos,
creyendo que su salud
está en volver a su pueblo,
en reposar y pensar
y tener cuidado ajeno.
Pensé cómo conseguir
que volviera a su aposento
y un día le salí al paso
vestido de caballero
andante, otro como él,
llamado el de los Espejos,
con la intención de vencerle
sin lastimarlo, y poniendo
por condición que el vencido
guardase acato y respeto
al guerrero vencedor
por el resto de los tiempos.
Pero la suerte ordenó
de otra manera el torneo,
porque venció don Quijote
y yo me volví a mi pueblo
derrotado y afligido
y él siguió su derrotero.
Mas no por esta derrota

murió mi ánimo y deseo
de buscarle y de retarle
para ayudar al enfermo.
Por eso volví a la playa
escondido tras un yelmo
y con una Blanca Luna
sirviendo de nombre nuevo.
Y como es tan cuidadoso
con las reglas de este juego,
sé que cumplirá lo dicho
y regresará a su pueblo,
donde haremos entre todos
que deje de estar enfermo».
Don Quijote de la Mancha,
vencido, después de aquello,
seis días en cama estuvo
dándole vueltas al pleito
con el que lo derrotara
ese extraño caballero.
Y Sancho Panza, a su lado,
lo consolaba diciendo:
«—Señor, alce la cabeza,
alégrese por lo menos
de que no tiene costillas
rotas, ni roto otro hueso.
Tornemos los dos a casa
y para siempre dejemos
lo de buscar aventuras
por recónditos terrenos.
Porque mirándolo bien,
más que mi señor yo pierdo,
aunque vuestra merced sea
al que más le duele el cuerpo».
«—Calla, Sancho, por favor,
porque mi recogimiento
será solo por un año,
como pidió el caballero.
Luego volveremos, Sancho,
al mundo caballeresco.»

Llega, por fin, la partida.
Y va el caballero andante
muy pensativo, delante,
aún con la moral herida.
Sancho va detrás, lo cuida,
anda a pie, serio, señero.
Y el asno del escudero
marcha, sin sombra de quejas,
cargando las armas viejas
del vencido caballero.

Enfermedad, testamento y muerte de don Quijote

Como las cosas humanas
ni son ni han de ser eternas,
encuentra siempre su fin
sin que esto evitarse pueda,
especialmente la vida
de los hombres en la tierra.
Y como que don Quijote
no tenía la dispensa
del cielo para parar
la suya cuando quisiera,
llegó su fin cuando él
no esperaba que viniera.

Tal vez por melancolía
de mirarse tan maltrecho,
o por una inevitable
determinación del cielo,
arraigose en don Quijote
una fiebre en todo el cuerpo
que le tuvo varios días
sin levantarse del lecho.
Lo visitaron el cura,
el bachiller y el barbero,
sus amigos, sus vecinos,
y curiosos indiscretos,

y siempre a su vera Sancho
Panza, su fiel escudero.
Juzgando que era la pena
quien lo había puesto enfermo
y el no poder cumplir bien
con la mujer de sus sueños,
sus amigos procuraban
alegrarlo y convencerlo
de futuras aventuras
por territorios manchegos.
Mas don Quijote seguía
hundido en su desconsuelo
y sus amigos optaron
por llamar al mejor médico,
y este, tras tomarle el pulso,
tiró el optimismo al suelo.
Que atendiesen la salud
de su alma, dijo el galeno,
porque corría peligro,
y bastante, la del cuerpo.
Y lo escuchó don Quijote
con extremado sosiego,
pero su ama y su sobrina
y su querido escudero
comenzaron a llorar
tiernamente frente al lecho.
Don Quijote les rogó
que ya se estuviesen quietos
y que lo dejaran solo
a ver si alcanzaba el sueño.
Lo hicieron así, y durmió
seis horas el caballero,
tanto durmió, que pensaron
a veces que estaba muerto.
Pero al final despertó
y dijo con voz de trueno:
«—¡Bendito sea el Señor
que tanto favor me ha hecho!
¡Oh, cuánta misericordia,

cuánta clemencia y respeto!
¡No impiden su compasión
ni los pecados ajenos!».
Alarmose la sobrina
después de escuchar aquello:
«—¿Qué dice, tío, qué dice?,
¿qué misericordia vemos
y de qué pecados habla
ahora que salió del sueño?».
Y respondió don Quijote:
«—Las misericordias, creo,
sobrina, son las que ha usado
conmigo el Señor Supremo,
a quien como antes he dicho
no le hacen mella mis yerros.
¡Yo tengo ya sano el juicio!
¡Estoy libre, claro, cuerdo!
Sin la sombra de ignorancia
que en el juicio me pusieron
las lecturas abusivas
de libros caballerescos.
Ya sé de sus disparates
y sus tantos embelecos,
y solamente me pesa
que este desengaño y freno
haya llegado tan tarde
y cuando estoy tan enfermo.
Sobrina, seamos claros:
la muerte no se halla lejos.
Llama a mis buenos amigos:
a Nicolás el barbero,
al cura, a Sansón Carrasco,
a todos ellos; deseo
confesarme y redactar
ante ellos mi testamento».
Mas no tuvo que llamarlos
su sobrina, estaban dentro
de la casa, tras la puerta,
y sus palabras oyeron.

«—¡Felicidadme, señores!
Ya no soy, cuenta me he dado,
don Quijote de la Mancha,
soy don Alonso Quijano,
Alonso Quijano el Bueno,
como siempre me nombraron.
Ya me son odiosos todos
aquellos cuentos profanos
de caballería andante
y aventuras y milagros;
ya sé de mi necesidad
y del peligro pasado
por haber leído libros
de ese género nefasto.
Ya, señores, no lo niego,
siento que el fin ha llegado.
Y aprovechemos que hay
un confesor en el cuarto
y traigan pronto, muy pronto,
a quien sirva de notario
para que plasme en papeles
mi testamento. ¡Lo mando!
Arriba, mientras el cura
me confiesa, que Carrasco
y Sancho Panza se acerquen
a buscar al escribano.»

Hizo salir a la gente
el cura, como él pidió.
Y al quedar solo con él
Quijote se confesó.

El bachiller regresó
con el escribano y Sancho,
quien cuando vio a la sobrina
y al ama, de pie, llorando,
no contuvo los pucheros
y se hundió en un mar de llanto.
Acabó la confesión

y salió el cura expresando
también con la cara triste:
«—Señores, no los engaño,
es cierto, se está muriendo,
y además, está curado,
quiero decir, está cuerdo,
tan cuerdo como un muchacho.
Ahora no es don Quijote,
ahora es Alonso Quijano,
Alonso Quijano el Bueno,
como decía hace un rato.
Y como está cuerdo y quiere
y no hay ningún obstáculo,
pasemos como nos pide
y su testamento hagamos».

Y después de haber hecho el escribano
la entrada al testamento,
ya ordenada la mente de Quijano
con cristiano argumento,
dijo con voz de enfermo, voz de anciano,
con dolido acento,
como si en cada sílaba pusiera
la parte de la voz que le doliera:

«—Es mi última voluntad
que gran parte del dinero
que posee Sancho Panza,
a quien hice todo el tiempo
seguirme en esta locura,
sea suyo por los restos.
Si quedara algo después
de cobrar lo que le debo
que también se lo embolsille
y le sirva de provecho.
Y como estando yo loco
le quise dar el gobierno
de una isla, si pudiera,
ahora que me encuentre cuerdo

con buen gusto le daría
el trono de cualquier reino,
porque su fidelidad
merece el mayor respeto».

Y mirando a Sancho, dijo:
«—Perdóname, compañero,
por la ocasión que te he dado
para parecer excéntrico,
o tan loco como yo
cometiendo tantos yerros».

Y Sancho dijo, llorando:
«—¡No se muera, caballero
don Quijote de la Mancha,
tome mejor mi consejo
y viva miles de años.

¡No se muera, que me muero!
Porque la mayor locura
que puede hacer alguien cuerdo
es morir así, sin más,
morirse de cuerpo entero.

Oh, no sea perezoso,
levántese de ese lecho
y vámonos para el campo
vestidos como cabreros,
tal como hemos convenido
desde que nos conocemos.

Quizás tras alguna mata
Dulcinea esté durmiendo,
a la espera de su príncipe,
sin ningún encantamiento.
Si es que se muere, señor,
por mirarse tan maltrecho,
écheme la culpa a mí,
diciendo que le vencieron
por no haber cinchado bien
el caballo su escudero».

«—Así es —dijo Sansón—,
Sancho Panza está en lo cierto».

Y respondió don Quijote:

«—Señores, no tengan miedo,
y vámonos poco a poco,
pues ya en los nidos más viejos
no existen pájaros jóvenes.
Yo fui loco, y ya soy cuerdo.
Si lo pensáramos bien,
pueden mi arrepentimiento
y mi verdad devolverme
a la estimación que el pueblo
y mis amigos tenían
por mí, por Quijano el Bueno.
Siga, señor escribano,
copiando mi testamento.
Dejo mi hacienda completa,
la puerta cerrada en pleno,
a doña Antonia Quijano,
mi sobrina, ella debiendo
sacar de esta hacienda parte
para cumplir lo que ordeno;
y la primera alegría
será que se pague el sueldo
que le debo al ama, y veinte
ducados para su atuendo
(que se compre, por favor,
el mejor vestido nuevo).
Y dejo como testigos
para cumplir todo esto
al cura y al bachiller,
presentes frente a mi lecho.
Y si Antonia, mi sobrina,
Pensara en un casamiento,
que se case con un hombre
que no sepa, ni de lejos,
dónde se guardan los libros
de damas y caballeros.
Y si lo sabe, y los lee,
y aún ella sigue queriendo
casarse con el lector
de estos libros maléficos,

que pierda toda su herencia
y que todo lo que dejo
se distribuya en las obras
piadosas de cualquier pueblo.
Y suplico a mis testigos
que si la suerte y el tiempo
les permiten conocer
al autor que, según creo,
escribió la historia loca
del más loco caballero,
don Quijote de la Mancha,
le digan que desde el lecho
mortuorio pido perdón
solo por haberlo hecho
escribir tantas locuras
y disparates tan buenos».
Con esto dio por cerrado
don Quijote el testamento.
Le sobrevino un desmayo
y se tendió sobre el lecho.
Se sobresaltaron todos
y acudieron a atenderlo.
Y en tres días que vivió
sus desmayos repitieron.
La casa estaba alterada,
pero pese a todo esto
comía bien la sobrina,
brindaba el ama sin miedo,
se regocijaba Sancho,
triste, pero satisfecho,
porque el hecho de heredar
atempera el sufrimiento,
o lo borra de la mente
de quien resulta heredero.
Llegó, en fin, a don Quijote,
al fin el fin verdadero,
y dio finalmente el alma
al Espíritu Supremo.
Así murió este famoso

y auténtico caballero,
don Quijote de la Mancha,
de cuyo lugar manchego
no quiso decir el nombre
el que redactó sus cuentos,
para que todas las villas,
las aldeas y los pueblos
de la Mancha disputasen
tan sublime privilegio.
Y en la tumba donde luego
don Quijote descansó,
Sansón Carrasco, dolido,
este epitafio escribió:

*Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.*

Almería / La Habana, 2005.

Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005.



José Manuel Espino*

**De las sin par andanzas de Guajiriquijote
y su escudetero Calvipanzón**

*También la verdad
se inventa.*

ANTONIO MACHADO

En los campos de Cuba, en un lugar de cuyo nombre sería imposible olvidarme, vivía un guajiro que deseaba cada vez entenderse mejor con cuanto lo rodeaba. Él perdió la cabeza de corretear de canturía en canturía, y un día decidió inventar su propio lenguaje, donde las palabras estuviesen más cerca de la tierra. Esta era, sin dudas, una tremenda aventura, a la par de su vocación por deshacer entuertos; por eso decidió bautizarse como el Guajiriquijote.

Resuelto su nuevo nombre, decidió que nadie aceptaría a un Quijote que no tuviera a su lado a un buen Sancho Panza; para ello buscó con minuciosidad entre sus amigos aquel que lo acompañara en su ir y venir por los caminos. No fue difícil la tarea porque solo uno reunía a su favor la condición de ser algo rechoncho, fácil para las palabras y enamorado del mundo guajiro; así que le propuso a un poeta de apellido Calvo que fuese su fiel escudetero Calvipanzón.

Estas son algunas de sus aventuras, o mejor decirles como ellos mismos las llamarían: sus camperiandanzas.

EL ESCRIBIENTE

* José Manuel Espino (1966). Escritor infantil.

Primeras andanzas La luz de Yara

No recuerdo bien de qué canturía veníamos o para cuál guajiricantata íbamos Calvipanazón y yo; de algo sí estoy seguro: la noche estaba oscura como boca de lobo cuando vimos pasar una luz camino a la Ceiba.

—Mira que ha salido impertinente ese cocuyo —le dije a mi escudetero, queriendo restarle importancia al asunto.

Pero el muy buenazo solo atinó a responderme casi en un susurro:

—¿Qué cocuyo ni ocho cuartos, mi señor, no se da cuenta de que se trata de un alma en pena?

Por si las moscas, llevé mi mano a la vaina del machete. Se podía sentir el vuelo de un mosquito veinte leguas a la redonda.

—Alguna vez viví esto —dijo Calvipanazón y secó el sudor de su frente—. Demos un rodeo, recuerde: *Es mejor prever que tener que lamentar.*

Tarde llegó el consejo porque ya picaba el caballo para acercarme a la Ceiba. Parecía bastante normal. Frondosa, eso sí. Quizás demasiado frondosa. Ni diez Calvipanzones juntos podrían darle la vuelta. Tenía un hueco justo en la mitad del tronco. Y su corteza parecía sangrar.

—Esas son cosas del diablo; alejémonos, don Caraballo —sentí el grito de Calvipanazón mientras buscaba unos seborucos de piedra.

Para entonces yo estaba parado frente al árbol. Y dejaba escuchar mi voz clarita clarita como el cantío de un gallo:

—Si esta luz es cosa buena y yo puedo ayudarla, estoy a su servicio; pero si es un espíritu del mal, entonces que se disponga a enfrentar a este guajiro andante.

Calvipanazón se puso a mi lado y dejó escapar a mi oído:

—¿Y cómo usted podrá distinguir una cosa de la otra?

—Porque la Ceiba me lo va a decir, ella mismita nos va a hacer la historia.

—Señor, a mí me parece que se le están colando guayabitos en el tejado.

Cada vez que las cosas se complican, Calvipanazón vuelve con la letanía de que eso le pasa por seguirle los pasos a un atarantado, que él debe estar mucho más desquiciado que yo para acompañarme en estas andanzas, de las que conoce como la palma de su mano el principio,

pero de las que nunca puede adivinar el final. Luego se consuela a sí mismo diciéndose: *De poeta y de loco todos tenemos un poco.*

Yo le aguanto esas bravatas porque no es nada fácil encontrarse un escudetero en estos tiempos, y, además, quizás tenga un poco de razón.

Pues bien, con los ojos bien clavados en la Ceiba di tres golpes de lanza sobre sus añosas raíces para improvisar:

—Te pregunta Caraballo:
¿Esa luz es cosa buena?
Y si te causa una pena
que caiga ahora mismo un rayo.

Dicho y hecho, hubiera contado Calvipanazón, de haber tenido tiempo, porque sobre la luz, en ese preciso momento, cayó un trueno que nos dejó tirados en la tierra. Podría asegurarse que esa era la señal para principiar el temporal. Sendas mangas de viento y agua sobre nosotros. Cualquiera se echaría a correr. Y eso fue lo que veloz hizo mi escudetero. Pero, si el Guajiriquijote huye, entonces todo está perdido. Así que algo maltrecho, debo confesarlo, comencé a dar lanzazos al aire. Desigual combate contra gigantes invisibles. Gigantes que me hacían caer una y otra vez. Pero siempre volvían a encontrarse con la punta de mi lanza de palma real.

No recuerdo nada más; Calvipanazón me recogió al amanecer, cuando amainó aquella tempestad de los mil demonios. Según él, parecía un perro apaleado, chorreando agua por todas partes, con unas calenturas que me duraron más de una semana. La suerte fue encontrarse un bohío no muy lejos de allí; además de atendernos a cuerpo de rey, le contaron con qué nos habíamos tropezado: nada más y nada menos que una luz de Yara, es decir, una de las chispas desprendidas de la hoguera en que quemaron a Hatuey, y que aún hoy día continúan vagando por los campos.

Una vez repuesto volvimos al lugar donde librara tan feroz combate. Trabajo me dio convencer a mi incrédulo compañero para que me acompañase. Pero yo estaba seguro; debería quedar algún signo de si valió la pena tamaña aventura.

Allí estaba la Ceiba. Enorme. Y en su mismo corazón, en el lugar de la vieja herida, donde sangraba la corteza y viéramos por última vez aquella luz misteriosa, sobresalían unas orquídeas blancas.

La fiesta del Guatao

Nadie creería en un Quijote que no pretendiese a su Dulcinea, por eso mismo andaba yo echándole maíz a una gallina de allá por el Guatao. Hermosa sin dudas, con una mata de pelo negro que había que decirle usted. Ella me daba esperanzas, me avisaba de cuanto guateque hubiera por la zona.

Y allá se iba Caraballo con Calvipanazón rezongando:

—Nos sobran años para andar en estos trotes.

Yo lo dejaba protestar, iba con mi corazón repleto de ilusiones. Ya podía ver a Altamira, porque un nombre sonoro acompañaba tanta preciosura, llegar con su vestido de flores y más flores para ofrecerme un humeante café en jícara.

Si no vamos a faltar a la verdad, el bohío de la fiesta estaba parado en medio de aquellos campos de puro milagro. Lo único que tenía cierta vergüenza era el cuarto de la vieja de la casa, una mujer muy gorda que entraba y salía de allí con una penca en la mano, echándose fresco y a la vez espantando a los perros que parecían ser los dueños de todo aquello.

En el medio de la sala, sobre una mesa adornada con tapetes, el quey de la rifa. Aunque uno no lo quisiera, en cuanto se llegaba, los ojos le paraban encima. Y para colmo te rodeaban las muchachas. Ojos brillantes. Sonrisas.

—¿No va a comprarnos un numerito?

Uno a uno íbamos cayendo como moscas en la miel.

Apareció un conjunto de mala muerte. Parecía que el techo se iba a caer cuando comenzaron su musiqueteo. Las primeras parejas, con mucho cuidado de no tropezar con los animales sueltos, iniciaron el baile al compás de una canción muy popular por la zona. Ya habían repetido como tres veces «Catalina, amarra el perro, Catalina», cuando, como una exhalación, apareció la gorda. Esta vez sin penca ni nada:

—¿Ustedes no saben tocar otra cosa?

—Claro, señora, claro —logró apenas responderle el del contrabajo.

—Pues no quiero volver a escuchar esa canción en toda la dichosa noche.

—Como usted disponga, doña Catalina.

La vieja no pudo escuchar estas últimas palabras porque dejó la puerta colgando en nuestros oídos.

—Esto es lo que se llama un baile de perros —dijo un muchacho de ringorrango a los que junto a él habían llegado en un fotingo. Se notaba como pez fuera del agua cuando agregó:

—Aunque a lo mejor nos podamos divertir con las guajiritas.

Risas del grupo y ahí mismo se plantó delante de la única muchacha de la rifa que no estaba bailando para improvisar un camperiteatro.

ÉL. (*Conquistador.*) ¿Recuerda que me prometió una pieza?

ELLA. (*Zalamera.*) Cómo olvidarlo, pero ahora mismo estoy como insultada por los trajines del baile.

(Sus pies marcando todo el tiempo

«Doña Joaquina monta en pelo que la yegua se te va».)

ÉL. Mire que me puedo ofender.

ELLA. El caballero caballero entiende los malestares de una dama. Sí creo que la cabeza se me va a partir en dos.

ÉL. Qué va, no puede haber dos cabezas tan lindas sueltas por estos montes.

*(Ella se tapa
con el abanico la sonrisa.)*

ÉL. Si no soy de su agrado, me marchó.

ELLA. (*Bajito.*) No, si usted es de muy buen ver, pero...

ÉL. Yo adivinaba que venía un pero...

ELLA. Hace muy poco que terminé mi noviazgo con Rufino y ya nos está mirando con muy mala cara.

ÉL. Peor para él.

*(La toma del brazo y van a donde las parejas de baile.
Pero desde una esquina aparece el guajiro celoso.)*

RUFINO. Que a mi Celeste no me la guasabea ningún señoritingo. Aquí no va a quedar ni la yerba fina, cará.

(Desenvaina el machete y comienzan a llover los planazos.)

Ahí mismo terminó el teatro.

Lo último que recuerdo es a la dueña de la casa que como un relámpago tomó el quey de la mesa y se trancó en su cuarto dejando que el mundo se acabara afuera.

Yo me proponía terminar con aquella trifulca, pero no tuve tiempo ni de interponerme entre los contendientes; aún no sé cómo le pusieron alas a un caldero; de lo que estoy seguro es que salió volando para darme un golpetazo justo en la cabeza.

Cuando recuperé el conocimiento lo primero que vi fue a la hermosísima Altamira poniéndome unos paños en la frente.

Sancho a su lado me recriminaba:

—Mire que se lo he dicho, mi señor; cuando dos se fajan pierde el tercero.

—El hombre de bien siempre gana —le respondí mientras embelesado me deleitaba con los cuidados de mi Dulcinea.

Después supe que nada quedó de aquel bohío. Cuentan que parecía que hubiese pasado un tornado. Aún días después, sentada en el trillo, Catalina, con la penca en una mano, apartando perros y moscas, orgullosa le decía a cuanto guajiro viniese a escuchar la historia:

—Pero yo pude salvar el quey.

[...]

La guajiricanturía

Todo guajiro que se respete tiene alma de poeta, basta que escuche el rasgueo de una guitarra para que por su garganta se le escapen las palabras llenas de música. El Guajiriquijote sabía improvisar, pero lo que más le agradaba era hacer nuevas palabras. Estas son sus décimas, tienen un olor fresqucito, como a aire limpio y sereno. A los guajiros les pasa muy parecido que a los gallos, que si oyen a otro gallo cantar, enseguida le entran las ganas de cantar también, pero más alto.

Este de triste figura
y la nariz prominente,
grande, muy grande la frente,
cual vara por su estatura,
con una huesera dura
de pelar en tanto trote,
no hay molino que derrote
sus andanzas divertidas;
necesita siete vidas
este Guajiriquijote.

Que hay quien dice que estoy loco,
puede que tenga razón,
si estar cuerdo es vocación
de quien se harta con poco.
A lo mejor cuanto toco
se convierte en aventura
porque alguna travesura
por mi mente está pasando
y ando la vida soñando:
¡Déjenme con mi locura!

Me busqué un escudetero
que siguiera mis andanzas.
Hombre cabal, con sus chanzas,
aunque fiel como el primero.
Rechoncho. Siempre sincero,
con el refrán en sazón.
Sobrado de corazón,
justo hasta en el desatino.
Lo busqué junto al camino
y encontré a Calvipanzón.

Altamira es mi armadura
con sus ojos como estrellas.
Me va dejando sus huellas
en la noche más oscura.
Su nombre es una dulzura
que rescata mi alegría.
Por eso en su lejanía
todo me parece triste,
pues si Altamira no existe
entonces la inventaría.

—Esqueleto es su caballo.
—Debe comprar otra cosa.
Dice la gente jocosa.
No será veloz cual rayo
y hasta yo mismo le hallo
que resoplando flaquea.
Pero, aunque nadie lo crea,
se crece ante el temporal.
Y esa gente es al final
el casco y la mala idea.

Cuando cabalgando voy
con Calvipanzón al lado
más de uno ha preguntado
si en verdad Quijote soy.
Y, como muy claro estoy,
respondo que sí al momento.

Por ser tan Quijote siento
que el corazón se me ensancha,
aunque no tenga a la Mancha
ni sus molinos de viento.

Ese mulo Margarito...
terco, cien mil veces terco,
corcoveador si me acerco,
gruñón hasta el infinito,
bellaco, siempre maldito,
desconfiado si le adulo,
mira con disimulo
al pobre Calvipanazón
que rebuzna de emoción.
¿Cuál de los dos es más mulo?

Ridiculizan mi lanza:
—Vergüenza de palma real.
Que no han visto cosa igual.
Que ni para un golpe alcanza.
Que apenas con ella avanza
mi caballo trotador.
Que lo peor, lo peor
es que en tan poco confíe.
Que se burlen, si el que ríe
último, ríe mejor.

Si me dieran a escoger
sería otra vez Quijote.
No importaría el azote
de quien no pueda entender.
Porque a veces para ver
hay que cerrar bien los ojos,
oír los latidos rojos
del corazón que en el centro
te pide adentro, muy dentro:
—Enfréntate a los abrojos.

Últimas andanzas

[...]

El cagüeiro

Muy poca gente sabe ya qué es un cagüeiro, y si les dijera que chivo, pájaro, palo de monte y, sobre todo, persona, se echarían a reír en mi cara. Yo tampoco lo creería de no ser porque me comprometieron a servir de testigo en la boda de Paloma al Vuelo, una prima de Altamira. Como legítimo Guajiriquijote no pude resistirme a los caprichos de mi Dulcinea. Por eso terminé camino a Mala Rabia, un caserío que se levanta donde el diablo dio las cuatro voces. A mi lado, Calvipanzón improvisaba todo el viaje para buscarme las cosquillas:

—Caraballo mató un gallo,
lo mató con agua fría.
¿Quién ha visto a Caraballo
con la barriga vacía?

Pero, cuando un guajiro es feliz, no hay manera de que se deje provocar. Y mi felicidad consistía en que, bien guardado, en el fondo de la vaina de mi machete, centelleaba el anillo de compromiso que le ofrecería a mi Dulcinea delante de toda su familia. *La ocasión la pintan calva* –como dice Sancho. Ya podía ver cómo ahí mismo fijábamos la fecha de la boda, de manera que se escribiera un nuevo capítulo en mis innumerables andanzas.

El día antes de la celebración llegamos al bohío de los Muchos, como se conocía a los parientes de mi amada. En la casa había tremendo ajeteo. Yo nunca imaginé que fuesen tantos los trajines de una boda. Y, para colmo, Paloma en Vuelo no sabía dónde posarse, porque su vestido blanco había desaparecido misteriosamente.

—Eso es culpa del cagüeiro que ha vuelto a las andadas –dijo el padre de la novia con muy malas pulgas, para después dejar muy claro que lo único que podía ofrecernos para dormir eran una hamacas; primero, porque su hija aún estaba casadera, y segundo, porque bien se conocía por toda la zona que ellos eran los Muchos y nos les quedaba sitio para nadie más.

Así que nos dispusimos Calvipanzón y yo a pasar la noche en la arboleda. Embromábamos sobre esa idea de que un ladrón como por arte de magia se fuera convirtiendo en animales y matas. Corría una

brisa de esas que lo dejan a uno embelesado, a eso súmele el cansancio de la cabalgata; nos quedamos profundamente dormidos. De pronto escuché el ladrido de un perro. Quise espantarlo porque esas no eran horas para visajes. Pero la insistencia del animal me hizo desconfiar y buscar en mi cintura el machete.

No estaba. ¡Y si faltaba machete y vaina, me habían robado el anillo!

De un halón desperté a mi escudetero que con los ojos aún cerrados me preguntaba:

—Pero ¿tan pronto es la boda, mi señor?

—Espabílate, hombre, que me han robado.

Me miró de arriba abajo como si yo fuera víctima de algún delirio.

—Eso es una pesadilla, Caraballo, vuelva a su hamaca.

Dejé a Calvipanzón con su dormidera y decidí dar un recorrido por los alrededores; quien cometiera tamaña fechoría no podría estar muy lejos. Vi cruzar con sigilo una sombra al fondo de la casa. Allá fui con mi lanza haciendo molinetes en el aire. Y estoy seguro de que le acerté un puntazo de palma real.

—Ya te tengo, maleante —grité.

Aunque, en lo que me agaché para recoger mi machete con vaina y todo, solo vi que se alejaba un chivo.

—¿No serás tú, verdad? —le pregunté, y recibí como respuesta tres berridos.

Ahora lo único que llamó mi atención fue un pájaro blanco que aleteaba desesperadamente.

Lo tomé en mis manos y noté que le sangraba un ala.

—Conque te cogí —dije.

Pero, con un último esfuerzo, logró volar hasta el montecito de ciguarayas: solo encontré árbol y árbol y árbol. Enseguida desconfié de un tronco del que escapaba una savia roja. Lo amarré fuertemente con una cabuya y me recosté a esperar el amaneco, como diría Calvipanzón.

Grande fue la sorpresa porque, antes de que aparecieran las primeras luces del día, el cagüeiro se dio por vencido y por fin había vuelto a ser un hombre. Lo obligué a confesar dónde guardaba lo robado. Me dirigí con él hasta el varentierra y allí estaba el vestido blanco de Paloma en Vuelo. Con no poca alegría recibieron la noticia los Muchos. Hasta el padre, de tan malas pulgas, me dijo que, como esa noche los novios se iban para su nuevo bohío, podrían hacer un huequito

para que no durmiéramos a la intemperie. En eso llegó Calvipanazón que, a duras penas después de dar los buenos días, con los ojos aún embotados de sueño, me dijo:

—Caraballo, no me va a creer la pesadilla que tuve con usted.

Me parece que solo se despertó cuando me inclinaba delante de Altamira para anunciar nuestro compromiso y ofrecerle, frente a todos, el anillo.

Pude ver cómo sus ojos se aguaban mientras decía:

—Mi señor tiene cada cosa.

Leí en su clara mirada que aquello era una despedida.

Pero aproveché cuando nos montamos en la última de las seis carretas que habían dispuesto los Muchos para asistir al casamiento en el pueblo y le dije por lo bajo a mi escudetero:

—Oye, aunque Altamira me aceptó, hay que estar preparados por si aparece alguna aventura.

Editorial Gente Nueva, La Habana, 2011.



Anónimo

Mensaje (en broma) a Cervantes*

¡Ay, Cervantes!, si tú vieras
tu español cubanizado,
completamente erizado
seguro que te pusieras.
Si tú vinieras y oyeras
a estos jóvenes hablando:
si estás solo, estás pasmando;
la gente adulta son tembas;
los labios gruesos son bembas;
¡ay, viejo, están acabando!

Hablar mucho es tiquitiqui;
y si hay un joven hermoso,
ya no le llaman buen mozo,
ahora es un papirriqui;
el dinero es guaniquiqui;
y se habla de jinetear
(sin caballo que montar),
de mala hoja, de jama,
al niño le dicen chama,
y el buen dormir es zurnar.

Cervantes, te dolerá
si puedes estar oyendo;
mas, si los ves escribiendo,

* Creación popular. Tiene amplia circulación a través de Internet.

¡entonces sí que te da!
escriben barbaridá;
así, sin poner la *d*;
te cambian *j* por *g*,
y dormiendo por durmiendo;
y ponen la tilde haciendo
tinmarín de dos pingüé.

Cual Quijote o Sancho Panza
combatimos cada día
al gigante Ortografía,
pero nos parte la lanza;
mas no importa, ten confianza,
que tu lengua no se inmola,
y abriendo su corola
brilla y luce como un sol
porque, viejo, el español,
sigue arriba de la bola.



Anexos



Relación de algunas puestas en escena de obras de Miguel de Cervantes*

La cueva de Salamanca. Grupo: ADADEL. Dirección: José Rubia Barcia. Lugar: Women's Club de La Habana. Fecha: 5 de febrero, 1941.

Numancia. Grupo: Teatro Universitario de la Universidad de La Habana. Dirección: Ludwig Schajowicz. Lugar: Plaza Rector Cadenas de la Universidad de La Habana. Fecha: 4 de febrero, 1944.

El viejo celoso. Grupo: Patronato del Teatro. Dirección: Reinaldo de Zúñiga. Lugar: Teatro Auditorium de La Habana. Fecha: 13 de junio, 1947.

La guarda cuidadosa. Dirección: Antonio Vázquez Gallo. Lugar: Teatro Escuela Valdés Rodríguez. Fecha: 17 de diciembre, 1947. (Observaciones: cuadro de comedias del Colegio Ruston.)

La guarda cuidadosa. Lugar: Teatro Escuela Normal. Fecha: 27 de febrero, 1948. (Observaciones: obra representada en la inauguración de la Escuela Normal de La Habana.)

Pedro de Urdemalas. Grupo: Teatro Universitario. Dirección: Luis A. Baralt. Lugar: Plaza Rector Cadenas de la Universidad de La Habana. Fecha: 9 de marzo, 1948.

El retablo de las maravillas. Representada por la Academia Municipal de Artes Dramáticas (AMAD). Dirección: Julio Martínez Aparicio. Lugar: Teatro Escuela Municipal Valdés Rodríguez. Fecha: 27 de marzo, 1948.

Los habladores. Representada por la Academia Municipal de Artes Dramáticas (AMAD). Dirección: Julia Mary. Lugar: Teatro Escuela Municipal Valdés Rodríguez. Fecha: 30 de diciembre, 1948. (Observaciones: función a beneficio de los empleados de la Academia.)

* En la recopilación de esta información fueron consultados, fundamentalmente, los siguientes repertorios: *Cronología del teatro dramático habanero (1936-1960)*, de Jorge Antonio González (Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003) y el Centro de Información del Teatro Nacional de Cuba. [N. de los Comps.]

Los habladores. Dirección: José G. Prieto. Lugar: Asociación Artística Galle-
ga. Fecha: 23 de abril, 1949.

La cueva de Salamanca. Representada por la Academia Municipal de Artes
Dramáticas (AMAD). Dirección: Fela Jar. Lugar: Teatro Escuela Normal.
Fecha: 20 de junio, 1950.

El viejo celoso. Grupo: Teatro Universitario. Dirección: Nena Acevedo. Lugar:
Anfiteatro Varona de la Universidad de La Habana. Fecha: 22 de agosto,
1950.

El juez de los divorcios. Grupo: Teatro Universitario. Dirección: Nena Aceve-
do. Lugar: Anfiteatro Varona de la Universidad de La Habana. Fecha: 13
de febrero, 1952. (Observaciones: seminario de Arte Dramático; Teatro
Experimental.)

El retablo de las maravillas. Representada por la Academia Municipal de
Artes Dramáticas (AMAD). Dirección: Modesto Centeno. Lugar: Sala
Municipal de Teatro de La Habana. Fecha: 3 de abril, 1954.

Los habladores. Representada por la Academia Municipal de Artes Dramáti-
cas (AMAD). Dirección: Julio Martínez Aparicio. Lugar: Sala Municipal
de Teatro de La Habana. Fecha: 12 de marzo, 1955.

Los habladores. Representada por la Academia Municipal de Artes Dramáti-
cas (AMAD). Dirección: Julio Martínez Aparicio. Lugar: Palacio de Bellas
Artes de La Habana. Fecha: 23 de abril, 1957.

La guarda cuidadosa. Dirección: Francisco Morín. Lugar: Palacio de Bellas
Artes de La Habana (Anfiteatro). Fecha: 19 de diciembre, 1959.

Los habladores. Dirección: Francisco Morín. Lugar: Palacio de Bellas Artes
de La Habana (Anfiteatro). Fecha: 19 de diciembre, 1959.

El viejo celoso. Dirección: Francisco Morín. Lugar: Palacio de Bellas Artes de
La Habana (Anfiteatro). Fecha: 19 de diciembre, 1959.

Los habladores. Grupo: Teatro Estudio. Dirección: Vicente Revuelta.
Lugar: Teatro Nacional (Sala Covarrubias). Fecha: 9 de agosto, 1960.
(Como parte de un «Espectáculo cervantino», que incluía, además, *El
retablo de maese Pedro*, de Falla, fue presentado en los teatros Audi-
torium, de La Habana; Luisa, de Cienfuegos; Casino, de San Antonio
de los Baños; Principal, de Camagüey; Riesgo, de Pinar del Río; y en
el Teatro Popular Níco López, de Marianao, a lo largo de la segunda
mitad del mismo año.)

El retablo de las maravillas. Grupo: Teatro Estudio. Dirección: Roberto
Blanco. Lugar: Teatro Popular Níco López. Fecha: julio, 1961.

El viejo celoso. Adaptación de Rolando Ferrer. Lugar: Teatro Ciro Redondo,
La Habana. Fecha: marzo-abril, 1964.

El juez de los divorcios. Dirección: Fabio Alonso y Olartúa. Grupo: Teatro Nacional de Guñol. Lugar: Teatro Guñol. Fecha: 1976.



Relación de algunas puestas en escena de piezas teatrales inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra*

Cervantes (Loa en un acto y cuatro cuadros), de José E. Triay. Lugar: Teatro Albisu, La Habana. Fecha: 23 de abril, 1877.

Sancho Panza en la ínsula Barataria, de Alejandro Casona. Grupo: Teatro Popular. Dirección: Francisco (Paco) Alfonso. Lugar: Teatro Principal de la Comedia de La Habana. Fecha: jueves, 30 de marzo, 1944.

Las bodas de Camacho, de Ángel Lázaro. Grupo: Patronato del Teatro. Dirección de Reinaldo de Zúñiga. Fecha: 13 de junio, 1947.

Retablo de don Quijote. Estampa del siglo XVII, de Lázaro y Bastida. Representada por la compañía Cabalgata. Dirección: Daniel Córdoba. Lugar: Teatro Martí. Fecha: 4 de agosto, 1947.

El retablo de maese Pedro, de Manuel de Falla. Grupo: Teatro Estudio. Dirección: Vicente Revuelta. Lugar: Teatro Nacional, Sala Covarrubias. Fecha: 9 de agosto, 1960. (Otras puestas: Sala Níco López de La Habana, 21 de diciembre, 1960.)

La corte de los divorcios, versión de Rolando Ferrer sobre tres entremeses de Cervantes (*Los habladores*, *El viejo celoso* y *La corte de los divorcios*). Dirección: Eugenio Hernández. Grupo: Rita Montaner. Lugar: Sala Teatro El Sótano. Fecha: febrero, 1975.

El retablo de maese Pedro, de Manuel de Falla. Dirección: Fabio Alonso y Olartúa. Grupo: Teatro Nacional de Guíñol. Lugar: Teatro Guíñol. Fecha: 1976.

De la extraña y graciosa aventura de Sancho Panza en la ínsula Barataria, de Pedro Castro y Miguel Escalona. Grupo: Colectivo Teatral Granma.

* En la recopilación de esta información fueron consultados, fundamentalmente, los siguientes repertorios: *Cronología del teatro dramático habanero (1936-1960)*, de Jorge Antonio González (Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003) y el Centro de Información del Teatro Nacional de Cuba.

Dirección: Miguel Lucero. Lugar: Teatro Nacional, Sala Covarrubias.
Fecha: 28 de enero, 1982.

Molinos de viento, de Rafael González. Grupo: Teatro Escambray. Fecha:
1984. Lugar: La Macagua. (Otras puestas: Teatro Mella, 1985; Teatro
Nacional, Sala Covarrubias, 26 y 27 de mayo, 1987; Teatro Nacional, Sala
Covarrubias, octubre, 1988.)

Don Quijote de la Rampa (musical en dos actos), de Julio Gilberto Villaverde.
Grupo: Teatro Musical de La Habana. Dirección: José Milián. Fecha:
abril, 1986.

Las ruinas circulares, de Nelda Castillo. Grupo: Buendía. Dirección: Flora
Lauten. Fecha: octubre-noviembre, 1992. Lugar: Sede del Teatro Buendía.
(Otras puestas: 1993.)

*De la extraña y anacrónica aventura de don Quijote en una ínsula del Caribe
y otros sucesos dignos de saberse y representarse* (teatro de calle), de Albio
Paz. Grupo: El Mirón Cubano. Lugar: Matanzas. Fecha: 1994.



Relación de algunas obras plásticas inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra*

ABELA (nieto): Ilustración para *La Gaceta de Cuba*, n.º 4, La Habana, julio-agosto, 1997, p. 45.

AGUILAR, ROGER: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, 2tt., Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989.

KORDA, ALBERTO: *El Quijote de la Farola*, 1960. Fotografía.

ARTECA (grupo): *Quijote adentro*, 2003. Materiales: cobre repujado y soldado. Dimensiones: 2,70 metros de alto. Escultura emplazada en el patio de la Galería de Arte Carmen Montilla, la Habana Vieja.

BÁEZ, ELEBYS y PEDRO ESCOBAR MORA: *El Quijote de Puerto Padre*. 16 de febrero, 1989. Idea del ceramista, pintor y escritor David Lobera Echavarría. *Don Quijote*: cobre y bronce con más de 2 m de altura; *Molino*: planchas de granito blanco, aspas de metal con engranaje en la parte superior. Conjunto escultórico situado al inicio del Paseo de Puerto Padre, Las Tunas.

BAJUELO, ARIEL: *Aprendiendo a torear molinos de viento*, 1990, óleo sobre lienzo, 150 x 120 cm. (Colección privada en España.)

_____ : *Buscando molinos y pintando sueños*, 1990, óleo sobre lienzo, 150 x 77,5 cm. (Colección privada en España.)

_____ : *Forever por el Casco Histórico*, 1990, óleo sobre lienzo, 86 x 150 cm. (Colección privada en Inglaterra.)

_____ : *El coleccionista*, 1993, óleo sobre lienzo, 88 x 68 cm. (Colección privada en España.)

_____ : *Galope ajedrecístico*, 1998, óleo sobre lienzo, 123 x 96 cm. (Colección del artista.)

* Se consigna la información que ha podido hallarse a través de las búsquedas en el Museo Nacional de Bellas Artes, el Consejo Asesor para el Desarrollo de la Escultura Monumentaria y Ambiental (CODEMA), la Biblioteca Nacional José Martí y en otros fondos documentales.

- _____ : *Bailando don Quijote con Alicia*, 1999, óleo sobre lienzo, 86 x 150 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Cambio o no cambio, esa es la cuestión*, 1999, óleo sobre lienzo, 69 x 87 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *En el centro de la tormenta ambiental*, 1999, óleo sobre lienzo, 150 x 77,5 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Una infancia tardía*, 1999, óleo sobre lienzo, 78 x 66 cm. (Colección privada en Cuba.)
- _____ : *Una lucha cristiana quijotesca en defensa del medio ambiente*, 1999, óleo sobre lienzo, 120 x 110 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Un paseo por el carrusel de la vida*, 1999, óleo sobre lienzo, 97 x 70 cm. (Colección privada en Cuba.)
- _____ : *Autorretrato*, 2000, óleo sobre lienzo, 190 x 94 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Los ángeles caídos*, 2000, óleo sobre lienzo, 130 x 50 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *La bodeguita del Medio Evo*, 2000, óleo sobre lienzo, 110 x 84,7 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Cabalgando a través del tiempo*, 2000, óleo sobre lienzo, 153 x 77,7 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Don Cervantes de la Mancha*, 2000, óleo sobre lienzo, 130 x 77 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Una lucha cotidiana*, 2000, óleo sobre lienzo, 153 x 77,7 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *El tiempo de hoy puede perderse mañana*, 2000, óleo sobre lienzo, 190 x 94 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Que los tiempos de hoy no sean así mañana*, 2000, óleo sobre lienzo, 130 x 50 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Adiós juventud, divino tesoro*, 2001, óleo sobre lienzo, 86 x 150 cm. (Colección privada en España.)
- _____ : *La crucifixión*, 2001, óleo sobre lienzo, 130 x 50 cm. (Colección del artista.)
- _____ : *Globalización tecnológica*, 2001, óleo sobre lienzo, 88 x 68. (Colección del artista.)
- _____ : *Sueños con burbujas*, 2001, óleo sobre lienzo, 96,5 x 668,4. (Colección del artista.)
- _____ : *Serie de cartas*, 2004, óleo sobre lienzo, 190 x 94 cm. (Colección del artista.)

BALLART: *La aventura tropical*, 2005, óleo sobre lienzo, 100 x 80 cm.

_____ : *La melancolía*, 2005, óleo / lienzo, 100 x 80 cm.

BENCOMO, LUIS: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

BENÍTEZ, ADIGIO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

BLANCO ESTERA, RAFAEL: *El caballero andante*, s. a., tinta a la aguada sobre papel, 180 x 213 mm. Exposición permanente del Museo Nacional de Bellas Artes.

_____ : *La ínsula Barataria*, s. a., tinta a la aguada sobre papel, 159 x 204 mm. Exposición permanente del Museo Nacional de Bellas Artes.

_____ : *Quijote*, s. a., lápiz color sobre papel. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

_____ : *Quijote*, s. a., óleo sobre tela, 65 x 120 cm. Exposición permanente del Museo Nacional de Bellas Artes.

BORRERO, DULCE MARÍA: Ilustraciones para *Don Quijote, poeta*, de Esteban Borrero Echeverría, Librería e Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1905.

BRETAÑA, ULISES: *El Quijote nacional*, 2005, óleo / lienzo, 100 x 80 cm.

CABRERA, LUIS: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

CALERO MEDINA, ZENÉN: Diseño de títeres (ilustraciones) para *Don Quijote del Humaya*, de Freddy Artiles, Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa, México, 2001.

COLLADO, ÁNGEL ENRIQUE: Serie *El Quijote*, s. a., óleo / tela, 84 x 74 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

CONTINO, JOSÉ: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

CHOCO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

DELARRA: *Quijote*, s. a., vitral situado en el hostel El Costillar de Rocinante, de la Unión de Periodistas de Cuba, El Vedado, La Habana.

DRAKE ALDAMA, AGUSTÍN: *Don Quijote, Sancho y Rocinante*, 1953, Premio 23 de Abril (concurso anual por el Día del Idioma convocado

por la Escuela Provincial de Arte de Matanzas) y Premio Miguel de Cervantes, otorgado por la Academia Cubana de la Lengua, ambos en 1953.

ENRÍQUEZ, LÁZARO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

ERNESTO JOAN: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

FARIÑAS, JOSÉ LUIS: Ilustraciones de cubierta e interiores de la edición cubana de *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, de María Teresa León, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005.

FERRÁN, AUGUSTO: *Escena del Quijote*, s. a., lápiz / papel, 193 x 247 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

GARCÍA, RAÚL: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

GARCÍA PEÑA, ERNESTO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

GÓMEZ, GABRIEL OSMUNDO: *Don Quijote*, s. a., óleo / tela, 22 x 12 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

GONZÁLEZ, BLADIMIR: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

GONZÁLEZ, CARMELO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

GONZÁLEZ, MIRIAM: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

GONZÁLEZ PUIG, ERNESTO: *Escena del Quijote*, s. a., óleo / tela. 51 x 41 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

GRACIA, LÁZARO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

HERNÁNDEZ, ANDRÉS: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

KESSEL, OMAR: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

LÁZARO, LEO D': *Sancho Panza*. Primer Premio de Escultura en el Salón 26 de Julio, 1993. Escultura emplazada en el patio de la Biblioteca Municipal Rubén Martínez Villena, Plaza de Armas, la Habana Vieja. (Originalmente estuvo en la Casa Central de las FAR y luego permaneció por espacio de nueve años en el Pabellón Cuba.)

MARTÍNEZ, ÁNGEL MANUEL: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

MARTÍNEZ, ENRIQUE: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

MARTÍNEZ, RAÚL: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

MARTÍNEZ SOPEÑA, SERGIO CALIXTO: *El Quijote*, 1981. Armadura: cobre repujado; cara y manos: alambazón. Escultura emplazada en el Palacio de Pioneros Ernesto Che Guevara, Parque Lenin, La Habana.

_____ : *El Quijote*, s. a., escultura en hierro, 85 x 97 x 15 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.

_____ : *Quijote*, s. a., conjunto escultórico emplazado en Las Américas, Varadero, Matanzas.

_____ : *El Quijote de América*, 1980, alambazón. Escultura emplazada en el parque situado en la confluencia de las calles 23 y J, El Vedado, La Habana.

_____ : *Sancho Panza*, década de 1980. Escultura emplazada en el Palacio de Pioneros Ernesto Che Guevara, Parque Lenin, La Habana.

MELERO, M. A.: *Leyendo el Quijote*, acuarela, *La Habana Elegante*, La Habana, 1 de julio, 1888, p. 6.

MELERO Y FERNÁNDEZ DE CASTRO, AURELIO: Premio del Concurso sobre el *Quijote*, convocado por el *Diario de la Marina* en 1905.

MOREIRA, JUAN: Ilustraciones para el *Quijote*, de Cervantes, Biblioteca Básica de Literatura Española, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.

_____ : Viñeta de cabras, 1972, tinta / cartulina, 53 x 70 cm.

_____ : Viñeta del león, 1972, tinta / cartulina, 53 x 74 cm.

_____ : Viñeta Don Quijote, 1972, tinta / cartulina, 51 x 73 cm.

_____ : Viñeta Don Quijote, 1972, tinta / cartulina. 73 x 51 cm.

- _____ : Viñeta Don Quijote, 2005, serigrafía, 68 x 45 cm.
- _____ : Viñeta Don Quijote y Rocinante, 2005, serigrafía, 47 x 69 cm.
- _____ : Viñeta Don Quijote y Rocinante, 2002, serigrafía, 72 x 50 cm.
- _____ : Viñeta Don Quijote y Sancho, 1972, grabado, 51 x 70 cm.
- _____ : Viñeta Don Quijote y Sancho, 1972, tinta / cartulina, 73 x 54 cm.
- _____ : Viñeta Dulcinea del Toboso, 1972, tinta / cartulina, 75 x 55 cm.
- _____ : Viñeta Personaje de época, 1972, tinta / cartulina, 74 x 51 cm.
- _____ : Viñeta Personajes de época, 1972, tinta / cartulina, 52 x 74 cm.
- _____ : Viñeta Sancho Panza, 1972, tinta / cartulina, 74 x 53 cm.
- _____ : Viñeta sobre la locura, 1972, tinta / cartulina, 74 x 53 cm.
- OLIVA, PEDRO PABLO: *Don Quijote de infancia*, 1977, óleo / tela, 187 x 187 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes.
- PALOMINO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.
- PANECA, RAFAEL: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.
- PAULET, ISARY: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.
- POSADA, JOSÉ LUIS: Ilustraciones al texto «*Molinos de viento*: “Voy a decir la verdad”», de Abelardo Vidal Rivas, *Tablas*, n.º 1, Centro de Investigación y Desarrollo de las Artes Escénicas, La Habana, 1985, pp. 34-42.
- RIGOL, JORGE: Ilustración de cubierta para *Don Quijote de Hollywood (Peripécia tragicómica)*, de Luis Felipe Rodríguez, Molina y Cía., La Habana, 1936.
- ROBERTO ARTEMIO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.
- TAMAYO, REINERIO: *Los cimientos de la historia*, s. a., óleo.

TORRES, JOSÉ OMAR: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.

VALDERRAMA, ESTEBAN: *El incidente de los molinos*, ilustración de portada, *Bohemia*, La Habana, 31 de enero, 1915.

VILLAR, JUAN PABLO: Ilustración para *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Biblioteca de Literatura Universal, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989, 2 tt.



Relación de algunas obras musicales inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra

Galatea. Zarzuela en dos actos. Siglo XIX. Música del maestro Víctor Massé.
(Pertenece a los fondos musicales del Teatro Tacón de La Habana.)

El Manco de Lepanto. Zarzuela en un acto y en verso, escrita para ser representada en el teatro Tacón, La Habana, el 23 de abril de 1879.

«Himno a Cervantes». Música de Pérez Navarro y letra de José de Poo, cantado en la conmemoración del 261 aniversario de la muerte de Cervantes, en acto efectuado en el Teatro Albisu, el 23 de abril de 1877.

«Himno». Música de Gratillo Guerra y letra de José de Poo, cantado en la apertura de la velada del 23 de abril de 1883, organizada por el Nuevo Liceo y celebrada en el Teatro Albisu, La Habana:

*Que tuviste recuerda la Historia
Del cautivo la pena en Argel,
Del soldado en Lepanto, la gloria,
Y del genio sublime, el laurel.
Ingenio poderoso,
Magnánimo y fecundo,
Tu nombre llena el mundo
Honrando a tu nación.
Asombro y aun envidia
De propios y de extraños
Aumentan con los años
Por ti su admiración.
Que tuviste recuerda la Historia [Bis.]
Tu siglo de admirarte
Tal vez no supo el modo,
Que en ti era grande todo,
Cabeza y corazón.
Morir era tu vida,*

*Tal fue tu triste suerte,
Y hoy vives con tu muerte
Del orbe en la extensión.
Que tuviste recuerda la Historia [Bis.]
Tras injusticia tanta,
Tras infortunio aleve,
El siglo diecinueve
Te da reparación.
El genio de los genios
Augusto te proclama,
Tu vida es ya tu fama,
¡Eterna redención!¹*

Galatea. Sinfonía de Laureano Fuentes Matos. (Fondo del Museo Nacional de la Música.)

Serenata de don Quijote a Dulcinea. Transcripción para violín y piano, por José Mauri. (Fondo del Museo Nacional de la Música.) / Serenata para gran orquesta, compuesta por José Mauri. Transcrita para piano a cuatro manos por Pablo Desvernine. (Fondo del Museo Nacional de la Música.)

Don Quijote y Sancho Panza. Letra de Mirta Aguirre y música de Gisela Hernández.

Coplas a don Quijote. Letra y música de Eduardo Morales-Caso, 1987:

*Caballero andante, noble caballero,
a la cruz del día llevarás tu peso.
Sueña, caballero, sueña con tu alondra,
que espera en tus brazos encontrar su pecho.
Caballero andante, cómo fue tu historia,
de invencibles armas para tanta gloria. ¡Ah!
Noble caballero, sin penar no hay glorias.²*

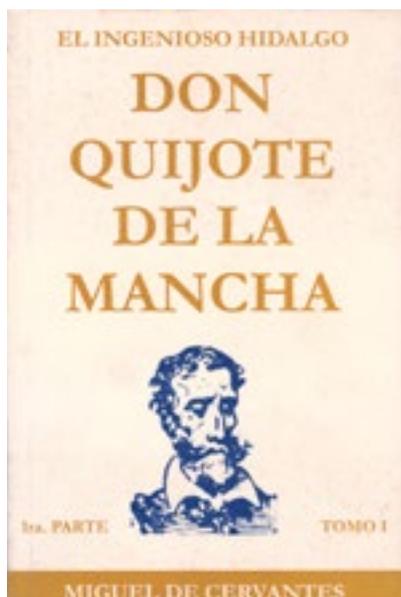
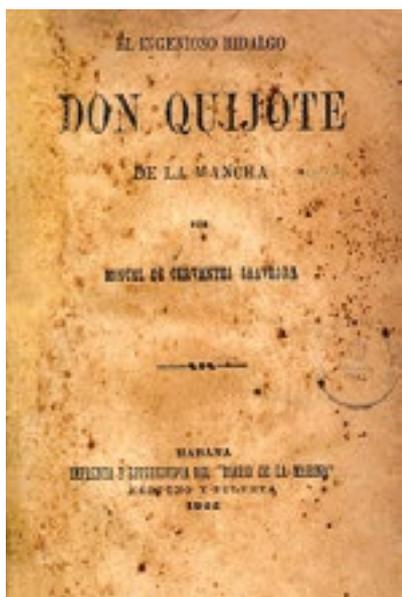


¹ En *Cuba y América*, n.º 19, La Habana, 6 de agosto, 1905, p. 350.

² En Susan Campos Fonseca: *Herencias cervantinas en la música vocal iberoamericana. Poesis de un imaginario cultural*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2014, pp. 222-223.

Testimonio gráfico





Primeras ediciones cubanas del *Quijote*, 1905 y 1960.



Estatua de Miguel de Cervantes (1908), del escultor italiano Carlos Nicoli, emplazada en el Parque de San Juan de Dios, Habana Vieja.



Quijote adentro (2003), del grupo ARTECA, cobre repujado y soldado, 2,70 metros de alto, emplazado en el restaurante 5ta. y 16, Miramar, La Habana.

• 1652 •

OBRAS ESCULTÓRICAS
DE SERGIO MARTÍNEZ



El Quijote de América (1980), emplazada en la confluencia de las calles 23 y],
El Vedado, La Habana.



El Quijote, colección del Museo Nacional de Bellas Artes.



El Quijote, conjunto escultórico emplazado en el Mesón del Quijote, Las Américas, Varadero.



Sancho Panza (1993), de Leo D' Lázaro, emplazada en la calle Obispo entre Aguacate y Compostela, Habana Vieja.



El Quijote de Puerto Padre (1989), obra de los escultores Elebys Báez y Pedro Escobar, emplazado al inicio del Paseo de Puerto Padre, Las Tunas.



Conjunto escultórico del Parque Don Quijote (2006) , Holguín, de Silvio Leonardo Pérez Carralero.



Vitral con escena del *Quijote* en la sede de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

AÑO I. Domingo 2 de Octubre de 1864. N.º 1.



DON QUIJOTE,
PERIODICO ECONOMICO, LITERARIO Y DE CRITICA JOCOSA, CON CARICATURAS.



LA BURLA
PERIODICO SEMANAL
DIRIGIDO Y REDACTADO
POR VARIOS JOVENES ENTUSIASTAS, DE BUEN HUMOR Y SIN PRETENSIONES.

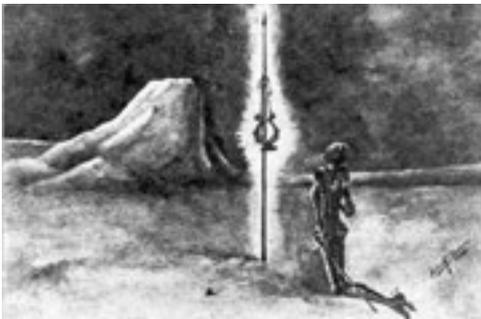
AÑO II. | Redacción y Administración: | Calle de la Cruz, 19 de Mayo de 1877. | Precio de venta, al por mayor y al por menor, 25 céntimos. | N.º 15.



Ilustraciones cervantinas para la prensa habanera del siglo XIX.



Quijote y Sancho (1911), de Rafael Blanco Estera.



Ilustraciones
de Dulce María Borrero
para la edición
de *Don Quijote, poeta* (1905),
de Esteban Borrero Echeverría.

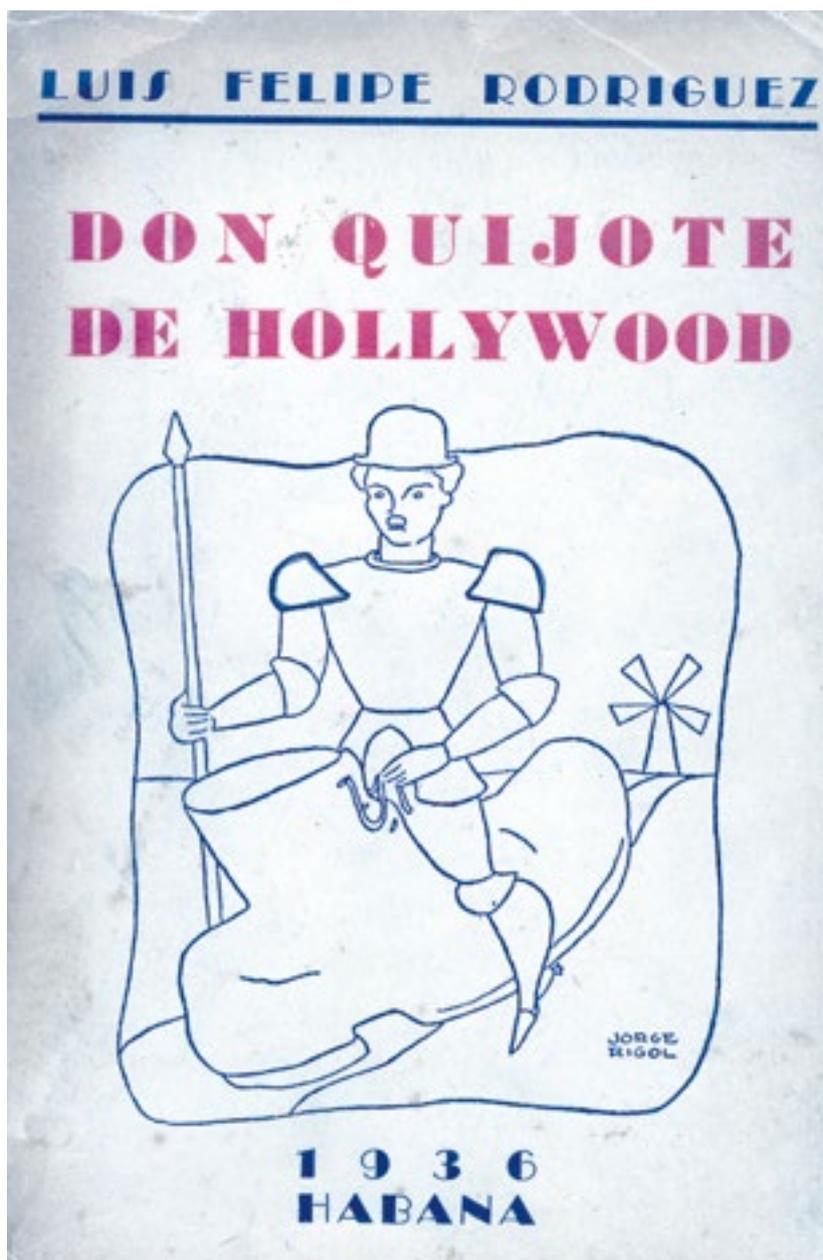
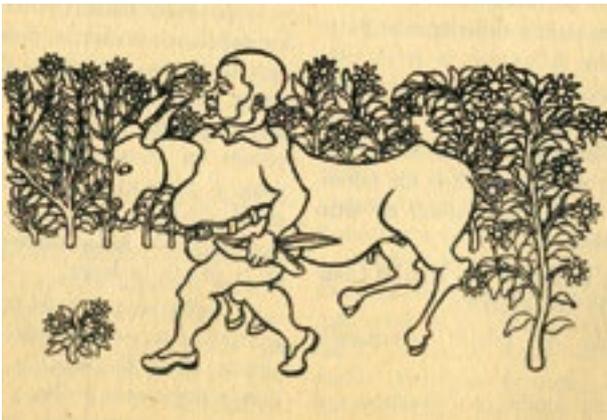
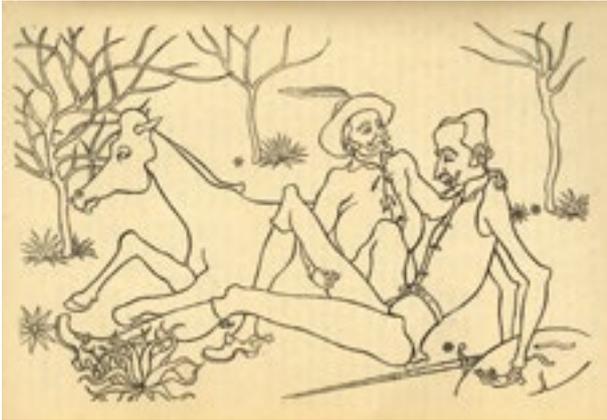
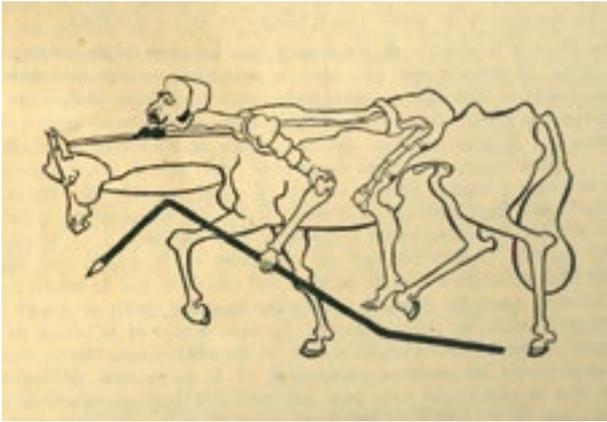


Ilustración de Jorge Rigol para la cubierta de *Don Quijote de Hollywood* (1936), de Luis Felipe Rodríguez.



Ilustraciones
de Juan Moreira
para la edición
cubana
del *Quijote*
de 1972.



Ilustraciones de José Luis Fariñas para cubierta e interiores de la edición cubana de Cervantes, *el soldado que nos enseñó a hablar* (2005), de María Teresa León.



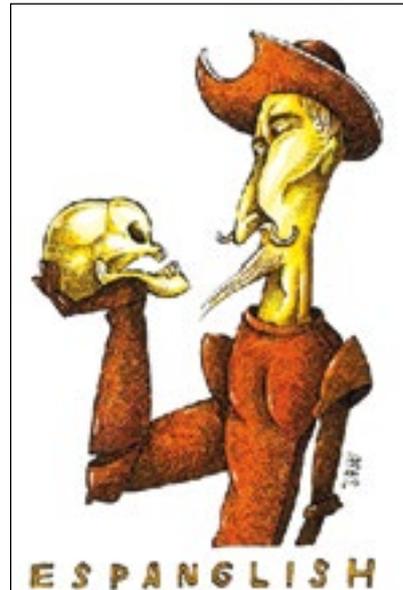
Ilustraciones de José Luis Fariñas para cubierta e interiores de la edición cubana de *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (2005), de María Teresa León.



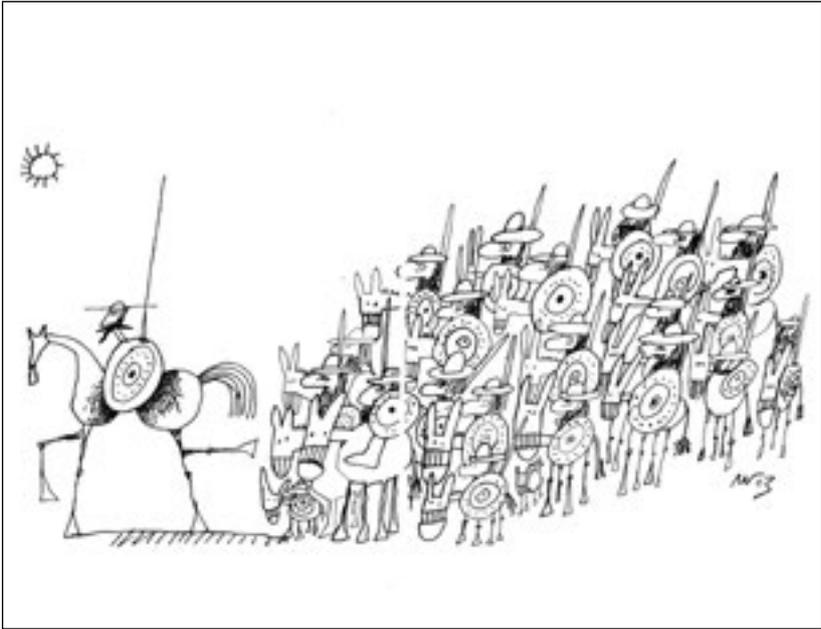
Ilustraciones de Roberto Fabelo para el libro de décimas *En un lugar de la Mancha*, de Alexis Díaz-Pimienta.



Ilustración de Abela (nieto) para *La Gaceta de Cuba* (n.º 4, La Habana, 1997).



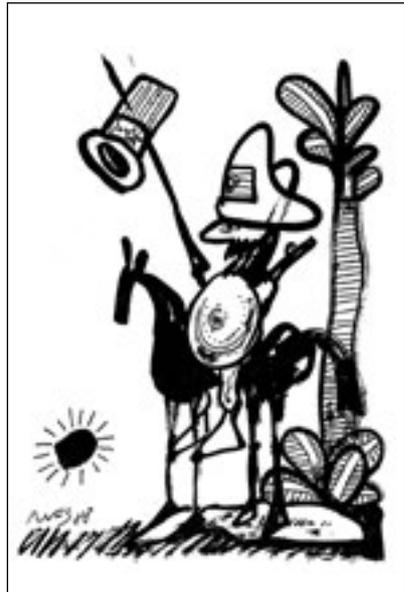
EspanGLISH (2004),
de Arístides
Hernández (ARES),
acuarela y tinta
sobre cartulina.



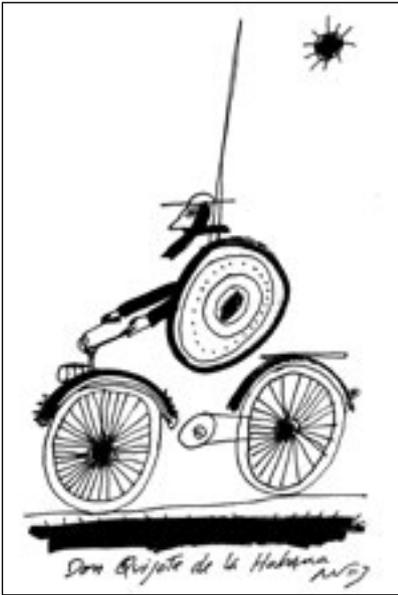
Quijote con Sanchos para Muestra en Alcalá de Henares, René de la Nuez.



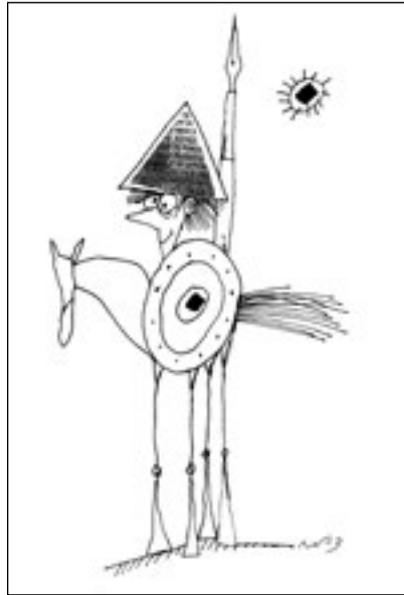
Quijote para el Salón Nacional de Humorismo (1966), de René de la Nuez.



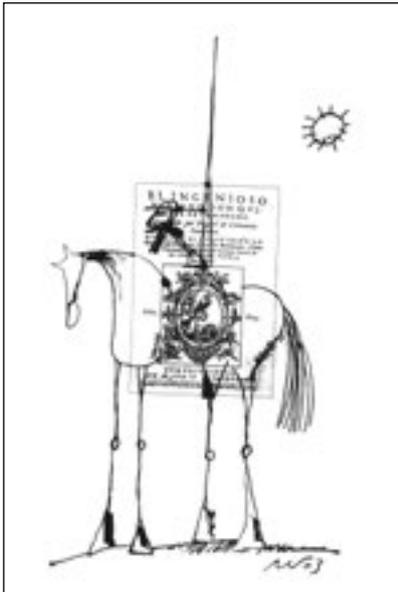
Quijote para publicación inglesa de solidaridad (1988), de René de la Nuez.



Quijote de La Habana (2005),
de René de la Nuez.



Quijote con autor (2005),
de René de la Nuez.



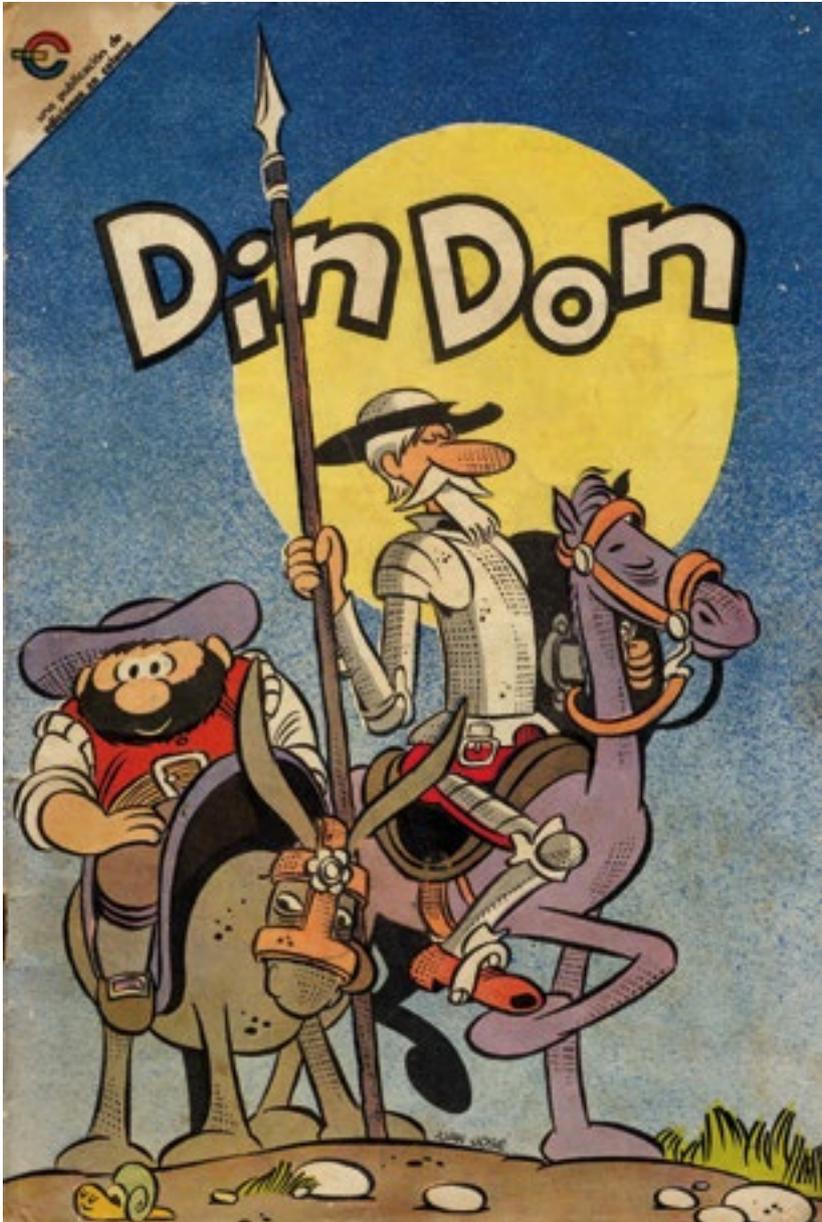
Quijote con ilustración de la 1.^{ra} edición del Quijote (2005), de René de la Nuez.



Quijote, (2005) de René de la Nuez.



Caricaturas de Humberto Lázaro Miranda Ramírez (LAZ).



Historieta cubana de Juan José inspirada en el *Quijote*.



Historieta cubana de Juan José inspirada en el *Quijote*.



Historieta cubana de Juan José inspirada en el *Quijote*.



Historieta cubana de Juan José inspirada en el *Quijote*.



Historieta cubana de Juan José inspirada en el *Quijote*.



Historieta cubana de Juan José inspirada en el *Quijote*.



Historieta cubana de Virgilio Martínez inspirada en el *Quijote*.



Cartel para el filme de la URSS *Don Quijote* (1959), de Eladio Rivadulla



Cartel de Arnulfo Espinosa en ocasión de los 80 años de la Academia Cubana de la Lengua.



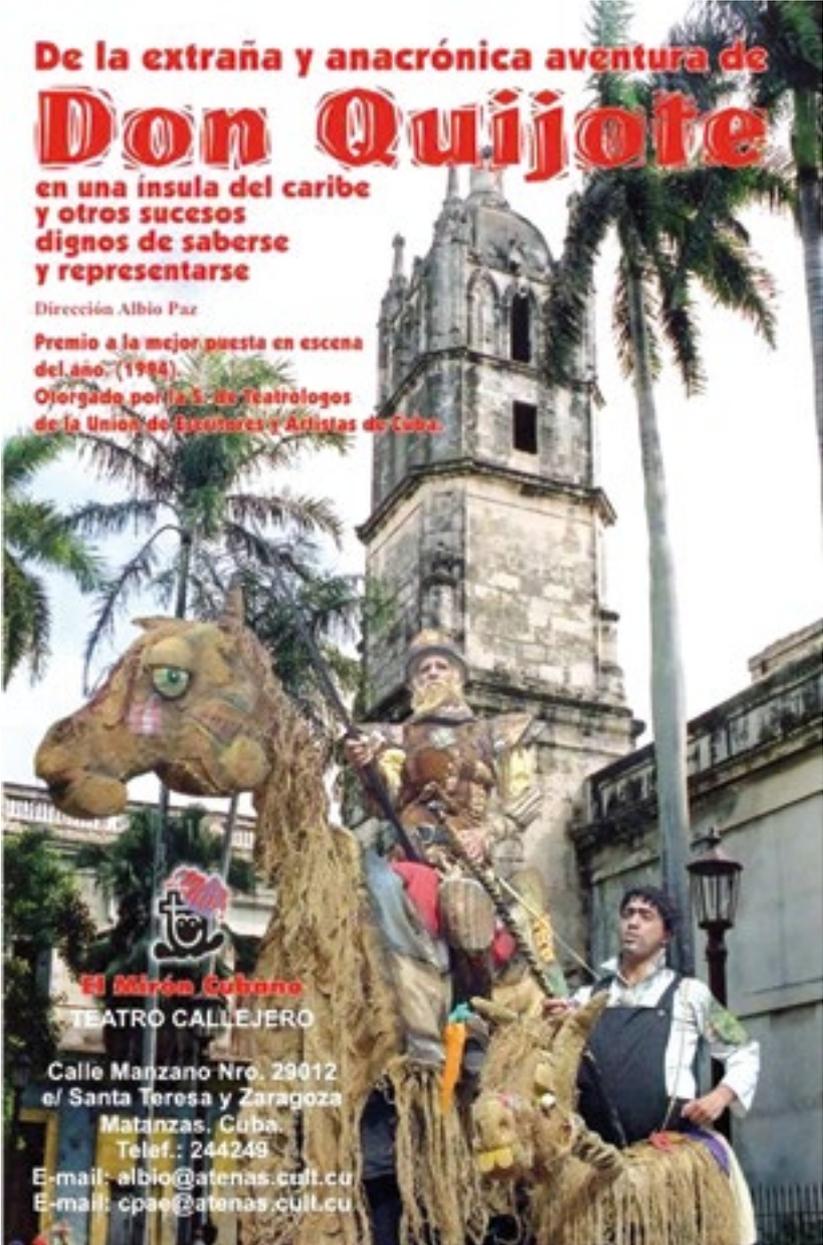
Cartel de Laura Llópiz para la exposición colectiva *Homenaje al 400 aniversario de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



Cartel de Luis Noa para la exposición colectiva *Homenaje al 400 aniversario de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



Cartel de Pepe Menéndez para la exposición colectiva *Homenaje al 400 aniversario de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.



De la extraña y anacrónica aventura de
Don Quijote
en una insula del caribe
y otros sucesos
dignos de saberse
y representarse

Dirección Albio Paz

Premio a la mejor puesta en escena
del año. (1994)

Ojorgada por la S. de Teatrologos
de la Union de Escritores y Artistas de Cuba.


El Mirón Cubano
TEATRO CALLEJERO

Calle Manzano Nro. 29012
e/ Santa Teresa y Zaragoza
Matanzas, Cuba.
Telef.: 244249
E-mail: albio@atenas.cult.cu
E-mail: cpae@atenas.cult.cu

Cartel de la puesta en escena de la obra *De la extraña y anacrónica aventura de don Quijote en una insula del Caribe y otros sucesos dignos de saberse y representarse*, dirigida por Albio Paz e interpretada por el grupo de teatro callejero El Mirón Cubano (1994).



Ejemplos de la artesanía cubana popular inspirada en el *Quijote*.



Don Quijote, de Gabriel Osmundo Gómez,
óleo, colección del Museo Nacional de Bellas Artes.



El Quijote (s. a.), de Rafael Blanco Estera , óleo sobre tela, 65 x 120 cm.,
colección del Museo Nacional de Bellas Artes.



Poema gráfico (1981), de Fayad Jamis,
collage, tinta e impresión sobre cartulina, 29 x 9,5 cm.



El Quijote,
serie de Ángel
Enrique Collado,
óleo, colección
del Museo Nacional
de Bellas Artes.



El Quijote,
serie de Ángel
Enrique Collado,
óleo, colección
del Museo Nacional
de Bellas Artes.



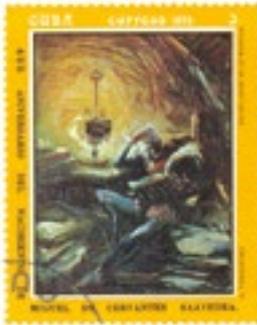
Un Quijote más, pero de Cuba... (2008), de Ricardo Bermúdez Rodríguez, acrílico sobre papel manufacturado, 45 x 35 cms.



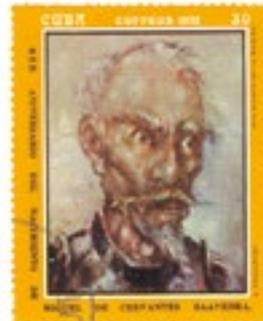
El Quijote de la farola (1959), fotografía de Alberto Korda.



Versión cubana de Alicia Alonso del ballet *Don Quijote* en la Sala García Lorca del Gran Teatro de La Habana.



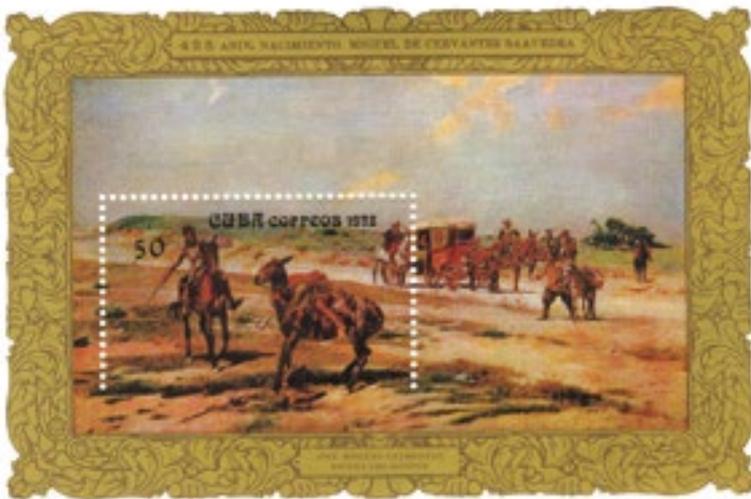
*En un lugar de la Mancha,
A. Fernández.*



*Don Quijote de la Mancha,
A. Fernández.*



*Batalla
con los pellejos de vino,
A. Fernández.*



Escena del Quijote, José Moreno Carbonero.

Emisión postal cubana conmemorativa del aniversario 425 del nacimiento de Miguel de Cervantes, puesta en circulación el 29 de septiembre de 1972.

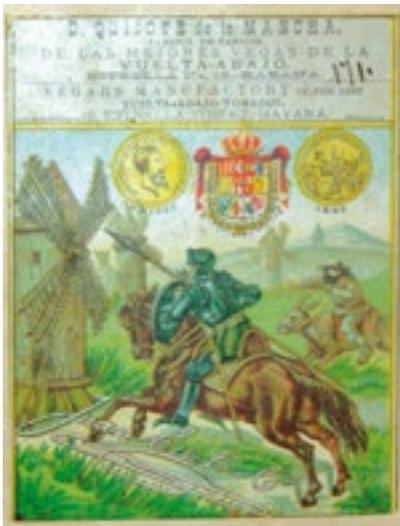


Moneda conmemorativa a Miguel de Cervantes Saavedra (1982),
cobre-níquel, 30 mm de diámetro.

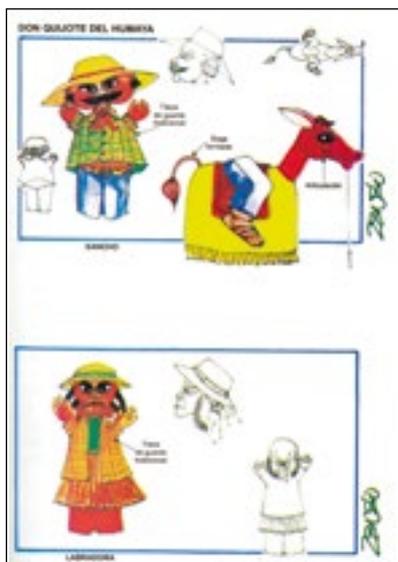


Emisión de moneda de 1 peso (1982),
cobre-níquel, 30 mm de diámetro.





Marquillas y anillas de tabaco, pertenecientes a las colecciones del Museo Nacional de Bellas Artes.



Diseño de títeres e ilustraciones de Zenén Calero Medina para *Don Quijote del Humaya* (2001), de Freddy Artilles.

**DON QUIJOTE
Y SANCHO PANZA**
Música: Gisela Hernández
Letra: Mirta Aguirre

El Caballero,
alto y delgado,
ve acompañado
por su escudero.

El de la lanza,
es Don Quijote,
el gordiflete
es Sancho Panza.

El caballero,
mundo adelante,
con Rocinante,
con su escudero.

183

El caballero,
alto y delgado,
ve acompañado
por su escudero.

Su Dulcinea,
dama invisible,
lo hace invencible
en la pelea.

El caballero,
mundo adelante,
con Rocinante,
con su escudero.

184

**DON QUIJOTE
Y SANCHO PANZA**
Música: Gisela Hernández
Letra: Mirta Aguirre

Allegro (2/4)



© 2014 Mirta Aguirre y Gisela Hernández
Todos los derechos reservados. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.



Don Quijote y Sancho Panza, letra de Mirta Aguirre y partituras de Gisela Hernández.



La erosión de La Mancha, de José Ernesto Pereira Gómez (2014).



Quijote, de José Ernesto Pereira Gómez (2014).



Quijote triste, de José Ernesto Pereira Gómez (2014).



Quijote de alma cubana, de José Ernesto Pereira Gómez (2014).

De los compiladores

José Antonio Baujin

MATANZAS, 1970

Licenciado en Letras (1993) y Doctor en Ciencias Filológicas (2003) por la Universidad de La Habana, institución en la que se desempeña como profesor de la Facultad de Artes y Letras y director de la Editorial UH.

Haydée Arango

MATANZAS, 1982

Licenciada en Letras (2005) por la Universidad de La Habana y Máster en Artes por la Universidad de La Habana y University at Buffalo, The State University of New York (2008). Profesora de la Facultad de Artes y Letras de la casa de altos estudios habanera y subdirectora de la Editorial UH.

Leonardo Sarría

LA HABANA, 1977

Licenciado en Letras (2005) y Doctor en Ciencias Literarias (2011) por la Universidad de La Habana, institución en la que se desempeña como profesor de la Facultad de Artes y Letras.

Julián Ramil

LA HABANA, 1939

Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas (1970) por la Universidad de La Habana, institución en la que labora como profesor de la Facultad de Artes y Letras.



Índice general

TOMO I

Agradecimientos	11
-----------------	----

PROEMIO

José Antonio Baujin	
De cómo no decae el esfuerzo de Cervantes por buscar aventuras en Cuba (Nota para esta edición)	15
De la cabalgata cervantina por los caminos de la cultura cubana (Prólogo a la primera edición)	19

MIGUEL DE CERVANTES EN LA CRÍTICA Y LA ENSAYÍSTICA

Al lector	43
-----------	----

Enrique Piñeyro	
En honor del <i>Quijote</i>	47

Esteban Borrero Echeverría	
Alrededor del <i>Quijote</i> [fragmentos]	51

Enrique José Varona	
Conferencia sobre Cervantes	62
Cómo debe leerse el <i>Quijote</i>	82

Ramón Meza	
Don Quijote como tipo ideal	85
Sergio Cuevas Zequeira	
El <i>Quijote</i> y el <i>Examen de ingenios</i>	101
José de Armas y Cárdenas (<i>Justo de Lara</i>)	
Cervantes y el duque de Sessa. Nuevas observaciones sobre el <i>Quijote</i> de Avellaneda y su autor	113
El <i>Quijote</i> y su tiempo	151
Cervantes en la literatura inglesa	205
Mariano Aramburo	
Los documentos judiciales de don Quijote	222
Fernando Ortiz	
Carta abierta al ilustre señor don Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca	234
Medardo Vitier	
Estimación del <i>Quijote</i>	240
Esteban Rodríguez Herrera	
¿Cuál es el texto del <i>Quijote</i> que debe tomarse por modelo? (Mutilaciones, enmiendas, alteraciones y profanaciones)	261
Antonio Iraizoz	
<i>Don Quijote</i> en Francia	281
Salvador Massip	
La geografía en el <i>Quijote</i>	301
Luis A. Baralt Zacharie	
Cervantes y el teatro	321
José María Chacón y Calvo	
Cervantes y el romancero	336
Retratos de Cervantes	367
El realismo ideal de <i>La gitanilla</i> [fragmentos]	377

Camila Henríquez Ureña	
Tres expresiones literarias del conflicto renacentista	391
Juan José Remos y Rubio	
Tradición cervantina en Cuba	409
<i>Persiles</i>	435
Jorge Mañach	
Examen del quijotismo	457
El sentido trágico de la <i>Numancia</i>	534
Francisco Ichaso	
Notas para el IV centenario de Cervantes	558
Eugenio Florit	
Algunos comentarios sobre la poesía de Cervantes	567
Alejo Carpentier	
<i>Numancia</i>	585
Un nuevo <i>Retablo de maese Pedro</i>	591
Cervantes en el alba de hoy	595
Roberto Agramonte	
Cervantes y Montalvo	601

TOMO II

MIGUEL DE CERVANTES EN LA CRÍTICA Y LA ENSAYÍSTICA (CONTINUACIÓN)

Mirta Aguirre	
Un hombre a través de su obra: Miguel de Cervantes Saavedra	639
Las <i>Novelas ejemplares</i>	710
Introducción a <i>El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha</i>	754
El poeta Miguel de Cervantes	761
Ernesto García Alzola	
El mundo poético del <i>Quijote</i>	801

Gastón Baquero	
Monólogo con don Quijote	813
Fina García-Marruz	
Nota para un libro sobre Cervantes	827
Beatriz Maggi	
Falstaff y Sancho Panza	841
José Massip	
Apuntes para un estudio comparativo de Charlot y don Quijote	865
Severo Sarduy	
<i>Pas de deux</i>	871
Nilda Blanco	
Una lectura cervantina del tópico del viaje en textos carpenterianos	874
Luisa Campuzano	
El «síndrome de Merimée» o la españolidad literaria de Alejo Carpentier	926
Don Quijote entre imperios	942
Roberto González Echevarría	
<i>Don Quijote</i> : visión y mirada	958
Cervantes y la narrativa hispanoamericana moderna: Borges y Carpentier	973
El prisionero del sexo. El amor y la ley en Cervantes	995
Cervantes en <i>Cecilia Valdés</i> : realismo y ciencias sociales	1014
Elina Miranda Cancela	
El <i>Persiles</i> de Cervantes y la novela antigua	1034
<i>Numancia</i> , ¿tragedia clásica?	1043
Yolanda Ricardo	
Recordando a Cervantes: Una visión plástica cubana del <i>Quijote</i>	1054

Rogelio Rodríguez Coronel	
Tres aventuras americanas del Quijote	1060
Carlos F. Martí Brenes	
Código cervantino de José Lezama Lima	1070
Marlen A. Domínguez Hernández	
Los que hoy vivimos, con su lengua hablamos...	1087
Jesús J. Barquet	
Cervantes en el discurso reemplazante de <i>Clavileño</i> ante <i>Espuela de Plata</i>	1105
Roberto Méndez	
Ramón Meza ante el tipo ideal del Quijote	1117
Jorge Fornet	
Las rutas de don Quijote	1131
Isis Armenteros	
Versión cubana de <i>Don Quijote</i>	1147
José Antonio Baujín	
Miguel de Cervantes y la (des)ventura de una obra escrita <i>sub specie theatri</i>	1155
Ahmed Piñeiro	
<i>Don Quijote</i> en el ballet cubano	1190
ANEXO	
Bibliografía cervantina cubana	1197

TOMO III

MIGUEL DE CERVANTES EN LA CREACIÓN LITERARIA FICCIONAL Y EN OTRAS ARTES

Manuel de Zequeira y Arango	
Décimas [fragmentos]	1235
El fanfarrón	1236
José Jacinto Milanés	
A buena hambre no hay pan duro	1237
Juan Güell y Renté	
A Miguel de Cervantes	1255
Federico Milanés	
Miguel de Cervantes	1257
Sátira contra los vicios de la sociedad cubana [fragmentos]	1258
Eugenio de Arriaza	
Don Quijote de la Mancha en octavas	1260
Anónimo	
Un pancista	1295
Eugenio Sánchez de Fuentes	
A Cervantes	1297
A los amantes de las letras que se empeñan en hallar los restos mortales de Cervantes	1302
A Cervantes	1303
Ricardo del Monte	
Cervantes y don Juan de Austria	1304
Don Quijote	1305
Sancho	1306
La idea de Cervantes	1307
El alma de Cervantes	1308
El centenario en América	1309
Cuba a Cervantes	1310
Mi ofrenda	1311
El habla de Cervantes	1312
Luisa Pérez de Zambrana	
A Cervantes	1313

José E. Triay	
Cervantes (Loa en un acto y cuatro cuadros)	1314
La última aventura	1334
Esteban Borrero Echeverría	
Don Quijote, poeta. Narración cervantesca	1338
Aventura de las hormigas [fragmentos]	1358
Enrique Hernández Miyares	
La más hermosa	1362
Sublime locura	1363
A Cervantes	1364
Emilio Bobadilla (<i>Fray Candil</i>)	
Dulcinea	1365
Sancho gobernador	1366
Rocinante	1367
Sergio Cuevas Zequeira	
Capítulo tanto que a don Juan Montalvo se le quedó en el tintero	1368
León Ichaso	
Don Quijote	1371
Sancho Panza	1372
Contraste	1373
Cervantes	1374
Evelio Bernal	
Cervantes	1375
Ciriaco Sos y Gautreau	
Cervantes	1376
Proclama del caballero don Quijote	1377
Juan Manuel Planas	
A Cervantes	1378

<u>Guillermo de Blanck y Menocal (<i>Willy de Blanck</i>)</u>	
Don Quijote (Libreto para una ópera, a la antigua moda, con un prólogo, tres actos y un epílogo)	1379
<u>Juan Guerra Núñez</u>	
Don Quijote	1411
De don Quijote a Dulcinea	1412
<u>Luis Felipe Rodríguez</u>	
Don Quijote de Hollywood (Peripetia tragicómica) [fragmentos]	1413
<u>Agustín Acosta</u>	
Meditación sobre el Quijote	1420
<u>Nicolás Guillén</u>	
Gustavo E.	1423
<u>José Lezama Lima</u>	
Paradiso [fragmentos]	1425
<u>Mirta Aguirre</u>	
Encuentro	1428
Estampa	1429
<u>Gastón Baquero</u>	
Canciones de amor de Sancho a Teresa	1430
<u>Eliseo Diego</u>	
Miguel, don Miguel	1431
Restos de don Miguel de Cervantes	1432
<u>Octavio Smith</u>	
Del Parque de Cervantes	1433
<u>Ezequiel Vieta</u>	
El carnaval [fragmentos]	1435
<u>Adolfo Martí</u>	
Calendario de don Quijote	1437

Jesús Orta Ruiz (<i>Indio Naborí</i>)	
A dúo con Miguel de Cervantes	1439
Francisco Henríquez	
Glosa por dos redondillas	1440
Héctor Zumbado	
Don Quijote de la Cancha	1443
Juan Luis Hernández Milián	
Truco	1446
Su alta dama, don Quijote	1447
Guillermo Rodríguez Rivera	
En la Mancha	1448
Ricardo Viñalet	
El día de la ira [fragmentos]	1449
Yoel Mesa Falcón	
<i>Per aspera ad astra</i>	1453
Conclusiones	1455
Freddy Artilles	
Don Quijote del Humaya	1457
Virgilio López Lemus	
Nueva salida del ingenioso hidalgo	1481
José Prats Sariol	
Guanabo Gay [fragmentos]	1482
Raúl García Dobaño	
Don Quijote en busca de posada	1489
Raúl Hernández Novás	
Encuéntranse con don Quijote y Sancho	1497

Rafael González	
Molinos de viento [fragmentos]	1498
Antonio Gutiérrez Rodríguez	
El Quijote y yo	1501
Carlos F. Martí Brenes	
El Lezama del Quijote	1511
Carmen Hernández Peña	
Donde don Alonso y Dulcinea se querellan amorosamente	1512
Cira Andrés	
Delirio del Quijote	1514
Esther Suárez Durán	
Sancho Panza en la ínsula Barataria	1515
Roberto Méndez	
Acto inconcluso para el sueño de don Quijote	1527
Discurso a los cabreros	1529
Mayerín Bello	
La encrucijada	1530
Jorge Ángel Pérez	
En La Habana no son tan elegantes	1540
Alexis Díaz-Pimienta	
En un lugar de la Mancha [fragmentos]	1554
José Manuel Espino	
De las sin par andanzas de Guajiriquijote y su escudetero Calvipanzón	1618
Anónimo	
Mensaje (en broma) a Cervantes	1629

ANEXOS

Relación de algunas puestas en escena de obras de Miguel de Cervantes	1633
Relación de algunas puestas en escena de piezas teatrales inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra	1636
Relación de algunas obras plásticas inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra	1638
Relación de algunas obras musicales inspiradas en Miguel de Cervantes y su obra	1645
TESTIMONIO GRÁFICO	1647
De los compiladores	1695
Índice general	1697



Esta edición
de *Del donoso y grande escrutinio
del cervantismo en Cuba* (tomo III),
de José Antonio Baujin (coord.), Haydée Arango,
Leonardo Sarría y Julián Ramil (comps.),
se terminó en 2015.

Para su composición se emplearon las tipografías
WARNOCK PRO –en sus variantes CAPTION, TEXT y SUBHEAD–,
del diseñador norteamericano Robert Slimbach;
FONTANA ND –en sus variantes Aa, Cc, Ee, Gg y Ll,
en OLDSTYLE FIGURE (OSF) y SMALL CAPITAL (SC)–,
del argentino Rubén Fontana
y WINGDING –en su variante Regular–
de los norteamericanos Kris Holmes y Charles Bigelow.





Del donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba ***

La cabalgata de obras y personajes de Miguel de Cervantes por los caminos de la cultura cubana, peregrinar infatigable y fecundo, no solo anticipa, desarrolla y complementa la mejor tradición del cervantismo internacional, sino que construye una lectura singular y coherente de nuestra idiosincrasia criolla. A 400 años de la publicación de la Segunda parte del *Quijote*, esta edición corregida y aumentada de *El donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba* ilustra las plurales miradas de quienes, a través del ensayo, la crítica literaria, la poesía, la narrativa, la música, las artes visuales y escénicas, han hecho de la isla, desde el siglo XIX hasta nuestros días, celoso espacio para el resguardo y la irradiación de la prole del Príncipe de los Ingenios y, a la vez, escenario ideal para que el Quijote, transterrado, mestizo, latinoamericano y caribeño... cubano, continúe, siempre renovado, *desfaciendo* entuertos.

ISBN: 978-959-7211-53-2



9 789597 211532